

DANIEL SUEIRO

LA
VERDADERA
HISTORIA
DEL VALLE
DE LOS
CAIDOS



SEDMAY EDICIONES

DISEÑO CUBIERTA: Marco Antonio Katalinic y Hernán-Luis Valdovtnos

MAQUETACION y REALIZACIÓN TÉCNICA: Luis Díez

PRIMERA EDICIÓN: diciembre 1976

EDITOR, José Maya

Ediciones SEDMAY, S. A.

López de Hoyos. 36

Teléf. 261 66 58

Empresa 1215/74 del Registro del

Ministerio de Información y Turismo

IMPRESIÓN: *Altamira*, S. A.

Carretera Barcelona. Km. 11,200 Madrid - XXII

Digitalizado por Triplecruz (5 de Junio de 2.011)

DANIEL SUEIRO

SUMARIO

1.- LA IDEA Y SU PUESTA EN MARCHA.....	3
2.- ARQUITECTURA IMPERIAL Y POÉTICA DE LO COLOSAL.....	10
3.- "DON JUAN BANÚS ME MIRÓ LA BOCA Y ME TANTEÓ LOS MÚSCULOS".....	15
4.- MÁS MUERTOS A LA GRAN TUMBA.....	21
5.- "TRABAJANDO SEIS U OCHO AÑOS EN EL VALLE, SABIAS QUE TENIAS LA LIBERTAD ASEGURADA".....	26
6.- CAMPESINOS, OBREROS, INTELLECTUALES Y MILITARES REPUBLICANOS TRABAJANDO EN CUELGAMUROS.....	30
7.- EL MEDICO, EL PRACTICANTE, EL MAESTRO.....	34
8.- DOS OFICIALES REPUBLICANOS.....	40
9.- LOS HIJOS DE LOS PRESOS TAMBIÉN TRABAJAN EN EL VALLE.....	47
10.- LAS FUGAS.....	49
11.- TERMINA UNA DÉCADA Y FRANCO SE IMPACIENTA.....	55
12.- CRIPTA Y CRUZ: EL PAPEL DEL ARQUITECTO DIEGO MÉNDEZ.....	59
13.- CONCLUSIONES DE UN INFORME.....	69
14.- DIFÍCILES ENGARGES DE LA CRUZ Y EL RISCO Y DEL ARQUITECTO Y EL ESCULTOR.....	72
15.- EL TAMAÑO DE LAS ESTATUAS... Y EL DE LAS CUENTAS.....	77
16.- JUAN DE AVALOS: "EL SUEÑO DE UN ARTISTA".....	80
17.- ARTISTAS Y ARTESANOS.....	86
18.- EL CONTRATO CON LOS BENEDICTINOS Y LOS ESTUDIOS SOCIALES.....	94
19.- CONFESIONES DE FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL.....	97
20.- ¿PARA TODOS LOS ESPAÑOLES?.....	104
21.- BASÍLICA, AUNQUE BASÍLICA MENOR.....	112
22.- EL COSTE DE LA OBRA.....	114
23.- "Y YO, AQUÍ".....	120
24.- "¡FRANCO, ERES UN TRAIADOR!".....	129
DANIEL SUEIRO.....	136
ÍNDICE DE ILUSTRACIONES.....	137
CONTRAPORTADA.....	140

1.- LA IDEA Y SU PUESTA EN MARCHA

TRES personas, un escultor, un arquitecto y un militar, se encuentran aisladas, escondidas en un refugio, tal vez en una Embajada, en el Madrid de finales de 1936, de comienzos de 1937. El Madrid rojo, como ellos dicen con una mezcla de pavor y de asco. Y allí sienten «la necesidad de combatir de un modo espiritual por un orden», tal como manifestarán más tarde,¹ y «también de disciplinar la mente en un momento tan fácil de perderla». Entonces lo que se les ocurre, fundiendo en una sus tres profesiones, es la plasmación de una especie de exaltación fúnebre y triunfal que, «nacida de lo que sucedía alrededor y de lo que amenazaba», «de lo que se oía y de lo que se esperaba», dominaba en aquel tiempo sus vidas y sus mentes, como las de tantos otros españoles, por lo demás.

Día y noche trabajaron en su proyecto con ahínco, «sin público y sin jueces», durante largos meses y aún años, por lo menos hasta la toma de Madrid, es decir, hasta su liberación. Para su elevación en uno de los lugares más altos de la capital, un cerro en las cercanías del destruido Hospital Clínico, concibieron «con aspiración de eternidad» un arco de triunfo y una gran pirámide que cantara la victoria y honrara a los muertos. Como un retablo madrileño, castellano, con columnas entre nubes, paños de piedra, trofeos; Santiago Apóstol en medio de una gran bandera de piedras de color rojo y amarillo, por un lado; por otro, dos figuras plantando un árbol, como símbolo del resurgimiento: así era el arco triunfal. La fúnebre pirámide, tan grande como la de Keops, cuando menos, sería hueca en su interior, iluminada por pequeños ventanucos de medio punto abiertos en líneas horizontales a lo largo de las tres caras, y del centro de la cripta surgiría como una gran llama esculpida en granito, por la que ascienden portando una cruz los símbolos de la Pasión, en figura humana... Sin más secretos ni laberintos con los que confundir, pasados los siglos, a imposibles profanadores de tumbas.

Las imágenes acabadas, perfectas, de tan meditada y tan inevitable exaltación fúnebre — enmarcadas por otros «edificios militares y representativos», de corte neoclásico tradicional—, se dieron a conocer públicamente y con despliegue de lujo en el número 36 de la revista falangista *Vértice*, varios meses después de que el *Boletín Oficial del Estado* hubiera publicado el decreto que disponía la erección del monumento a los caídos en Cuelga-muros

Pero el firmante o inspirador de este decreto también había experimentado, al tiempo que aquellos y otros muchos compatriotas, su personal exaltación fúnebre, y él mismo tenía su propia idea de lo que debía ser tal monumento, que en cierto modo no se apartaría finalmente mucho, ni en el aspecto triunfal ni en el faraónico, del sueño o alucinación de los tres amigos.

A Franco, al menos mientras vivió, al menos en los primeros años o en las primeras décadas de ejercicio de su omnímodo poder personal, le fueron atribuidas todas las ideas y todos los impulsos que movían la máquina del Estado, como ha acontecido siempre y sigue aconteciendo en relación con toda clase de dictadores, y entre esas ideas —si no la mejor, seguramente la más perdurable— figura la concepción del Valle de los Caídos y la creación de tan insólito monumento. No existen datos ni testimonios que contradigan esta atribución, ni nadie ha reclamado hasta ahora la paternidad de semejante inspiración; por el contrario, todas las referencias y todas las crónicas se vuelcan unánimemente en la concesión de todos los méritos al victorioso general, el cual nunca rehusó a aceptarlos con gusto, dejando ahora a salvo los que correspondan a los artistas y técnicos que iban a secundar esas ideas.

Una persona que vivió muy cerca del Jefe del Estado durante los largos años de trabajo en la obra, el arquitecto que pondría su nombre como firma a la gigantesca Cruz, Diego Méndez, manifiesta que «desde el principio de la guerra, Franco sintió la necesidad moral, podríamos decir que hasta física», de levantar un monumento con el que «honrar a los muertos cuanto ellos nos honraron». ² Estaba obsesionado con la idea, insiste. No solamente al final de la guerra, sino

¹ MANUEL LAVIADA, escultor; LUIS MOYA, arquitecto; VIZCONDE DE UZQUETA, militar: «Sueño arquitectónico para una exaltación nacional», en *Vértice. Revista Nacional de Falange Española Tradicionalista y de las JONS*, número 36, septiembre de 1940; páginas 7 y ss.

² TOMAS BORRAS: «Novena maravilla: el Valle de los Caídos», en *ABC*, de Madrid, 21 julio 1957.

durante toda ella, e incluso en sus comienzos.

Para una personalidad del tamaño de la de aquel joven general que se había sumado a la sublevación militar a última hora y previas ciertas garantías, y que, sin embargo, a los pocos meses se hace con el mando supremo en su territorio; que de pronto se encuentra equiparable y equiparado a aquellos otros dos dictadores que desde Roma y Berlín empiezan a atemorizar a Europa y al mundo; que valora su triunfo por la magnitud del descalabro enemigo, de su destrucción y aniquilamiento, no resulta de todo punto incoherente el nacimiento y cultivo, en pleno campo de batalla, a la vista de millares de muertos, de una obsesión como la mencionada.

Franco quería tener su pirámide, en efecto, como su más cercano biógrafo³ admite después de conocerlo profundamente, si no en el sentido literal que presintieron aquellos refugiados del Madrid rojo, sí en cambio en el puro sentido faraónico de tumba y desafío a la posteridad. Una pirámide o una catedral. Su secreta obsesión por el tema a lo largo de la guerra puede obedecer también a una promesa semejante a la que solían hacer los viejos señores de la guerra para el caso de salir victoriosos de los campos de batalla. «Tal vez haya querido imitar a Felipe II, que levantó el monasterio de El Escorial para conmemorar la batalla de San Quintín», se imagina una persona que estuvo tan cerca de él, y durante tanto tiempo, como su primo y secretario, el general Franco Salgado-Araújo.⁴ El hecho de que esa pirámide, esa catedral, esa tumba monumental fuera a situarse entre riscos agrestes e inhóspitos en lugar de construirla en medio de la ciudad, y, de modo especial, el de que se concibiera en su mente como un agujero escavado en la roca en vez de levantarse en la transparencia del aire, son cuestiones sobre las que no caben más que conjeturas, y conjeturas de orden psicológico más que histórico. «Desde que la chispa de la idea quemó su inquietud —añade el arquitecto Diego Méndez—, Franco tenía un punto de arranque: que la reunión póstuma de los mejores fuese en una cripta, en el corazón de una montaña... Buscaba con ojos sagaces una catedral natural para sarcófago jamás pensado de sus amados compatriotas.»

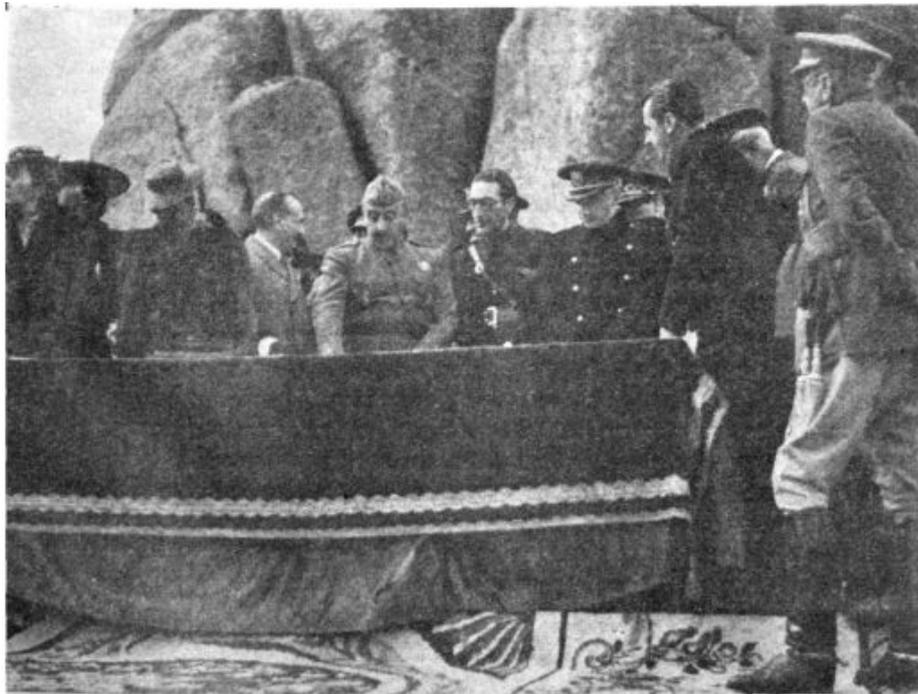


Ilustración 1. El 1 de abril de 1940, ante el risco de Cuelgamuros, Franco hizo estallar el primer barreno simbólico y luego explicó personalmente sobre los planos a todos los presentes (los embajadores de Italia, Alemania y Portugal, las señoras, el propio arquitecto Muguruza, las autoridades militares y las jerarquías del Movimiento, con Sánchez Mazas y Serrano Suñer a la cabeza) la magnitud de la obra que aquel día comenzaba.

(Reportaje con fotografías y entrevista con el arquitecto D. Diego Méndez.)

³ BRIAN CROZIER: *Franco. Historia y biografía*. Ed. Magisterio Español, S. A., Madrid, 1969. (Tomo I, pág. 38.)

⁴ Teniente coronel FRANCISCO FRANCO SALGADO-ARAUJO: *Mis conversaciones privadas con Franco*. Editorial Planeta, Barcelona, 1976; pág. 215.



El concepto o sentido de *cruzada* con que desde sus comienzos se unge, desde una de las partes, a la contienda, sin duda contribuye esencialmente a la afirmación de la idea en la cabeza del Caudillo. A él se acogen desde los primeros momentos de la guerra los propagandistas de la zona nacional, y en seguida es asumido y respaldado por la dignidad eclesiástica, empezando por el propio Vicario de Roma. En una alocución pública pronunciada en Castelgandolfo el 14 de septiembre de 1936, Pío XI, aludiendo a la guerra civil española, habla ya de «mártires» y bendice a los defensores del «honor de Dios y de la religión». Poco después, desde el lecho, en el que se encuentra enfermo, el Papa manda su bendición especialísima al general Franco por medio del cardenal Goma, y Pacelli, futuro Pío XII y entonces secretario de Estado en el Vaticano, le dice en la misma ocasión al primado de España que le manifieste al general Franco que todas las simpatías del Vaticano están con él, al tiempo que entrega a Goma su nombramiento de encargado confidencial ante el Generalísimo.⁵ Con la publicación de la famosa pastoral colectiva del Episcopado español (1 de julio de 1937),⁶ la postura de Franco y su guerra quedan santificadas.

Quince días después del de la victoria, el 15 de abril de 1939, el ya reinante Pío XII se congratula con entusiasmo de la misma, en un mensaje a «la heroica España, la nación elegida por Dios», con una alusión especial a «los nobilísimos y cristianos sentimientos de que ha dado pruebas inequívocas el Jefe del Estado y tantos Caballeros, sus fieles colaboradores...».

Por doquier empiezan a surgir cruces y cruceros en homenaje y recuerdo de los héroes, de los mártires, de los caídos en la cruzada. Sobre las piedras seculares de las ermitas románicas, sobre los muros, sobre las fachadas de las altivas catedrales góticas, a las puertas de las iglesias, bajo los soportales y los aleros de las construcciones renacentistas, en las grandes poblaciones, en las pequeñas capitales de provincia y en los remotos pueblos, se inscriben en torno a los brazos de la cruz los nombres de los muertos en el bando de los vencedores.

Pero no podía ser esto suficiente. «Era preciso algo sin pareja ni mezquindad, de dimensión ciclópea —escribiría muy pronto un panegirista—⁷ Se trataba de guardar despojos queridos de gigantes espirituales. ¿Un monumento? Sí, pero a escala de sublimidad, digno de los sublimes

⁵ RAMÓN MUNTANYOLA: *Vidal i Barraquer, el cardenal de la paz*. Ed. Laia, Barcelona, 1974, págs. 315 y ss.

⁶ Se negaron a firmar la pastoral colectiva el arzobispo de Tarragona, Vidal y Barraquer, y el obispo de Vitoria, Mateo Múgica, ambos en el exilio ya en aquella fecha.

⁷ TOMAS BORRAS, en el artículo citado.

sacrificados con voluntario entusiasmo. Que la obra pudiera parangonarse con el magno hecho. Que la tierra recogiera a la carne tierra con la majestad debida.»

Esto y mucho más es lo que, sin lugar a dudas, expresa el preámbulo del decreto que dispone la fundación del monumento en el Valle de los Caídos, fechado un año justo después del término de la guerra, el 1 de abril de 1940. Este texto requiere una lectura meditada, párrafo por párrafo, línea a línea. Por de pronto, se manifiesta ante todo que «la dimensión de nuestra Cruzada, los heroicos sacrificios que la victoria encierra y la trascendencia que ha tenido para el futuro de España esta epopeya, no pueden quedar perpetuados por los sencillos monumentos con los que suelen conmemorarse en villas y ciudades los hechos salientes de nuestra Historia y los episodios gloriosos de sus hijos. Es necesario— sigue este texto— que las piedras que se levanten tengan la grandeza de los monumentos antiguos, que desafíen al tiempo y al olvido y que constituyan lugar de meditación y de reposo en que las generaciones futuras rindan tributo de admiración a los que les legaron una España mejor».

«A estos fines responde la elección de un lugar retirado donde se levante el templo grandioso de nuestros muertos, en que por los siglos se niegue- por los que cayeron en el camino de Dios y de la Patria. Lugar perenne de peregrinación en que lo grandioso de la naturaleza ponga un digno marco al campo en que reposen los héroes y mártires de la Cruzada.»

En el artículo primero de esta disposición fundacional se localiza con precisión el emplazamiento que va a tener la nueva Meca político-religiosa: «la finca situada en las vertientes de la Sierra del Guadarrama, término de El Escorial, conocida hasta hoy con el nombre de Cuelgamuros». No era un sitio elegido al azar, sino el resultado final de un rastreo del terreno al parecer bastante meticuloso, aunque se ha dicho que Franco llevaba en la cabeza una imagen precisa de lo que quería. Y tenía que ser en el Guadarrama, al parecer, la sierra carpetovetónica y centralista, en medio de otros esplendores históricos, y en desafío con ellos: La Granja, El Escorial... «No se trataba de descubrir, sino de identificar y localizar una imagen que (Franco) llevaba dentro», escribiría el que muy pronto iba a ser nombrado Abad de la Basílica, Fray Justo Pérez de Urbel,⁸ cuando, por cierto, estaba a punto de dejar de serlo. Dom Justo dice haber escuchado de labios del mismo Franco el siguiente relato acerca del hallazgo del escenario:

«Hice —habla Franco— varios intentos por todas las estribaciones del Guadarrama. Un día, ya en los comienzos de 1940, al terminar de comer, le dije a Moscardó:

— ¿Quieres que vayamos a buscar el Valle de los Caídos? Porque el valle debía existir y seguramente por esta zona.

Llegamos hasta el Alto de los Leones, descendimos hasta Guadarrama, tomamos la carretera de la derecha que lleva a El Escorial y a los dos o tres kilómetros nos detuvimos para examinar una hondonada que se abría en dirección a la sierra. Sendas de cabras y un camino muerto se alargaban entre un bosque de pinos. Lo seguimos hasta llegar a un cerro pedregoso que se alzaba a la derecha. Su nombre nos impresionó: se llamaba el Altar Mayor. Trepé hasta la cima, no sin cierta dificultad. El paisaje me agradó sobremanera.

— Sube —grité a Moscardó, que sudaba y jadeaba cuesta arriba.

Mientras llegaba, examiné los contornos. Algo más al Norte pude observar otra cima más alta todavía, un haz de riscos calvos de color dorado, entre cuyas grietas asomaba el verdor de algunos árboles raquíticos.

— Es la Nava —dijeron a mi lado.

— El nombre es menos sugestivo que el de la altura en que estamos, pero su forma me parece más majestuosa.

— No nos harás subir también hasta allí —dijo el héroe del Alcázar de Toledo.

— No es necesario por ahora; pero subiremos algún día y me atrevo a esperar que subirán muchos españoles.»

⁸ DOM JUSTO PEREZ DE URBEL, Abad Mitrado de Santa Cruz: *El Valle de los Caídos*. Librería y casa Editorial Hernando, S. A., Madrid, 1959.

En la primera inscripción existente en el Registro de la Propiedad, de mediados del siglo XIX, esta finca, con una superficie de 1.377 hectáreas, aparece con la curiosa denominación de «Pinar de Cuelga Moros», que ya se convierte en «Cuelgamuros» en la inscripción registrada en 1875 y en todas las siguientes. La última es del año 1932, y la propiedad, de don Gabriel Padierna de Villapadierna, marqués de Muñiz, y posteriormente de sus herederos, entre los que figura el actual conde de Villapadierna.

Según el mismo artículo primero del decreto ya mencionado, las obras para la erección del monumento fueron declaradas «de urgente ejecución», y «siéndoles de aplicación lo dispuesto en la ley de 7 de octubre de 1937». Esta ley, de expropiación forzosa, establecía el procedimiento rápido de ocupación en obras declaradas urgentes. Para el caso de que alguien opusiera resistencia a la ocupación acordada, facultaba al gobernador civil a prestar el auxilio de la fuerza pública al representante de la Administración para efectuar el lanzamiento y la ocupación correspondiente. No debió ser tan expeditivo y violento procedimiento el empleado para el caso de la finca de Villapadierna, pero en cambio sí lo sería otro de los preceptos de la ley, aquel que negaba recurso alguno a los interesados contra la cuantía de la indemnización, a fijar en todo caso por la propia Administración. Según la relación de gastos totales de la obra del Valle de los Caídos, a la que tendremos ocasión de referirnos con cierto detalle más adelante,⁹ la cuantía de las expropiaciones abonadas ascendió a 653.483,76 pesetas; claro que eran pesetas de 1940 y además no se había consumado entonces la parcelación del país y su venta, a trozos, a precios de mina de oro.

El terreno está comprendido entre las altitudes 985 y 1.758 metros sobre el nivel del Mediterráneo en Alicante. La primera de estas altitudes se registra casi al límite NE, y la segunda, en el Sur, concretamente en el llamado Risco de Abantos, que es la cota máxima. Tanto el Risco de la Nava como la mole del Altar Mayor, que tanto impresionaron a Franco, tienen una altura similar, 1.400 metros; mucho mayor, por cierto, que la del lugar elegido siglos atrás por Felipe II para levantar su célebre y cercano monasterio. Una circunstancia nada casual sobre la que aludirían enfáticamente los primeros comentaristas,¹⁰ al atribuir al nuevo monumento que iba a empezar a construirse la figura retórica de faro y atalaya, que sería visible en los días claros desde Madrid, desde Castilla, desde toda España..., al modo como en remotos tiempos se levantaban en los cerros más altos de las poblaciones aquellos rollos o picotas que simbolizaban el poder feudal.

La finca está surcada por varios arroyos, del agua de uno de los cuales, el arroyo de los Tejos, existía un viejo permiso de conducción hacia el pueblo de San Lorenzo de El Escorial.

Del apretado y rico pinar existente allí en el siglo pasado, y que diera nombre al lugar, no encontró Franco aquel día de principios de 1940 más que esa grandeza granítica y medio desolada que tanto le impresionó. Entre las malezas de espinos y helechos, de brezos y jaras, de madreselvas y tomillos, pocos vestigios quedaban ya de los añosos robles antiguos, de las encinas y los enebros, de los famosos pinos.

El ritmo de urgencia que su creador quiere imprimirle a la obra del Valle de los Caídos se manifiesta desde el primer día, y no sólo en la letra de esa disposición legal que aparece el 1 de abril de 1940. Ese mismo día, primer aniversario del final de la guerra, o de la Victoria, como empieza a llamársele, Franco presenta solemnemente su idea a sus colaboradores más cercanos y a sus amigos. Después de presidir el desfile de la Castellana y la recepción en Capitanía General, «en la que se sirvió un refrigerio, conversando el Caudillo con los generales en términos de gran simpatía y afecto»;¹¹ después de presidir en el Palacio de Oriente el almuerzo de gala en el que Su Excelencia sentó a su derecha a la embajadora de Alemania y a su izquierda a la de Italia, mientras que su esposa se rodeaba de los embajadores de ambos países, todos salieron en sus automóviles hacia el Guadarrama. El coche del Caudillo seguramente llevaba ya su nuevo guión, cuyo diseño o contenido se dio a conocer también en esa fecha, después de profundos y detenidos estudios realizados por diversos miembros de la Real Academia de la Historia: «El Guión o Pendón Cabdal (es decir, propio del "Cabdillo" o Caudillo), es cuadrado, de tres a cuatro palmos (aproximadamente

⁹ *El Valle de los Caídos*, por su arquitecto DIEGO MENDEZ GONZÁLEZ; documentación mecanografiada e inédita.

¹⁰ Véase, por ejemplo, *ABC*, de Madrid, de los días 2 y 3 de abril de 1940.

¹¹ *ABC*, Madrid, 2 de abril de 1940 (de donde se toman también los siguientes detalles y precisiones acerca de esta jornada histórica).

75 centímetros) de lado, terminando en tres dientes o farpas redondas, con fondo de púrpura, el color nacional por excelencia, cronológica y heráldicamente. Sobre este fondo va bordada en oro engolada la cabeza de dragantes de oro también linguados de gules. Se ven dos columnas de Hércules, la diestra coronada con corona imperial y la izquierda con el coronel español».



Ilustración 2. Incansable, con una idea fija en la cabeza (que tenía desde el comienzo de la guerra), Franco rastreó la sierra carpetovetónica y centralista en busca del lugar adecuado para su monumento, cerca de otros esplendores históricos y en desafío con ellos El 1 de abril de 1940 se publica el decreto de fundación y Franco acude a Cuelgamuros para mostrar a las planas mayores, incluidas las señoras, el escenario en que va a plasmar su idea.

A las seis y cuarto de aquella tarde llegaban a Cuelgamuros. Además de los miembros del Gobierno y jerarquías del Partido, las personalidades diplomáticas mencionadas, a las que habría que añadir el embajador de Portugal, estaban con el Generalísimo los generales Varela, entonces ministro del Ejército; Saliquet, que había sido jefe del Cuerpo de Ejército del Guadarrama en la guerra y entonces era capitán general de Madrid; Moscardó, entonces jefe de la Casa Militar del Generalísimo y pronto delegado nacional de deportes; Millán Astray, Sáez de Buruaga, Barrón, Sánchez Gutiérrez, García Pruneda, Cano Ortega, etc. Franco, tocado con su gorrito de campaña, pasó rápidamente revista a una compañía que se alineaba sobre el accidentado terreno, entre matorrales y pinos, y en seguida se dirigió por una gran alfombra a una pequeña tribuna levantada en la base del risco. Entonces el coronel Galarza, subsecretario de la Jefatura del Estado, dio lectura al decreto de fundación. «El momento fue de gran emoción», diría al día siguiente *ABC*, que

añade: «Es difícil describir la impresión emocionante que el acto, entre aquel magnífico escenario, producía», luego de que el eco repitiera «con fantástica modulación» los gritos de «¡Una!, ¡Grande! y ¡Libre!» con que todos los asistentes respondieron a los de «¡España!» lanzados por Franco, después de haber cantado al unísono el himno del Movimiento, brazo en alto.

Franco hizo explotar el primer barreno simbólico, y a continuación explicó personalmente y sobre los planos a todos los presentes la magnitud de la obra que aquel día comenzaba. Justo a su lado estaban, en aquel momento, amén de su esposa, Rafael Sánchez Mazas (al que el Papa acababa de conceder la Gran Cruz de la Orden de San Silvestre), Ramón Serrano Súñer y Pedro Muguruza, este último director general de Arquitectura; todos ellos vestían de uniforme, de negro. Enormes masas graníticas y grises servían de telón de fondo a la ceremonia, y en la lejanía, sobre riscos y lomas, se destacaban las siluetas de los capotes y tricorpios de la Guardia Civil.

Algunos periódicos de la época publicaron, junto a documentos gráficos que testimoniaban cuanto se ha relatado, toscos montajes fotográficos en los que grotescas cruces se elevaban sobre oscuras montañas, que al parecer no fueron del agrado del Jefe del Estado. Como pie a uno de esos trucajes, *ABC* hablaba el mismo 1 de abril de la construcción de «un sencillo monumento», pero al día siguiente ya decía que el monumento «tendrá la grandeza que impone la idea y que pide el feliz emplazamiento elegido, para que en una de las montañas del sistema central se reúnan las peregrinaciones de patriotas creyentes».

En unas declaraciones hechas por el director general de Arquitectura en esas mismas fechas,¹² se preveían los plazos de terminación de las obras. Indicaba Muguruza textualmente que el Jefe del Estado «tiene vehementes deseos de que las obras de la cripta se hallen terminadas en el plazo de un año, para inaugurarlas el 1.º de abril de 1941, y en el transcurso de cinco, el conjunto de todas las edificaciones, incluso jardines, que rodearán el monumento».

Ni en un año ni en cinco. El monumento, con la cripta y las demás edificaciones, incluidos los jardines y la cruz, no se inauguraría hasta veinte años más tarde, el 1 de abril de 1959. Muchas cosas sucedieron entretanto.

¹² Declaraciones de PEDRO MUGURUZA a la Agencia Mencheta, en *ABC*. Madrid. 3 abril 1940.

2.- ARQUITECTURA IMPERIAL Y POÉTICA DE LO COLOSAL

QUIEN en aquellas fechas iniciales representaba en España la máxima autoridad en el campo de la arquitectura, al menos en los planos teórico y oficial, el director general de Arquitectura, Pedro Muguruza, la persona encargada por Franco de estudiar los proyectos del monumento que comenzaba a levantarse, manifestaba humildemente el día de la explosión del barreno simbólico en Cuelgamuros que, aun siendo él el autor de esos planos, «las ideas le habían sido expuestas directamente por S. E. el Jefe del Estado».¹³ «Quería ser él (Franco) el iniciador, él quien trazara el esquema a los realizadores —añadiría a su vez años después el segundo de los principales arquitectos encargados de la obra—.»¹⁴ Aceptó para sí esa responsabilidad, como tantas, en esta ocasión responsabilidad estética, incluso. Todo le parecía pobre, chato, mezquino para la alta grandeza de los periclos por la mejor de las causas... No le importaba a Franco que los necios tuvieran por locura la fábrica asombrosa...»

Pasados los años se conocería la afición del Caudillo a la pintura, en la que, por cierto, no sobresalió tanto como en otras artes, así como la facilidad que tenía para el dibujo. Para expresar algunas de sus ideas ante arquitectos y técnicos en momentos difíciles o de atasco durante la construcción del monumento, tiraba de lápiz y con unos trazos dejaba marcadas las líneas a seguir. Algo menos conocida, aún hoy, es la pasión que sentía por la arquitectura. No en el aspecto retórico, de simbología política, con que podían llamarle arquitecto de la Patria los editorialistas de la Prensa española de posguerra, o al menos no tan sólo en ese aspecto. «El Caudillo —se diría, por ejemplo—,¹⁵ cuando ha terminado la guerra en que tan repetidamente el favor de Dios se reveló, ha tenido la inspiración de todos los grandes conductores de pueblos que buscaron en la arquitectura el mudo y magnífico lenguaje de las piedras para decir a las generaciones del remoto futuro cuál fue su fuerza y cuál fue su gloria.»

Había en él al parecer una verdadera, aunque secreta, vocación de arquitecto, ya descubierta y puesta de manifiesto años atrás por alguien que le conocía tan bien como Millán Astray. «Franco es un gran ingeniero —dice éste hacia el año 1920—, autor de diversos proyectos; pero su verdadera vocación parece ser la de arquitecto urbanista, constructor de ciudades.»¹⁶ Habla después el general legionario de que Franco resolvió en la Legión el problema de la traída de aguas, y que él fue el autor de un proyecto por el que se aprovechara el agua de una montaña vecina. «Fue él, asimismo, quien diseñó y dirigió la construcción del Círculo de Oficiales de la Legión, el que proyectó los distintos edificios, desde los pabellones de oficiales y los alojamientos de los hombres, hasta los talleres y las canalizaciones, desde el depósito de la Legión hasta Dar-Riffien. Ayudado por el capitán Alonso Vega, construyó una granja-modelo...» ¿Fueron las connotaciones masónicas que en su mente pudieran sugerir el oficio arquitectónico las que le indujeron a ocultar esta frustrada vocación?

Fuera como fuese, la verdad es que la ocasión se presentaba como inmejorable para dar rienda suelta a la constructiva afición. No sólo en la pirámide faraónica o sueño catedralicio del Valle de los Caídos, sino en multitud de manifestaciones monumentales o meramente urbanísticas que las ruinas de la guerra hacían más o menos necesarias. «Necesitamos ruinas recientes, cenizas nuevas, frescos despojos —ardía el astro inefable de Agustín de Foxá en augurales fechas—;¹⁷ eran precisos el ábside quebrado, el carbón en la viga y la vidriera rota para purificar todos los salmos (...). Benditas las ruinas porque en ellas están la fe y el odio y la pasión y el entusiasmo y la lucha y el alma de los hombres (...). España varonil, desvelada, inesperada, tiende sobre la mesa sus planos de ciudades en ruinas y exalta la arquitectura heroica de sus fortalezas minadas...» Y otros muchos hombres de las cercanías y la confianza de Franco, inspiradores algunos de ellos de

¹³ ABC, Madrid, 1940. De las declaraciones de PEDRO MUGURUZA.

¹⁴ TOMAS BORRAS: Del reportaje publicado en ABC y ya mencionado.

¹⁵ En ABC, Madrid, 4 abril 1940.

¹⁶ CLAUDE MARTÍN: *Franco, soldado y estadista*. Fermín Uñarte, editor. Madrid, 1965. 4.^a edición, pág. 42.

¹⁷ AGUSTÍN DE FOXA: «Arquitectura hermosa de las ruinas», en la revista *Vértice*, número 1, abril de 1937.

muchos de sus actos, coincidían con el poeta en la visión heroica e imperial de lo que en adelante había que construir. «Hay que hacer un Madrid nuevo —manifestaría entonces, por ejemplo, el ministro de la Gobernación y jefe de la Junta Política, Serrano Súñer—, lo que no quiere decir precisamente el gran Madrid en el sentido material y proletario de los Ayuntamientos republicano-socialistas, sino el Madrid con la grandeza moral que corresponde a la capital de la España heroica. Un Madrid donde nunca más puedan cometerse las vilezas que aquí se cometieron en el dominio rojo... Trabajen ustedes para que todos podamos acabar con la espanyolería trágica del Madrid decadente y castizo, aunque hayan de desaparecer la Puerta del Sol y ese edificio de Gobernación que es un caldo de cultivo de los peores gérmenes políticos...»¹⁸

Pero no sólo eran palabras. Había proyectos y planos, que presagiaban obras. «Para vencer el apocamiento y cobardía de los tres últimos siglos de fracaso y decadencia», se presentó poco después de acabada la guerra el diseño de lo que debería ser el Madrid del año 2000, en el que, por cierto, se hacía tabla rasa de la Puerta del Sol y se echaba abajo el edificio de Gobernación.

«La futura capital soñada, digna del eterno Imperio Hispánico», conduciría a «alcanzar la espiritual grandeza de otros tiempos y a la par nueva riqueza, pujanza y majestuosa belleza de la Ciudad que aspira a condensar, en un segundo Renacimiento, toda la historia de España que fue y la que comenzó a escribirse el 18 de julio de 1936».¹⁹

Para crear un gran Madrid-Oeste que oponer al viejo Madrid-Este, se fundían en una ciudad autónoma Pozuelo, Aravaca y El Plantío, a la que se accedería mediante la «Vía Triunfal», enlace entre el Gran Centro Cívico del Salón del Prado y el Templo-Palacio-Monasterio-Universidad de El Escorial, «símbolo eterno de la Magna Hispania». La «VIAR» o Gran Vía Aérea madrileña saltaba sobre la vaguada del Manzanares, para constituir una especie de triunfal vía romana. La reforma interior se basaba en «la magnífica creación del recinto del Madrid Imperial, cuyos centros son la Puerta del Sol (de nueva planta) y el Nuevo Salón del Prado». El enlace aéreo entre la montaña del Príncipe Pío y las estribaciones del Garabitas, en la Casa de Campo (donde se levantaría un gran falo o Faro Ibérico), se trazaría a 60 metros sobre el nivel del río, en una calzada de 85 metros de ancho, de la que saldrían otras vías y numerosas pasarelas... Los soportes de los arcos de esta vía-puente serían 16, llamados «Pylonos», y consistirían en dieciséis grandes rascacielos capaces de albergar a cien mil personas cada uno de ellos, poblados de tiendas, cafés, restaurantes e industrias anejas. Con respecto a la nueva Puerta del Sol (no hace falta derrumbar lo viejo: «él se derrumba ya, espontáneamente, no sólo por fatalidad mecánica, sino también avergonzado de su miseria»), tendría forma elíptica y sería «una arquitectural sinfonía heroica», un «colosal monumento cuyo volumen de 15.000.000 de metros cúbicos habrá de elevarse a las glorias históricas pretéritas y ansias futuras del Imperio Ibérico».

Si no tan hiperbólicas y extravagantes como las reflejadas en este proyecto, las ideas sobre la misión de la arquitectura que por las mismas fechas podría tener el primer arquitecto del Valle de los Caídos, eran, cuando menos, ideas imperiales, tan propias de aquel tiempo. Pedro Muguruza tenía también su propio concepto acerca de lo que iba a ser el mundo en el año 2000, otro tópico al que en su caso vamos a referirnos muy de pasada. En unas declaraciones efectuadas en el año 1935,²⁰ indicaba que a su juicio la arquitectura del futuro desconocería las calles, los patios, las ventanas. Las casas serían giratorias, con terrazas-aeródromos e iluminación solar distribuida por espejos eléctricos; televisión en todas las viviendas, etc., etc. Pero concluye así, ya por entonces: «En el siglo venidero (...) se recurrirá a la Arquitectura, con mayúscula, cuando se trate de hacer algo "eterno", "permanente". Vitrubio y don Juan de Herrera se conocerán y estimarán en el año 2000 un poquito más que Le Corbusier, Erik Mendeklson y Gropius».

Pedro Muguruza Ontañón era un vasco atlético, de Elgoibar (aunque nacido accidentalmente en Madrid, allí estaba enraizado); aficionado al deporte, partidario del clasicismo en el arte y de temperamento conservador. Gran dibujante, había publicado viñetas taurinas en su juventud, en *The*

¹⁸ En *ABC*, Madrid, 21 mayo 1939.

¹⁹ ANTONIO PALACIOS, de la Real Academia de Bellas Artes, es el autor de este proyecto, que con el título de «Hacia el Madrid del año 2000», se publicó en las páginas de la revista *Horizonte*, número de la Victoria, en homenaje a Madrid, el 1 de agosto de 1939.

²⁰ Al diario madrileño *Ya* (sin especificar fecha en el álbum de *Recortes de Prensa* del propio arquitecto, que comienza en octubre de 1913 y concluye en mayo de 1949).

Kon Leche y otras publicaciones, así como chistes del mismo género, firmados; también hizo apuntes del natural de Nijinski y de Encarnación López, «la Argentinita», cuando ésta debutó en el teatro Romea. La primera edición de *La España del Cid* (1929), de don Ramón Menéndez Pidal, apareció con las afiligranadas capitulares trazadas por el joven arquitecto. A él se debe también el edificio de la Prensa, en la plaza del Callao, en Madrid, así como las acertadas restauraciones de la casa de Lope de Vega, de las cartujas de El Pualar y Miraflores, etc. Se encargó de la reconstrucción arqueológica de Sagunto y de la reforma del Museo del Prado, del palacio de Santa Cruz, del de las Cortes... Colaboró (con Rafael Martínez Zapatero y Lorenzo Coullaut Valera) en el monumento a Cervantes de la plaza de España (Madrid) y realizó el anteproyecto del monumento al Sagrado Corazón en el Cerro de los Angeles.

En otro orden de cosas, se dice que a raíz de los incendios de iglesias en Madrid en 1931, «Muguruza pasó horas y horas buscando entre los escombros humeantes cosas y reliquias que se pudieran salvar y recuperar. Así encontró —es sólo un ejemplo— la arqueta que contenía los restos de San Francisco de Borja, milagrosamente salvada tras el incendio de la residencia de los Padres de la calle de la Flor. Rescatada la arqueta, la tuvo en su casa hasta que los Padres pudieron recuperarla en condiciones de seguridad».²¹ El verano del 36 le cogió en Madrid, donde al parecer corrió serios peligros. Lo cierto es que menos de un año después Muguruza es una de las personas a las que el capitán británico Christopher Lance, llamado el *Pimpinela Español*, saca de España, como si se tratara de una caja de naranjas. El arquitecto, junto con otras personas, embarcó en el puerto de Valencia, y en el *Lesto* fue trasladado a Immingham, en Inglaterra.²²

En abril de 1937 aparece de nuevo en San Sebastián, y a las pocas semanas organiza en Burgos una asamblea de arquitectos nacionalistas presidida por el ministro falangista Raimundo Fernández Cuesta, en la que se trató de la creación de un Ministerio que agrupase todas las actividades de la Arquitectura y el Urbanismo.²³ Estas reuniones siguen en Salamanca y en San Sebastián, y de este tiempo parte el conocimiento por parte de Franco de las cualidades de dinamismo, disciplina y profesionalidad del que iba a ser su primer arquitecto. No se crea un Ministerio, pero sí en cambio una Dirección General de Arquitectura, dependiente por cierto del Ministerio encargado del orden público, el de Gobernación, y como primer director general es nombrado Muguruza, en 1939. Como decano del Colegio de Arquitectos de Madrid figura en ese momento Manuel Valdés Larrañaga, «que no tenía gran experiencia profesional —en opinión de sus colegas—²⁴ pues había terminado la carrera el 1934 y durante este período de cinco años, tres de ellos habían sido de guerra y los dos anteriores prácticamente también. Sin embargo, había llevado durante este tiempo una vida política agitada, y éste era un factor a su favor, resultando además que el momento político encajaba bien con sus convicciones».

Las ideas arquitectónicas que rigen en el momento las expresa casi paradigmáticamente el mismo Muguruza en sus trabajos teóricos. «Desde el siglo XVII —escribe, por ejemplo—,²⁵ y con la leve excepción de una época breve al final del siglo XVIII, España no ha tenido una arquitectura; ha tenido una serie de maestros mayores y arquitectos, sin existir entre ellos un sentido nacional o un criterio conjunto para sus obras; y al ser ahora preocupación del nuevo Estado la orientación de todas sus actividades en un sentido nacional que disciplinadamente refleje sus condiciones, es punto fundamental hacer una serie de análisis que desbrocen el camino complejo abierto ante nosotros.» Habla del «sentido imperial de nuestra arquitectura», de los «factores raciales en la base de unas formas expresivas»;²⁶ habla de «formar un conjunto que sea continuación de aquel Arte Nacional iniciado con los valores universales que los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II arrojaron

²¹ LUIS MIRA IZQUIERDO: artículo biográfico publicado en *El Diario Vasco*, de San Sebastián, el 4 de julio de 1976.

²² C. E. LUCAS PHILLIPS: *El Pimpinela en la guerra española 1936-1939*. Ed. Juventud, Barcelona, 1965; págs. 144 y ss.

²³ MARIANO GARCÍA MORALES: *Los Colegios de Arquitectos de España. 1923-1965*. Editorial Castalia, Madrid, 1975, pág. 58.

²⁴ MARIANO GARCÍA MORALES: *Ob. Cit.*, pág. 62.

²⁵ PEDRO MUGURUZA, director general de Arquitectura: «Nuevo sentido de la Arquitectura Nacional», en la revista *Horizonte*, número extraordinario dedicado al primer año de paz en España, núms. 13 y 14, marzo-abril de 1940.

²⁶ En *Legiones y Falanges*, Madrid, enero de 1942.

en España en una voluntad de Imperio...». No se puede pedir mayor claridad en tanta confusión. En una conferencia que pronuncia en Barcelona en 1942, con motivo de la clausura de la Exposición Nacional de Bellas Artes, Pedro Muguruza se hace eco lisa y llanamente de las ideas arquitectónicas del Caudillo. «El Caudillo desea —dice— que España oriente su arquitectura imprimiéndole un estilo peculiar del momento histórico que nuestra nación ha vivido en su Cruzada liberadora.» «El nuevo estilo arquitectónico a que se va —insistirá— (es) el imperial».²⁷

Muguruza es retórico, «imperial», pero no es colosalista, o al menos no lo es tanto como cabría esperar en el gran momento de la «poética de lo colosal». El mismo había manifestado también, como idea seguramente más personal que otras, más profesional y menos política, que «cada página de arquitectura nueva debe ser una prueba de síntesis y una muestra de sencillez: pasar desapercibido... Sin que esto quiera decir que las formas de nuestras obras hayan de caer en una frialdad inexpresiva y monótona».²⁸

Pero no es fácil pasar inadvertido cuando se trata de levantar o remover las piedras de modo que lleguen a tener la grandeza de los monumentos antiguos y que desafíen al tiempo y al olvido. En la primera ocasión en que habla de lo que tiene pensado hacer en Cuelgamuros, aun siguiendo la pauta de su jefe, se mantiene en unas proporciones que muy pronto serían superadas, aunque ya no por él. La cripta tendría, así, forma de cruz, y su capacidad no sería mayor que la necesaria para acoger a mil personas; y la cruz exterior que coronara la montaña, aunque de dimensiones verdaderamente extraordinarias, no superaría los 120 metros de altura.²⁹ Algunas otras cosas del proyecto inicial iban a sufrir modificaciones, unas por motivaciones políticas, que el paso del tiempo iba a imponer, de alguna manera; otras, por lo que pudiéramos llamar imponderables o dificultades insalvables. Modificaciones contrarias, en todo caso, al sentido imperial del proyecto y a parte de su espectacular colosalismo. Así pronto dejó de hablarse, por ejemplo, del cuartel de juventudes o de milicias que, en el artículo primero del decreto de creación, se equiparaba a la Basílica y al Monasterio cuya construcción daba comienzo, teniendo que dar al olvido aquella doble significación del monumento tan del gusto de la época: «el culto religioso que corresponde rendir perpetuamente a nuestros caídos y la guardia de honor que materialmente cumple dar al recinto sagrado que los contenga».³⁰ Como también se desechó el proyectado lago que, en forma de cruz, se extendería ante la cripta, y en cuyo contorno se diseminarían las tumbas hasta formar el más increíble cementerio.³¹

Comenzaron las obras, entre tanto —ya veremos cómo, y por qué manos—, y al cabo de un año, el 1.º de abril de 1941, primer plazo impuesto para la inauguración de la cripta, se habían extraído de ésta unas cuantas toneladas de roca desmenuzada, que en forma de escombros iban allanando parte de la hondonada del valle. El Guadarrama era bello, pero duro.

Meses después, la impaciencia y las prisas del fundador del Valle de los Caídos se manifiesta en un decreto, que lleva fecha del 31 de julio de 1941. «Realizada hasta la fecha toda la labor de proyectos —comienza en su segundo párrafo—, e iniciados ya de una manera sensible los trabajos de realización de los mismos, es llegado el momento de *impulsar* decididamente la obra para coronar *su término en el menor plazo posible*, creando un órgano de dirección con la autoridad y la autonomía de gestión necesarias para solventar todas las dificultades que las circunstancias presentes puedan presentar ante la *rápida marcha* de los trabajos.» Para ello dispone la creación de un Consejo de Obras del Monumento a los Caídos, que debería quedar constituido en *un plazo no superior a ocho días*, con el fin de realizar los proyectos aprobados en el *mínimo plazo posible*. Formaban este Consejo ocho personas, encabezados por el ministro de la Gobernación y con Pedro Muguruza y el marqués de Lozoya, entonces director general de Bellas Artes, entre ellas. Pero merece llamar la atención sobre el hecho de que asimismo fuera designado consejero el comisario general de Abastecimientos y Transportes. Se insiste en el texto legal en la tarea de *solventar las dificultades* encomendadas al Consejo y en conseguir la *rápida realización* de lo ordenado.

²⁷ *Arriba*, Madrid, 31 julio 1942.

²⁸ *Horizonte*, núms. 13 y 14, marzo-abril 1940.

²⁹ PEDRO MUGURUZA: Declaraciones al diario *ABC*, Madrid, 3 abril 1940.

³⁰ *ABC*, 20 febrero 1942.

³¹ MUGURUZA hace referencia a este proyecto en sus mencionadas declaraciones a *ABC*, de 3 de abril de 1940; idea en la que aún insiste en 1942 (*ABC*, 20 febrero 1942).

Se desprende del artículo sexto de este decreto que entre las dificultades que había que solventar expeditiva y rápidamente figuraba en lugar predominante la del dinero, que debía empezar a necesitarse con cierta holgura. Más adelante se entrará en detalle en el sustancial capítulo de la financiación de esta obra, en su coste, en una palabra; pero puesto que estamos tratando de rastrear el acontecer histórico con cierto orden, al menos cronológico, no se puede pasar por alto una ligera e inicial referencia al tema. El artículo segundo de aquel decreto fundacional (de 1.º de abril de 1940), establecía textualmente que «los gastos que origine la compra del lugar y la realización de los proyectos serán con cargo a la suscripción nacional, que quedará, en la parte que corresponda, sujeta a este fin». Y poco más de un año después, tan sólo en el prólogo de la magna empresa, se hizo ya preciso disponer, aparte de esos fondos, «de aquellas otras aportaciones que el Gobierno juzgue conveniente destinar a la misma».

Otra dificultad grave fue la expuesta por el arquitecto Muguruza en la primera reunión que celebró este consejo: «la del aprovisionamiento, tanto de víveres para los obreros como de carburantes y materiales», como reconocería más adelante su sucesor en la dirección técnica de la obra,³² que acaso involuntariamente refleja también así la situación por la que atravesaba el país: «El arrasamiento de la nación y la guerra mundial, no favorecen la empresa, de gran envergadura, que se inicia en una serranía sin núcleo de población».

Pero las dificultades se allanaron, como no podía ser menos, para llevar a cabo la gran obra simbólica, con pretensiones de eternidad. La ejecución de sus distintos aspectos o partes fue adjudicándose sucesivamente mediante concurso en estos primeros años de la década de los 40. De la perforación de la cripta, con la consiguiente extracción de millones de metros cúbicos de piedra del Risco de la Nava, se encargó la empresa San Román, de Madrid (filial de Agromán, con la que luego se refundiría). La empresa Molán, también de Madrid, se encargó de la construcción del edificio entonces destinado a Monasterio, en la parte posterior del mismo risco. Un portugués, llamado Manuel Rodríguez Crisógono, inició los trabajos de construcción de la exedra. Y los hijos de un modesto contratista catalán apellidado Banús tomaron a su cargo el trazado de la carretera de acceso, que había proyectado el ingeniero de caminos Jesús Iribas de Miguel.

Otras muchas cosas empezaban con el comienzo de estas obras, para las que, por otra parte, había abundante mano de obra en las cárceles españolas.

³² *El Valle de los Caídos*, por su arquitecto DIEGO MENDEZ, doc. cit.

3.- "DON JUAN BANÚS ME MIRÓ LA BOCA Y ME TANTEÓ LOS MÚSCULOS"

DON Juan Banús fue a por gente a Ocaña, y por no estar encerrado allí en aquel patio, porque era una fanega de tierra lo que veíamos, yo pedí ir a trabajar. Pero como estaba tan débil, no me quería llevar. Me miró la boca, me tanteó los músculos..., ¡sí, el mismo don Juan Banús! Estuvo allí hacia el quince o dieciséis de julio del año cuarenta y cuatro, por la mañana. Entonces era un hombre joven, muy fuerte y muy robusto; hermano de don José. Es que trabajaban juntos. El destacamento penal era de los dos, pero luego ellos se separaron y entonces se vino a trabajar a Madrid y nosotros nos quedamos allá con el otro. Como éramos muchos miles los que allí queríamos salir a trabajar, escogió gente. Nos formaron en el patio y pasó en compañía de un guardián y de un oficial; y todo el que estaba sentenciado en firme y quería salir voluntario daba un paso al frente. Los ordenanzas ya dijeron que era para salir a trabajar, que íbamos a estar muy bien, y el que quiso dio un paso al frente, y entonces él entresacaba al que veía más fuerte, más alimentado. Y claro, como yo estaba tan débil, porque no pesaba más que cuarenta kilos, o cuarenta y dos, como mucho, en aquel tiempo, con mi estatura, no me quería coger. Hombre, mire usted, que tal y que cual, que quiero salir a trabajar, porque en mi situación, yo no quiero estar aquí. Y ya le tuve que decir: Mire usted, yo he trabajado en caminos vecinales, he trabajado en carreteras, he trabajado en el campo. Bueno, me preguntó, ¿y no recibes nada? Pues no, señor, yo no recibo nada, yo me mantengo de lo que aquí se me da. Pues en el destacamento ya te recobrarás algo; hala, apúntalo, que parece que tiene mucho interés en venir. Y me llevó al destacamento de Cuelgamuros.

A mí el final de la guerra me cogió en el campo de Toro, en la provincia de Teruel. Allí, el día veintiocho de marzo nos dijeron que había terminado la guerra, los jefes ya no estaban, el que había podido se había ido, y ya nos tuvimos que entregar; allí las fuerzas que había eran requetés de Navarra, que se portaron con nosotros muy mal, muy mal, nos hicieron muchas cosas y muy raras. Éramos unos ocho o diez mil, en un campo con unas alambradas, ni más cobijo ni más nada, las espaldas cuando te ponías boca abajo y la tripa si te ponías boca arriba. Componentes del ejército republicano, de todas las clases y tendencias; allí únicamente que alguien diera un chivatazo, que por lo demás, nada. Y vino un teniente coronel y nos dijo que una vez que comprobara que no había extranjeros, que todos éramos españoles, que cada uno se fuera a su pueblo y que lo juzgara quien lo conociera. Se fue a Zaragoza y trajo un montón de máquinas de escribir y cada día echaba a mil hombres. Tanto es así que yo llegué a mi pueblo, en la provincia de Cuenca, el dieciséis de abril. Y ya allí me detuvieron. ¿Por qué? Porque me había ido voluntario y porque había hecho guardias por el pueblo..., por venganzas. Anteayer estuve hablándolo todo con un grupo, allí en el pueblo, y tan amigos, como si tal cosa; alguno habría de los que me denunciaron, sí, yo qué sé, pero muchos han muerto ya.

A mí me cogió la guerra segando. Allí estábamos segando y continuamos hasta que se terminó la siega aquella. Después bajamos al pueblo y en el pueblo ya se formaron unas milicias, y como yo era del treinta y cinco, tenía entonces unos veintidós años, y le tocaba salir a mi quinta, pues me fui voluntario. Me incorporé a la columna del coronel Rodríguez Palacios y el primer frente que pisamos fue el del Pardo, por Casaquemada, y de ahí nos sacaron y estuvimos en la Marañosá, ahí al lado del Cerro de los Angeles, y de ahí salimos y estuvimos en Garabitas. En el cerro de Garabitas, el día dieciséis de abril del treinta y siete, debido a los asaltos que habíamos dado y a la escabechina que nos habían hecho y nosotros a ellos, hubo que hacer una amistad. Para enterrar a los muertos. Hicimos un pacto. Lo pidió precisamente el comandante del tercio, y un alférez, los que mandaban aquello; entonces me encontraba ya solo, con este brazo..., que la bala me atravesó el tabardo cuatro veces, pero era un rasguño nada más, como una vacuna; porque el batallón nos lo habían dejado deshecho. Y ya comuniqué abajo al hipódromo lo que pasaba, y entonces subió un capitán, que hacía de comandante, se puso al habla y ya el mismo día dieciséis a las diez de la mañana en punto se puso bandera blanca. Yo entonces era cabo, pero como no quedaba allí nadie, me tuve que hacer cargo de los treinta o cuarenta hombres que quedaban, no todos habían muerto. Allí se hizo el trato siguiente: una vez que comprobamos que todos somos españoles, nos dicen, porque nos tenían como que no lo éramos, que somos todos hermanos, vamos a enterrar a esos cadáveres; y a las diez en punto de la mañana, bandera blanca, de un lado y de otro. Entonces lo

primero que se asomaron fueron las banderas, y una vez asomadas las banderas se asomaron los comandantes, que el nuestro era un capitán. Acto seguido, salimos un alférez de ellos y yo; allí nos saludamos, y luego dos o tres cabos y algún sargento. Y cuando ya estábamos ocho o diez en el medio, entonces se autorizó a salir. Con un trato: que cadáver que se cogiera, todo lo que se le quedara agarrado, se retiraba, y lo que se quedara en el suelo, se dejaba; y luego el que más chillara, se lo llevaría. Es que el cadáver, al caer al suelo, tenía el fusil agarrado, o metido en el hombro, o tenía una pistola o tenía bombas, con su correaje; entonces, se cogía el cadáver con lo que tenía y se retiraba; pero lo que quedase en el suelo, allí había que dejarlo, no se podía coger, ni unos ni otros, y luego el que más apretara o más valiente fuera, que pasara a por las armas. Esto empezó a las diez. Juntamos el rancho con ellos y la que allí se formó... Prohibido que en esa ocasión se consintiera pasarse a nadie, pero aún así hubo algún detalle, que alguno se camufló, más bien de ellos a nosotros. Teníamos un parapeto que le llamaban el parapeto de la muerte, muy peligroso, porque teníamos que mirar desde abajo con un espejo que había dispuesto hacia aquí y otro dispuesto hacia allá, y entonces la imagen de ellos se reflejaba en este espejo de abajo y yo miraba por aquí; o sea, un tubo, combinado, a una altura de unos ochenta centímetros. Porque, si no, era peligroso. Estaban tan cerca que te pegaban un tiro en la boca o en la cabeza. Sólo el bordillo de la carretera nos separaba. En aquella comida comió mucha gente. De mi batallón comieron muchos, y de otros batallones, y aquello se alargaba ya hasta Zarzaquemada. Al día siguiente pusieron un gramófono y nosotros pusimos un altavoz; nos echábamos la petaca, echábamos un cigarro, y no pegábamos un tiro. Por eso cogieron y a los tres días, una noche, con todo el silencio que había, vinieron a relevarnos, y se oyó que ellos estaban haciendo lo mismo. Luego estuvimos descansando en los cuarteles, se reorganizó la brigada y pasamos a los frentes de Teruel, pero no a la toma, sino a los pinares lindando con Cuenca, que fue cuando hicieron la retirada de Albarracín los de la Confederación, o sea los rojos, en una palabra, pudiéramos hablar así.

En la prisión de Torrijos, en Conde de Peñalver, casi frente a Porlier, fue uno de los sitios en donde peor lo pasé. Y en Uclés también hemos pasado muchas; allí estábamos ocho mil hombres, y teníamos cuarenta centímetros para cada uno. Luego estuve en Alcalá de Henares y en Ocaña. Me juzgaron y me condenaron a treinta años.

A mí don Juan Banús en Ocaña me miró los dientes y me palpó los brazos; y me preguntó los años, claro, yo entonces tenía veinticinco, estaba en la flor de la vida, pero como no percibía alimentos de fuera de la prisión, pues estaba como un paraguas viejo, arrugado. Nos montaron en dos camiones Saurer descubiertos, unos treinta o cuarenta en cada uno, con un oficial de prisiones. Al pasar por aquí, por Madrid, nos dijo: «Si alguno tiene dinero y quiere comprar algo, puede hacerlo. Y si alguno trata de escapar, no se extrañe, que yo llevo una pistola y tengo que defender mi pan, así que ya sabéis». Y ni más ni menos. Llegamos a la casilla de los peones camineros de Guadarrama y dijo: «El que tenga sed, que baje a beber agua, que es muy buena y muy fresquita», y en efecto era así. «¿Y veis esos cerros?»





Ilustración 3. Los presos políticos que en la década de los cuarenta comenzaron las obras del monumento fueron alojados en pobres barracones de cantería, de los que aún se conservan algunos restos en el Valle de los Caídos. La edificación de dos plantas, tras el pino, servía de enfermería y a veces de escuela. En la relación final de gastos de las obras aparecen 620.000 pesetas como coste de todos los barracones de los tres poblados existentes para presos u obreros, mientras que en las viviendas de los empleados se gastaron más de 20 millones.

Pues desde aquel cerro a este otro, dando la vuelta por esas cumbres, ésta es la prisión.» Nosotros nos quedamos extrañados, porque nos parecía mentira, que nos estaban engañando. Y ya llegamos a la portada del Valle, la que es hoy, y ya vimos a compañeros nuestros, trabajando, que habían salido en expediciones anteriores, y que no había nada más que capataces con ellos; si acaso, daba una vuelta de cuando en cuando un oficial. Estuvimos dos o tres días sin trabajar, hasta que pasó el dieciocho de julio, y cuando empezamos, el primer día, muchos caíamos malos, porque acostumbrados al rancho de la prisión, al darnos allí un cazo del doce, pues el que tomaba dos cazos de rancho caía malo. Nos daban almortas, algún garbanzo..., ya era otra cosa. Y le echaban algún hueso para que diera algún jugo, no mucho. Ahora al llegar allí y ver aquello hay que imaginarse que todo es un montón de cazos de rancho, no hay más ni menos, a costa de nuestro sacrificio. O sea, que allí no fuimos ni más ni menos que a construir una tumba faraónica para los que ahora la vayan ocupando; eso fue lo que hicimos nosotros allí. Lo que pasa es que estábamos mejor que en la cárcel. Porque, ¿sabe lo que cobré yo la primera semana, trabajando diez horas diarias, ocho de jornada y dos extraordinarias? Calcule lo que cobraría yo: quince veinticinco. Y te daban el rancho, porque si tuviéramos que comer por nuestra cuenta... Entonces nos daban dos reales, por el Patronato Nacional de Presos y Penados, más otros dos reales que nos daba Banús. Luego ya, cuando nos fuimos rehaciendo, que nos daban destajillos, había semanas que cogías treinta o cuarenta pesetas, matándote a trabajar, y entonces el día que te encontrabas una latilla de chicharros en el economato, que en aquellos tiempos comprar una lata de chicharros era para nosotros más que hoy un jamón, y ya te comías por la mañana un trocito de pan, si podías recabarlo, nos juntábamos cuatro o cinco, con un pan, que lo traían de Peguerinos, valía veinte pesetas, un pan de kilo, y cogíamos una asadurita, que subían de Guadarrama a venderla, y ya nos hacíamos nuestro ranchejo..., mañana no queremos rancho, eso para los que no tengan.

Cuando llegamos, los Banús estaban haciendo la pista para subir. Ya se había empezado a hacer la cimentación en el puente, en el viaducto. En el destacamento nuestro entonces éramos

unos cuatrocientos. El túnel lo hacía otro destacamento, y el monasterio otro. Todos presos; libres habría muy pocos. Porque inclusive nombraron capataces de los mismos penados, y nosotros los respetábamos como compañeros nuestros, o sea que preferíamos estar con ellos. Había que respetarlos, si no, ya sabías lo que te quedaba. Si no te comportabas, pues venías caminito de la cárcel otra vez. ¡Huy, muchos, que se devolvían! Unos porque no querían trabajar, otros por su tendencia política; otros, porque los cogían "leyendo prensa que ni Dios sabe quién se la había llevado, y cosas por el estilo. O si había reuniones políticas, claro, y se chivaba alguien o te cogían.

Había allí una señora, jefa, o sea mujer del jefe de destacamento, que para señalarnos, para ver quiénes eran los que habían sido más malos, o sea quién había tenido pena de muerte y quién no la había tenido, entonces a los que estábamos sentenciados con treinta años de reclusión, nos puso un botón blanco, de chapa, en sitio visible, había que llevarlo en el traslazo del mono, o en la chaqueta, o en la gorra, o en la camisa; un botón blanco, del tamaño de los que usaban entonces en las guerreras los soldados, pero liso. Y los que habían tenido pena de muerte, esos tenían que llevarlo dorado; igual, en sitio visible. O sea que si venías y te quitabas el mono, tenías que prendértelo con el alfiler en la camisa. Hasta que ya cambiaron de jefe, que llegó y le dijo al ordenanza: «Anda, vete al barracón y diles que los botones que los tiren a hacer puñetas, que no quiero ver a nadie con un botón puesto, que para mí todos son iguales». Nos figuramos que era cosa de la mujer, que era malísima. Siempre le estaba diciendo: «¡Segundo, cuántos años llevarán éstos sin confesar...!» Ja, ja, ja, que cuántos años llevaríamos nosotros sin confesar. «¡Cuántos pecados tendrán!» Aquellos botones nos pesaban cinco toneladas por lo menos a cada uno, porque llevar aquello era ir diciendo quién eras. Vamos, cómo te tenían que calificar. Le llamábamos *La Cirinea*. En cambio, tenía un hijo que era una bella persona. Pero ella era malísima.

Visitas allí de Franco, muchas. Entonces estábamos un poco más vigilados. Haciendo la obra, y que nadie se moviese y demás. Subía él a lo mejor por una pista, la vieja, y nosotros estábamos trabajando en la otra, en la nueva. Lo único que las veces que iba hacían muchos cacheos, controlaban aquello mucho. Iba la guardia civil dos días antes y demás, y a lo mejor por aquel pinar había un montón de parejas desperdigadas. Y cuando venía por su cuenta y llegaba sin avisar, como en una ocasión que iba a La Granja y se coló en Cuelgamuros, se presentó allí con el arquitecto, sin más escolta. Decían: Franco, Franco, Franco, que está ahí Franco... Bueno, pues Franco. Nada. ¿Qué íbamos a hacer? Pues nada. A lo mejor había quien nos había hecho más mal que él. Millán Astray nos hacía muchas visitas; como estaba medio loco... Y una vez fue y estábamos cogiendo el rancho y decía que aquello no era para mantener criaturas que trabajaban. Vino Millán y se encontró allí con uno que había sido teniente ayudante suyo, antes de la guerra, pero estaba penado, porque en la guerra había sido coronel, y él le decía: «Joder, macho, si me descuido un poco me echas delante». Y en vez de preguntarle por la familia, lo primero que le preguntó fue que con qué querida hacía vida. Dice: «Oye, con cuál de ellas haces vida ahora». Dice: «Ahora, con ninguna». «Pero bueno, alguna te vendrá a ver.» «¿Quién me va a venir a ver aquí.»

Yo de la guardia civil... Pues sí, hay algunos episodios. Porque una noche cogió un cabo que había muy templadito, muy chuleta, de aquellos nuevos que hacían, y a uno de los penados, porque no le había dado las buenas noches, le pegó una bofetada que le tiró el rancho al suelo. Y se fue al jefe del destacamento, que cogió y le dijo: «Dime quién te ha pegado». «Este señor.» Le dijo: «En tus manos está: se le destierra, se le quita la ropa, o qué castigo prefieres, porque a mis presos no los tienta nadie más que yo, si hay que tentarlos, y ya me cuido yo de no tentarlos». Lo trasladaron a Mahón, me parece. Porque el preso dijo que él tanto como quitarle el pan a una familia, no quería, pero lo que no quería tampoco era que se repitieran historias de esas. Llegaba la Nochebuena y hemos ido al cuartel a pedirles el aguinaldo y hemos alternado con ellos. Hubo un caso, éste sí que es curioso. Una Nochebuena se presentaron dos civiles en una puerta, en una casa en que había baile. Y el dueño de la casa dijo que los civiles en su casa no entraban, porque no entraban. ¡Hombre, que tal...! «Pues si quieren entrar en mi casa, tienen que dejar el fusil y el tricornio.» Y se los quitaron, los llevaron a casa de un vecino, lo encerraron todo en un armario y ya entraron en la casa.

En aquellos años de hambre, a pesar de todo y la disciplina y el temor y las ganas de salir de allí, pues se comía; si no más bien, más mal, pero se comía. Todos sabíamos lo que estábamos haciendo, cómo no íbamos a saberlo; nosotros lo que queríamos es que nos dieran destajo para ganar un duro.

Cuando me llegó la libertad provisional, como no tenía ni para vestirme, pedí si por favor me podían dejar trabajando allí. Entonces el encargado que tenía me dijo: «¿Cómo que te quedas? Tú te quedas bajo mi responsabilidad». Cuando me pusieron de ayudante de barrenero y luego de entibador, un amigo me dijo: «Haz el favor de salirte del túnel, que te estás quitando la vida; verás la vejez de esos...». Entraban allí porque pagaban una sobrealimentación, y por hacer una peseta, resulta que lo que han perdido ha sido la vida. Los barreneros casi todos caen de silicosis; habrán muerto cantidad de ellos. O quedan inútiles. Así que seguí trabajando fuera, pero ya cobraba algo más, teníamos un sueldo de diez pesetas, más un plus según nuestro trabajo, o sea que con aquello ya me compré un pantalón, sacrificándome, y una chaqueta, y ya me vestía los domingos un poco de limpio. El domingo la misión era ir a misa, al destacamento de arriba, y entonces para que no falláramos ninguno, nos formaban y nos daban un tique, y este tique había que entregarlo a la salida de misa a un oficial que estaba en la puerta, para que no tallara nadie. ¿El cura? Pues ese, una de cal y otra de arena. Muy buenas palabras, qué iba a decir, tratando de alentarnos y tal, pero por otro lado... La gente era creyente, aunque estuviera militando en cualquier tendencia política; me voy a meter yo el primero, pues más o menos todos habíamos recibido una educación de niños y habíamos ido a misa y hasta habíamos sido, si cabe, monaguillos, y habíamos llevado el santo a cuestras, ¿cómo no? Lo que pasa es que el despecho era tan grande y había tanta sed de libertad, como la de hoy, que debido a eso nos convertimos en ateos todos. Es que había que ir a misa por obligación. Y si tenías que lavarte la camisa, o coserte el pantalón, como teníamos que hacerlo la mayoría, que no teníamos a nadie que nos fuese a ver, entonces pedíamos un permiso y lo más fácil es que te autorizaran. Y durante esas horas ibas y lavabas en un arroyo, tendías la ropa en un pino... Al Escorial no podíamos bajar, no, a no ser que fuera por una cosa muy especial y que te acompañara un guardián. Los encargados tenían allí a sus familias. Y de los penados, algunos también. Les daban una caseja, o se hacían una chabola de ramas por allí, por el monte... Había quien podía estar ocho días, habían quien podía estar tres. A mí por desgracia no fue nadie a verme, no podía mi familia; andaba mi madre pidiendo, porque no podía. Vivíamos en unos barracones, y luego hicieron unos pabellones para que viviera la gente que iba quedando libre. Porque a muchos les pasaba lo que a mí: no tenían dos reales ni a dónde tirar, y se quedaban allí, desatascando a sus familias, con los hijos cogiendo leña y piñas para venderlas en El Escorial.

Luego, estando ya en libertad vigilada, me pusieron de cartero, en el destacamento de Banús. Digo, no, que yo ahora estoy ganando mis tres durillos diarios. No te preocupes, vete. A condición de que si no da resultado, me quitan ustedes, que yo quiero seguir trabajando, que a otro sitio no puedo ir. Mi misión era coger el correo, los telegramas, la prensa que recibían algunos, en la oficina de Correos del Escorial, y repartirla en mi destacamento, porque había otros dos carteros más en los otros destacamentos. Unas veces iba en caballería, otras a pie. Si no tenía mucho que llevar, lo hacía a pie, porque ahorra. Entonces yo controlaba allí hasta doscientas cartillas de racionamiento. Yo era el que pagaba los camiones de cemento que se retiraban en la estación, el que pagaba al carnicero, al panadero, al de la tienda de zapatos, todo. Cuando llevaba días y días, ya depositaron en mí confianza. Entonces se hablaba mucho de los maquis, y lo que yo hacía para que no me quitaran el dinero, era meterlo en el aparejo del burro, que tenía un agujero con unas puntadas superpuestas; porque decían que se daban casos, aunque a mí no se me dio ninguno. Únicamente cuando salía la guardia civil a cachearme por si llevaba contrabando, porque como llevaba la prensa, el sargento me cogió y me dijo: «Mira, tu camino es éste. Si te comportas, yo me comportaré contigo. Pero el día que me entere de que traes aquí prensa clandestina, te saco las tiras desde el cogote a los talones, o sea que tu verás lo que haces». A ver, cualquiera se determinaba. Yo iba al quiosco y allí compraba el *Arriba*, el *Ya* y el *ABC*, no había otros. A condición de que sólo podía entregarlos a aquel personal que era libre, no a los penados. Cuando quedaba uno en libertad, entonces ya se suscribía, y claro, luego muchos pasaban sus periódicos a quien le daba la gana para que lo leyera. Había quien se suscribía, pero no lo leía; se lo pasaba a los penados. Ya ve qué persecución, de una prensa que era del Estado. Allí no se autorizaba más periódico que *Redención*, que lo hacían en los talleres penitenciarios de Alcalá de Henares. Es que ese periódico lo sacaron ellos como órgano de las prisiones, para engañarnos, vaya, para poner aquello que creían conveniente.

Conocí allí a mi mujer y allí me casé, en el año cincuenta. Tenía dos mil pesetas por todo capital, y eso porque le fui entregando a la novia desde el año cuarenta y ocho; sí no, me lo hubiera gastado todo; con ellas me compré una cama y un colchón y me hice unas banquetas con las tablas de las cajas de tocino, y así vivíamos. Había quien se hacía la cama con ramas de pino. Allí

nacieron mis dos hijas, que ahora ya están casadas, y aquí nacieron mis nietos, porque yo ya me vine a Madrid en el año sesenta, en cuanto aquello se inauguró.

Yo ahora puedo ir a mi pueblo sin merienda, que no paso hambre. Dicen que hay que perdonar, aunque no se olvide. Pero hay dos sitios allí por los que no puedo pasar, por los malos recuerdos que me trae, lo mal que se portaron conmigo.

(De las conversaciones mantenidas en el barrio de San Blas, de Madrid, en el verano de 1976, con Teodoro García Cañas, de sesenta y tres años, trabajador de la construcción, y que fueron registradas en cinta magnetofónica.)

4.- MÁS MUERTOS A LA GRAN TUMBA

Es muy justo que los presos contribuyan con su trabajo a la reparación de los daños a que contribuyeron con su cooperación a la rebelión marxista», escribía en 1939 el padre jesuita José A. Pérez del Pulgar;³³ que sea el penado el que trabaje por él y por el obrero libre, «que se supone no ha delinquido contra el Estado y contra la sociedad (...), ayudando a reconstruir lo que con su rebelión contribuyó a destruir». Pérez del Pulgar ostentaba entonces el cargo de vocal del Patronato Central para la Redención de Penas por el Trabajo, y a él atribuyen algunos especialistas la implantación en España de esta modalidad en el régimen penitenciario, cuyas singulares peculiaridades hacen olvidar los precedentes que tanto nuestro ordenamiento como en el de otros países existían ya.

El principio podía aparecer como un reconocimiento del derecho al trabajo que el punto 15 del programa de la Falange reconocía a todos los españoles, y que, como decía textualmente el decreto de Burgos de 28 de mayo de 1937, «no ha de ser regateado por el Nuevo Estado a los prisioneros y presos rojos». Como si la teoría y la letra pudieran eliminar de golpe el inesquivable sentido aflitivo que el concepto lleva en sí mismo desde la más remota historia. De todos modos, ese derecho al trabajo del penado podía autorizarse o denegarse a juicio de determinada autoridad, se anunciaba con un carácter netamente provisional y se hacía abstracción en su enunciado de aquellos prisioneros y presos sobre los que recayeran acusaciones graves. Este derecho se atribuía únicamente en el mencionado decreto a quienes parecieren «aptos para ser encauzados en un sistema de trabajos que represente una positiva ventaja». Estos afortunados cobrarían «en concepto de jornales, mientras trabajen como peones, la cantidad de dos pesetas al día, de las que se reservará una peseta con cincuenta céntimos para manutención del interesado, entregándosele los cincuenta céntimos restantes al terminar la semana», jornal que «será de cuatro pesetas diarias si el interesado tuviese mujer que viva en la zona nacional sin bienes propios o medios de vida, y aumentado en una peseta más por cada hijo menor de quince años que viviere en la propia zona, sin que en ningún caso pueda exceder dicho salario del jornal medio de un bracero de la localidad».

La idea fue calificada de «enteramente nueva y genial» por el propio Pérez del Pulgar, y atribuida naturalmente al Caudillo: «sacada por el Generalísimo de las entrañas mismas del dogma cristiano», afirma. Atribución en la que, para que no haya lugar a dudas, insiste pública y solemnemente el ministro de Justicia del momento, don Esteban Bilbao, en la apertura de los Tribunales celebrada en septiembre de 1940: «Esta idea salió del Caudillo y está llamada a tener una gran trascendencia».³⁴

Pero no sólo se trataba de dar la oportunidad de construir lo que se había contribuido a destruir. «La obra de redención de penas por el trabajo es el mejor exponente del espíritu en que se inspiró la Cruzada española.»³⁵ El siguiente texto legal, una orden ministerial de 7 de octubre de 1938, persigue frontalmente «el mejoramiento espiritual y político de las familias de los presos y de estos mismos», creando el ya mencionado Patronato Central para la Redención de Penas por el Trabajo. Su objetivo principal consistía en «acometer la ingente labor de arrancar de los presos y de sus familiares el veneno de las ideas de odio y antipatria», «la educación de los hijos de los reclusos en el respeto a la ley de Dios y el amor a la Patria», etc. Lo comenta con su elegante y peculiar estilo el padre Pérez del Pulgar cuando dice que «no es posible, sin tomar precauciones, devolver a la sociedad, o como si dijéramos, a la circulación social, elementos dañados, pervertidos,

³³ JOSÉ A. PEREZ DEL PULGAR: *La solución que España da al problema de sus presos políticos*. Publicaciones «Redención», núm. 1. Valladolid, Librería Santarén, 1939. (En esta misma idea sé insiste, casi con las mismas palabras, en *El primer año de la obra de redención de penas. 1 de enero de 1939-1 de enero de 1940. Memoria que eleva al Caudillo de España y a su Gobierno el Patronato Central para la redención de penas por el trabajo*.)

³⁴ En ABC, Madrid, 17 septiembre 1940.

³⁵ Reverendo padre JÓSE MARIA LOPEZ RIOCEREZO, OSA., doctor y profesor de Derecho Penal en el Real Colegio de Estudios Superiores de «María Cristina» de El Escorial: «Una aportación ejemplar: la redención de penas por el trabajo», en la *Revista de Estudios Penitenciarios*, núm. 156, enero-marzo de 1962, págs. 5 y ss.

envenenados política y moralmente, porque su reingreso en la comunidad libre y normal de los españoles, sin más ni más, representaría un peligro de corrupción y de contagio para todos, al par que el fracaso histórico de la victoria alcanzada a costa de tanto sacrificio».³⁶

Para llevar a cabo esta tarea o misión de «rescate espiritual», como se la llamaba, además del Patronato Central se constituyeron Juntas locales en los pueblos en donde residían las mujeres y los hijos de los penados trabajadores, condenados en todo caso por delitos no comunes. De estas Juntas formaban parte el alcalde del pueblo, cargo «que habrá de recaer necesariamente en afiliado a la Organización de FET y de las JONS», el cura párroco y un vocal de libre nombramiento, «que se procurará recaiga en mujer que reúna condiciones de espíritu profundamente caritativo y celoso».

En esta disposición se establecía ya la «redención» de dos días de pena por cada uno de trabajo (que el Patronato ampliaría en 1943 hasta seis por cada uno trabajado, quedando finalmente establecida la regla, que sigue vigente, de que dos días de trabajo «redimen» tres de la condena, según el artículo 100 del Código Penal).

En su iniciación, este sistema de redención de penas por el trabajo fue aplicado exclusivamente a lo que pudiéramos llamar, y algunos llamaron, la «delincuencia roja»; es decir, prisioneros de guerra o presos políticos. «Cuando la población penal española estaba constituida, casi en su totalidad, por individuos sentenciados por hechos relacionados con el Movimiento, eran éstos únicamente los reclusos trabajadores».³⁷ En la Memoria de los Talleres Penitenciarios de Alcalá de Henares, uno de los primeros centros de trabajo que se crearon, elevada al Consejo de Administración al término del ejercicio del año 1948, refería su director el escepticismo con que la idea de la redención fue acogida «por gran parte de los reclusos, condenados a penas de reclusión mayor por delitos relacionados con la rebelión marxista, porque vivían esperanzados en la corta duración de nuestro movimiento, y en que una mano extranjera les abriría las puertas de la prisión»; cambiando de actitud según fue pasando el tiempo y acogiéndose resignados al acortamiento de sus condenas por el sistema de la redención.³⁸ Pero la decisión de salir de las cárceles y ponerse a trabajar, siquiera fuera en régimen disciplinario, no se basaba únicamente en esas razones, aunque por otra parte las infundadas esperanzas de no tener que hacerlo fueran las que el funcionario menciona.

Convendría no pasar por alto, ante todo, el hecho de que en los primeros años 40 había en las cárceles españolas —y en los castillos, seminarios, colegios, escuelas, barcos, edificios oficiales o privados que se habilitaron como tales— una población reclusa de medio millón de personas, aproximadamente, aunque algunos la cifran en setecientas mil;³⁹ cuando el término medio venía siendo antes de la guerra, y ha vuelto a serlo en la actualidad, de doce a quince mil reclusos. Funcionarios de prisiones hablan en publicaciones especializadas de «un problema penitenciario jamás conocido»,⁴⁰ y ya con anterioridad, aún antes de terminar la guerra, del mismo decreto mencionado (de 28 de mayo de 1937), se desprende meridianamente que la solución del trabajo dado a los presos rojos es sólo consecuencia de un problema previo: el gran aumento en el número de prisioneros y condenados que se ha producido. Cientos de miles de personas a las que había que aislar, pero a las que también había que alojar, y sobre todo dar de comer, excepto a las que se daba garrote o se las pasaba por las armas.

Los vencidos habían ocupado con creces los lugares dejados vacíos en muchas prisiones por los vencedores, o al menos por sus simpatizantes o afines, puesto que hasta los homicidas habían sido amnistiados, merced al decreto-ley de 23 de septiembre de 1939, con tal de que participaran de su misma ideología. «Se entenderán no delictivos —decía, en efecto, aquel documento— los hechos que hubieren sido objeto de procedimiento criminal por haberse calificado como constitutivos de cualesquiera de los delitos contra la Constitución, contra el orden público, infracción de leyes de tenencia de armas y explosivos, homicidios, lesiones, daños, amenazas y coacciones y de cuantos

³⁶ P. PÉREZ DEL PULGAR: *Ob. cit.*

³⁷ LUCAS SÁNCHEZ: «Redención», en la *Revista de Estudios Penitenciarios*, núm. 34, febrero de 1948, págs. 38 y ss.

³⁸ ÁNGEL CABALLERO LEÓN, director de los talleres penitenciarios de Alcalá de Henares: «Renovación penitenciaria», en la *Revista de Estudios Penitenciarios*, núm. 79, octubre de 1971, págs. 39 y ss.

³⁹ JUAN LLARCH: *Batallón de trabajadores*, Editorial Vergi, Barcelona, 1975, pág. 113.

⁴⁰ ÁNGEL CABALLERO LEÓN: *Ob. Cit.*

con los mismos guarden conexión, ejecutados desde el 14 de abril de 1931 hasta el 18 de julio de 1936, por personas de las que conste de modo cierto su ideología coincidente con el Movimiento Nacional y siempre que aquellos hechos por su motivación político-social pudieran estimarse como protesta contra el sentido antipatriótico de las organizaciones y Gobierno que con su conducta justificaron el Alzamiento.» Disposición que, en sentido contrario, quedaría contrarrestada —por lo que se refiere, al menos, a nuevos y muy diferentes ingresos en las prisiones— por la nota dictada a través de la Dirección General de Seguridad el 27 de abril de 1940 contra los propaladores de bulos, la cual decía: «Habiéndose observado de poco tiempo a esta parte que algunas personas, consciente o inconscientemente, se hacen eco de rumores absurdos y absolutamente falsos (...), con propósitos francamente subversivos, se hace saber por la presente nota que serán detenidos y severamente sancionados, no sólo los autores de dichos rumores, sino también los que se hagan eco de ellos y no denuncien a los propaladores en las respectivas comisarías».

«Transcurridos ya siete meses del final de la guerra, podemos calcular que el número de detenidos, presos y condenados en Madrid oscila entre sesenta y setenta mil personas», escribe uno de estos presos, Eduardo de Guzmán, que en su libro *Nosotros, los asesinos*, menciona buena parte de la veintena de cárceles que entonces funcionan dentro de la capital: Santa Engracia, Porlier, Torrijos, Duque de Sesto, Ronda de Atocha, Barco, Cisne, Ventas, San Antón, San Lorenzo, Santa Rita, Príncipe de Asturias, Comendadoras, Claudio Coello, Manzanares... Sólo en Madrid «funcionan a diario cuatro o cinco consejos de guerra, ante los que comparecen semanalmente más de un millar de acusados, la mitad de los cuales, como mínimo, son condenados a muerte. Fusilamientos hay todas las mañanas, excepto los domingos». Y eso que «las cárceles madrileñas son probablemente las mejores de España en estos momentos».⁴¹

Sobre el número de ejecuciones practicadas en España a raíz de la guerra civil no se ha llegado hasta el momento a una precisión medianamente suficiente y aceptable. Nombres de personas fusiladas, con fechas y lugares, se conocen por centenares. Bajo la superficie política del estrechamiento de lazos de amistad con la Alemania nazi y la Italia fascista, con la espectacular entrevista en Hendaya que en estas fechas tiene lugar, los viajes de Serrana Suárez a Berlín y Roma y los de Himmler y Gano a Madrid, sor silenciadas las humildes muertes diarias. El mismo Ciano se sorprendería de que durante su estancia en la capital española a finales de 1939 no se interrumpieran los juicios sumarísimos y las ejecuciones, a un ritmo de 200 a 250 todos los días en Madrid, 150 en Barcelona y 80 en Sevilla.⁴² Y aunque el Papa, a su vez, manifestaba no dudar de la acogida benevolente y amorosa que los hijos pródigos iban a recibir a su vuelta a casa (según su conocido mensaje con motivo de la Victoria), aquellos que ni siquiera deseaban volver, en tales circunstancias, eran entregados por la Gestapo hitleriana, como Companys, Zugazagoitia, Cruz Salido, etc., y rápida e inexorablemente caían bajo el fuego de los piquetes de fusilamiento.

En el polémico libro que transcribe las *Conversaciones privadas con Franco*, alude Franco Salgado-Araújo a la realidad de las prisiones y de las ejecuciones en la España de 1942. Después de recoger las palabras de Franco referentes a las numerosas conmutaciones de penas de muerte que presume haber firmado, puesto que —dice— «sólo en los casos gravísimos, de gran crueldad, eran cumplidas», son mencionados expresamente los casos de Zugazagoitia y Companys, sobre los que el Caudillo deja caer esta expeditiva sentencia: «Se les juzgó y fueron ejecutados». Le parecen exageradas las cifras que suelen manejarse acerca del número de españoles que entonces mantiene en las cárceles, concretamente los 241.000 que menciona Hugh Thomas en *The Spanish Civil War*, y en este punto menciona (la conversación entre ambos primos tiene lugar en el año 1967) algo que debió constituir para él una fijación: «A muchos de estos prisioneros se les hizo un poblado en donde se empezó a construir el Valle de los Caídos; trabajaron allí, fueron retribuidos y se les rebajó el tiempo de prisión por el trabajo».

«Admito que este hombre es inocente de crímenes de sangre, pero por sus ideas, que tanto daño han causado a España, pido para él la pena de muerte»: esto fue lo que se escuchó, como resumen del clima del momento, en el Palacio de Justicia de Madrid el 8 de julio de 1939, en el juicio sumarísimo celebrado contra Julián Besteiro, el líder socialista que moriría sólo meses después en

⁴¹ EDUARDO DE GUZMAN: *Nosotros, los asesinos*, Editorial G. del Toro, Madrid, 1976, páginas 102 y 409.

⁴² HUGH THOMAS: *The Spanish Civil War*, Penguin Books Ltd., 1965, pág. 760. (Cita a GALEAZZO CIANO: *Diplomatic Papers*, London, 1948, págs. 293-294.)

la cárcel de Carmona; en una petición formulada por el fiscal, general Felipe Acedo Colunga, que actuaría como gobernador civil de Barcelona hasta 1960.

Brian Crozier, que en su biografía de Franco maneja diversas cifras en cuanto a los fusilamientos perpetrados en esos tiempos, citando a otros autores,⁴³ se inclina a pensar que éstos no bajarían en ningún caso de los cuarenta mil. Y computando las víctimas registradas «en los frentes y retaguardia de uno y otro bando», estima Ricardo de la Cierva que la cifra estará entre las doscientas cincuenta y las trescientas mil. Para añadir: «No pasaron seguramente de cien mil los que murieron en los frentes, cara a cara; ni de diez mil las víctimas de bombardeos entre la población civil, por artillería terrestre o naval o por ataques aéreos (...). Queda todavía una terrible cifra, entre la mitad y los dos tercios de la total, para los españoles que murieron en una retaguardia española y enemiga, ante piquetes de españoles hermanos y enemigos». En el más reciente balance de tan triste historia, efectuado por Ramón Salas Larrazábal, parecen ser 22.700 los españoles ejecutados en la represión desde el 1 de abril de 1939 hasta el 1 de julio de 1952.

El olor de la muerte y el hacinamiento de las prisiones españolas en la inmediata postguerra también debieron influir en la aceptación por parte de muchos de los penados, del nuevo sistema de redención de penas por el trabajo y su patética salida al aire libre en destacamentos como los que empezaban a construir la gran tumba que tanta muerte inacabable parecía requerir.

Cuando a algunos presos de esas cárceles, que tienen en peligro sus vidas o largas condenas por delante, les hablan del comienzo de las obras de la gigantesca cripta, cuando les dicen que reposarán allí hermanadas todas las víctimas de la contienda, se preguntan con desesperanza si antes de la reconciliación entre los muertos no debería producirse la reconciliación entre los vivos.⁴⁴

Obviamente, los condenados a muerte no podían optar a redimir su pena por el trabajo, pero aquellos a los que les era conmutada por la de treinta años trataban de acogerse con prontitud a esta posibilidad. Parece que se cuentan por centenares los conmutados de pena capital que «disfrutaron de este beneficio», como dice un comentarista.⁴⁵ A pesar de que, en la teoría del jesuita Pérez del Pulgar, que no siempre se cumple, el arrepentimiento y la sumisión sean uno de los objetivos esenciales del sistema; al menos en cuanto al preso, que en cuanto al que utiliza su fuerza de trabajo ha de ser bien otro.

Los trabajos de los presos se concibieron desde el primer momento en favor del Estado, de las Diputaciones o de los Ayuntamientos, pero también podía utilizarse esa mano de obra «en aquellas obras privadas que, a propuesta de la expresada Junta, el Ministerio de Justicia declare de utilidad pública o local». Así las empresas privadas podían contratar personal recluso para sus obras. Y en este caso los patronos particulares —según el artículo sexto del tan mencionado decreto del 38— tendrían que pagar a la Jefatura del Servicio de Prisiones el salario íntegro que, según las bases de trabajo que rigieran en cada localidad, correspondería pagar a los trabajadores reclusos, cual si se tratara de obreros libres; abonando después este organismo el subsidio a que hubiere lugar en su caso a las familias de los trabajadores reclusos hasta el límite establecido, e ingresando el remanente en la Hacienda a beneficio del Estado. «En todo caso, y por lo que toca a la eficacia y competencia de los obreros, el contratista puede usar del derecho de control y despido como si se tratase de obreros libres, entendiéndose que el recluso despedido pierde el derecho de redención de penas, y si es culpable, la Jefatura de Prisiones tiene medios eficaces de castigo que aseguren la eficacia del trabajo.»⁴⁶

El primero de estos destacamentos de presos políticos se constituyó en plena guerra, el 3 de julio de 1937, con el específico objeto de levantar otro monumento, aunque muy modesto en este caso. Los primeros prisioneros republicanos tuvieron a su cargo, en efecto, la construcción del

⁴³ Entre las 10.000 víctimas de que habla GEORGE HILLS en *Franco. Historia y biografía* (Madrid, 1969) y las 200.000 que menciona GABRIEL JACKSON en *La República española y la guerra civil 1931-1939* (Ed. Grijalbo, México, 1967.)

⁴⁴ EDUARDO DE GUZMAN: *Nosotros, los asesinos*, pág. 356.

⁴⁵ ISIDRO GARCÍA MARTÍN, funcionario del Cuerpo Especial de Prisiones: «Los conmutados de la pena de muerte y la redención de penas por el trabajo, en *Revista de Estudios Penitenciarios*, núm. 173, abril-junio 1966.

⁴⁶ PEREZ DEL PULGAR: *Ob. cit.*, pág. 52.

monumento con que Franco quiso perpetuar la memoria del general Mola, en el mismo lugar en que su avión se había estrellado, cerca del pueblo burgalés de Alcocero, en lo sucesivo Alcocero de Mola. «A partir de esa fecha, los destacamentos penales han proliferado en infinidad de puntos de España, interviniendo los penados en la construcción de numerosas obras públicas: los canales del Bajo Guadalquivir, Bajo Alberche y Montijo; las reconstrucciones de Belchite, Brúnete, Teruel, Potes, Oviedo, etc.»⁴⁷

En los primeros tiempos, estos prisioneros de guerra portaban sobre sus cabezas un gorro de forma circular, de tela caqui, con una «T» mayúscula, inicial de «Trabajadores», estampada en negro, en su parte frontal.⁴⁸

De acuerdo con la ley de 8 de septiembre de 1939, la organización y el carácter de estas colonias penitenciarias era militar. Sus unidades podían constituir batallones o agrupaciones, o desglosarse en destacamentos. La vigilancia de los límites exteriores de estas colonias de presos correspondía a unidades armadas, quedando reservada la custodia interior y de los tajos a personal especializado, esto es, funcionarios de prisiones.

La Falange de Madrid y otras corporaciones públicas emplearon a sus viejos y encarnizados enemigos como mano de obra barata en obras diversas, una vez tomada la capital.⁴⁹ También la Dirección General de Regiones Devastadas echó pronto mano de muchos centenares de estos reclusos para sus incursiones.

Los campos de trabajo formados por grandes contingentes de presos se extendieron pronto por todo el país. En 1940 funcionaron ya 24 destacamentos penales, con 14.876 reclusos redimiendo de este modo su pena;⁵⁰ al año siguiente los destacamentos eran 68, y en 1942 eran ya 93. Pantanos, carreteras, ferrocarriles, puertos, repoblación forestal y minería fueron los duros cometidos que fundamentalmente tuvieron encomendados.⁵¹

Célebres fueron, cada uno por sus razones, los de Burgo de Osma, Corbán (en Santander), el Cortijo de Cáceres, Miranda de Ebro, Sanlúcar la Mayor, Sanatorio de Portacoeli (en Moneada, Valencia). Y el que funcionó en lo que hoy es confortable y lujoso Hostal de San Marcos, en León, donde en sólo tres meses se produjeron ochocientos fallecimientos.⁵²

Pero los que más nos van a interesar a nosotros en esta ocasión fueron los que estuvieron haciendo carreteras, levantando monasterios, reventando la roca guadarrameña en lo que iba a ser el Valle de los Caídos.

⁴⁷ Padre JOSÉ MARIA LOPEZ RIOCEREZO, OSA.: *Ob. cit.*

⁴⁸ JUAN LLARCH: *Ob. cit.*, págs. 25 y 35.

⁴⁹ *El primer año de la obra de redención de penas, etc., cit.*

⁵⁰ ESTEBAN BILBAO en su discurso: *ABC*, Madrid, 17 septiembre 1940.

⁵¹ Padre LOPEZ RIOCEREZO: *Ob. cit.*

⁵² JUAN LLARCH: *Ob. cit.*, pág. 156.

5.- "TRABAJANDO SEIS U OCHO AÑOS EN EL VALLE, SABIAS QUE TENIAS LA LIBERTAD ASEGURADA"

Yo tuve que hacer una instancia y mandarla al Ministerio de Justicia, al Patronato que había de Redención de Penas, y si era aprobada, me mandaban ahí destacamento solicitado; si no, no podía salir de la prisión. Aunque quisiera trabajar, si no hacía esa instancia y me la aprobaban, no podía salir. Y luego, claro, dentro de la prisión había que tener una conducta intachable, a la mínima falta, quedaba todo anulado, eso matemático, por mínima que fuera la falta. Lo único, un oficial que se interesó por mi solicitud, el jefe de servicios, Martín, que me animó. Miró el expediente y se extrañó de que me hubiera tirado tanto tiempo sin juzgarme nadie, tres años, como otros muchos. Entonces se interesó y tardaron dos meses en aceptarme.

Porque yo lo único que había hecho fue pertenecer al ejército regular, hacer unos cursillos, presentarme a unos exámenes y salir teniente. Las cosas de la guerra. Yo estaba estudiando, y cuando estalló la guerra cerraron el colegio. Entonces tenía diecisiete años. En el pueblo⁵³ estaban deteniendo a todos los que pertenecían a las juventudes socialistas, a la UGT, y claro, cuando empezaron a perseguir, me vine a Madrid. Hubo bastantes detenciones, bastantes, e incluso muertos y todo; allí fusilaron a bastantes, pero relativamente aquello ya pasó. Tenía familia en Madrid, en el Puente de Vallecas. Y aquí cogí yo y me lancé y me fui voluntario al ejército, la cosa de la juventud. Y entonces ya fuimos a Somosierra, en el mismo mes de julio, y fuimos a luchar a Navalperal, allí estuve yo en la columna Mangada, que le llamaban. Y de allí con el tiempo me fui a hacer unos cursillos y entonces salí de teniente. He estado en Navalperal, en Brunete, en la ofensiva de Zaragoza, por toda aquella parte. Yo iba en la 132 división, una brigada de choque, de infantería, la brigada que entonces llamaban de Líster.

Cuando se terminó la guerra, yo tenía diecinueve años. Fue cuando se dio el corte, partieron la brigada y a unos los cogió hacia la parte de Barcelona y otros vinimos hacia Valencia. Líster se quedó en Valencia, pero luego se pasó al otro sector, a Barcelona. En Valencia quedamos atrapados, y entonces a todos los oficiales nos mandaron a un campo de concentración. Allí pidieron informes al pueblo y los dieron buenos, porque salí en libertad, pero al salir resulta que llego al pueblo y me encuentro con que tengo una denuncia, vieron en el expediente mío que yo había sido oficial del ejército de la República. Y entonces me mandan a la prisión, sin más, en el mismo pueblo. Luego nos llevan a Talavera, y desde Talavera nos llevan a Toledo, y allí fui juzgado, ya a principios del año mil novecientos cuarenta. Me echaron treinta años por eso, y de Toledo me mandaron a Madrid, ya penado, y de Madrid fue cuando ya salimos al destacamento.

Estuve en Buitrago año y medio, y allí hacíamos la presa, la que hay ahora. Todo hecho por presos políticos. Éramos unos quinientos presos políticos. Allí se redimían entonces..., nos daban cuatro días por uno. En Buitrago era de miedo, algo parecido a un campo de trabajos forzados. Al tío que intentaba escalar una alambrada... Se dieron casos, es que teníamos allí una represión bastante grande. Las fuerzas de vigilancia eran de la guardia civil. ¿Si se dieron casos de fugas? Se dieron casos de fugas y de bastante castigo. ¿De muertes? Sí, de bastante castigo. Le daban una paliza un poco seria, lo traían a la prisión y no volvía. Ahí entonces ganábamos nosotros dos cincuenta, barrenando. Esta era la prima que teníamos, por trabajo peligroso. Los otros no ganaban más que dos reales. La comida, una cosa horrible, para no pasarlo. Ahí me hernié yo, porque estaba con los barrenos, en una cantera, para hacer piedra para los muros de contención, y entonces me devolvieron a Carabanchel. Me operaron y ahí fue donde me enteré, por un amigo. Me dice: «Vente a Cuelgamuros, que allí relativamente..., allí tenemos..., dentro del recinto de lo que es el valle, una vez que has hecho la jornada ya puedes pasearte por allí». Porque el destacamento de Buitrago era todo lo contrario, no podíamos movernos del recinto que teníamos marcado con alambrada, no podíamos salir para nada, no siendo más que al trabajo y del trabajo a los barracones. En cambio en Cuelgamuros, una vez acabado el trabajo, se podía andar por todo aquello. Por estar al aire libre, trabajando, no por otra cosa. Además, en Cuelgamuros nos dieron facilidades para llevar a la familia. Claro que el trabajo también era duro, pero teníamos a nuestras familias. Hicimos unas chabolitas... Yo tenía a mi madre, a una hermana y a un hermano, que fueron allí conmigo, y allí

⁵³ Santa Cruz de Retamar, provincia de Toledo.

estuvieron conmigo hasta que me dieron la libertad.

Salíamos a trabajar a las ocho. No había guardia civil de escolta, sino funcionarios de prisiones. Un destacamento de la guardia civil que había andaba rodeando el recinto del valle. Pero en el interior no intervenían para nada. Había un jefe de servicio más tres oficiales de prisiones. De entre nosotros mismos nombraban a un jefe de grupo, un responsable para contar a los tíos, los que llevaban y los que traían. A la ida y a la vuelta, hasta el toque de silencio. Cenábamos e inclusive podíamos ir con las familias, a las pequeñas barracas que tenían, a estar con ellas, hasta el toque de oración, y luego ya entrábamos en los barracones colectivos que teníamos.



Ilustración 4. Muchos prisioneros de guerra y presos políticos —la población penal española únicamente «roja» al final de la guerra— se acogieron al sistema de redención penas por el trabajo para escapar a otra suerte peor. Empezaron ganando dos pesetas diarias, de las que únicamente percibían dos reales. Por este sistema se realizaron numerosas obras públicas y privadas en una larga época.

Allí lo que pasaba, a mí como a casi todos, es que trabajando seis u ocho años sabías que tenías la libertad asegurada. Y en cuanto te sacaran de allí, esto no lo podías conseguir. Ahí radicaba todo. Casi todo el Valle se ha hecho con presos políticos, o luego en libertad; todos los trabajos responsables los hicimos presos políticos. Incluso se dio el caso, porque yo estaba de barretero con Banús, que un día se presentó un inspector de explosivos, de la Unión de Explosivos,

y claro, me pregunta a mí que cómo llevábamos aquella cantera. Digo, dice: «¿Usted ha sido artillero?». Digo: «Pues no, señor; por desgracia, no». Dice: «Entonces, ¿cómo puede usted calcular la onda explosiva que puede tener la dinamita?». Digo: «Yo no puedo calcularla, sencillamente yo tengo una práctica». Tenía una piedra, con un taladro, que estaba todo preparado, y digo: «¿Cuántos cartuchos calcula usted que puedo meterle a esto para hacerlo explotar, para que se rompa la piedra?». Dice: «Hombre, le puede usted meter cinco cartuchos». Digo: «Está usted equivocado». «¡Es que yo soy el inspector de explosivos!» «Pues puede usted ser quien sea — digo—, yo ahora mismo, en la práctica se lo demuestro, le voy a meter medio cartucho aquí, a esta piedra...» Dice: «Eso, ni se mueve». Digo: «Bueno, pues usted se queda aquí quieto y esto sencillamente se ve, esto se puede ver ahora mismo». Estaba allí el encargado general, dice: «Cantelar, no se ande con bromas». Digo: «No, no, nada de bromas, lo voy a hacer delante de él».

Y cogí el detonador, metí el detonador, metí medio cartucho, lo atacé, digo: «Ahora se queda usted aquí, se está usted aquí quieto. Usted dice que no se va a mover la piedra, tiene usted seguridad, está usted seguro, pues quédese usted aquí, yo, por de pronto, me voy, y aquí el encargado se viene conmigo, usted se queda aquí y puede verlo de cerca; si no le pasa nada, es que tiene usted razón». Dice: «Bueno, vamos a verlo». Pero el tío salió detrás de mí. No hace más que explotar aquello y no quedó ni una piedra. Digo: «¿Ven ustedes cómo ustedes en teoría...?».

Y le dice después al encargado: «Ahora es cuando me convengo de que los tíos que tienen ustedes aquí son responsables y saben lo que están haciendo». Porque me decía que tenía que poner banderas rojas y tal para explotar aquellos barrenos, y para que estuvieran cargados tenía que tener dos artilleros, digo, «mire usted, lo primero de todo es que mi obligación la sé, yo ya sé que cuando estoy cargando todos los barrenos que hay aquí tendría que tener a todo el personal fuera; yo tardo en cargar esto dos horas, así que dese cuenta los perjuicios que hay para estos nombres, y los perjuicios para la empresa, y esto..., se puede dar el caso, naturalmente, porque en todos los trabajos hay errores, pero esto no se puede hacer de otro modo, porque entonces no se podría trabajar aquí».

Entonces fue cuando el encargado le dijo:

— Mire usted, ahora se lo voy a decir. No se lo he dicho antes, pero ahora se lo voy a decir. Casi todos los que están aquí, todos son presos.

— ¡Hombre, qué me dice!

— Sí, señor, son presos políticos.

— Hombre, no tengo que decir nada...

Digo yo: «A nosotros, por suerte o por desgracia, nos ha tocado una zona que hemos tenido que defender. A nosotros nos movilizaron, y al que haya ido voluntario, por una idea que haya tenido, pues también. Pero no por eso somos criminales».

Allí se ganaban, los que estábamos barrenando —porque yo siempre he estado barrenando, hasta que salí libre y me pusieron de capataz—, nos daban entonces cinco pesetas, con el martillo perforador, con lo que es el barreno, allí dentro de la cripta. Los demás ganaban menos. Ya libres, ya entramos con los jornales base. Entonces yo ganaba a la semana trescientas cuarenta y cinco pesetas, que era lo que se pagaba entonces. Para alimentarse y vestirse.

Casi todos los que estábamos allí trabajando, al recibir la libertad, casi todos nos quedábamos allí trabajando. Porque ya nuestra vida no la podíamos formalizar en ningún sitio. Tenía que salirle un fiador, alguien que se hiciera responsable de usted, y donde viviera el fiador allí tenía que vivir uno. Si no, no se podía salir. De modo que tenía usted que buscar una persona que le conociera y que respondiera por usted, de sus actuaciones, hasta que obtuviese la libertad definitiva. Y el que no tenía eso, pues claro, no podía salir.

Cuando a mí me hicieron capataz, como yo era barrenero me dejaron en las canteras. Y entonces ya me hicieron responsable de la cerraya. Y una noche, a las doce, estábamos subiendo en el montacargas por la cruz, que ya tenía más de cincuenta metros. Entonces cuando subíamos teníamos una consigna, que cuando tocan dos pitadas era que venía el arquitecto o el encargado general o así, de modo que teníamos que bajar inmediatamente. Total, que estábamos subiendo en el ascensor y sentimos las dos pitadas. Joder, quién será a estas horas. Bajamos, y entonces viene

el arquitecto. Digo: «¿Dónde va usted por aquí a estas horas?». Dice: «¿No conoces a ese que está ahí al lado?». Digo: «Pues no, no señor, la verdad». Salía del ascensor y estaba aquello... Y ya vi que era Franco. «Bueno, digo, pues espérese Su Excelencia, que vamos a preparar el ascensor para que usted pueda subir», porque iba lleno de hierros. Se lo dije directamente a él, sí, porque me había dicho el arquitecto: «Usted háblele a él». Entonces yo le digo: «Mire usted, vamos a desocupar el ascensor, si a usted le parece bien, para que pueda subir». Porque encima del ascensor había una trampilla por la que sobresalían las barras de hierro que llevábamos, y además iban cuatro o cinco arriba, para sujetarlas, y como a veces se dicen barbaridades, yo les digo: «Tener cuidado, no hablar muchas cosas, no dar muchas voces, porque ya es muy tarde, está la gente durmiendo y eso, por no decirles...». Eran trabajadores que habían sido también presos y en seguida le sueltan a uno una jaimitada. Dicen: «No, no, no te preocupes...». Y cuando íbamos por la mitad, tiro de la manivela y que el ascensor no me para. Y yo pues no veas, digo, ya está, ya la hemos liado aquí, ahora nos vamos para abajo. Y entonces se quedó el ascensor lo que se dice agarrotado, ni para abajo ni para arriba. Yo con la manivela, y nada. Y de pronto bajó, bajó como cinco metros, y a los cinco metros subió, pero solo, Y yo me decía: ¿Será posible que haya alguien arriba y haya hecho la faena? Y él, con una seriedad... Dice: «A ver qué ha pasado...». Ya llegamos arriba, paramos en la plataforma, salió él, el arquitecto. «¿Qué ha pasado?». «No sé, ya sabe usted que a veces se pegan los platinos y sigue subiendo... Eso es lo que tiene que haber pasado.» Subo y, en efecto, los platinos pegados. Habían hecho contacto y no respondía el ascensor. No hice más que repararlos con una cuña... Pero él tan tranquilo. Dio la vuelta por allí arriba, estuvo casi media hora parado, mientras nosotros descargábamos las barras. «Ustedes sigan trabajando, ¿eh? ¿Les queda mucho?» «Pues cinco o seis barras...» «Pues terminen, y luego bajamos.» Dio la vuelta por allí, terminamos de descargar, y luego bajamos. Pasamos más de diez minutos en aquella tensión y nerviosismo. Nosotros, que a él no se le notaba nada. Iba muy a menudo, y siempre que iba rara era la vez que no daban una gratificación. Ahora, en mi concepto, se podía haber hecho otra cosa, en aquel tiempo tan difícil, porque allí se han gastado infinidad de cosas que no tenían por qué haberse gastado, muchas cosas que estaban haciendo falta para la nación. España estaba tan desmantelada, al terminar la guerra... Ese dinero podía haberse empleado en otras muchas cosas. Ese era mi único descontento en aquel tiempo.

(De las conversaciones mantenidas en San Agustín de Guadalix, Madrid, en el verano de 1976, con Jesús Cantelar Canales, de cincuenta y siete años, encargado de obra, antiguo barrenero, y registradas en cinta magnetofónica.)

6.- CAMPESINOS, OBREROS, INTELLECTUALES Y MILITARES REPUBLICANOS TRABAJANDO EN CUELGAMUROS

A finales del año 1943 estaban trabajando en Cuelgamuros unos seiscientos penados, sacados de diversas prisiones. Al menos esa fue la cifra mencionada por algunos periódicos, sin destacar tampoco demasiado el hecho, con motivo de la visita efectuada conjuntamente a la colonia penitenciaria por los directores generales de prisiones y arquitectura, don Ángel B. Sanz y don Pedro Muguruza, respectivamente, a la vuelta de los funerales celebrados por José Antonio en El Escorial el 20 de noviembre. Por cierto que en vista del «estado de disciplina y buen orden» en que encontraron los destacamentos, el director general de prisiones dijo a los penados que propondría al Patronato correspondiente una redención extraordinaria de un mes, y «autorizó además una visita extraordinaria a los familiares de los reclusos trabajadores, acompañados de sus hijos».⁵⁴

Muguruza estaba entonces en el apogeo de su poder y de su influencia. Además de director general de Arquitectura, era el comisario general de Recuperación Artística y comisario del Gran Madrid; un Madrid en que, frente a las grandezas arquitectónicas sonadas, comenzaban a levantarse modestas copias escorialenses en fachadas de edificios oficiales, de Ministerios sobre todo; a trazarse los planos del arco de triunfo, que no se construiría hasta entrados los años 50, para no ser inaugurado oficialmente nunca; y a proyectarse la sombra de lo que sería el edificio Plaza, en la de España, y lo que vendría después. La Exposición de Arquitectura Contemporánea Hispano - Alemana, inaugurada por Franco y clausurada por el general Galarza, en 1942, y patrocinada por Muguruza, había sido un éxito, sobre todo político. La monumental grandiosidad nacionalsocialista de la arquitectura seguía significando «ensanchar las perspectivas del hombre, ensanchar las perspectivas del mundo...»; «amplitud de espacio y resonancia de esas pleamares en las muchedumbres en que miles y miles de pechos palpitan de ansiedad y de gozo...».⁵⁵ Pocos eran los que no se dejaban engañar entonces por la grandilocuencia desbocada de las palabras, que aparentemente lo ocultaban todo, sin resolver nada. «Las nuevas arquitecturas de España y de Alemania son paralelas al pensamiento político —se dijo entonces con respecto a esa exposición—. En la fiel traducción del espíritu del Tercer Reich, alcanza la nueva arquitectura germana el grado más alto de su función social. El nuevo estilo de las construcciones en España es consecuencia lógica de una voluntad y un pensamiento colectivo. En el planteamiento y solución de estos problemas existe una clara coincidencia entre los dos países».⁵⁶

Se ignoraban entonces muchas cosas de las que ocurrían en nuestro propio país, cuanto más las que estaban pasando en la Alemania nazi, en cuyo campo de exterminio de Mauthausen empezaba a consumarse en ese momento la muerte de siete mil españoles.

Lo que se pensaba y se decía entonces era que «junto a nombres de arquitectos alemanes como Troost, Ruff y Speer, o de arquitectos italianos como Debbio, el constructor del Foro Mussolini, o Marcello Piacentini, el constructor del Estadio Urbis, en la Roma de Mussolini, vivirán nombres de arquitectos españoles, de los que no citamos hoy más que el de Pedro Muguruza Otaño, organizador de la Exposición del Palacio de Cristal».⁵⁷

Cuando en el verano de 1943 Muguruza presenta su proyecto de monumento en el Cerro de los Angeles, que se levantaría en las proximidades de Madrid, el panegírico tiene ya ribetes demenciales, del que por supuesto deben salir intactas tanto la buena intención del arquitecto como la que tuvieran sus aludidos coetáneos: «El señor Muguruza, maestro de maestros en el arte arquitectónico, puede estar satisfecho de su obra y tener la seguridad de que todos los españoles que se enorgullecen de serlo cooperarán con entusiasmo y cariño extraordinario para que muy pronto se vea convertido su anteproyecto en realidad. Si así no fuera, dejaríamos de ser españoles y se reirían de nosotros los lobos que están escondidos en la penumbra».⁵⁸

⁵⁴ En *Ya*, 22 de noviembre de 1943.

⁵⁵ *Arriba*, 6 de mayo de 1942.

⁵⁶ *Arriba*, 9 de mayo de 1942.

⁵⁷ *Arriba*, 6 de mayo de 1942.

⁵⁸ *ABC*, Madrid, 1 de julio de 1943. (Exactamente el mismo texto se publicó en todos los demás

Bajo la cortina de humo de las grandes palabras y de los bellos proyectos, buena parte de la generación vencida en la guerra es objeto de las depuraciones, los apartamientos del servicio, las represalias y las mil acusaciones propias del momento. Campesinos, obreros, militares profesionales, artistas, literatos, miembros de las profesiones liberales, militantes políticos de todas las tendencias van acogidos a la liberación que supone la posibilidad de trabajar en las numerosas colonias penitenciarias que funcionan en el país. Es para ellos una liberación real, una situación material incomparablemente mejor que las que les tocará vivir a los que quedan encerrados en las prisiones o serán empujados a los paredones frente a los fusiles.



Ilustración 5. Durante las visitas inesperadas y privadas de Franco al Valle para comprobar la marcha de las obras, los presos republicanos seguían trabajando casi como lo hacían habitualmente, pero las medidas de control eran mayores y más específica la vigilancia cuando se trataba de visitas programadas y oficiales.

De los componentes de los destacamentos que hay en Cuelga-muros, no todos trabajan al aire libre —los encargados de horadar el túnel de la cripta, por ejemplo, enrolados en la empresa San Román—; pero todos tienen la oportunidad de ver el aire, en un momento u otro de cada jornada, y de respirarlo. Claro que quienes más van a necesitarlo pronto son justamente los que se están

dejando los pulmones en medio de la blanca polvareda que levantan los martillos manuales al taladrar el corazón de la roca. Por cada día que trabajan liberan otros dos de su pena, y a veces más, aunque bien pronto acabará la antirreglamentaria posibilidad que algunos, cuyas familias cuentan con medios de vida en el exterior, creen haber encontrado de redimir mayor tiempo mediante la renuncia al modesto estipendio que les corresponde. Unos y otros perciben un salario diario de dos, cuatro, cinco pesetas, según las épocas, la peligrosidad del cometido y las condiciones familiares; parte del cual lo reciben sus mujeres y sus hijos allá donde se encuentren, aparte del adoctrinamiento político. Les dan de comer y pueden dormir con relativa tranquilidad, a pesar de todas las inclemencias y del frío, que en invierno se convierte en duro castigo. Muchos duermen conjuntamente en los barracones de piedra que se han construido a toda prisa, donde al menos hay luz eléctrica que, por lo demás, hay que apagar al toque de silencio. Otros han preferido la independencia y la oscuridad de esas míseras chabolas de ramas y piedras que empiezan a proliferar por el monte, no autorizadas, pero toleradas. Algunos empiezan a tener posibilidad de dormir en ellas con sus mujeres, cuando son autorizadas a quedarse aquí una o dos semanas de cuando en cuando, y pasado el tiempo acabarán por tener también a su lado a los hijos pequeños. Cuando el tiempo es bueno, los viejos y fieles, sufridos, heroicos matrimonios republicanos se acuestan entre los olorosos arbustos sobre el duro y acogedor lecho de la tierra. Se sienten vivos, a pesar de todo. Junto a compañeros anónimos, al lado de los García y los Martínez comunes en cualquier parte, están trabajando en Cuelgamuros militares como el coronel Sáez de Aranaz, de la misma promoción que Franco; el teniente coronel Sánchez Cabezudo, de la del general Várela; está el penalista Oneca, el ensayista y crítico de arte Gaya Nuño... Paco Rabal es un niño de catorce años que vive allí con su padre, el tío Benito, mientras que su hermano Damián, algo mayor, se acerca de cuando en cuando desde Madrid en bicicleta. Hasta lo que va siendo el principio de la carretera de acceso llegan los renqueantes autobuses de «La Tabanera», que hacen la línea de Madrid-El Escorial y se cogen en la calle Hartzembuch, cerca de la glorieta de Bilbao.

El maestro de la escuela que funciona en el Valle es un conmutado de la pena de muerte, como el médico y algunas otras personas cuya capacidad profesional y honradez se imponen sobre todos los prejuicios, o sobre casi todos. Muchos de ellos ya han muerto, pero a algunos de los que hoy viven vamos a conocerlos de cerca.

De cuando en cuando llega Franco de visita. En fechas señaladas, con todo el séquito; sin avisar, en la mayoría de las ocasiones. Entonces se establece una vigilancia más rígida, un control más severo. Pero él pasa por medio silencioso y sin hacer caso a nadie, mirándolo todo, deteniéndose horas y más horas para estudiar un plano o una maqueta, en medio del agotamiento general.





Ilustración 6. No menos de seiscientos presos trabajaron simultáneamente en las obras del monumento a los caídos en su primera época, distribuidos en tres destacamentos, que llevaban el nombre de las empresas constructoras que se hicieron cargo de las mismas: «Molán», «San Román» y «Banús». Otras muchas cosas empezaban con el comienzo de aquellas obras.

También viene mucho, sobre todo al principio, el general Moscardó, solo, impenetrable pero sin secretos tras sus gafas oscuras. Y Millán Astray, disparatado, siempre con su tabaco de regalo y sus arengas.

Cuando se convocó el concurso de anteproyectos para la cruz, acudieron al Valle numerosos arquitectos, para contemplar el escenario sobre el que debían plasmar sus elucubraciones. A comienzos de 1942 se celebró en la Escuela Superior de Arquitectura una exposición con todos los proyectos presentados. Una portada de *ABC* mostraba como entrada para la obra que debería desafiar al tiempo y al olvido, un modesto frontispicio de tipo neoclásico. El primero de los premios de aquel concurso fue adjudicado a los arquitectos Moya, Huidobro y Thomas; el segundo, a Corro, Bellosillo y Faci. Hubo cuatro accésits, que correspondieron a los arquitectos Barroso, Muñoz Monasterio, Feduchi y Javier García-Lomas. Muchos premios y seguramente bastante dinero. Pero ninguna de las soluciones presentadas gustó a quien tenía que gustar. Como no gustaron tampoco ninguno de los dos proyectos que, por mandato personal, realizó luego el propio Muguruza.

Mediada la década de los 40, el risco estaba perforado en unas dimensiones de once metros de ancho por otros once de altura, la mitad de las que iba a tener finalmente; estaba hecha la bóveda del crucero, en relación con esas mismas medidas iniciales; la parte izquierda de la exedra o vestíbulo semicircular de la entrada; la obra gruesa del monasterio y los proyectos de cuatro de las estaciones del vía-crucis. Nada más. Y Pedro Muguruza se encontraba mortalmente enfermo.

7.- EL MEDICO, EL PRACTICANTE, EL MAESTRO

DR. D. ÁNGEL LAUSIN MEDICO EN CUELGAMUROS

EL doctor Lausín es hoy un hombre muy cansado, cansado de palabra, por lo menos. Nacido en Calatayud en 1907, vivió en Madrid desde los cuatro años. En la vieja Facultad de San Carlos estudió Medicina y se licenció en 1930. Pronto empezó a ejercer su profesión, sin abandonar Madrid en ningún momento. De repente estalla la guerra y el joven médico vive de lleno la tragedia, desde el primer momento, en los hospitales de urgencia.

— ¿Cuál era su adscripción política durante la República?

— Eso no interesa. El pasado no interesa. A mí me pilló la guerra aquí, y de aquí no me moví ya. Estuve todo el tiempo en Sanidad del ejército republicano. Hice pediatría, hice partos, hice traumatología, hice todo lo que se presentaba. Lo que se podía, se resolvía.

Llegó a destacar en el campo de la cirugía y a ostentar cierto mando.

— ¿Fue sometido a depuración al terminar la guerra?

— Sí, primero me depuraron y tal y después me tuve que marchar allí, a Cuelgamuros; tuve esa oportunidad, salí de la cárcel y me fui allí. Por medio de don Pedro Muguruza, que era el arquitecto director de todo aquello. Yo llegué allí en el cuarenta, a los treinta y tres años. Cuando yo llegué Banús estaba replanteando la carretera, haciendo el viaducto, y la cripta no era más que un agujerito; en fin, casi al principio. Don Pedro me había dicho que hiciera una relación de todo lo que necesitara: instrumental, material, mesas, vitrinas, escupidera, en fin, lo imprescindible, porque allí no había nada, e inmediatamente me trajeron lo que pedí y. aquello quedó bien. Para las cosas de urgencia que podían surgir. Tenía medicamentos, antibióticos, material de cura, vendas, gasas, férulas..., lo más necesario, por lo menos para hacer las primeras curas y preparar a los que tuvieran fracturas. Como médico del Consejo de Obras del Monumento me ocupé de todos los obreros de las diversas empresas que trabajaban allí. Allí hubo accidentes, enfermos, partos, en fin, de todo; lo mismo se asistía a una parturienta que se daban unos puntos de sutura o se reducía una luxación. Pero para los heridos graves se organizaba el traslado en ambulancias, que pedíamos de Madrid, o en los mismos coches de las empresas, si no eran muy graves. Los traían a la Clínica del Trabajo, que está en la calle de Reina Victoria.

— ¿Hubo muchos accidentes mortales?

— Sí, hubo catorce muertos, en todo el tiempo de la obra, porque yo he estado allí prácticamente todo el tiempo. Si había un accidente mortal, me avisaban a mí; yo lo veía y avisaba al juzgado de El Escorial; venía el juez, tomaba sus notas, se lo llevaban a El Escorial y en el cementerio le hacían la autopsia. Luego lo enterraban allí, en El Escorial.

— ¿Y muchos casos graves, aunque no fueran mortales?

— Los hubo graves, muy graves, otros menos graves... Raro era el día en que no había uno de estos accidentes. Había bastantes, porque claro, se movían piedras muy gordas, se movían vagonetas muy grandes, transportando materiales y tierra...; había mil cosas.

— Se habrán producido también muchos casos de silicosis en la perforación del túnel de la cripta.

— Pues sí, se han dado bastantes. Casi todos se han ido muriendo; muy pocos quedarán, si queda alguno. Aquí en Madrid yo he sabido de bastantes, que se han ido muriendo poco a poco.

No creo que quede ninguno. Entonces se conocía poco la silicosis. Cuando venía uno con trastornos así bronquiales y tal, lo mandábamos aquí al médico de la empresa, que los miraba y los ingresaba en algo del Instituto de Previsión.

Prefiere guardar silencio don Ángel Lausín Gil en cuanto a su propio acogimiento al sistema de redención de penas por el trabajo; o, al menos, no entrar en detalles.

— De los presos políticos que estuvieron allí hasta el año cincuenta, y yo he estado allí, la

mayoría eran excelentes personas, estaban cumpliendo una condena por cosas políticas y estaban ganando una peseta para mantener a sus familias. Una vez liberados, muchos se quedaban allí trabajando. Alrededor de los años cincuenta ya quitaron los establecimientos penales y sólo quedó el personal libre. Y empezaron a llevar presos comunes, pero los presos comunes ya no daban resultado. Se escapaban...

— ¿No se escapaban los políticos, o no querían escaparse?

— Ha habido algunos que sí se han fugado, pocos. Porque aunque no vigilaban, se vigilaban ellos mismos.

— ¿Era dura allí la vida?

— En invierno, sí. Era muy duro el trabajo allí en invierno. Por el clima, ¿no? Allí había que hacer medicina a las doce del día, a las doce de la noche, a las seis de la madrugada, a todas horas. Era un servicio permanente. Hubo temporadas largas que teníamos tres turnos de trabajo, de ocho horas cada uno, las veinticuatro horas del día; mil quinientos o dos mil obreros se habrán juntado allí en ocasiones, y entonces había que estar como dicen que duermen las liebres, con un ojo abierto y el otro cerrado. Yo estaba durmiendo y en cuanto sentía llegar un coche, que llegaba tocando la bocina, en seguida me despertaba y ya sabía que me traían algún herido, algún accidentado. Por lo demás, era una vida tranquila y bastante apacible. En el verano era mejor. Una mañana de un invierno amanecimos con más de metro y medio de nieve, y luego dijeron que habían venido helicópteros a tirarnos comida; eso es un cuento, porque teníamos allí provisiones, y los mil o dos mil hombres se dedicaron a abrir camino para poder bajar a Guadarrama. Igual que cuando se declaró un incendio en la ladera de la izquierda, en Abantos, que duró cinco días y cinco noches, y entre todos evitaron que se propagase, en turnos continuos, unos durmiendo mientras otros apagaban y vigilaban.

— Sería un accidente.

— Vaya usted a saber.

— Fueron tiempos difíciles...

— Se pasó bastante, sí. Nunca faltaba que hacer. Pero podía ir uno al bar, a la cantina, y allí jugar una partida de dominó con el maestro, con el practicante... Se tomaba una cerveza y se pasaba el rato. El domingo, por ejemplo, podíamos ir al cine al Escorial. En aquellos tiempos aún no me habían dado coche, porque entonces no daban coches más que a los que negociaban con ellos, por más peticiones que hice; tenía que arreglarme para subir y bajar andando, o aprovechar los viajes de los camiones de cemento. O a Guadarrama, cuando eran las fiestas de Guadarrama.

Pero no todos los presos podían hacer eso.

— El domingo, que no trabajaban, llegaban sus mujeres allí y se pasaban el día por el monte con ellas.

El ambiente de camaradería y hermandad que reinaba entre los políticos se perdería a la llegada de los presos comunes.

— Hubo quien puso en su ventana un billete de cinco duros, en aquellos tiempos, y pasaban los obreros camino del trabajo y allí estuvo el billete; pasaban por allí, lo veían, y a nadie se le ocurría coger aquellos cinco duros. Si usted necesitaba una cosa, la pedía, y había diez que se la daban.

El doctor Lausín pasó solo los primeros años de Cuelgamuros. También su mujer se acercaba a verle los domingos, cuando podía.

— Hasta que me dieron una casita en condiciones, porque no había ninguna que reuniese las mínimas condiciones. Pero cuando se marchó un ingeniero, entonces me dieron a mí la casa que él dejó. Era pequeña, pero estaba bien.

Su hijo tenía nueve años cuando se sumó a la colonia de los que, en uno u otro cometido, construían el Valle de los Caídos. Allí estudiaría el bachillerato, por libre, asistiendo, junto con los hijos de los encargados y los funcionarios de prisiones, a las clases que impartía el preso que había sido designado maestro. Pero todavía cuando el chico volvió a Madrid, a vivir en casa de su abuela, para empezar sus cursos en la Universidad, continuaba su padre de médico en Cuelgamuros.

— Pero ya no interesaba, ya no se ganaba dinero. Allí yo cobraba un sueldo del Consejo de las Obras, como médico de las mismas; pero estaba el seguro de enfermedad, de todos los trabajadores que había allí, y el seguro de accidentes... Y claro, cuando había mucho trabajo y mucho personal, había muchas cartillas del seguro de enfermedad, muchos accidentes, y se ganaba dinero. Cuando la obra terminó, sólo con el sueldo del Consejo, no daba para vivir. Entonces hicieron un concurso de traslado del Seguro de Enfermedad, y claro, como yo era seguramente el más antiguo de los que se presentaban, me dieron una plaza, en el ambulatorio de San Blas, en Madrid.

D. LUIS OREJAS, EL PRACTICANTE

Al hombre que el médico iba a tener a su lado como practicante en la clínica, enfermería o botiquín del Valle de los Caídos, lo había conocido a finales de 1939 en la prisión madrileña de Yererías. Allí coincidieron, en efecto, aunque por poco tiempo, el doctor Lausín y Luis Orejas Zaldívar.

Nacido en Madrid en 1911, no había pasado de los primeros cursos de Medicina, que estaba siguiendo asimismo en la Facultad de San Carlos, cuando estalló la guerra. Ya nunca sería médico. Orejas trabajaba para pagarse sus estudios y por eso estaba afiliado a la UGT. Toda la guerra se la pasó como auxiliar de Medicina en hospitales de campaña, por lo que al final es juzgado y sentenciado. Le caen nueve años, lo que para aquellos tiempos es una insignificancia.



Ilustración 7. A pocas pasiones se entregó Franco más ciegamente que a la del Valle de los Caídos, donde a veces aparecía de improviso para permanecer horas y horas recorriendo galerías, estudiando proyectos, rectificando planos. En la vieja foto invernal, entre su esposa y el arquitecto Pedro Muguruza, cuyos cálculos serían muy modificados a su fallecimiento.

Cuando llega a Cuelgamuros ya está allí Lausín, a pesar de que se ha dado toda la prisa posible por acogerse a este régimen penitenciario. Mediante la redención de penas por el trabajo le llegará pronto su puesta en libertad, aunque él preferirá seguir en el Valle, donde empieza ganando quinientas pesetas mensuales.

— Yo al principio vivía en el hospital, en la enfermería, que estaba al lado de la capilla, arriba,

cerca ya del monumento. Había diez o doce camas que nunca se ocupaban, porque a los enfermos graves se les mandaba a Madrid, y los otros no querían encamarse, ni lo necesitaban. Después ya me dieron una pequeña vivienda y me llevé a mi mujer: allí tuvimos los cuatro hijos, que empezaron a estudiar el bachillerato con el maestro que teníamos en el mismo Valle, y todos han salido muy bien colocados; ahora todos están casados y ya hay doce nietos. Del Valle recuerdo sobre todo las caminatas que había que pegarse, porque como había que visitar los tres destacamentos y éstos estaban alejados entre sí... Y aparte la enfermería, que era raro el día en que no bajaba alguno con una uña de menos, si no era todo el dedo. Una vez asistí en una chabola al parto de una muchacha de dieciséis años que tenía obligación de morir. Sin luz eléctrica, que tuve que alumbrarme con una tea, sin poder ponerme de pie, tan bajo era aquello, allí de rodillas, qué sé yo, y le tuve que dar cuatro puntos, antes de que contáramos con la penicilina, y si no murió la muchacha fue de milagro. Al crío lo vi crecido con catorce años y estaba muy bien. A don Pedro Muguruza también tenía que subir a ponerle inyecciones todos los días, porque tenía una cosa de esclerosis en placa y tenía que ir a pincharle a diario. El día de su santo daba una comida especial a todos los reclusos, con bolsas que repartía allí en la explanada, pero los demás no daban nada. Y cuando salió la penicilina, me tocaba poner inyecciones cada tres horas, aquí y allá, y como los destacamentos estaban tan lejos unos de otros y las chabolas tan desperdigadas, pues tenía que dormir muchas veces en la calle, en la cuneta, por no subir y en seguida tener que bajar. Así que con el frío que hacía allí... Dormir al lado de la carretera y levantarse cada tres horas para poner la inyección. En invierno, figúrese.

Y doce o quince kilómetros todos los días a través de la sierra. De ahí me viene esto, me parece a mí, de la pulmonía que cogí allí. Ahora ha sido dado de baja definitivamente, antes de cumplir los sesenta y cinco años de la jubilación, a causa de su inutilidad laboral permanente, y después de permanecer los últimos catorce años, también como practicante, en el servicio de urgencias de La Paz.

— Una miocardíoesclerosis que padezco, con asma, cosa de tipo bronquial.

Pero con su pequeña voz ahogada aún recuerda cosas de su paso por Cuelgamuros.

— A Franco un obrero casi lo tuvo que sacar a la fuerza, porque muchas veces se presentaba de incógnito, nada más que con un acompañante, un policía o el chófer, y uno de esos días a la una se metió en el túnel, sin darse cuenta el capataz, y estaban puestas todas las mechas de los barrenos. Lo vio y sin saber quién era lo cogió y lo sacó corriendo, «¡Pero hombre!, ¿a dónde va usted?», lo sacó a la explanada y luego fue cuando ya... Que es el Caudillo, y tal. «Bueno, perdone...» «No, hombre, no, está muy bien.» La que se pudo armar allí. Otro que subía mucho era Millán Astray, que les llevaba tabaco a los presos, y nos echaba discursos, arengas de tipo patriótico. Un día subíamos mi esposa y yo desde el cruce de la misma entrada y subía también un matrimonio, él con una pierna escayolada. Y en esto que nos adelanta un coche y vemos que un poco más adelante se para. Dio marcha atrás y era Millán Astray y su esposa. Le preguntó al hombre qué le había pasado y se bajó del coche y le dijo al chófer que llevarse al herido primero y que luego volviera a buscarle a él, y así lo hizo.

Para colmo de males, el viejo practicante se encuentra inmovilizado en su casa, un piso séptimo, en San José de Valderas, en las cercanías de Madrid, bloqueado por las interminables obras del ascensor de la torre. No puede salir de casa, porque aunque fuera capaz de bajar tantas escaleras, su corazón no soportaría seguramente el esfuerzo de tener que subirlas luego. Eso es lo que él se teme, por lo menos.

D. GONZALO DE CÓRDOBA, EL MAESTRO

Yo llego allí el año cuarenta y cuatro, el dos de marzo. Ya había gente allí, reclusos. La guerra me la había pasado yo toda en la misma Sierra del Guadarrama, desde el principio al fin, pero no había estado allí, no sabía nada de lo que estaban haciendo allí. Mi actuación en la guerra fue como comandante, de Infantería. Pero yo era maestro titulado, ya antes de la guerra me había dedicado a la enseñanza. Primero en San Sebastián de los Reyes, donde me casé, y después en Galicia, en Queixás de Abaixo, a diez kilómetros de Lugo. Y me detuvieron, claro. Fui represalia-do, porque a los quince días de estar en la cárcel de Alcalá de Henares ya vino mi padre y me dijo: «¡Que te han dado de baja en el escalafón de los maestros!» A mí me condenaron a muerte, que luego se quedó en treinta años. Y pasé a las cárceles de Madrid. Estuve en Porlier y pasé a Carabanchel, cuando

se estaba construyendo esta prisión. Y allí, porque un compañero muy joven había ido a ver a la novia, a Madrid, y se retrasó y llegó tarde, nos consideraron cómplices y nos metieron allí y nos dieron algo de espanto. Pero al reconocer el Consejo de Disciplina de la cárcel que no habíamos tenido intervención de ninguna clase, porque al otro lo cogieron deambulando por la Plaza Mayor, después de esa maduración de estacazos, vinieron un día y a mí me dijeron: «Oye, ¿quieres ir como trabajador al Valle de los Caídos?». Yo no tenía noción de lo que era eso. Pero ya tenía cinco hijos, y daban una pequeña gratificación de cuatro pesetas al día, que para mí era mucho. Dije que sí. «Es que está ahí un señor que quiere llevarse a unos cuantos y le voy a decir que tome nota de ti». Efectivamente, me presentó a un don Rodrigo, luego fuimos muy buenos amigos, él era el encargado general de San Román; me presento a él y me dice: «¿Usted qué oficio tiene?». «Pues cerrajero.» Yo había estado aprendiéndome términos de este oficio en un libro de construcciones. Me mira y dice: «No, usted no es cerrajero». Y ya me pareció que no debía seguir con aquella mentira. «No, señor, soy maestro nacional.»

«Es que yo vengo a por usted; ahora sí que le digo que se viene usted conmigo.» Y al llegar al Valle y bajarnos de los camiones y formarnos, el jefe del destacamento dice: «Aquí creo que viene un maestro; que salga de la fila». Y me dice: «Bueno, mire usted, mañana por la mañana se va a la obra y pregunta usted por el ingeniero y le dice que es el maestro». Y efectivamente, me presenté al ingeniero y le dije que era maestro. «¡Hombre, muy bien, precisamente yo tengo un chico que lo está necesitando a usted!» Ya vivían allí quince o veinte familias. «Bájese a la carpintería y que le preparen cuanto necesite.» Pedí lo primero una pizarra, con el porta-pizarras; compré algunos libros y unos mapas. Y en el salón donde comíamos los reclusos me instalé. Ya empecé con las clases y a conocer a la gente, que venía a verme. Yo trabajaba como un reloj, porque tenía que ganarme la simpatía de los padres de los niños, que eran los capataces, el aparejador, los funcionarios de prisiones, en fin, esa gente. Y trabajé como un bárbaro, con buenos resultados. El propio San Román venía a verme con frecuencia, y don Pedro Muguruza, el arquitecto, me visitó también. El fue quien decidió modificar el local, que no le gustó; trajeron unas mesas ya prefabricadas y me trasladaron a la antesala del botiquín, pero como cuando había cualquier cosa tenían que pasar los accidentados por delante de los niños, de allí me trasladaron a la iglesia. Hasta que se fue un capataz y resolvimos hacer la escuela en el barracón que dejó vacío.

Gracias a las lecciones que les impartía el ex condenado a muerte y maestro nacional Gonzalo de Córdoba Escolar, fueron aprobando los sucesivos cursos de bachillerato los chicos cuyos padres tenían que permanecer en el Valle de los Caídos, por unas u otras razones. Las clases eran mixtas, y los chicos eran admitidos desde los seis años, hasta los catorce. En ocasiones se apiñaban en la escuela más de sesenta alumnos. Todos los años, los estudiantes de bachillerato acudían a examinarse a Madrid, al Instituto de San Isidro, «y salvo uno o dos, los demás no tuvieron que llevar ninguna asignatura para septiembre». Lo aprobaban todo, incluso la asignatura de Religión, incluso la política o de formación del espíritu nacional, en cuyas explicaciones ponía el maestro especial esmero. Con los mismos hijos del propio maestro, hoy médicos en Pozuelo de Alarcón —y con quienes vive ahora el padre— estudiaron en aquellas aulas los hijos del practicante Orejas, el del médico Lausín y los de tantos y tantos encargados de obras, capataces, funcionarios de prisiones, técnicos, etcétera, que intervinieron en aquella empresa. Francisco Rabal, que a sus quince años andaba ya por allí recitando parrafadas de «La vida es sueño» a quien quisiera escucharle, no fue nunca alumno del señor Córdoba, que recuerda, en cambio, con especial aprecio a su hermana Luisita, muy aplicada, y al padre de los Rabal, don Benito, o Tío Benito, como le llamaban allí, hombre cachazudo y bueno que animaba a trabajar cantando «Y el carro que no anda..., que no tiene grasa...», siempre con su cachimba entre los dientes.

Empezó ganando el maestro por su labor en el Valle mil cien pesetas mensuales.

— Y cuando la cosa ya pasó completamente al Patrimonio Nacional me vine a Madrid. Estuve a punto de quedarme allí, pero Villavicencio se metió por medio diciendo que yo no era titulado... ¡Y con plaza por oposición! Tuve que coger y mandar el título: aquí está mi título. Fue un hombre muy incorrecto conmigo. Luego escribí al Ministerio de Educación Nacional pidiendo mi readmisión en el escalafón, y después de aportar toda clase de documentos, a los trece meses, me readmitieron, claro. Así que me fui de maestro propietario provisional a Canillejas, pero en seguida pedí la jubilación, porque mis hijos ahora pueden ayudarme y me convencieron. Pero no paré hasta que me reconocieron todos mis derechos. Es lo que le dije yo allí a un inspector: «Yo no he hecho nada, absolutamente nada más que una cosa: ir al frente y exponerme a que me dieran un tiro en la

cabeza, en cuyo caso mis hijos se hubieran quedado sin amparo».

Este don Gonzalo de Córdoba es de Carmena, Toledo, donde nació en el año 1905, «el mismo día en que nació Franco, el día de Santa Bárbara».

8.- DOS OFICIALES REPUBLICANOS

D. EDUARDO SAEZ DE ARANAZ,
CORONEL DE INFANTERÍA Y DIPLOMADO
DE ESTADO MAYOR, EX CONDENADO
A MUERTE Y ALMACENERO

A sus ochenta y cinco años, don Eduardo Sáez de Aranz trabaja todos los días en su librería de la calle de Gaztambide, y toma el autobús y el metro, solo, y así va de un lado a otro por Madrid.

— Yo guardo malos recuerdos de Cuelgamuros, no del trato que me dieron a mí, sino de la situación que había allí. Porque allí había casas para los obreros, casas que yo he visto, que tenían una cocina y una habitación, y en esa casa vivía un matrimonio con dos hijos, varón y hembra, de alrededor de diecisiete o dieciocho años. Y si unos dormían en la habitación, los otros tenían que dormir en la cocina. Para hacer sus necesidades tenían que salir al campo. Para buscar agua tenían que salir al campo.

Nació en Pamplona el 17 de mayo de 1891, en un sitio donde había un letrado que decía: *Dena Ona*, lo que significa: *Todo bueno*. No sabe si ese letrado seguirá en su sitio.

— Yo era militar. De ingreso, del año siete; y de salida, del diez. De la misma promoción que don Francisco Franco Bahamonde. Nos conocíamos mucho, claro, si además yo estaba de profesor en la Academia de Infantería, en Toledo, y en una visita que nos hizo cuando fue a organizar la Academia General, me dijo que me fuera con él a Zaragoza. Y yo me fui a Zaragoza con él. En cambio, no pude irme con Millán, porque Millán me vino a buscar, pero yo me iba a casar, y no iba a irme con él a organizar la Legión.

Siendo teniente, daba clase a los quintos analfabetos; en África fue profesor de cabos; en Toledo, desde 1920 hasta 1928, profesor de árabe, primero, y después de táctica. En la Academia General enseñaba táctica, armamento y tiro. Alumnos que pasaron por sus manos alcanzarían con el tiempo rango de ministros, de una u otra arma, y capitanes generales.

— En la guerra llegué a ser teniente coronel de Estado Mayor, y fui jefe de Estado Mayor del ejército que ocupó Teruel. Yo estuve haciendo proyectos, formando parte de los Estados Mayores. Y políticamente, nada. Yo no era político. Me tuve que afiliar a un partido político por aquellas necesidades del momento, e ingresé en el partido socialista, en la fracción de Prieto, no en la de Largo Caballero. Yo tenía cierta relación con Prieto, porque me quisieron mandar a Tánger para sublevarlos, o, mejor dicho, para ocuparlo por parte de los republicanos. No fui, luego no me mandaron. Y cuando terminó la guerra, yo estaba en Valencia. Y en el treinta y nueve me condenaron a muerte. Esto sería muy largo de explicar. Porque a mí, en principio, me condenaron a treinta años, pero el señor..., ¿cómo se llama este general que lo pasaron ahora a la reserva, el único general republicano que..., el de Asturias? Aranda; ese me condenó a muerte; vamos, él me anuló el consejo que me había condenado a treinta años y me condenaron a muerte. Franco me indultó, me conmutó la pena capital por la de treinta años. Y luego estuve, primero en Valencia, después en Ciudad Rodrigo, luego en Pastrana, preso durante cuatro años. Cuando quedé en libertad me fui a trabajar a Almería, a una mina, en las oficinas. Luego me vine a Madrid, y aquí organizamos una comisión para trabajar indultos y cosas de esas, y me cogieron con eso. Como yo tenía relaciones, no de organización, sino de conocimiento, con el general Saravia, que estaba en Francia, me cogieron con eso y me volvieron a meter otra vez en la cárcel.

Entonces, en esta segunda ocasión, fue condenado a ocho años.

— Lo de Cuelgamuros lo pedí yo, porque me decían que se acortaba el tiempo de estancia en la cárcel. Allí trabajé de almacenero, en el destacamento San Román, porque había otros dos más. Tenía a mi cuidado los elementos del trabajo; cuando llegaba alguien con una nota, cogía el pedido y se iba. Teníamos una pequeña gratificación para la comida.

Una cosa insignificante que le ofendió mucho fue la ocasión en que la empresa San Román repartió una gratificación extra, como consecuencia de la terminación de determinada parte de la obra. Le dieron al almacenero, coronel de Infantería y diplomado de Estado Mayor, una propina de diez duros, «como a los botones», mientras que a otras personas, encargados, les entregaron cinco mil pesetas a cada uno. Sáez de Aranaz cogió sus diez duros, entró en la cantina delante de quien se los acababa de dar, se puso a su lado y pidió un vaso de vino. Lo tomó y le preguntó al cantinero cuánto le debía.

— Son cuarenta céntimos.

— Pues cóbrate de estos diez duros y quédate con el resto —le dijo en voz alta—. Es mi propina.

Veía a su antiguo compañero de promoción cuando Franco aparecía por el Valle en cualquiera de sus frecuentes visitas. Pero Franco nunca le habló. No sabe si le vería, siquiera, si le reconocería; pero de lo que está absolutamente persuadido es de que Franco sabía que él estaba allí como un preso más.

— Millán Astray sí que me saludaba. Me decía que él había sido profesor mío en la Academia, en la asignatura de Geografía; y digo, no, usted de donde me conoce es de que yo le acompañé en una excursión por África para enseñarle una zona. Pero me trataba muy bien, me quería mucho. Un buen día llevó tabaco, nos reunió, sacó una manta y echó encima un montón de paquetes de esos que la Tabacalera decomisaba del contrabando. Y los regaló para los presos. Me dice: «Bueno, tú, coge de aquí el tabaco que quieras y lo demás lo repartes entre tus compañeros». Y yo, claro, le consulté al jefe del destacamento, que estaba presente. Y él: «¡He dicho que lo repartas tú, qué pinta aquí este tío!».

También recuerda con precisión un hecho que siempre le pareció notable: todos los años, el día 21 de junio, al comenzar el verano, el sol pasaba a su salida todo a lo largo del túnel que se estaba construyendo, hasta llegar al centro del altar. Le impresionaba el fenómeno, que no ocurría más que ese día a lo largo de todo el año.

Aunque los barracones estaban ocupados normalmente por cuarenta o cincuenta presos, él vivía con otras cuatro o cinco personas en una pequeña estancia. Su hijo, que se graduó en periodismo en la primera promoción salida de la Escuela oficial, iba a visitarle de cuando en cuando; se casó estando él aún en Cuelgamuros y, naturalmente, no pudo asistir a su boda. Salió en 1950, en libertad vigilada, con la obligación de presentarse una vez al mes en el control correspondiente. Dio lecciones de matemáticas, trabajó en una compañía de seguros, representó a una casa de curtidos, fue auxiliar de imprenta, hasta que su hijo le organizó esta librería especializada en temas aeronáuticos.

De cuando en cuando le gusta hojear un viejo libro muy sobado, de pastas duras, titulado «Anuario Militar de España. 1912». En las páginas correspondientes al arma de Infantería, grado segundos tenientes, aparece su nombre después del número 65, y mucho más adelante, con el número 247, viene el de Franco.

D. ALEJANDRO SÁNCHEZ CABEZUDO, TENIENTE CORONEL, CON MANDO DE GENERAL DE DIVISIÓN, EX CONDENADO A MUERTE Y ESCRIBIENTE

— Yo tengo setenta y ocho años menos doce —suele decir Alejandro Sánchez Cabezudo—; los doce que pasé en las cárceles de Franco.

Capitán africanista, de la promoción de 1915 en la Academia de Infantería, Sánchez Cabezudo hace su aparición en Madrid en febrero de 1936, después de diecisiete años ininterrumpidos en Marruecos. Incorporado al Cuartel de la Montaña, alguno de sus compañeros le piden en seguida su adhesión a lo que se prepara.

— La verdad es que la cosa estaba muy jodida, esto con respecto a nosotros, los militares; teníamos que ir en camionetas al cuartel, de paisano, y protegidos, si no, no nos dejaban llegar. Así estaban las cosas. «Queremos contar contigo.» ¿Para qué? «Pues esto no se puede tolerar, fíjate

cómo estamos con la República, es una vergüenza, a dónde vamos a llegar. Y los militares estamos firmando un compromiso para hacer un alzamiento.» Yo le dejé hablar. Digo, bueno, entonces concretamente qué es lo que tengo que hacer para lo que tú quieres. «Firmar este compromiso de adherencia al movimiento.» No, yo no firmo nada en contra del régimen que está constituido, porque hace dos meses me habéis hecho llamar para firmar mi adhesión a la República, y la he firmado. Y como no se pueden firmar las dos cosas... «Pues mira, no firmes.» Ahora bien, les digo, si pasa algo y yo estoy en el cuartel con vosotros y hay un coronel que me mande, yo ante, todo soy militar y obedezco las órdenes de quien me mande.

«Y ya llegó el movimiento y tengo la fatalidad, cono, que estaba yo bailando en la verbena del Carmen, de paisano, tan contento, y se presentan allí unos, mi capitán, que vaya usted de inmediato al cuartel. Me pongo el uniforme, me voy al cuartel, y allí unos a jugar al tute, otros al dominó, otros charlando..., los que menos de política, porque ni Dios sabía nada de política ni de leches, éramos africanistas, estábamos acostumbrados a los tiros y a que nos dieran una cruz roja a los seis meses de servicio. Sería el día dieciséis por la tarde, y el dieciocho estamos allí. ¿Qué pasa? Nada, que estamos esperando a que venga Mola. Nadie sabía nada de nada, no había un militar de categoría que estuviera encargado de aquello, y por fin engancharon al pobre Fanjul, que fue un mártir, porque en el libro ese que ha escrito Mola está bien claro el asunto: en Madrid nadie quería saber nada, no había ningún general dispuesto a hacerse cargo. Y cogieron a Fanjul, que era una víctima, con el maletín y todo, dicen que lo arregló para irse al cuartel, pero lo que quería era darse el piro, si podía, pero no le dio tiempo; y se fue con su hijo allí, al cuartel. Entonces ya llega el día dieciocho, el diecinueve. A mí me nombran capitán del cuartel, y me presento a él. El día dieciocho de julio, nada más que eso. No, el diecinueve. Y el capitán del cuartel, después del mando, es el que tiene que resolver todas las papeletas. Conciliábulo. Llegó Fanjul, se instaló en el despacho del capitán ayudante, el coronel Moisés Serra Bartolomé, que lo acababa de nombrar Azaña, por confianza, que después lo picaron en el patio del cuartel, una buena persona; y después de todo este laberinto, me llama Fanjul, me presento a él, pero bueno, ¿qué pasa...? "Que se han sublevado en Marruecos, que Mola viene, que está en el Alto del León ya." Esto el diecinueve de julio. "¿Por qué no va usted a darse una vuelta por los cuarteles, a ver qué pasa?" Había que jugarse el bigote. Madrid estaba más vacío que... Total, voy al cuartel del Regimiento del Rey, a los cuarteles de Infantería, al de Ingenieros, que mandaba Quintana, cambio impresiones con ellos... ¿Qué pasa? Nada, dicen, que viene Mola... Se actuó muy mal, no se sabía nada de nada.

»El Cuartel de la Montaña se perdió el veinte de julio por la mañana. Como capitán del cuartel, yo hice el zascandil de un lado para otro. Y en el momento en que los soldados querían fusilar al coronel de mi Regimiento, a Serra Bartolomé, baja uno de ellos... "Mi capitán, suba usted a la escalera, que quieren matar al coronel." Vamos corriendo allá. Estaban los soldados con los fusiles apuntándole. Tuve un momento de lucidez. Bueno, qué es lo que queréis. "¡Viva la República! Que se traiga la bandera del Regimiento y rendir el Regimiento." Fui y saqué la bandera, se la llevé al coronel y a los soldados, y ya esas cosas de borrachera patriótica que le entra a la gente, "¡Viva la República!, ¡Viva la República!", y con eso se salvó aquel momento crítico.

»Los falangistas habían entrado ya dos días antes y estaban armados y vestidos de soldados. Y se preparó la defensa del cuartel. Los oficiales que estaban comprometidos creían que era el cumplimiento de su deber. Yo no tenía mando entonces, porque en la lista de adheridos no figuraba. Yo era entonces un diplomático al servicio del momento. El primer cañonazo que se tiró contra el Cuartel de la Montaña lo tiró Urbano Orad de la Torre, que vive actualmente en Madrid; es el padre de esa actriz tan famosa, la bailarina María Rosa. Explota en uno de los despachos en que se encuentra Fanjul y uno de los cascotes le hiere. Me llama, y veo a Fanjul con la cabeza vendada, ya con muy mala leche, muy disgustado, muy disgustado. Cañonazos por aquí y por allá. Los soldados ya no hacían caso a nadie. "¡Izad la bandera blanca!" Todos los jefes y oficiales de mi Regimiento bajan al patio. Yo estaba allí en mangas de camisa. Y me dicen: "Tú, Alejandro, al cuarto de oficiales, que allí nos vamos todos. que va a venir la guardia civil a hacerse cargo de nosotros para protegernos". Y yo, que tengo mucha experiencia y mucho instinto, digo, bueno, mira, yo, de momento, me voy a quedar aquí en el patio, porque estoy de capitán de cuartel todavía... Y me quedé solo como la una, sólo cinco o seis soldados al corro. "¡Viva este capitán, que nos ha dado muy bien de comer siempre!", esa frase soldadesca no se me olvida nunca. Que nos ha dado muy bien de comer, esa fue la primera protección que tuve.

»Segunda protección. Llega un momento en que alguien pone la bandera blanca de rendición y

todo el mundo paró. Los oficiales se retiraron a la sala de suboficiales. Yo solo en el patio, con los brazos cruzados, a ver qué coño pasa ahora aquí. Primero entra un chico joven, con brazalete del partido comunista, que grita que le han matado a su hermano. Pero los soldados que están a mi lado le paran: "No, señor, que este capitán es muy bueno". Los mismos soldados me habían puesto el brazalete rojo en el brazo. A todo esto, no había habido un solo tiro dentro del patio, ni un muerto había caído allí. Y en aquel momento, de pronto, se abre la puerta y entran guardias de asalto, y al frente de los guardias de asalto pasa un teniente que se llamaba De Pedro, que era teniente de mi compañía en Regulares, al que yo había protegido mucho, porque fue allí casi castigado por los militares reaccionarios, dejaron a su familia sin comer en Madrid, con cartas de recomendación para que se le persiguiera también allí; yo le protegí, sin embargo, le di dinero para que su familia viniera de Madrid, y a los dos meses era feliz con nosotros. " ¡Qué cono hace usted aquí, mi capitán!" Digo, pues que me ha tocado. "Oye, rodear al capitán y llevarlo a su casa y mucho cuidado con que le pase nada." Así salí yo del Cuartel de la Montaña. Luego ya entró la gente, y te garantizo que si éramos unos setenta oficiales, sesenta cascaron; soldados, el uno por mil, nadie; y falangistas menos, tampoco. A las cuarenta y ocho horas ya estaba yo otra vez en el Cuartel de la Montaña para tomar el mando de una agrupación de soldados de Infantería para irme al Alto del León.»



Ilustración 8. Hacia 1950, los presos fueron sustituidos por obreros libremente contratados para terminar las obras del Valle. Algunos se quedarían allí, sin embargo, como tales obreros. Entre los presos había oficiales republicanos que habían sido compañeros del Generalísimo, ante los que éste pasaba en sus visitas indiferente y lejano.

Sánchez Cabezudo es testigo realmente excepcional. Su memoria prodigiosa y la plasticidad de su relato volverán a ponerse a prueba al recordar otra escena inolvidable de esas que marcan una vida. Se le verá en Belchite, en Barcelona, en la Cuesta de la Reina, en el frente de Extremadura... y finalmente en la retirada del ejército derrotado por la Junquera.

— A los pocos días aparece un hermano mío que era teniente de la guardia civil, y a quien yo había pasado a la España de Franco en el verano del treinta y seis, porque él era falangista, y sabía que lo iban a picar. Me fue a ver allí y me dijo: «Tú te vienes conmigo, hombre, vamos a ver al cónsul de Perpignan, me han dicho que el que no tenga las manos manchadas de sangre puede volver tranquilamente a España». Y como yo no las tenía manchadas de sangre, volví a España. Atravieso la frontera por Irún, luego me llevan a Burgos, después a Barcelona. La guerra seguía todavía. Y estando en Barcelona es cuando me meten en el castillo de Montjuitch.

Había terminado su carrera militar con el grado de teniente coronel por méritos de guerra, con mando de general de división, pero al ser juzgado no se le reconoce más que su graduación anterior, la de capitán. De todos modos, es condenado a muerte.

A finales de 1939 eran varios los oficiales republicanos que, como Sánchez Cabezudo, esperaban la hora de su ejecución, y entre ellos figuraba el general de la guardia civil Antonio Escobar Huertas, que había mantenido a las fuerzas a su mando del lado de la República.

— Desde mi punto de vista, si en el cielo hay santos, el general Escobar debió entrar vestido con el uniforme de gala y dando besos a un crucifijo, porque era de lo más cristiano que yo he visto. Estábamos en la sala especial para los condenados a muerte, donde llevábamos una vida muy recluida. Y él rezaba con nosotros. En realidad, nosotros rezábamos porque él nos imbuía a rezar. El pasaba el rosario. Y ya me dijo: «Vamos a leer cada día un día de *La Hora Santa*.» Y cada día de la semana se leía lo que correspondía. Y así fuimos pasando el tiempo hasta que un buen día, el día X, muy próximo de la hora H... Yo ya lo sabía, porque estaba en contacto con otros: «Esta noche se ejecuta al general Escobar. Está la orden y está todo.» Yo jugando al ajedrez con él, él tan templado como siempre, yo no sabía jugar mucho y perdía siempre, no porque me dejase ganar, sino porque me ganaba. Pero se distraía. Sabíamos por su familia que había pedido el indulto, pero no, sabíamos que lo fusilaban. Y lo sabía él. Entonces aquella noche, que era su última noche, estábamos jugando al ajedrez, y a las doce y cuarto, la hora en que solíamos dejarlo, al levantarse me dijo: «Bueno, ya no vamos a jugar más partidas de ajedrez». «¡Hombre, mi general, qué cosas tiene usted!» «Sí, sí, yo sé... La Santísima Virgen me lo ha dicho; ha llegado mi momento, y yo estoy preparado. Pero me va usted a hacer un favor antes de despedirse de mí. Yo quiero que me preste su maquinilla de afeitar, porque es que yo no quiero tener dentro de mi equipaje cosas que puedan hacer temer que yo, en un momento desesperado, pudiera cometer cualquier tontería.» Yo le dejé mi máquina de afeitar, se afeitó, se vistió con un traje cojonudamente bien, con su corbata, todo. Los demás compañeros no se atrevían a entrar en el cuarto, nada más que yo. Había capitanes, tenientes..., todos condenados a muerte, y yo creo que a todos los ejecutaron posteriormente. Y ya llega la una, y llegan los vigilantes y abren la puerta. Salí yo. ¿Qué hay? Venía el teniente ayudante del castillo, muy buena persona. Dice: «Venimos a buscar al general.» «Sí, sí, estoy preparado.»

Y sale ya. «¿Qué es lo que hay que hacer?» Luego: «Un momento, por favor, voy a orinar, no tengo nada, no voy a hacer nada, yo soy un hombre que tengo años, estoy nervioso y nada más». Fue y volvió. Y desde allí lo llevaron al despacho del comandante de Caballería, ante el juez, que le dice: «Le queremos leer la sentencia». Dice: «¿Para qué?». «No, es que es una cosa de fórmula.» «No, no, no. ¿Dónde hay que firmar?» Y puso casi literalmente: *Todo se hace con arreglo a tu voluntad, Señor. Gracias por tu santo nombre. Antonio Escobar Huertas*. Esto lo escribió él en la sentencia. Y ya pasó a capilla. Llegó mucha gente, de uniforme, uniformes de aquellos negros, a un festejo. Yo pedí permiso para que a los siete condenados a muerte que estábamos con él nos dejaran bajar a oír misa con el general, por hacerle ese homenaje piadoso y esa compañía de último momento. Bajamos y nos sentaron en un banco algo lejos. En un momento el general se metió en la habitación de al lado para confesar, y como era sordo, hablaba muy fuerte, y nosotros no podíamos evitar oírlo, y nada más le oíamos decir: «Yo perdono a todo el mundo, yo no tengo enemigos, es la voluntad de Dios, si he hecho algo malo me arrepiento...». Estas palabras las he oído yo. Después de confesar, ya llega la misa. Delante se pone su hija, su hijo Antonio, que ahora vive en Sevilla. Comulgó él el primero, y sus hijos. Llegó el ayudante y nos dijo: «Bueno, vosotros ya

os podéis marchar para arriba». Nos despedimos del general, nos dio un beso, nos dio un abrazo, me reiteró lo que me había puesto en *La Hora Santa*, y subimos. Y allí quedamos los otros siete condenados a muerte sin saber qué decirnos, cada uno en su sitio, sin comentar nada. Únicamente que por un lado nuestra celda daba a los fosos de Montjuitch, donde había centinelas de vigilancia, los vimos al encaramarnos a un ventanuco, y entre ellos había un soldado cubierto con una manta, porque hacía mucho frío, al que vimos mirar con interés aquí y allá, y él iba a ser nuestra única referencia para saber lo que estaba ocurriendo allí. Cuando el soldado miraba hacia la derecha, es que pasaba algo a su derecha; cuando miraba al frente, es que era en el frente donde ocurría lo que fuera. Serían cerca de las seis de la mañana, más o menos. El soldado mira a la procesión que se acerca; de pronto, se para, y nosotros ya pensamos que ha llegado la conmutación de la última pena. Pero lo sucedido, porque al día siguiente lo supimos, fue que el general Escobar venía andando en dirección al foso de abajo, que era donde lo iban a fusilar, y como venía a cuerpo, sintió frío y le entraron como temblores, y entonces, dirigiéndose al comandante le dice: «Comandante, por favor, ¿usted tiene inconveniente en parar esto un momento y que vayan a mi celda a buscar el abrigo?, porque es que tengo frío, estoy temblando, y no quiero que piensen ustedes que tiemblo porque voy a donde voy». Le llevaron el abrigo, se lo puso, y nosotros seguimos mirando al soldado de la manta. Las seis menos veinte, las seis menos diez, las seis. Nosotros con una ansiedad enorme. Y cuando habían dado las seis, este soldado que había estado mirando con la manta por los hombros, de pronto se tapa la cabeza con la manta y se esconde, se hunde en el suelo para no mirar más, no ver más, y en ese momento suena la descarga.

La víspera de su ejecución, el general Escobar le había regalado a Sánchez Cabezudo su libro de oraciones *La Hora Santa*, un pequeño volumen de tapas negras muy usado. Con esta dedicatoria:

«A mi entrañable amigo don Alejandro Sánchez Cabezudo.

»Los caminos del Señor son tan secretos como sabios. No ha sido la casualidad, que no existe, la que le hizo a usted conocer y enamorarse del Divino Corazón, en la Hora Santa, ni tampoco la que le ha hecho leer precisamente hoy una de las oraciones de las glorias de María. Esta devoción al Corazón Sagrado de nuestro Redentor, y la insuperable petición a la Virgen, son, no lo dude, obra de la amorosa Providencia, que quiso atraerle más y vela por usted. Que su gratitud corresponda con hechos a tan gran merced, y será usted todo lo feliz que en esta tierra de prueba puede serse. Tanto como le desea su hermano en Cristo. Antonio Escobar Huertas. 7 febrero 1940.»

— Yo lloro cada vez que lo leo. ¡Es brutal, es brutal! Este es un documento del cielo.

Sus dos hijos, de once y trece años en 1940, acuden a ver al compañero de promoción de su padre, el influyente general Várela, que consigue que le sea conmutada la pena de muerte por la de treinta años, que una revisión posterior dejaría en veinte.

— Pero un íntimo amigo mío que estaba en el Ministerio dijo: «¿Sánchez Cabezudo? Veinte más uno». Íntimo amigo mío. Lo que me supuso tres años más de cárcel.

Pasó por Alcalá de Henares, por Sevilla, por Dos Hermanas, por Cádiz, por Pastrana. Y un día de julio del 45 estaba de nuevo en Madrid, en libertad.

— Y un buen día de Reyes del año cuarenta y cinco, la policía que llega a casa con una orden firmada por Eymar para hacer un registro. Se incautaron de todos los libros y a mí me llevaron a la Dirección General de Seguridad. Interrogatorios, veladas amenazas. «Ustedes están conspirando para organizarse y dar un golpe de Estado». «Hombre, cómo comprende usted que vamos a dar un golpe de Estado, si no tenemos ni escopetas; si yo, precisamente, que en Barcelona, mandando muchos hombres armados con muy buen armamento, consideré que la guerra no se debía continuar porque no tenía solución por las armas, cómo lo voy a hacer ahora que no tenga armas.» Todo el delito que yo cometí era encontrarme con mis viejos compañeros y camaradas en las tabernas de Madrid y tomarnos un vaso de vino. En resumen: por conspiración para la rebelión, siete años y un día.

Es entonces cuando pide, desde Carabanchel, poder redimir pena por el trabajo en el Valle de los Caídos, a donde llega a comienzos de 1946.

— Y allí me presenté yo, en el destacamento penal. Trabajé de escribiente, llevándole las cuentas a un aparejador. Por aquel tiempo los presos podían tener a sus familias con ellos, y yo me

llevé a la mía allí. Vivíamos en una chabola, desde luego, pero vivíamos, cono. Me daban una gratificación de quinientas pesetas al mes. Tenía cierta libertad, comía, podía hablar y cantar. Los presos podíamos bebemos una copa de vino en la cantina. Y fumarnos el tabaco que nos llevaba Millán Astray. No me acuerdo de las visitas de Franco, pero sí de las de Millán Astray, porque era muy amigo mío. El se enteró de que yo estaba preso en el Valle de los Caídos por alguien de mi familia. Y un buen día llega allí, y los boquis, los carceleros que me llaman, que viene a verme el general Millán Astray. Me saludó con mucho cariño y me llevó cosas de comer y tres o cuatro cartones de tabaco. Claro, como el otro no fumaba, no sabía la importancia que puede tener un pitillo. Millán era muy amigo mío, yo había estado muchos años con él en Marruecos. Y Moscardó también subía todos los días, en invierno y en verano, subía a pie la carretera aquella. Así hasta el año cincuenta, más o menos. Hasta que llegó una comisión de periodistas extranjeros, americanos, y para causarles buena impresión y que hicieran fotografías, nos vistieron con el uniforme, el traje de penado, que no era obligatorio; era como esos trajes de gala de los chinos, de cuello alto, la chaqueta cerrada..., de una tela basta de color marrón. Hicieron las fotografías y al parecer las publicaron en los periódicos americanos, nosotros todos vestidos de presos y con unas bolas de hierro encadenadas a los tobillos, un trucaje fotográfico. «Así trata Franco a sus prisioneros», lo titulaban. Nos jodieron, ni cuarenta y ocho horas duramos. Ya no quisieron más reclusos. para las obras y nos metieron otra vez en las cárceles. Nos hicieron la puñeta.

9.- LOS HIJOS DE LOS PRESOS TAMBIÉN TRABAJAN EN EL VALLE

MANUEL Romero pasó fugazmente por la escuela del Valle de los Caídos, porque justo al cumplir los quince años se puso a trabajar de pinche allí mismo, en el mismo destacamento penal al que poco antes había sido conducido su padre, Mariano Romero Sánchez. Al frente de su hermanos más pequeños —Amparo, de once años; José, de nueve, y la más chica, de siete—, había seguido a distancia los pasos del padre, después de que la madre muriera. A los treinta años largos de aquellos momentos, Manuel Moreno es capaz de contemplar las viejas historias con los ojos que tenía aquel niño.

— Recuerdo que cuando nos encontramos con mi padre en el Valle, allá por el año cuarenta y cuatro, lo vimos ya bastante recuperado. Es que la última vez que yo le había visto estaba muy estropeado, por todas las calamidades que había pasado. Fue en el pueblo, en Alcázar de San Juan, cuando lo juzgaron. Porque mi padre casi toda la guerra se la pasó allí, en el ferrocarril. Pertenece al partido socialista y era policía secreta de la estación. Ferroviario e hijo y nieto de ferroviarios, porque Alcázar de San Juan es un pueblo que vive del ferrocarril. Fue de los atrapados en el puerto de Alicante, al final de la guerra. Como Alcázar fue uno de los últimos pueblos en rendirse, pues fueron todos a la cárcel, el cincuenta por ciento por lo menos. A él lo trajeron allí, con otros, y después de juzgarlos los sacaron esposados de dos en dos desde el Ayuntamiento hasta la cárcel, y estábamos todos los familiares, tanto nosotros como los de los demás reclusos, y al salir mi padre hizo así una seña a mi madre, se llevó el dedo a la garganta, como que le habían echado pena de muerte. Tanto tiempo que llevaba sin vernos, mi madre lloraba, como todos los que estábamos allí. Tuvo tres penas de muerte. Estuvo hasta en capilla, cuando sacaron a fusilar a su hermano, mi tío, que estaba en la misma celda. Estaban cenando y llegaron: Fulano de Tal, venga, que se va usted afuera. Y entonces ya le dijo a mi padre: «Mira, ya sé que me van a matar, así que toma esto, quédatelo tú, porque a mí ya para qué me va a hacer falta». Le dejó la ropa que pudo y, efectivamente, fueron y lo mataron. Fue casi en mangas de camisa. Y a otro hermano de mi madre también lo fusilaron después de terminar la guerra, allí en el pueblo, en Alcázar, donde hicieron bastantes fusilamientos. Pero mi padre tuvo la suerte de ser indultado. Primero hizo una solicitud al Caudillo y se la denegaron; luego hizo otra solicitud y por medio de un señor, que me parece que estaba en el Patronato de los reclusos, obtuvo el indulto, a treinta años y un día.

Con el padre corriendo de cárcel en cárcel, los cuatro niños vieron morir a su madre, en plena juventud. Desde el penal del Puerto de Santa María, Mariano Romero Sánchez quiso beneficiarse de la redención de penas por el trabajo y lo solicitó oficialmente. Entonces lo mandaron al Valle de los Caídos, donde en seguida se reunirían con él sus cuatro hijos.

— Mi padre allí hizo varios trabajos. Primero estuvo de leñador y luego de mampostero, dentro del túnel, para hacer los bataches y todas esas cosas, y entonces ya marchaba mejor. El trabajo aquel lo empezó la empresa San Román, y no tenían nada de seguridad en el trabajo, como hay ahora; allí se hacían pegas de barrenos y nada más hacer la pega se entraba a trabajar, sin ventilación para sacar los humos aquellos... La prueba está en que la inmensa mayoría, todos los que han estado de barreneros o ayudantes, que han estado mucho tiempo dentro, pues han muerto todos. El trabajo en San Román ha sido muy duro, muy duro, porque allí se ha hecho todo a base de mano, de arrastrar piedras entre ocho y diez hombres, con palancas, venga, duro, hacer el hormigón a mano, en unas batidoras, dale que te pego, pin, pan; ha sido durísimo. Eso lo he vivido yo allí. Cuando se empezó a modernizar la cosa fue cuando llegó Huarte, en el año cincuenta, pero antes el trabajo era como de negros, todo a mano, a espalda; barrenar a mano, a maza; como se puede hacer por ahí por el Amazonas o por el fin del mundo.

Al chico le tocó trabajar con Benito Rabal, un hombre del que todo el mundo guarda buen recuerdo.

— El había sido minero toda su vida, y allí estaba de capataz con San Román. Yo entré con él y al verme trabajar se fue al encargado general y le dijo: «Mira, a este chaval hay que subirle el jornal, porque trabaja más que un hombre». Dice: «Pues no, no le subas el jornal porque no se puede; ponle una hora o dos diarias, lo que tú veas». Y entonces ya, con esas dos horas, con mi jornal y el jornal de mi padre ya vivíamos. No para echar coche, pero para comer. Ganábamos a la semana...,

yo ganaba cincuenta y seis pesetas y mi padre algo más que yo, me parece que eran ciento catorce pesetas. En aquellos montes yo me encontré mejor que en ningún sitio. Habíamos pasado tantas calamidades en el pueblo... Porque teníamos una casa bastante grande, animales... y luego ya nos quedamos en la nada, en la nada de nada, allí se llevaban todo lo que quería cada cual de nuestra casa; entraban y salían y no nos dejaron más que las camas. Allí en el Valle tenías trabajo y comida, y va no te acordabas de otra cosa. Era mejor. Y como a lo primero no había más que presos políticos, aquello era como una gran familia, todo abierto, lo mismo las maletas, te daban aquí, te daban allá..., una cosa que se fue perdiendo a medida que llevaron presos comunes.

Después de obtener la libertad vigilada, Mariano Romero Sánchez siguió trabajando en Cuelgamuros. Tenía que presentarse todos los meses en el puesto de la guardia civil del Escorial.

— Entonces nos dejaron hacer una casita allí, pequeña, habitación y cocina, y allí dormíamos todos, en un cuartito que tendría tres por tres. Por lo menos no era una chabola, como la primera que tuvimos, que era de ramas, unos ramajos por arriba para que las aguas escurrieran.

El chico creció, conoció a una muchacha en las cercanías de Cuelgamuros, se casó con ella. El padre moriría ya en Madrid, donde ellos viven ahora con sus hijos. A veces se encuentra con alguno de aquellos penados que construyeron el Valle de los Caídos, pero cada vez son menos los supervivientes. El tiempo pasa. Y el niño aquel va para los cincuenta años. A muchos los ha matado la silicosis.

— Todo el que ha estado con un martillo en la mano, o su ayudante, todos han caído. Que yo sepa, solamente queda uno por ahí, por Fuencarral, Manolo el «Malaleche», que está el hombre inútil, y otro que tiene una portería en unos apartamentos del Escorial. Pero los demás han caído todos. La arenilla formaba un vaho allí que no se veía nada, un martillo aquí y otro allá, se entraba y todo era una nube, y la única protección que se tenía era una mascarilla de esas de esponja, que se humedece y te la tienes que quitar porque las chinatas entran y lo tapan, te la tienes que bajar y trabajar a pulmón libre. Han caído muy de prisa, muy de prisa. Eso es peor que trabajar en una mina. En la mina se puede llegar a los sesenta o sesenta y cinco años, trabajando toda la vida en la mina; pero ahí no, ahí el tío que se ha tirado tres años con un martillo, y menos de tres años, es suficiente para no contarlo. De los primeros que murieron de silicosis, uno fue un tal García; luego también murió, hace muchos años, un tío de Francisco Rabal, hermano de su padre, y «Curriqui», y Celedonio, que murieron sin haber cumplido los treinta años. Y «El Minero», y yo qué sé... Más de cuarenta y cincuenta tíos murieron del martillo. Porque es que la china aquella del granito es criminal, es que son unos cristalitos tan sumamente finos que se llegan a clavar en los pulmones.

10.- LAS FUGAS

Así como muchos penados se quedaban a trabajar en Cuelgamuros aún después de obtener su libertad provisional, por no tener a dónde ir o no querer exponerse a nuevas denuncias ni más averiguaciones, otros trataron de fugarse en todo momento de los destacamentos penales, y algunos lo consiguieron. Lógicamente, son poco conocidos los pormenores de muchas de estas fugas, como de tantos otros aspectos en relación con la construcción del Valle de los Caídos. En realidad, no se conoce ni aproximadamente el número ni el resultado de estas fugas, aunque por todos los indicios no parecen haber sido muchas, y sin éxito además la mayoría de ellas. Algunos funcionarios de prisiones o miembros de la guardia civil con los que hemos hablado del tema manifiestan su convencimiento de que no se produjo ninguna. «Al menos durante el tiempo que yo estuve allí», suelen añadir. Acerca de las que no pueden negarse ni ocultarse, se suele insinuar que en realidad fueron toleradas, que se hizo «la vista gorda» sobre ellas.

A lo largo de las numerosas conversaciones mantenidas con muchos de los reclusos que trabajaron en aquellas obras en los primeros tiempos, que fueron los peores, los más difíciles en todos los conceptos, surgen constantemente vagos recuerdos de muchas de esas fugas. Y es lugar común en casi todos ellos la mención del telegrama o la carta que los evadidos envían a las autoridades de la colonia penitenciaria una vez que se encuentran a salvo, para que cesen las posibles represalias contra sus compañeros.

El origen de estas misivas, que deben tener al menos el viso de realidad que le da la insistencia en la mención del dato, lo ponen unos en Moscú, otros en Londres, los demás en Buenos Aires...

De las posibles fugas habidas, se recuerdan con insistencia, por ejemplo, las de «un argentino» y «un mexicano», que además se relacionan con actuaciones a nivel de Embajadas. Parece que ambos habían pertenecido a las Brigadas Internacionales. Con respecto a estos dos casos, Teodoro García Cañas, uno de los penados que más tiempo pasó allí,⁵⁹ recuerda que «el argentino» se escapó en un coche con su mujer, en una de las frecuentes visitas que ésta solía hacerle. «Había ido a despedirla a la carretera, y a la vuelta, con el guardia y otros presos, oyeron cómo el coche se ponía en marcha y se iba. Entonces el argentino le dijo al guardia que tenía una necesidad apremiante, y claro, «no lo hagas en la carretera, no te bajes los pantalones aquí, ponte por ahí al lado», y ya luego pudieron buscar al peludo, que no lo encontraron más. Hasta que escribió luego, diciendo dónde se encontraba, para que no perjudicaran a nadie. Al «mexicano» lo atraparon y se lo llevaron a Madrid, pero después me parece que también se llegó a fugar de donde estaba.

— Se veían caras de perro cuando se producía una fuga —añade—, como que lo sabíamos todos, que iba a hacer esto y lo otro, pero mientras no declaraban a uno complicado, pues no hacían nada. Únicamente hacernos formar ochenta veces. De mi destacamento se fugaron seis u ocho, y del de arriba se fueron tres o cuatro. Un día hubo una fuga de doce, pero luego los cogieron. Bueno, a algunos no, ¿eh?, que había un chico que había sido marino y peluquero y de ese no se ha vuelto a saber más. Y otros varios. Pero a otros los cogían vendimiando en la Mancha, eran criaturas que a dónde iban, si no tenían la cosa preparada para salir del país ni nada...

Se habla de tres que no pasaron más de cuatro días en el destacamento y se fugaron juntos. «Se vinieron a Madrid, cogieron el avión, y cuando se quisieron dar cuenta, ya estaban en Francia. De éstos, uno era un tal Toral, que había sido teniente coronel en la guerra, y claro, este señor, en cuanto salió de la prisión y se fue al Valle, se conoce que los familiares mismos le arreglaron la cosa y se fue a Francia».⁶⁰

Los recuerdos, las noticias son muy vagos. «Uno que bebía mucho vino y se fue, pero lo encontraron en seguida y no le hicieron nada.» «Y otro que le decían *Alcotán*, que ahora vive en El Escorial, que se escapó también y a los ocho días le echaron el guante en Madrid.»⁶¹

Pero hay otras fugas mucho más documentadas y ciertas. Está, por ejemplo, la del anarquista

⁵⁹ Del testimonio de TEODORO GARCIA CAÑAS, registrado en el capítulo 3 de este libro.

⁶⁰ Del testimonio de JESÚS CANTELAR, registrado en el capítulo 5 de este libro.

⁶¹ Del testimonio de MANUEL ROMERO, registrado en el capítulo 9 de este libro.

Manuel Amit, que se escapó en el verano de 1948, para volver a caer muy pronto. Manuel Amit había sido secretario de la Regional Gallega de la CNT y secretario general del comité ejecutivo de la CNT después de la guerra. Juzgado por esta labor clandestina, cumplía en Cuelgamuros una condena relativamente pequeña. Pero un día se enteró de que habían sido descubiertos sus antecedentes de actuación durante la guerra, por los que presumía que iba a pedírsele en consejo de guerra la pena de muerte. Entonces decidió fugarse, un poco a la desesperada, sin ayuda del exterior ni contacto alguno con la organización en este sentido. Parece que tenía pensado sumarse a una fuga masiva que estaba preparándose en el penal de Ocaña, para importantes miembros de la CNT, pero ante la posibilidad de un traslado inminente para el juicio sumario, se adelantó. Esa fuga colectiva de treinta y tantos cenetistas, miembros todos ellos del último comité nacional de la CNT existe antes del fin de la guerra, entre los que figuraban numerosas personas condenadas a muerte, llegó a producirse, en efecto, por el mismo procedimiento que años más tarde pondrían en práctica los presos de otra generación en la cárcel de Segovia: la construcción durante meses y meses de un túnel subterráneo desde la cárcel al exterior.

De todos estos evadidos, sólo uno de ellos, al parecer, llamado Jarque, consiguió alcanzar la libertad. Todos los demás cayeron, lo mismo que cayó, a su vez, Manuel Amit, que años después terminaría sus días en el penal del Puerto de Santa María.

LA FUGA DE NICOLÁS SÁNCHEZ ALBORNOZ Y MANUEL LAMANA

Pero acaso la más célebre o conocida de las evasiones de Cuelgamuros sea la protagonizada por Nicolás Sánchez Albornoz y Manuel Lamana, también en aquel verano de 1948, cuando ya las obras de la cripta y del monasterio estaban muy avanzadas y la carretera de acceso prácticamente terminada, aunque no se hubiera comenzado el alzado de la cruz, y ni siquiera se supiera a ciencia cierta qué clase de cruz se iba a levantar allí.

Ambos habían sido detenidos en Madrid en marzo de 1947, junto con otros muchos estudiantes acusados de estar reorganizando la FUE, Federación Universitaria Española. (Entre ellos se encontraba Carmelo Soria, que en seguida tomaría el camino del exilio, para caer asesinado en el Chile pinochetista en el verano de 1976.) Tenían entonces alrededor de veinte o veintidós años. Nicolás Sánchez Albornoz, que muy niño había pasado los años de la guerra en Lisboa y Burdeos, acompañando a su padre, se reintegraría a España, con sus hermanos y su madre, en el momento en que los alemanes de la Gestapo están entregando a Franco las cabezas de republicanos ilustres; caen Cruz Salidos, Zugazagoitia, Companys y tantos otros, pero don Claudio consigue escapar a América. Entonces es cuando la familia del historiador vuelve a entrar en su país. La politización del joven Nicolás se acentúa en la Universidad. Y está terminando cuarto curso en la Facultad de Filosofía de Madrid, rama de Historia, cuando cae en la redada de la policía.

Nicolás Sánchez Albornoz, de cincuenta años, es hoy profesor de Historia de España y de América Latina en la Universidad de Nueva York. Especialista en Historia Económica, la publicación de sus estudios y ensayos no pasa nunca inadvertida.

El famoso juzgado de represión de la masonería y el comunismo es el encargado de dictar el auto de procesamiento contra los estudiantes de la FUE, que son juzgados en consejo de guerra el 12 de diciembre del mismo 1947. Al figurar entre los expedientes un alférez de complemento, el tribunal militar hubo de componerse de oficiales superiores, coroneles y generales. Lo presidía el general Vigón, era ponente el célebre coronel Eymar, y García Valdecasas actuó como fiscal. Como abogado defensor, Sánchez Ayuso.

— Estábamos presos en Alcalá de Henares —recuerda Sánchez Albornoz—, pero los generales no quisieron trasladarse allí para juzgarnos, así que hubimos de ser trasladados nosotros a Carabanchel. Fue un consejo de guerra colectivo; éramos quince los juzgados, y entre ellos estábamos Lamana y yo. Resultó un juicio bastante sonado, porque desde el punto de vista jurídico fue uno de los juicios más escandalosos de cuantos se hayan celebrado, porque por lo general las condenas resultaron ser superiores a las peticiones del fiscal. Generalmente, la sentencia suele reducir la petición fiscal, pero en nuestro caso, salvo algunos, muy pocos, en que se mantuvo la petición fiscal, en los demás las condenas fueron muy superiores a las solicitadas. En mi caso la duplicaron, pero en otros llegaron a sextuplicarla. A mí me impusieron seis años de cárcel.

Lamana, Sánchez Albornoz y un tercer encartado en el mismo expediente, Ignacio Faure, consiguen ser admitidos en el destacamento penal de Cuelgamuros en marzo de 1948.

— Existían todavía entonces muchos destacamentos penales en toda España. De esa manera se construyeron presas, el ferrocarril Madrid-Burgos, montones de obras públicas. El sistema de redención de penas por el trabajo estaba pensado para los presos de la guerra, para hacerles creer que era una manera de salir antes, cuando en realidad el Estado tenía necesidad de utilizarlos para deshacerse de los cientos de miles de personas que tenían presas. No era normal que llevaran a ellos a presos por delitos políticos de postguerra; en general, eran aún presos de la guerra. En mi caso tuve que mover alguna influencia para que me llevaran a un destacamento; moví esas influencias porque en un campo no existían las posibilidades de represión que había en las cárceles, no se vivía encerrado en una celda y, sobre todo, con el propósito de buscar una fuga más fácil; porque claro, desde la cárcel es muy difícil fugarse, aunque hubo bastantes fugas célebres, que no sé si se han registrado, o si se recuerdan... desde la propia cárcel. Pero eso requería un trabajo y una organización mucho mayores, y en aquel momento era más fácil buscar la salida desde un campo de trabajo.

Sánchez Albornoz trabajaría durante cinco meses en el destacamento que construía el monasterio, antes de consumir la fuga.

— Estaba construida Ja mayor parte de la planta del monasterio, cuyo interior por cierto es de ladrillo, y estaban empezando a revestirlo de piedra, trabajo para el que necesitaba especialistas, pero lo demás, el andamiaje y la albañilería eran labores de presos. Las obras estaban contratadas por empresas privadas. Y entonces la técnica era la siguiente: el Estado alquilaba sus presos a las empresas privadas, a razón de diez cincuenta pesetas en aquel entonces, lo recuerdo muy bien porque yo estuve trabajando en la oficina; de esas diez cincuenta pesetas, el Estado depositaba cincuenta céntimos en una cartilla, donde se iba acumulando, para hacer entrega del fondo al preso a su salida; y del resto, de las diez pesetas, cinco se suponía que —al menos a efectos de contabilidad— iban a parar a la alimentación del preso, y las otras cinco eran de beneficio neto para el Estado. No sé si ingresaban por la vía del Ministerio de Justicia o por dónde. En realidad, el beneficio era de diez pesetas, porque si tenemos en cuenta que el Estado hubiera tenido que alimentar al preso, se puede decir perfectamente que el Estado ganaba diez pesetas por cada preso, que cada preso le reportaba al Estado diez pesetas. Ahora bien, ese salario por el cual eran alquilados los presos, en realidad era menos de la mitad del salario común entonces, aun siendo éste de tarifa baja. Ese mecanismo que conozco para Cuelgamuros era el mecanismo común para todos los campos de trabajo.

Aquellos antiestéticos barracones de madera en que vivían los presos los recuerda con gran precisión Manuel Lamana, que una vez en libertad y en el exilio escribiría la novela de aquella fuga y de las luchas estudiantiles de la época.⁶² Cada uno de estos barracones «estaba enteramente ocupado por dos filas de literas de madera de doble piso», todas iguales; «en medio, de extremo a extremo, sólo quedaba un pasillo estrecho. El suelo era de tierra pisada y el techo de cinc, con unas vigas de madera atravesadas».

Otras impresiones que recuerda Lamana en su libro adquieren con el tiempo un específico valor testimonial y documental. «En los días serenos —escribe— se veían desde la puerta del barracón las montañas azuladas del Guadarrama. El valle, con forma de herradura alargada, estaba rodeado de montes no muy altos y tenía, en parte envuelto por el montañoso trozo circular de la herradura, separada nada más que por la ancha cinta blanca de la carretera en construcción, una colina solitaria, una protuberancia extraña y pelada que hacía pensar en un islote peñascoso rodeado de verdura; los presos del segundo campo lo estaban vaciando, estaban *erigiendo* en su seno una auténtica y tremenda catedral sumergida. Los montes eran de piedra dura, y aquí y allá, en sus laderas y a lo largo de la carretera, los adornaban tupidos y olorosos bosquecillos de pinos, restos, al parecer, del inmenso pinar que años antes había sido todo el valle. Durante la guerra, la línea de fuego había quedado estacionada largo tiempo en el monte que estaba frente a la boca Norte del túnel de la colina; aún podían verse restos de trincheras cerca de la cima, al pie del murallón de piedra que se veía desde abajo. En la colina misma, una vez que el frente fue roto y luego taponado, habían quedado copadas fuerzas enemigas, y todos los que no se rindieron habían ido muriendo...»

⁶² MANUEL LAMANA: *Otros hombres*, Editorial Losada, S. A.. Buenos Aires. 1956.

— En aquel momento, en efecto —añade Sánchez Albornoz—, circulaba entre los presos una versión del significado que tuvo aquel lugar durante la guerra. Lo contaban presos que habían estado en aquellas operaciones militares. Cuelgamuros es una hoya, que tiene una sola abertura que mira hacia Madrid. En medio está este peñón gigantesco que ha sido horadado. En los primeros días o semanas de la guerra, el frente se estableció en Somosierra, en las cumbres, y allí había un ejército relativamente poderoso, con marroquíes y tropas regulares, al frente de un general de cuyo nombre no me acuerdo. Por el otro lado aquello estaba servido por milicias de la CNT, eran cenetistas los que lo contaban. Y una vez estabilizado el frente allí, se les ocurrió una de las primeras operaciones tácticas pensadas. Y la operación fue la siguiente: decidieron abrir el frente en la parte posterior, la parte alta, que está por encima del monasterio, y emplazaron artillería en las dos zonas que lo rodean, con el propósito de dejar entrar a las tropas nacionalistas de ese general hacia la hoya, con la esperanza de poder salir a continuación por esa brecha y llegar a Madrid y tomar Madrid; y una vez que se retiraron las milicias de las crestas, de detrás del actual monasterio, el general entró con todas sus tropas, ocupó el valle e intentó salir. En ese momento los otros hicieron una operación de pinzas, y como la salida estaba bien guardada ya, empezaron con bombardeo de artillería, incendiaron el pinar... Se achicharraron allí. Y fue realmente una de las derrotas más graves que sufrió el ejército nacionalista al principio de la guerra, y que además evitó la toma de Madrid por ese lado. Los presos de la época recordaban, y así lo contaban, que habían oído hablar de que hasta el capellán de aquel ejército se había colgado de un pino, para no achicharrarse, y mostraban ese pino, que estaba situado detrás del ábside de la capilla estaba orientado en relación con ese pino, para ejercer una especie de exorcismo, por el hecho de que el cura, como un nuevo Cristo, hubiera muerto allí. Ese general desapareció y después ya no tuvo ninguna participación importante en la guerra. Franco estaba indignado con él, por haber caído en esa trampa tan sencilla.

La relativa libertad de que disfrutaban en el campo la empleaban los futuros fugitivos en conocer las proximidades de Cuelgamuros y la situación más habitual de los puestos de la guardia civil. Contaban con ayuda exterior y esperaban, tan sólo, la señal de marcha.

BARBARA SOLOMON CONDUCE EL COCHE DE NORMAN MAILER

Los preparativos para esta fuga, de una gran sencillez, habían comenzado poco antes en París, donde residía lo que un tanto pretenciosamente llamaban los militantes la Delegación Exterior de la FUE, uno de cuyos miembros, Enrique Cruz Salido —cuyo padre había sido uno de los ejecutados años antes en España—, entra en contacto con el novelista norteamericano Norman Mailer y con su hermana Bárbara y una amiga de ésta, Bárbara Solomon, «Barbarita».

Para gastarse el dinero que acababa de darle su conocido éxito, *Los desnudos y los muertos*, la novela sobre la guerra en el Pacífico, Norman Mailer se había venido a viajar con su mujer por Europa en un pequeño coche que se compró en Francia. Cuando se le terminó el dinero, el tiempo o las ganas, Mailer decidió regresar a Norteamérica con su mujer, pero les dejó el coche a las dos chicas, que se quedaban en París.

— Norman no sabía de lo que se trataba —recuerda Bárbara Solomon, casi treinta años más tarde, cuando ella misma es una conocida novelista y especialista en temas españoles en las columnas del *New York Times*—. Porque si llega a saber que se iba a tratar de una fuga, y de una fuga «tan fuga», lo hubiera hecho él mismo. Cuando se enteró en América, como a él le gustan tanto las aventuras, un poco en broma dijo que había sentido perderse semejante ocasión. Todo fue muy espontáneo. Norman me dijo: «¿Tú sabes conducir?». Y yo le he dicho que sí. El se fue para América y nos quedamos Bárbara y yo y Enrique Cruz Salido. Entonces vino Paco Benet, que estaba en Alemania, en el sector francés, y Enrique nos lo presentó. Y como tenía un coche y dos americanas, Paco dijo: «Bueno, pues vamos a fugarnos». Y para aprovechar el viaje, vació los asientos del coche y lo cargó con propaganda de la FUE. Ninguna de nosotras hablaba entonces español. Y yo siempre me pregunto: ¿Hemos sido inconscientes? Sí y no. No hemos sido conscientes en el desconocimiento de lo que entonces pasaba en España; no, eso no. Pero a los diecisiete años siempre se es un poco inconsciente, y lo éramos, por ejemplo, al no considerar que una fuga no se daba todos los días. En ese sentido no nos dábamos cuenta de nada. Después,

mucho después lo supimos, pero no entonces. Yo era la persona que parecía en aquel momento más entusiasta y más alegre, pero curiosamente ella tenía una visión más optimista que yo en cuanto a lo que iba a pasar en España y en el mundo. Yo era pesimista, y estaba más cerca de Paco, que también tenía una visión muy pesimista. Paco era muy inteligente. Se murió muy joven, en un accidente de automóvil; era antropólogo y se murió en el desierto del Irán a los treinta y ocho años. Su hermano, Juan Benet, el novelista, tenía un año menos, pero en aquel momento Juan era mucho más el hermano pequeño y Paco el brillante. Juan no es nada estúpido, pero... Bueno, volviendo al viaje, Bárbara y yo discutimos acerca de lo que podía pasarnos en aquel momento en que Estados Unidos y España no mantenían relaciones. Teníamos también la idea, un poco ingenua, de que como éramos dos chicas norteamericanas, nada nos podía pasar. Y también la idea de la juventud de que la muerte no existe, es decir, el peligro toca a otros, pero no a ti. Entonces no podemos decir que hayamos tenido miedo, pero eso no fue por coraje, sino por juventud.

El viejo coche salió cargado de París. A las dos chicas y a Paco Benet les acompañaba una pareja de amigos franceses, que se quedarían en Hendaya, todos ellos sentados sobre pesados fardos de material propagandístico de la FUE. Pasaron por San Sebastián y llegaron pronto a Madrid, donde iban a permanecer varios días, aunque no inactivos.

— Paco tenía que ver a gente... A Juan Manuel Caneja, un amigo pintor, que entonces estaba en Ocaña y también quería salir, pero fue imposible entonces. Tuvimos también contacto con un poeta, José Suárez Carreño, y la novia de Lamana, Aurora, también estuvo muy metida, ayudando. Querían ayudar a algunos anarquistas que estaban en cuevas, en las afueras de Madrid; junto al río había muchas cuevas habitadas entonces. Yo fui con Paco a una de ellas a ver a un anarquista muy famoso, que estaba muy enfermo. Paco había ido antes a comprarle alguna medicina. Le propuso que se escapase, que se viniera con nosotros, pero el hombre al ver a dos chicas americanas desconfió por algún motivo. Paco estuvo discutiendo con él durante dos horas, tratando de convencerle de que lo nuestro tendría suerte por ser tan espontáneo. Después él se fue con otros doce anarquistas y los cogieron a todos: pasó quince años en la cárcel. Paco no quería que dijeran que habíamos estado en Madrid y que no habíamos hecho nada. Entonces por las noches nos dedicamos a dejar las calles de Madrid llenas de pequeños sellos pegados que decían «Viva la FUE». Le acompañé a la Universidad y en la oficina del SEU me dijo: «Tienes que tomar todos esos nombres...». Y lo que yo hice fue...; nosotros habíamos visto muchas películas durante la guerra, ese fue nuestro entrenamiento, Humphrey Bogart y todo eso, y entonces yo ponía un papel carbón y un folio debajo de la portada del ABC y sin lápiz ni nada he escrito todos los nombres, por haber ido mucho al cine de pequeña.

Hasta que en la mañana del domingo 4 de agosto de 1948 las dos americanas y el español Francisco Benet aparcaban el coche de matrícula francesa delante de la explanada principal del monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Había sido vaciado de propaganda y llevaba, en cambio, ropa de repuesto para dos nuevos viajeros y documentos de identidad falsos para cada uno de ellos.

— En el tiempo de la espera, Paco nos hizo entrar en el monasterio y nos explicó con el mayor detalle y énfasis la historia del monumento y de los reyes de España.

LA «TOLERANCIA» DE LAS AUTORIDADES

Manuel Lamana apunta en su novela que la indicación de la fecha y el lugar lo habían recibido enmascarado en los términos habituales de una carta familiar. «Luis está en Madrid y el domingo va a ir con el coche a El Escorial, a donde llegará a tiempo para oír misa de once y después visitar el monasterio, empezando por la biblioteca.»

— El domingo se saltaban el recuento del mediodía —continúa a su vez Nicolás Sánchez Albornoz—, porque venían los familiares de visita, y a comer con los reclusos, y entonces estaba un poco disperso aquello. Entonces teníamos seis horas de plazo, en lugar de tres, para disponer de más tiempo antes de que se diera parte a la guardia civil y a la policía. Pasamos el recuento de las nueve de la mañana y en seguida nos internamos en el monte, en dirección a El Escorial. Habíamos quedado delante del monasterio, un lugar tan visible como ése. Y allí estaba el auto, y allí estaba Paco Benet, con las chicas, a las que veíamos por primera vez. Nos metieron en el auto y nos fuimos cambiando de ropa, por otra más adecuada a la circunstancia y a la imagen que queríamos

dar: la de unos jóvenes despreocupados viajando con dos extranjeras divertidas. Porque el problema mayor en aquel momento era, no tanto escaparse, sino, si uno se acuerda de esa época, transitar; había que tener un pase, un salvoconducto para viajar de una población a otra, bajo un control constante, que además se ejercía, porque a nosotros, en cuanto emprendimos el camino de Madrid a Barcelona, constantemente nos fue deteniendo la guardia civil.

Para hacer las cosas como las harían si de verdad fueran estudiantes en viaje de placer, se pararon a comer en el Parador Nacional de Turismo de Medinaceli, ante la creciente impaciencia de las americanas, que hubieran preferido unos sandwichs sobre la marcha. Llegaron a Barcelona la mañana del lunes, entrando por la costa, confundidos entre la masa de vehículos de quienes volvían al trabajo concluido el fin de semana. Después de esperar varios días a un guía, se decidieron a cruzar solos la frontera, lo que no conseguirían hasta el tercer intento, después de haber perdido las dos noches anteriores y acabar con los pies rotos y hambrientos.

Pasado el tiempo se diría que las autoridades y el Gobierno habían hecho gala de una cierta tolerancia en el desarrollo y resultado final de esta fuga. Incluso se dijo que la fuga había sido, no sólo tolerada, sino «organizada por las autoridades, porque atendieron las peticiones de algunas personas de la intelectualidad que, por amistad con el padre de don Nicolás, estaban obligadas a esa gestión. Así que todo fue preparado y don Nicolás pudo cruzar media España sin que lo interrumpieran, porque el camino estaba preparado para su fuga».⁶³

Con respecto a lo cual, dice Sánchez Albornoz que «no descarto la posibilidad de que el Gobierno propalase algunas versiones que podían favorecer la imagen, empañada por la huida, de su aparato represivo». Y añade: «Si hubiese habido tolerancia, no se hubiese trasladado a nuestros compañeros de la FUE presos en otras cárceles a dependencias policiales donde fueron torturados. Concretamente a Ignacio Faure, que estaba en Cuelgamuros con nosotros, le astillaron el antebrazo en los interrogatorios, según me contó luego él en México».⁶⁴

A Ignacio Faure le faltaban sólo quince días para extinguir su condena en el momento de la fuga, y consideró más oportuno quedarse, aun sabiendo que se exponía a ser particularmente complicado. El sí conocía el plan de la evasión, pero, como dice Sánchez Albornoz, «supo aguantar, y además no le convenía demostrar que estaba en antecedentes». También Faure, siendo ya arquitecto, vendría a morir en accidente de automóvil en el primer viaje realizado a España después de exilarse.

— Mucho después de todo aquello —concluye Sánchez Albornoz—, me enteré además de que Martín Artajo, en el Consejo de Ministros celebrado el viernes anterior (al domingo de la fuga), pidió al general Franco que me indultara, por presiones del embajador del Perú. Franco denegó la solicitud y se enteró de la buida días después.⁶⁵

⁶³ En *Región*, de Oviedo, 26 mayo 1976: «Las "bolas" de don Nicolás».

⁶⁴ En *El País*, Madrid, 27 junio 1976, declaraciones a Juan Villarín.

⁶⁵ En *Diario de Navarra*, Pamplona, 20 junio 1976, declaraciones a Caridad Plaza.

11.- TERMINA UNA DÉCADA Y FRANCO SE IMPACIENTA

APARTE de las visitas que hacía de improviso, sin más compañía ni escolta que un policía o el chófer de su coche oficial, a veces incluso a medianoche, Franco no dejaba de entrar en el Valle a inspeccionar la marcha de las obras, en ninguna de las ocasiones en que el fúnebre protocolo de los funerales celebrados por los Reyes o por José Antonio en El Escorial —todos los 28 de febrero y 20 de noviembre, respectivamente—, propiciaba una inspección más oficial, con ministros y otras altas jerarquías como coro admirativo y entusiasta.

— A veces veíamos —recuerda aquellas visitas el encargado general de Banús—⁶⁶ porque estábamos cerca del barracón donde él se encontraba reunido con los arquitectos y los técnicos y demás autoridades, revisando todos los proyectos y maquetas, que llegaban las cinco de la tarde y no se levantaba ni para beber un vaso de agua. Y los ministros salían como a escondidas a comerse un bocadillo que llevaban en el bolsillo.

La enfermedad que empezaba a vencer a aquel vasco atlético, ex jugador de fútbol, de frontón y de golf que era el arquitecto Pedro Muguruza, tampoco favorecía la rápida marcha de las obras. Algo que también tenía inquieto y descontento a Franco era la falta de soluciones que encontraba en su arquitectos con respecto a la cruz que debía coronar el monte vaciado, por muchos concursos que se convocaran. «En una ocasión —según testimonio del encargado de obras mencionado anteriormente—, estaban viendo una maqueta de escayola que habían hecho de la cruz, muy bonita, con muchos dibujos, con muchas ventanas, y en cuanto se la presentaron le oímos decir que no, que no era eso, que no era aquello lo que él pretendía, sino otra cosa, que él quería hacer una cosa sencilla y que cumpliera el motivo para el que se hacía, nada más, que era que se viera desde todas partes.



Ilustración 9. «A esto le faltan dimensiones —dijo un día Franco a la puerta de la cripta—. Esto da la sensación de que entramos en un túnel.» No estaba conforme con la marcha de las obras ni con alguna de las soluciones adoptadas, y a la muerte de Muguruza, el nuevo arquitecto, Diego Méndez, le convenció para duplicar las dimensiones de la cripta, que de 11 por 11 pasaron a ser de 22 por 22 metros.

Y allí mismo hizo él unos trazos de la cruz que quería que se hiciera, y esto fue lo que se hizo, y

⁶⁶ Según testimonio de SATURNINO PÓRTELA, en conversación mantenida con el autor en octubre de 1976 y registrada en cinta magnetofónica.

se desechó aquella otra tan lujosa que teñían de escayola, con muchas cosas, con muchas ventanas, con ascensores de subida y bajada...»

En otra de sus visitas, al llegar ante la nave principal de la basílica, se paró de pronto, como sorprendido. Estaban ya las paredes revestidas y todo el interior despejado. «A esto le faltan dimensiones —dijo—. Esto da la sensación de que entramos en un túnel. Aquí hay que profundizar metro y medio en el suelo.» Sería el rebaje que hoy puede contemplarse.

Su impaciencia por tratar de imaginarse siquiera el planteamiento de la base en que se asentaría la problemática cruz fue la causa de que se convocara a las tres empresas constructoras que a finales de los años 40 seguían allí, para que alguna de ellas se comprometiera a realizar el replanteo de la cruz en lo alto del pico de la Nava, en el plazo máximo de diez días, y sin dañar las rocas ni la vegetación.

José Banús, para el que empezaban a estar lejos sus modestos comienzos en la explotación de graveras, llamó a su encargado urgentemente a Madrid, para saber si podían comprometerse a realizar lo que Su Excelencia había pedido. No faltaba en el Valle ninguno de los elementos de la construcción que en aquellos años escaseaban en toda España, entre ellos el cemento, servido con puntualidad normalmente de las fábricas de Valderribas, pero aun así el encargado quería tener garantías. «Yo me puedo comprometer a hacerlo siempre y cuando no me falten los materiales necesarios.» «Cuenta con ellos», fue la respuesta.

— Empezamos en el mismo momento y nos sobraron dos días del plazo. Hicimos una escalinata de trescientos setenta peldaños, de madera, todo sobre la roca. Y dos días antes de la visita estábamos haciendo la prueba, a base de filas de seis hombres cada cuatro peldaños, porque tenía que soportar el peso de todo el Gobierno. El replanteo arriba lo marcamos con una franja de cal de treinta por treinta metros, y en el centro, en la parte más alta de la roca, desde la que Su Excelencia podía dominar todo el panorama, ya se le preparó una tarima. Entonces llegó, y cuando subió, como tenía un carácter serio, pero al mismo tiempo era un poquito, ¿eh?, pues iba subiendo, y llevaba consigo algunos ministros de más edad, que tenían que pararse de cuando en cuando en los rellanos, y entonces él se volvía y decía: «Me parece que no todos los acompañantes van a ver dónde está replanteada la cruz.» Eran trescientos setenta peldaños y algunos de ellos se cansaban antes de llegar arriba, porque ni tenían edad ya para eso ni costumbre de subir.

Esa ascensión le resultó particularmente penosa a Pedro Muguruza, muy afectado ya por la parálisis progresiva que muy pronto le inmovilizaría casi por completo. Pero era un hombre de tesón y quería llegar hasta arriba, así que se apoyó en el hombro de Saturnino Pórtela, el encargado de Banús que había conseguido levantar aquel andamiaje en ocho días, y así apoyado en su hombro logró subir.

Cuando bajaron, la mujer del arquitecto iba al lado del Caudillo, lamentando la desgracia que aquejaba a su marido:

— Con el cariño con que cogió esta obra, y no podrá verla terminada...

— No se preocupe —la animó Franco—, que Perico, sentado en una silla de ruedas o como sea, seguirá siendo el director de estas obras.

Pedro Muguruza Ontañón moriría el 3 de febrero de 1952, pero años antes había tenido que abandonar la dirección de las obras de Cuelgamuros.

Para sustituirle había sido designada en 1949 una Junta de Dirección formada por Prieto Moreno, entonces director general de Arquitectura Antonio Mesa y Diego Méndez González. Pero resultó difícil unificar los distintos criterios profesionales y artísticos y el trabajo en común no prosperó. Franco indica entonces personalmente a Carrero Blanco, como subsecretario de la Presidencia del Gobierno, de la que sigue dependiendo el Consejo de Obras del monumento, que cada uno de ellos realice por separado un anteproyecto de la cruz, con sus correspondientes maquetas. El Jefe del Estado visita personalmente la exposición que se monta con los tres proyectos, el 6 de enero de 1950, día de la Pascua militar, y queda muy bien impresionado de la idea presentada por el arquitecto Diego Méndez, que desde ese momento se convertiría en el nuevo director de las obras del Valle de los Caídos, hasta su inauguración en 1959.

Si Muguruza hubiera vivido, ¿se habría hecho el mismo monumento, la misma basílica, el

mismo Valle de los Caídos, en una palabra, que hoy se conoce? Seguramente no. Dieron su nombre a una pequeña calle en la prolongación de la Avenida del Generalísimo, pero, ¿se hubiera sentido satisfecho con lo que finalmente se hizo con la obra que él empezara «con tanto cariño»?



Ilustración 10. Es conocida la afición de Franco a la pintura y al dibujo, en las que no destacó tanto como en otras artes, pero su vocación frustrada, según Millán Astray, fue la arquitectura. Las obras del Valle de los Caídos las llevó él casi personalmente. En una ocasión se hizo construir una escalinata de madera de 370 peldaños hasta alcanzar la altura del risco de la Nava, para comprobar sobre el terreno el replanteo de la Cruz monumental.

Su hermano José María es también arquitecto —lo fue del Museo del Prado durante veinte años— y estuvo muy cerca de él en todo momento, aunque personalmente prefiera las cosas menudas a las obras colosales. El y la viuda de don Pedro se encargaron de hacer entrega a Diego Méndez de la mayor parte de los bocetos y planos sobre el Valle que se conservaban en su estudio cuando murió.

— Mi hermano proyectaba que la cripta fuese en la misma roca, ¿no?, sin cantería y sin nada, y eso se vio luego que no podía ser, porque caían piedrecitas... o piedrazas, y entonces se hizo la bóveda de cantería, como obra arquitectónica humana.

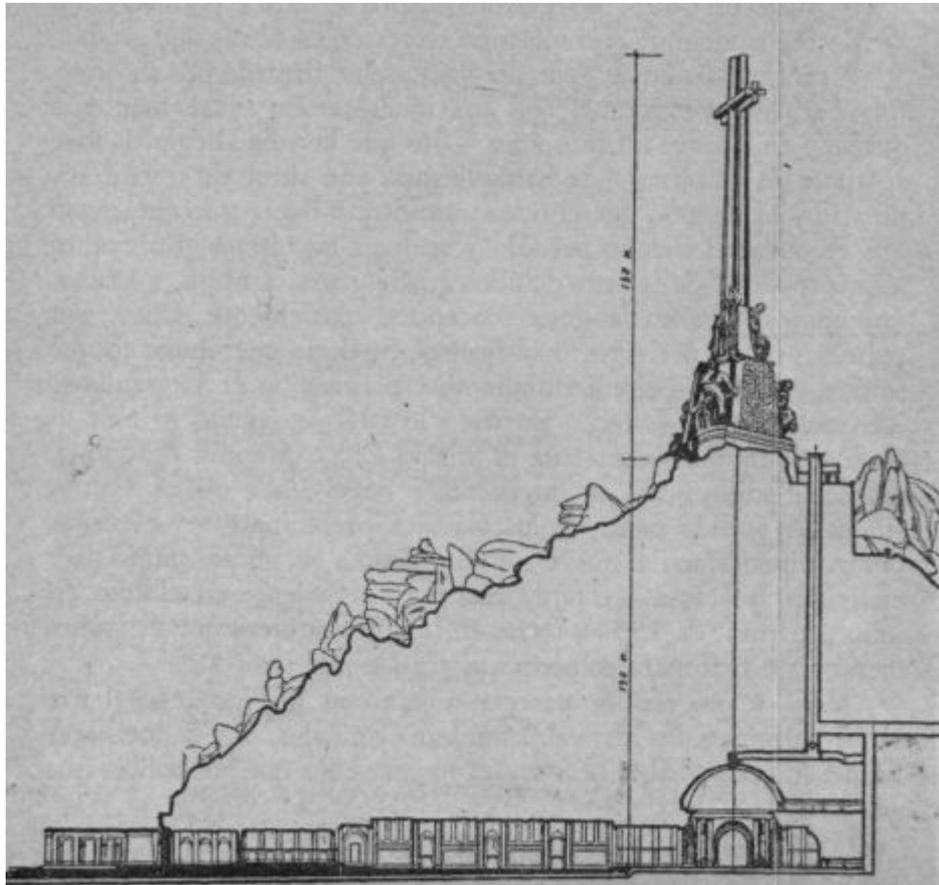
Luego ya mi hermano se puso enfermo de parálisis. Entonces Diego Méndez no intervenía en nada; mi hermano le tenía afecto. Diego Méndez es un hombre muy activo, un hombre que vale, yo no digo nada de él, y mi hermano le confió todo. Pero seguramente mi hermano no se hubiera sentido satisfecho de cómo quedó el monumento. Porque ha añadido unas cosas y ha quitado otras... Pero, en fin, eso vamos a dejarlo. Porque yo, sin entrar en cuestiones de criterio profesional o artístico, yo me refiero a criterio humano, «¿no?, a una persona de buen sentido y de buena fe, y en esto Diego Méndez ha fallado de una manera tremenda. Cuando Diego Méndez se lo debe todo a mi hermano, ¿no? Cuando terminó la guerra, ya cuando iban a entrar en Madrid, mi hermano le encargó que tratara de arreglar el palacio en que estuvo el Generalísimo antes de entrar en Madrid,

aquí, camino de Miraflores. Y luego mi hermano lo colocó ahí, hasta que lo echaron, y mi hermano le dio todos los planos y todo, es decir, de una generosidad tremenda, y la reacción de este hombre no solamente fue una falta de respeto sino además en contra, porque yo comprendo meterse con un señor que se puede defender, pero meterse con un señor que ha desaparecido, es de mal gusto, y además para mí intolerable. Y todo esto no tengo inconveniente en que lo recoja usted y que se lo diga a él mismo, ¿no? Yo le tengo todos los respetos, pero que se meta con una persona de mi familia que no se puede defender... Yo, en algunas de estas incidencias, iba a intervenir, pero muy duramente, ¿no?, y entonces el que fue ministro de Justicia, Iturmendi, me dijo que no hiciera nada, me lo pidió por favor, y nada, no hice nada. Este señor, con todos los respetos debidos, ya digo..., lo mismo que uno tiene alergia de algo o tiene simpatías o antipatías, yo tengo que decir que con este señor no quiero tratar ni lo considero en nada, por las cosas que ha hecho, ¿no? O sea, que en este sentido, si se pone muy impertinente, pues se va a un psiquiatra, o a un juzgado, o a lo que sea... Para sujetarlo, ¿no? Y ésta ha sido mi intervención con Diego Méndez.

«Decían que este monumento era la querida de Franco y, claro, realmente, todas las queridas le llevan a uno al desastre, ¿no? Como una pasión ciega, y las pasiones ciegas son peligrosas.»

12.- CRIPTA Y CRUZ: EL PAPEL DEL ARQUITECTO DIEGO MÉNDEZ

A fines de 1953, la revista madrileña *Índice* publicaba un reportaje muy encomiástico acerca de las obras que estaban en marcha en el Valle de los Caídos, firmado por su director, Fernández Figueroa, con sus iniciales. En él se mantenía que sólo en los tres últimos años —los que llevaba Diego Méndez al frente de las obras— se había llevado «un ritmo de trabajo ordinario y exigente», que el nuevo arquitecto había sido encargado «de recobrar el tiempo perdido y acelerar las obras». En cuanto a los proyectos de la cruz debidos a Muguruza, a Mesa, a Prieto, «ninguno estaba en la línea conceptual conveniente. Unos, por pobreza; otros, por error manifiesto». Se decía que «hubo lo que se dice miedo» en el entendimiento y plasmación de la grandiosa idea del Jefe del Estado. En todo lo cual se seguía, ni más ni menos, la opinión que tenía el mismo Diego Méndez de que su antecesor «terminaba su intervención en el Valle de los Caídos sin haber podido pasar de los trabajos preliminares». ⁶⁷ Llevados por el entusiasmo del nuevo impulso dado a las obras, anunciaban en *Índice* que éstas «estarán casi definitivamente concluidas en julio próximo (de 1954), fecha en la que se quiere que el monumento esté listo para comenzar el traslado de los restos».



⁶⁷ *El Valle de los Caídos*, por su arquitecto DIEGO MENDEZ, doc. cit.

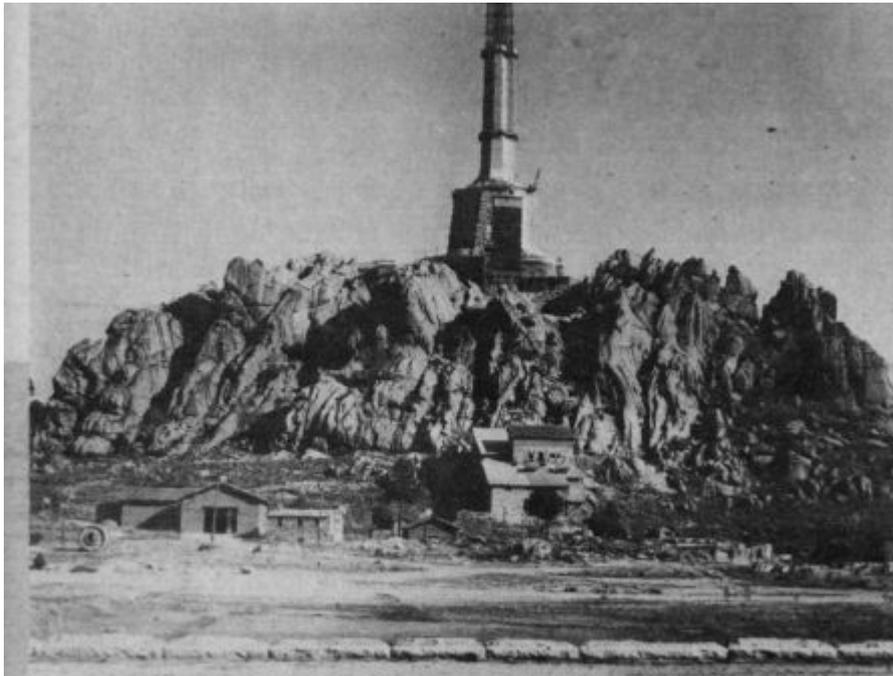


Ilustración 11. La sección transversal del risco de la Nava muestra esquemáticamente el doble ataque a que fue sometida la roca, para abrir el agujero de la cripta (cerca de 300 metros) y el túnel que comunica, por la derecha, al monasterio de los benedictinos con la misma Basílica y la base de la cruz, cuya fórmula de implantación sobre la roca revela descarnadamente la foto inferior, cuando aún no estaban adosadas las gigantescas figuras escultóricas.

Méndez, en efecto, parecía tomar con nuevos bríos hacia 1950 las imperiales ideas de grandeza originales. Había que hacer lo que nunca se había hecho: «el monumento que simbolice, que represente plásticamente las virtudes raciales, como las del heroísmo, el ascetismo, el espíritu aventurero, el afán de conquista, el "quijotismo", que forman el todo que inspira y define lo español como una unidad de esencia sublime y una permanente aspiración hacia lo eterno». «El Valle de los Caídos —en la mente de su fundador— era algo insólito, algo que rebasaba lo normal. Era una pretensión con dimensiones de Historia.» Por lo cual «debe ser nada más y nada menos que el Altar de España, de la España heroica, de la España mística, de la España eterna».

Ahora, con setenta y dos años, jubilado y sin ganas de volver al Valle, don Diego Méndez tiene su propia versión de aquella empresa, que también para él era un desafío.

— Yo era el arquitecto del Generalísimo, de la casa civil del Generalísimo, desde que acabó la guerra. Entonces le arreglé el castillo de Viñuelas, anterior propiedad del duque del Infantado, que fue la primera residencia que tuvo cerca de Madrid, y después le hice el palacio de El Pardo, y claro, como estaba en contacto con él diariamente, sabía perfectamente todo lo que pensaba acerca del monumento y demás. Y entonces, por comentarios con él, me dijo que iba a convocar un concurso para hacer el proyecto de la cruz, un concurso entre arquitectos. Me explicó más o menos lo que él pensaba, lo que él quería, pero me lo contó así como conversación diaria... Se refería al monumento entero, pero sobre todo quería hacer un concurso para la cruz entre arquitectos. Quería hacer una cruz gigantesca, que tuviera por lo menos más de cien metros, que se viera desde todos lados, y entonces, pues claro, yo me vi en un momento delicado, porque como soy el arquitecto de su casa civil, no tengo más remedio que presentarme al concurso, y si me presento al concurso y no me lo dan, dirán, vaya, ni aun estando ahí en la casa ha conseguido que le dieran esto; si me lo dan, dirán, pues no faltaba más, para qué hace el concurso si se lo iba a dar a él, si está con él todos los días... Esto era por el año cuarenta o cuarenta y uno. Entonces un día se lo dije: «Mire usted, mi general, yo he pensado en este concurso y, claro, fíjese usted, si yo hago una cosa que sea decente y consigo llevarme el concurso, la gente va a decir, claro, naturalmente que se lo da, está ahí con él todos los días, pues no se lo iba a dar...; y si hago una porquería, dirán: no ha conseguido hacer nada ni aun estando allí. De manera que he decidido no presentarme. ¿Qué le parece a usted?». «Hace usted muy bien, no se presente usted.» Y nada, se acabó la historia. Ya no tuve que preocuparme más. Yo sabía, por las conversaciones que le oía constantemente, que la cosa iba en

marcha, pero no sabía más. Entonces un día, estando yo aquí, en casa, porque yo vivía precisamente en este mismo piso; era ya muy tarde, serían ya cerca de las nueve y media o diez de la noche, me llamó el ayudante de Estado Mayor que tenía con él, el coronel Peral, y oye, Diego, vente para aquí, para El Pardo, que el Generalísimo quiere hablar contigo. Digo, bueno, pues ahora voy. Fui para allá y cuando llegué, pues... ¿Qué pasa, qué quiere...? Dice el ayudante: «Pasa, pasa ahí, al despacho, que quiere hablar contigo». Pasé a un despacho y, efectivamente, estaba allí paseándose. Y dice: «¿Ha visto usted lo que han hecho sus compañeros para el proyecto éste de la cruz?». «Pues sí, señor, lo he visto.» Porque había ido yo a una exposición que había en la Escuela de Arquitectura, en la Ciudad Universitaria. Dice: «¿Qué le parece a usted?». «Pues, no sé, mi general.» «Pues mírelo usted, mírelo usted, aquí tengo fotografías de todos los proyectos; siéntese usted ahí.» Tenía allí las fotografías de los proyectos. «Pues no sé; muy afortunados no parece que han estado, pero, en fin, no sé. ¿A usted qué le parece, mi general?» «A mí me parece que han hecho una porquería, que no es esto lo que tenían que hacer, que era una cosa distinta, que se han quedado pequeños, que esto es una cosa sin inspiración... Vamos a ver, ¿quiere usted hacer el proyecto de la cruz?» «Pues no, mi general, no quiero hacérselo, mejor dicho, no puedo hacérselo.» Porque había un problema, el mismo problema que antes del concurso: «Si ahora declara usted el concurso desierto y me dice que haga yo la cruz, pues lo mismo dirán: Podían haberse ahorrado hacer el concurso y que la hiciera él directamente». «Entonces, ¿qué solución le ve usted a esto?» «Pues mire usted, mi general, que coja usted esto y se lo dé a Pedro Muguruza, que es el director general de Arquitectura, que es a quien tiene usted disponiendo todas estas cosas del monumento; se lo da usted a Muguruza y que él lo resuelva.» «Entonces, ¿no quiere usted hacer el proyecto de la cruz? ¿Ni siquiera un boceto?» «Sí, señor, ¿por qué no voy a querer?» «Hágame usted unos bocetos de la cruz.» Le hice unos bocetos de la cruz y se los llevé. «¿Ve usted? Pues esto es lo que yo quería hacer, una cosa así. Haga usted el proyecto definitivo.» «¡No, mi general, que no...! Dele usted esto a Pedro Muguruza, si usted quiere, como cosa suya, y le dice usted que lo que quiere es esta idea, que trabaje él sobre esta idea.» «¿Y querrá Pedro Muguruza hacer esto?» «Yo creo que sí, ¿por qué no va a querer? Hable usted con él.» «Bueno —dijo Franco—, yo hablaré con él, pero hable usted también y explíqueme cómo se han desarrollado todas estas cosas.» Y me vi con Pedro Muguruza: «Esto es lo que ha pasado, le dije; el Generalísimo le dará a usted unos bocetos que he hecho yo, para que usted sobre eso lo desarrolle como le parezca». Y efectivamente, el Generalísimo llamó a Muguruza y le dio los proyectos..., no proyectos, eran unos bocetos sencillos, y ya empezó Muguruza... Claro, es lógico, a todo profesional, si nos dan una cosa así, empezamos a poner y a quitar..., él según su criterio y sus ideas. Se siguió luchando con aquello, se hicieron una serie de proyectos... Y el Generalísimo, que no, que no, que no quería aquello, no quería, no quería, y estuvo luchando con el proyecto de la cruz hasta que Muguruza se puso enfermo y abandonó por completo. Y entonces me llamó a mí el Generalísimo: «Mire usted, Méndez, ya Muguruza se ha puesto enfermo, ya no puede trabajar, me ha pedido que lo relevemos en esto del monumento. Entonces, ¿quiere usted hacerse cargo de esto?». «Pues sí, señor, ahora sí.» «Pues hágase cargo de las cosas de la cruz y del monumento en general y vamos a hacerle a usted consejero del Consejo de Obras, para que se haga usted cargo de todo.» Y efectivamente, así fue cómo empecé yo las obras del monumento. Aunque antes yo todavía le puse una objeción: «Mi general, mire usted. Hay ahora un nuevo director general de Arquitectura, que es Francisco Prieto Moreno, y hay otro arquitecto, el que tenía Muguruza de gerente, que es Antonio Mesa. ¿Por qué no nombra usted también a Prieto Moreno consejero de las obras del monumento y confirma a Mesa como consejero, y pone usted ahí como un triunvirato para dirigir las obras?». El torció el gesto, no le parecía bien. Pero dijo: «Pues nada, como usted quiera». Y entonces en el cuarenta y nueve hizo un decreto nombrándonos consejeros a Prieto Moreno y a mí y confirmando a Mesa. Y empezó a existir aquella especie de triunvirato de dirección, pero aquello no funcionaba. Porque, claro, Prieto Moreno estaba con sus cosas de la Dirección General de Arquitectura y no tenía tiempo, ni se ocupaba para nada de esto. Y Antonio Mesa tampoco se ocupaba mucho, porque no era su ilusión, no le gustaba. El caso es que a los pocos meses de estar funcionando así, el Generalísimo dijo que ya me hiciera cargo yo, solo, directamente, y que se acabaran ya todos los dimes y diretes.

Entonces, en 1949 ó 1950, eran pocos los presos políticos que quedaban trabajando en el Valle. Muchos había que, una vez puestos en libertad, siguieron permaneciendo allí. El arquitecto Diego Méndez tiene su propia versión acerca del modo cómo los últimos que hubiera dejaron de ser presos.

— Yo le pedí al Generalísimo que los dejara en libertad, porque es que parecía...; estar allí unos

penados y la demás gente libre, aquello no funcionaba bien, desde el punto de vista moral, y él me dijo que sí, que nada, que los dejáramos en libertad; si se portaban bien, que los dejáramos en libertad. Entonces, con estas cosas jurídicas, que son siempre tan complicadas, hubo que dejarlos solamente en libertad provisional. Tenían que ir a presentarse todos los meses al juzgado de El Escorial, hasta que pasaba determinado tiempo. A pesar de que las empresas les daban permiso para cumplir este trámite, a ellos esto les molestaba también mucho, y pidieron ya si podían librarse de esto. Se lo dije al Generalísimo en una visita. Pues nada, sí, que los dejen en libertad a todos. Pero todos éstos, estando allí penados, recibían todos los días su jornal igual que los otros, eh, no es que estuvieran trabajando allí gratis, no, a cada uno le daban el jornal exactamente igual que a todos los demás, con sus seguros, con todo, todos exactamente igual. Eran gente... Porque, claro, los habían puesto en ese camino, no es que ellos tuvieran conciencia de que eran unos criminales...; eran tan primitivos, tan primitivos, que hacían las cosas como puede hacerlas un bicho cualquiera, sin conciencia ninguna de lo que hacían. Había muchos allí que habían tenido..., pues qué sé yo..., pues ocho o diez penas de muerte, porque habían matado a todo el que se les ponía por delante, pero lo hacían..., cómo voy a decir yo, como quien mata una cucaracha. Consecuencia de la guerra y de su estado intelectual, muy bajo, claro. Gracias a éstos, al grado de inconsciencia que tenían estas gentes, fue por lo que se pudo hacer...; porque el trabajo, por arriesgado que fuera, ellos lo hacían sin preocupación. Claro, tampoco se les mandaban cosas demasiado arriesgadas, y la prueba es que en la cruz no ha habido ni un solo accidente y en el resto muy pocos, en comparación con la magnitud de la empresa.

Para responder al desagrado e irritación causados en los ambientes profesionales —y en los familiares de Muguruza—, por el trabajo publicado en *Índice* a finales de 1953, Diego Méndez hubo de presentar en el Colegio de Arquitectos de Madrid, en febrero del año siguiente, un informe acerca del estado de las obras en el momento en que él se había hecho cargo de ellas, en junio de 1949, en el que textualmente se decía:

«El *Monasterio* estaba en sus fachadas casi terminado, faltando únicamente los ángulos de enlace con las dos alas laterales; en su interior estaba hecha una distribución que hubo necesidad de variar casi en su totalidad. La *Cruz*: estaba sin resolver el proyecto, no habiéndose aceptado ninguno de los bocetos presentados. En la *Cripta* solamente estaba hecha la perforación del túnel, sin tener tampoco proyecto alguno de decoración interior, ni concretada la forma definitiva en que había de quedar. La *Exedra* de acceso a la cripta estaba terminada en su parte izquierda central, sin puerta de acceso, ya que la que el proyecto había presentado no fue aprobada. No existía tampoco proyecto de la *explanada* de acceso, y lo poco que había hecho fue preciso derribarlo. En el *Via Crucis* estaban terminadas cuatro capillas, y en vías de ejecución los caminos de enlace; esta obra se paralizó y sigue en ese estado.»

— No, no es que se hicieran modificaciones, sino que no había nada hecho. No se pudo modificar nada porque no se hizo nada. Había hecho nada más que un agujero en la cripta, eh, había hecho un túnel, un túnel pequeño, de once metros, y claro, era un túnel, y con un túnel no se podía hacer nada. Entonces yo le propuse al Generalísimo que... Le hice primero un proyecto para la decoración de la cripta, con el agujero aquel que había hecho, pero allí no había nada... Y después de muchas dudas y de muchos trabajos, yo ya le dije que lo que no podía era sacar ningún partido de un túnel. Un túnel seguiría siendo un túnel siempre. Lo que yo le proponía era ampliar aquello cuatro veces más, es decir, en lugar de once metros por once, hacerlo de veintidós por veintidós. Y claro, en un túnel abierto, ensancharlo es una faena tremenda. Y peligrosa. Entonces ahí tuvimos muchas dudas, hasta que él se convenció de que no había más remedio que ampliar el túnel al doble. Pues nada, que lo hiciéramos. Y para ampliar tuvimos que macizar otra vez todo el túnel abierto.

Las obras de ampliación de la cripta al doble de sus dimensiones iniciales se adjudicaron el 20 de junio de 1950 a Francisco Casas Segarra, el concursante que había ofertado una de las propuestas más económicas: cerca de diez millones de pesetas. «Comenzadas las obras, se confirmó prácticamente la peligrosidad prevista en el proyecto. Era preciso adoptar toda clase de precauciones para evitar accidentes, siendo necesaria una asistencia diaria de todos los elementos técnicos y directivos para tomar en todo momento las disposiciones necesarias que garantizaran la seguridad de los obreros que allí trabajaban y de la estabilidad de la obra misma».⁶⁸ La empresa

⁶⁸ *Ob. cit* en nota anterior.

constructora adjudicataria no trabajaría en este lugar más que hasta el 24 de octubre de 1953, sustituyéndola desde entonces Huarte y Cía., S. L., que desde 1950 tenía asimismo a su cargo la construcción de la cruz. Con aquella primera empresa «se rescindió el contrato en vista de las dificultades que tenía para realizar esta clase de obra, pues estuvo expuesta a diferentes accidentes, que afortunadamente no tuvieron consecuencias graves. La rescisión de la contrata la decidimos cuando uno de los encargados de la empresa decidió ser más rápido y barrenar toda la corona de la cripta, con la explosión de los barrenos conjuntamente, por estimarlo el procedimiento más rápido, aunque se destrozaran todos los medios auxiliares. Así lo ejecutó, y no se produjo una catástrofe por la protección que Dios tenía siempre para esta obra».⁶⁹

Como el mismo arquitecto Diego Méndez hace constar en el *dossier* que recoge el historial técnico de la obra, y que nos permite manejar, los problemas que planteaba la cripta no eran los usuales. El problema tradicional de las grandes naves abovedadas es sostener la cubierta, compaginando su gran peso con la ligereza de los muros y las necesidades de luz y ornamentación. Allí el problema era inverso. Las presiones no sólo actúan de arriba abajo, sino también en sentido lateral, y no homogéneamente, como consecuencia de haber ganado espacio al risco, quebrantando su estabilidad inerte y milenaria. Lograda finalmente la excavación según las nuevas dimensiones, la estabilidad del risco de la Nava fue lo que exigió complicados estudios técnicos. En Cuelgamuros, como dicen los profesionales, se planteaba extensamente la estabilidad de las cavernas.

Para el revestimiento de la cripta «se construyeron unos grandes arcos fajones, de perfiles laminados, colocados a modo de costillares para sujetar el monte, violentado como estaba por la gran oquedad abierta. Estos arcos fueron hormigonados, quedando embebidos en la estructura de la obra; situados en puntos intermedios de la cripta, garantizaban la normal prosecución de la tarea. Posteriormente se inició el hormigonado de los muros laterales y de la bóveda. El relleno de las grandes oquedades se realizó mediante modernos aparatos de hormigonar a presión —siete kilos— y a distancia, a fin de conseguir mayor rendimiento, rapidez y perfección».

El 31 de agosto de 1954 se dio por terminado el ensanchamiento de la cripta. Se retiraron los escombros y la gran nave quedó tal como está ahora, con su longitud total de 262 metros y una altura máxima en el crucero de 41 metros; el vestíbulo, el atrio y un espacio intermedio no sobrepasan los 11 metros de anchura, que se duplica hasta alcanzar los 22 en la gran nave y en el crucero.

— El Generalísimo iba constantemente por la obra —sigue contando don Diego Méndez—. Muchas veces me llamaban sus ayudantes por teléfono: «Oye, Diego, que el Generalísimo va a estar esta tarde a las cuatro en el Valle, que hagas el favor de ir». Yo me marchaba para allí y allí le esperaba. Al principio iba con más frecuencia; cada quince o veinte días se marchaba por allí a ver aquello, por las tardes. Y luego a última hora ya daba un poco más de largas, según, hasta el punto de que era yo más bien el que le decía: «Mi general, tiene usted que ir por allí, porque aquello está ya en estas condiciones y tal, para que usted vea cómo va desarrollándose aquello.» Desde que yo me hice cargo, él no volvió a intervenir casi nunca; no me modificaba nada. La única lucha que tuve yo con él..., porque, claro, era muy difícil llevarle la contraria al Generalísimo, y era difícil por muchas razones: en primer lugar, porque era un hombre extraordinario, que se daba perfecta cuenta de las cosas; él sabía lo que quería, pero como no era un profesional... Tenía la idea, pero no sabía expresarla. Cuando toda aquella lucha con el proyecto de la Cruz, hasta me hizo unos dibujos y todo, unos dibujos de lo que él quería hacer. Muy bien, muy bien, él tenía la idea, pero aquello tampoco se podía hacer. Porque él quería levantar allí como una custodia, verdad, que era imposible de hacer, y además que no hubiera quedado bien. En el dibujo venían señaladas las distintas proporciones del pie, del fuste, de los brazos... En total era una cruz de ciento veintidós metros. Y cuando yo le di los proyectos de lo que yo quería hacer, ya se convenció, pero inmediatamente. Era difícil de contradecir y difícil de llevar, pero en el momento en que él veía una cosa clara, entonces no ponía el menor inconveniente. Únicamente tuvimos un poco más de..., de lucha sorda, de resistencia, más que de lucha, en la decoración de la cripta. En la cripta él se había hecho a la idea, no sé por qué motivo, de que quería hacer a derecha e izquierda un desfile de héroes y mártires, en bajorrelieves, todo a lo largo de la cripta; a mí aquello me parecía una barbaridad, vamos, no me gustaba nada, y yo le decía: «Mi general, pero es que... Imagínese usted que este monumento se hubiera hecho hace cien años, y que usted lo viera ahora, y viera un desfile de

⁶⁹ *Ob. cit.* en notas anteriores.

soldados con los gorrillos aquellos altos, y con sus levitas, y con su espadín... Pues son ridículos, eso no resiste al tiempo; usted ha dicho que resista al tiempo y al olvido, pues eso no resiste al tiempo, hay que hacer otra cosa que sea algo más espiritual, para evitar el odio, además». Y dice él: «Pero mire usted: un desfile de héroes y de mártires aquí es la idea de lo que fue, porque ha sido realmente eso, ha sido un desfile de héroes y de mártires durante toda la Cruzada». Encargamos a uno de los escultores que hiciera unos bocetos de esto, en escayola, para ponerlos allí, para ver si él se convencía de que esto no podía ser. Le pusieron allí los bocetos y le dije que ya estaban puestos, que hiciera el favor de ir a verlos. Entonces fue, y con bastante gente, aquel día, con el obispo Eijo Garay, con el capitán general, iba mucha gente, y claro, cuando yo se lo enseñé... Pues sí, muy bien, un desfile de héroes a un lado, otro de mártires al otro lado. «Pues ésta es la idea que yo tengo...» Yo estaba callado, callado. Dice: «¿A usted qué le parece?». «Mi general, pues yo le digo a usted lo mismo, que no me gusta nada. Todos estos señores desfilando... Mire usted, ahí hay unos que van con el puño en alto, otros con las manos abiertas... En fin, que no, que...» Y entonces intervino Eijo Garay: «Tiene razón Méndez, esto es materializar demasiado los odios, materializar dentro de una iglesia la lucha, y dentro de una iglesia no se debe materializar una lucha de hombres, ni de guerra, y menos de hermanos». «Entonces usted no cree que esto...» «No, mi general, no lo veo.» «Pues nada, no hay problema, estúdielo usted, estúdielo a ver qué podemos hacer aquí.»

Sin desechar todavía del todo la idea de Franco de escenificar distintos episodios de la Cruzada con sus héroes y mártires, se pensó, en cambio, en sustituir los bajorrelieves por pinturas. Diversos artistas hicieron pruebas con grandes murales al estilo de Sert, que no llegaron a convencer. El Consejo de Obras hizo incluso un encargo formal a un pintor boliviano, Reque Merubia, para que tratara de sacar provecho a la idea bélica, y este artista diseñó unos gigantescos bocetos totalmente repletos de contenido guerrero que llegaron a colocarse todo a lo largo de la galería, tanto a derecha como a izquierda, pero no causaron buena impresión ni tranquilizaron los ánimos.

— Y así seguimos luchando. Hasta que un día le dije yo a Luis Carrero: «Oye, Luis, ¿me autorizas a coger los tapices del Apocalipsis de San Juan, que están en La Granja, allí a derecha e izquierda, y a poner allí ocho de esos tapices, que tienen dimensiones parecidas a las de la cripta, y con esto ya se podía ver lo que le parece al general?». Dice: «Bueno, como quieras, llévalos, ya veremos a ver...». «Voy a colocarlos, y cuando están colocados le llevamos para que vea el efecto, yo creo que esa es la mejor solución que le podemos dar al asunto.» Y, efectivamente, me llevé los tapices de La Granja —es que yo era, además, consejero de Arquitectura del Patrimonio Nacional y, claro, tenía autoridad para manejar todas esas cosas del Patrimonio—. Me fui a La Granja, cogí los tapices del Apocalipsis de San Juan y los colocamos allí en el Valle, los colocamos a derecha e izquierda, todos los tapices, los ocho, y le dijimos al general que si podía hacer una visita al Valle, a ver cómo iban las obras, y ver qué le parecía. Dice Carrero: «Pues se lo decimos, le decimos que hemos puesto los tapices». «Tú no le digas nada, a ver qué reacción tiene; cuando llegue allí le extrañará aquello y entonces veremos a ver, porque si va ya con un prejuicio de lo que hemos hecho, pues no va con la mente completamente limpia.» Y, efectivamente, no le dijo nada y llegó el Generalísimo al Valle. Entramos por la puerta y nada más entrar se quedó parado, como un perro de esos de muestra, parado, lo vio, parado, y echó a andar, a andar, a andar hasta el crucero; vo/vió por el otro lado, tras, tras, tras... hasta la puerta. Se para y se vuelve hacia todos los demás que venían, mucha gente: «¿Ven ustedes? Esto es lo que yo quería, lo que yo había dicho. Me había fijado en los tapices estos del Apocalipsis porque esto le da color, esto le da gracia...». Yo miraba a Luis Carrero. Esto está terminado, no hay más que hablar del asunto. Entonces ya pusimos los tapices y esa fue la única lucha que ha habido en la decoración de la cripta; lo demás, nada.

Detrás de las dos capillas abiertas a ambos lados del crucero dispusieron dos grandes espacios, divididos en diversos pisos, para recibir los restos de los Caídos, el fin inicial y aparente de tan compleja y descomunal empresa. Y para comunicar las dos capillas con el monasterio, la sacristía y otros servicios, se dispuso la apertura de unas galerías subterráneas. Entonces «surgió la enorme preocupación de cómo se comportarían los dos pilares resultantes de la construcción de estas galerías; se registra textualmente en los papeles del arquitecto. Se recurrió al Laboratorio de Investigaciones Técnicas para hacer los estudios necesarios. Se midió el módulo elástico y se comprobó el estado de trabajo en que había quedado el monte después de la apertura de las galerías y el vaciado de la cripta. Dicho centro nos remitió un informe en el que se detallaban el estado del monte y la necesidad urgente de proceder a su consolidación por medio de inyecciones

en la parte de la bóveda del crucero —entre la mampostería realizada y la roca natural del monte— y en la parte no revestida de la cripta en que se estaba terminando el ensanchamiento, con un fuerte anillo de hormigón armado, inyectando su unión con la roca y la zona descomprimida de ésta, que alcanzaba, según se ha podido medir, espesores que oscilan entre uno y medio y tres metros. A la vista de estos estudios se procedió a inyectar parte del crucero, por ser la zona más avanzada de la obra y la que, a nuestro juicio, más alarma producía, como consecuencia de la construcción de las galerías de servicio de las dos capillas laterales.

Para corregir las humedades que, por otro lado, pronto empezaron a manifestarse tuvieron que realizar unos drenajes en forma de abanico sobre la parte posterior de estas capillas, «taladrando el monte en profundidad con perforaciones que oscilan entre los quince y los cuarenta metros».

Mas para Diego Méndez el monumento es fundamentalmente la Cruz, esa cruz que debe centrar la atención de manera absorbente e imponerse a la mirada por todas partes. Algo «sin precedente alguno en la historia de la Humanidad». Conoce el arquitecto los grandes monumentos existentes en el mundo, con sus dimensiones: la Torre de Hércules, en La Coruña, tiene sesenta y seis metros; la Giralda, de Sevilla, noventa y tres; las torres de la catedral gótica de Colonia alcanzan los ochenta y dos metros; la estatua de la Libertad, noventa y dos... La mayor de las pirámides egipcias llega hasta los ciento cuarenta y seis, pero no tiene problema alguno de estabilidad, como no lo tiene tampoco la torre Eifel. La construcción que hay que poner en pie en el Valle de los Caídos es, además, algo peculiar: se trata de una cruz, con dos brazos que han de mantenerse limpiamente en lo alto y con dimensiones proporcionadas a su fuste.

La inspiración le llegó a Diego Méndez, como él mismo ha referido más de una vez, «un día, de modo inesperado, mientras aguardaba a que mis cinco chiquillos se vistieran para ir a misa». «Absorto, casi iluminado, casi instrumento pasivo, el lápiz en la mano con el que hacía arabescos en un papel, sin darme cuenta dibujé exactamente la Cruz tal como está ahora en su materia clavada en la elevación poderosa...»⁷⁰ En la memoria presentada a Franco con su proyecto decía que su mayor preocupación era «precisamente la de hacer algo tan irreprochable que la pureza del símbolo, las líneas sobrias y escuetas no quedasen desvirtuadas por ninguna exigencia arquitectónica. Dicho en pocas palabras: que la Cruz fuese, sencillamente, Cruz. Cruz que tuviese por base esa base inamovible de nuestra religión que son los Evangelios y, un peldaño más arriba, las Virtudes Cardinales, a través de las cuales puede el hombre elevarse al símbolo de la Cruz».

Aprobado el proyecto definitivo, la obra de la Cruz se adjudica a Huarte en julio de 1950. Huarte era entonces ya un constructor experimentado y conocido. Pamplonés, Félix Huarte había empezado su carrera en los años veinte, «entrando de meritorio en la Oficina de la Comandancia de Ingenieros de Pamplona», de la que pronto pasaría a «Rufino Martincorena», otra constructora conocida en la época, en la que llegó a ser encargado general y jefe técnico. Ya independiente levantó la plaza de toros de Pamplona en 1922, y a renglón seguido es uno de los constructores que edifican gobiernos civiles en distintas provincias españolas. Durante la República consiguió la adjudicación de la Facultad de Filosofía y Letras, en la Ciudad Universitaria madrileña; hizo el puente de Puerta de Hierro, la Escuela de Arquitectura, el Frontón Recoletos, y participó en la obra de los Nuevos Ministerios.⁷¹ Es un constructor que se distingue desde siempre por su aceptación de las técnicas más modernas y audaces.

Como personal técnico de esta empresa, fueron destacados al Valle de los Caídos, para comenzar a levantar la Cruz, el ingeniero Ignacio Vivanco, el arquitecto Felipe Heredero, el encargado general Fidel Alzu y los técnicos de obra Luis Goñi y Santos Mutiloa. En una especie de diario acerca de la marcha de las obras que empezó a llevar, el encargado general escribió el 7 de julio de 1950: «Inmediatamente empiezan las visitas al Valle para planear la obra. Nada más hacerme cargo de la misma, el propio don Félix Huarte me dice estas palabras: "Alzu, ahí tiene usted ese regalito; a ver cómo se las arregla." Lo primero, se cambió totalmente el planteamiento de las instalaciones, suprimiendo los teleféricos y haciendo castilletes y ascensores.»

Otra persona profesionalmente vinculada a Huarte desde muchos años antes y hombre de su

⁷⁰ TOMAS BORRAS: artículo citado.

⁷¹ Estos datos proceden del trabajo de CARLOS FERNANDEZ CASADO: «Félix Huarte. Estructuras», publicado en *Arquitectura*, órgano del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, año 13, núm. 154, octubre de 1971. (Número homenaje a D. Félix Huarte con motivo de su muerte.)

completa confianza, el ingeniero Carlos Fernández Casado, una de las máximas autoridades españolas en «estructuras», se niega a colaborar directamente en esta obra. En 1940, nada más finalizar la guerra, Fernández Casado había sido uno de los miles de profesionales depurados sin contemplaciones, aunque Huarte nunca lo había apartado de su lado.

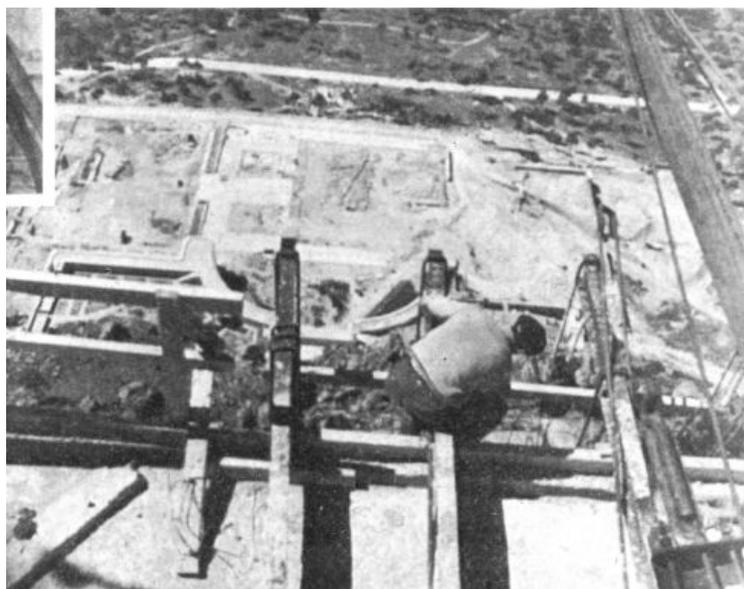


Ilustración 12. Dos aspectos del trabajo en la base y en las alturas de la cruz, en cuya construcción no se produjo al parecer ningún accidente mortal. Según el arquitecto Diego Méndez, buena parte del mérito de la obra hay que atribuirlo al arrojo y al desprecio del riesgo de muchos de los obreros y presos que la hicieron.

«Mi único choque con Félix Huarte —relataría luego⁷²— fue con motivo de la obra de la Cruz de Cuelgamuros, pero fue verdaderamente fuerte y violento, aunque su gran tensión duró poco tiempo, dada su extraordinaria inteligencia y su capacidad humana de compenetración en los problemas de los demás. Yo había intervenido en el planteamiento de la estructura y proceso constructivo correspondiente, pero al llegar la construcción le comuniqué mi decisión de no dirigirla. Era una obra en donde Félix Huarte había puesto todo su entusiasmo y había que ganársela; por eso no quise comunicarle esta mi decisión previa hasta no tener la obra en la mano. En el concurso convocado al principio de la posguerra se había creado un ambiente de dificultad casi insuperable en lo que se refería a los brazos, hasta el punto de que algún concursante dispuso un sudario para mejor

⁷² CARLOS FERNANDEZ CASADO: *Ob. cit.*

soportarlos. Pero el vuelo que había que conseguir era sólo de veinte metros, y ya entonces se había llegado a los cincuenta metros en el puente de los Nibelungos, sobre le Rin, en Worms. La obra la llevaría perfectamente Ignacio Vi vaneo, el segundo ingeniero que tuvo la empresa, y que había colaborado conmigo en el proyecto; yo acudiría a la obra cuando se juzgara que mi presencia era necesaria. Asistí dos veces al arrancar los brazos, y para tomar contacto con un problema tectónico que amenazaba la estabilidad de todo el montículo, aunque esto no era de mi incumbencia. Recuerdo que, al año siguiente, le confirmaba la viabilidad de los vuelos sobre el auténtico voladizo del puente citado, que estuvimos visitando cuando se encontraba ya muy próximo a la terminación.»

Se preveía en el proyecto que la construcción de la Cruz se abordase por el interior, como si se tratase de una chimenea. Una de las empresas concursantes, Isidro Castellano Teus, al proponer la vieja solución del andamiaje exterior, lo que hubiera supuesto la elevación de una estructura de hormigón armado semejante a un rascacielos, había presupuestado la obra en ciento cincuenta millones de pesetas, cuatro veces más que el presupuesto de Huarte, que fue inicialmente de treinta y tres millones.

El basamento que iba a servir de asiento a la cruz, sobre el cerro, se concibió como una gran plataforma de hormigón en masa chapada de granito. Sobre él, y en el plazo de un año, levantaron el primer cuerpo, en el que iban a ir como incrustadas, como saliendo de la roca y confundándose casi con ella, las colosales figuras de los cuatro Evangelistas, de las que más adelante se hablará, así como de su autor. Se emplearon en aquellos grandes volúmenes unas sesenta mil toneladas de hormigón, llegándose a producciones medias diarias de ciento veinte metros cúbicos. Como arranque o pie de la cruz, esta primera parte o sección tiene una altura de veinticinco metros.

Un segundo cuerpo base, en cuyos ángulos descansan las figuras de las cuatro virtudes cardinales, y del que arranca el fuste, alcanzaría los diecisiete metros de altura.

Entre tanto, para acceder más fácil y rápidamente al desmesurado volumen de materiales que la marcha de la obra precisaba continuamente, perforaron el risco de la Nava desde la misma base de la cruz, en un pozo que se unía en ángulo recto a un túnel horizontal igualmente perforado en la parte posterior del risco. Los montacargas existentes en el mercado eran insuficientes para la magnitud del acarreo y el peso del granito, así que se fabricaron a propósito para este cometido, lo cual supuso la necesidad de montar una serie de instalaciones eléctricas auxiliares, empezando por una central eléctrica Diessel de 400 K. V. A. Se planteó el problema de la estabilidad del risco con la oquedad del túnel y de la cripta, y se efectuó un reconocimiento por sondeo del estado de la roca y su cohesión con las mamposterías ejecutadas en los primeros tiempos de la obra; los especialistas informaron de la necesidad de efectuar un importante trabajo de inyecciones para asegurar la estabilidad del monte.

El fuste o mástil de la cruz se elevó en el plazo de catorce meses, a una velocidad media de construcción de setenta centímetros diarios; es decir, una hilada por día. A la estructura metálica interior le sigue el hormigonado de los muros, de treinta centímetros de ancho, y finalmente el revestimiento exterior, con piedra de granito de Villacastín, de veinte centímetros de grueso.

La cruz, terminada, iba a alcanzar los ciento cincuenta metros de altura (el fuste tiene ciento ocho metros), pero las dificultades aumentaron cuando llegó el momento de colocarle los brazos, que en conjunto tienen una longitud de cuarenta y seis metros, y por cuyo interior, como dice la guía oficial con cierto orgullo, «pueden cruzarse dos vehículos de turismo». Para comprobar la exactitud de los cálculos y tratar de que los obreros que habían de montarlos, colgados casi del aire, se familiarizasen con el trabajo, se hicieron pruebas del ensamblaje de los brazos de la cruz a tres metros del suelo, en la explanada frontal. Un domingo, casi en secreto, don Félix Huarte logró llevar hasta el lugar en que se realizaban las pruebas a aquel ingeniero amigo suyo, gran autoridad en este campo, para que le diera su visto bueno. Fernández Casado se lo dio, al parecer, después de efectuar ligeras rectificaciones y de hacer varias recomendaciones prácticas.

También fue grande la preocupación por la incidencia de los elementos en la gallarda estructura de la cruz, concretamente del viento y de la nieve, hasta el punto de que se solicitaron sucesivamente informes técnicos al Instituto Nacional de Técnica Aeronáutica, al Laboratorio de Investigaciones Técnicas de Madrid y al Instituto Técnico de la Construcción y el Cemento. «Dada la ubicación del monumento y su perdurabilidad en los siglos», los cálculos se efectuaron para vientos

correspondientes entre los ciento cincuenta y los trescientos cuarenta kilómetros hora, y en cuanto a las posibilidades de hundimiento de la cruz, se hicieron esos cálculos no para un plazo de cien años, que al parecer es lo normal, sino para mil.

«Pero dada la excepcionalidad de la estructura, nos pareció conveniente instalar aparatos de control, que permitieran comprobar su comportamiento en el futuro y su grado de coincidencia con los cálculos. A este efecto, y en colaboración con Investigaciones de la Construcción, se proyectó una red de aparatos en los puntos críticos de la estructura, que son el arranque del fuste y el arranque de los brazos. Se adoptó el sistema electrónico de testigos de cuerda vibrante, soldados a las piezas metálicas o recibidos en el hormigón. Pero por si fallara alguno de ellos se colocaron parejamente soportes para poder hacer medidas directas con elongómetro. Se situaron veinte aparatos en el arranque de cada brazo y ocho en el fuste. La central de medidas se instaló en la parte baja y consta de dos telemicrodefómetros, unidos por un cable a un cuadro en el arranque de los brazos, con cuarenta clavijas. Un teléfono interior liga ambos puntos, evitando así un número excesivo de cables en lo alto de la Cruz.»⁷³

En la instalación del pararrayos desde la cima de la cruz hasta la parte baja del Valle aportó su asesoramiento la máxima autoridad española en la materia, el profesor de la Escuela de Ingenieros de Caminos don Pedro Lucía.

En el interior de la cruz seguiría funcionando, aunque sólo para los servicios de vigilancia y conservación, el ascensor que va de la base a la cúspide. En cambio, nunca se tuvo la absurda intención de montar en los brazos de la cruz ni una biblioteca ni un restaurante.

La cruz fue concluida en el mes de septiembre de 1956. Pesa ciento ochenta y una mil setecientas veinte toneladas métricas, más las veinte mil toneladas que suponen las esculturas de Juan de Avalos; total, doscientas una mil setecientas veinte toneladas. Se emplearon en su construcción más de veinte millones de metros cúbicos de hormigón en masa; cerca de veinticinco millones de metros cúbicos de hormigón armado; cuarenta y cuatro millones quinientos mil metros cúbicos de grava; veinticinco millones de metros cúbicos de arena; unos quince millones de toneladas de cemento; quinientas cuarenta y cinco mil toneladas de hierro redondo; doscientas veintisiete mil toneladas de hierro laminado; cuatro millones doscientos treinta mil metros cúbicos de granito labrado, y tres millones setecientos mil metros cúbicos de mampostería de berrugo. Todo ello, sólo en la cruz.

⁷³ *El Valle de los Caídos*, por su arquitecto DrF.co MF.NDEZ, doc. cit.

13.- CONCLUSIONES DE UN INFORME

FINALIDAD de este estudio. En líneas generales responde al interés de conocer las propiedades y estado elástico del macizo de apoyo, afectado, por una parte, por la perforación de la cripta y galerías anejas, y, por otra, por la carga que supone el peso propio de la Cruz.

Tratándose de una obra de las características de la que nos ocupa, el interés del estudio, por no decir su necesidad, crece de punto, ya que es indudable que una previsión teórica de las propiedades y estado elástico del terreno es prácticamente imposible.

Organización de los trabajos. Se han realizado sin interrupción por personal de este Laboratorio, destacado en el lugar de la obra, desarrollándose durante cinco semanas sin solución de continuidad, desde la última del mes de febrero hasta primeros de abril.

El estudio geológico y la jefatura de los trabajos de campo han estado a cargo del ingeniero don Gabriel Serrano, asistido por los operadores señores Galán y Descalzo, todos ellos pertenecientes a este Laboratorio.

De los trabajos de gabinete, cálculo, interpretación, etc., se ha ocupado el Ayudante de Obras Públicas don Ángel del Palacio, en colaboración con el ingeniero antes citado.

La dirección y supervisión de todos los trabajos y estudios se ha efectuado por el Ingeniero Director del Laboratorio, don Mariano Fernández Bollo, bajo cuya dirección asimismo se ha redactado el presente informe.

Resultados en el Coro. En todo el conjunto del coro los módulos dinámicos mínimos son reducidos, no habiéndose hallado valores superiores a 100 Tm/cm.^2 , siendo frecuentes módulos del orden de 40 Tm/cm.^2 , que en algunas secciones bajan hasta quedar reducidos a 25 Tm/cm.^2 .

Los módulos dinámicos máximos son también de valor reducido, oscilando alrededor de 100 Tm/cm.^2 , bajando en determinadas zonas hasta 55, para ascender en otras al máximo de 165 Tm/cm.^2 .

Toda vez que el módulo medio en el macizo es de 550 Tm/cm.^2 se deduce que todo el espesor afectado por las medidas está decomprimido, debiendo existir huecos y fisuras muy importantes, especialmente en las zonas de módulos máximos y mínimos más bajos. El espesor del anillo de decompresión es mayor de seis metros, pero desconocido, salvo en la zona D, en que es del orden de cinco metros sesenta centímetros, espesor calculado partiendo de suponer el macizo de 550 Tm/cm.^2 .

Resultados en la cripta. Prácticamente todos los valores de módulos medidos en la pared de la galería W son reducidos, siéndolo también los hallados en la pared norte del brazo E y en la casi totalidad del W. Es bastante notable en esos casos la influencia de las litoclasas del terreno, que se ha apreciado se manifiestan en las zonas correspondientes a esas medidas.

Por lo que se refiere a los módulos dinámicos máximos, la influencia de las litoclasas es ya menos manifiesta, pues por regla general corresponden a medidas a mayor profundidad.

Los valores más bajos corresponden a la pared interior de la galería W, en la que no se miden superiores a 80 Tm/cm.^2 ; valores pertenecientes, muy probablemente, no al módulo del macizo, sino a la roca rota en la zona del anillo decomprimido.

En las restantes zonas, como valor medio del módulo máximo, puede considerarse 150 Tm/cm.^2 , llegándose en algunas secciones a valores superiores a 200, más allá posiblemente del anillo de decompresión.

El índice de fisuración alcanza en determinadas secciones valores medios del orden de 15.

El espesor del anillo de descompresión en las secciones en las que ha podido determinarse es prácticamente de una manera constante superior o del orden de dos metros, siendo en el brazo W donde se han encontrado los valores más altos. En las paredes interiores de las galerías W y E oscila entre uno y tres y medio metros, existiendo posiblemente en las secciones afectadas por litoclasas espesores mayores, y también en las de módulo mínimo reducido.

Las medidas de módulo efectuadas a través de los macizos delimitados por las galerías, los brazos y la cripta propiamente dicha, han dado, para el conjunto de esos macizos, módulos del orden de 430 Tm/cm.², que descienden hasta 120-130 Tm/cm. en las zonas próximas a esquinas, en las que además existen algunas litoclasas, correspondiendo posiblemente estos módulos más bajos no al núcleo comprimido sino a la aureola de descompresión

Resultados en la nave. En general, y a todo lo largo del tramo de galería estudiado, los módulos mínimos no pasan de 50 Tm/cm.², correspondiendo sus valores probablemente a la roca del anillo decomprimido. No obstante, en el tramo de acceso se han medido módulos más altos, pero ha de tenerse en cuenta la posible influencia del hormigón colocado ya en esa zona y de que haya quizá transcurrido menos tiempo entre la excavación y el hormigonado.

Como valores mínimos absolutos pueden considerarse los de 15 Tm/cm.², resultando para ellos índices de fisuración de 40, en números redondos.

Los máximos dinámicos son, en general, elevados, fluctuando entre 150 y 380 Tm/cm.², salvo en algunas secciones, que descienden hasta 80-90 Tm/cm.², siendo debida posiblemente esta disminución a efectos de descompresión producidos probablemente por las excavaciones existentes en las proximidades de las secciones medidas.

El espesor medio del anillo de descompresión oscila alrededor de 1,50 metros, según se ha podido apreciar en la medida que ha sido posible realizar, existiendo no obstante secciones o zonas en las que aquél alcanza el espesor de 2,50-3,00 metros.

Resultados en el conjunto del macizo del cerro. El módulo dinámico máximo hallado alcanza como valor medio 550 Tm/cm.², correspondiendo, desde luego, a toda la zona comprimida en el interior del macizo. Este valor es el que se ha tomado como numerador del quebrado que define el índice de fisuración, ya que lógicamente antes de efectuarse ninguna perforación es el que tendría todo el conjunto del cerro, excepto en superficie.

Las medidas que han sido posible efectuar con propagación de onda elástica paralelamente a los paquetes limitados por las litoclasas, han llegado a dar módulos del orden de 700 Tm/cm.², lo que pone de manifiesto la buena calidad de la roca como macizo, que se conservaría en todo el conjunto del cerro si no estuviera afectado por las litoclasas y fisuras.

CONCLUSIONES. 1. La calidad de la roca del cerro donde se asienta la cruz es excelente, aunque la resistencia y deformabilidad del conjunto resulten afectadas por las numerosas litoclasas que la fracturan. Su módulo elástico en los paquetes más sanos sin fisuras y comprimidos por el peso del cerro alcanza 700.000 kgs/cm.².

2. Como consecuencia del conjunto de litoclasas principales y de la red de fisuración secundaria creada por ellas, se reduce el módulo elástico medio del macizo comprimido bajo su peso a 500.000 kgs/cm.².

3. En las zonas decomprimidas, ya por la abertura de litoclasas a consecuencia de la erosión, ya por alteración superficial o por efecto de la perforación de subterráneos, el módulo práctico eficaz desciende considerablemente, por bajo de 250.000 kgs/cm.², reduciéndose a veces a 20.000 ó 30.000 kgs/cm.².

4 La reducción del módulo eficaz práctico se debe, en el exterior, al proceso de erosión y meteorización, pero en el interior tiene como causa casi exclusiva la abertura de las litoclasas y fracturas, produciéndose, por tanto, la posible situación de inestabilidad de los bloques o fragmentos de roca, que separan esas superficies de rotura.

5. El proceso de descompresión o distensión de los bloques de roca es relativamente lento, ya que es mucho más importante en el coro que en las últimas galerías de la cripta y nave. De aquí se deduce la importancia de dotar a la excavación cuanto antes de un revestimiento resistente e inyectar la unión con la roca y zona decomprimida de ésta, para evitar un proceso cuyo límite en el tiempo no es conocido.

6. El largo período de tiempo transcurrido desde la ejecución de algunas excavaciones da ciertas seguridades respecto al límite extremo del fenómeno de descompresión, pero la reducción considerable de la resistencia de las zonas afectadas por ella hace aconsejable el no confiar en que esta limitación sea suficiente para garantizar permanentemente la estabilidad de la obra.

(Del *Informe sobre el Estudio Geofísico del Valle de los Caídos* realizado en el año 1954 por el Laboratorio de Investigaciones Técnicas, de Madrid.)

14.- DIFÍCILES ENGARGES DE LA CRUZ Y EL RISCO Y DEL ARQUITECTO Y EL ESCULTOR

CON las ingentes cantidades de toneladas de escombros que se extrajeron de la cripta, en el proceso de su vaciado, se relleno la profunda oquedad que existía delante del risco, desechada ya la idea de situar allí un bello lago en cuya lámina plateada se reflejara la cruz de los días de sol, hasta convertirla en la explanada que hoy existe. Las obras para la ejecución de esta explanada, sacadas a concurso en diciembre de 1952, fueron adjudicadas a Huarte en unos veintidós millones de pesetas. Tiene una superficie de más de treinta mil metros cuadrados, a la que se accede por la parte frontal merced a una escalinata de dos tramos, de diez peldaños cada uno, «número que simboliza los diez mandamientos del Decálogo, como vía de ascensión y perfección moral a que llama la fe».⁷⁴ Los peldaños son de granito y alcanzan una longitud de cien metros. Por escaleras de menores dimensiones y majestad sube desde otras dos explanadas laterales más pequeñas, próximas a los estacionamientos de vehículos. Nueva escalinata, ésta de 15 peldaños y 63 metros de anchura, conduce a la puerta de la cripta, flanqueada por las dos alas de la exedra, integrada cada una de ellas por veinte arcos de línea clásica.

— El primer proyecto de la exedra fue obra de don Pedro Muguruza —indica don Diego Méndez—. Inició su construcción, que alcanzó la mitad izquierda de la exedra. En la mitad de la derecha había un gran peñasco, que quería conservar, lo cual obligaba a que el acceso a la basílica fuese totalmente asimétrico. Posteriormente, siguiendo las indicaciones del Caudillo, se planeó la exedra de modo simétrico y se procedió a quitar la roca que lo impedía. Inicialmente, en el proyecto de Muguruza, los arcos, cinco en cada tramo, eran tabicados y en su interior, en el plano más hondo, se acogía el perfil adintelado de una ventana, también tabicado, rematado por una corona de laurel que llenaba el tímpano. No lograba este conjunto la fuerza que el monumento requería, pese al acierto de los grandes pilones, que ponen un acento de solidez acorde con el resto de la obra, si bien armonizaban difícilmente con la sucesión de los arcos tabicados de medio punto. Antes de que se pensase en modificar la exedra así concebida, se buscó la manera de poner en el interior de cada arco un gran relieve escultórico. Se desechó la idea de enmarcarlo en el perfil rectangular de la ventana que había en el interior de los arcos. Se temía, y con fundamento, realizar algo pequeño y desproporcionado con el conjunto. En vista de ello, se pensó que el arco de medio punto enmarcaría un relieve de grandes dimensiones. ¿Qué temas iban a figurar? Se pensaron sucesivamente los Mandamientos, el Via-Crucis, semblanzas de grandes héroes y mártires que configuraron la nación... Afortunadamente se iba a llegar a una solución más acertada. Transformar la exedra haciendo una auténtica arquería, al evitar los arcos tabicados perforando el risco, para dar a esta arquería el fondo necesario. Se aprobó el proyecto correspondiente en el año 1958 y quedó concluso para el día de la inauguración. En esta arquería, los paramentos verticales de los arcos macizos están forrados con mármol negro pulimentado. Se pensó que en estos paramentos fueran escritos los nombres de todos los caídos enterrados en la basílica. Pero ante las dificultades surgidas se desistió.

La contribución escultórica a la solución de la cruz, como llama al trabajo de Juan de Avalos, era algo que preocupaba mucho a Diego Méndez, y sobre lo que también tenía sus propias ideas, contrastadas por supuesto con las del general Franco.

— Fue preocupación constante nuestra lograr un adecuado engarce de la cruz con el risco que la sustentaba. Así fue como la cruz se ha sumado al paisaje, consiguiendo una armonía perfecta, con el risco violento y duro. Se pensó que las esculturas de la base habrían de semejarse en su conjunto a una roca, y ello sólo podría lograrse con un extraordinario vigor en el movimiento de los volúmenes y con una verdadera audacia. Era preciso tallar el risco. Había que superar todo amaneramiento academicista y ponerse a tono con el paisaje. Si esto no se lograba, la obra del hombre aparecería relamida y sin fuerza. En un principio estaba previsto colocar en la base representaciones escultóricas de los doce apóstoles. Luego fue depurándose la idea hasta limitarse a los cuatro evangelistas, en la base, y las cuatro virtudes cardinales en la zona de transición de aquella al fuste. Con estas esculturas, de grandes volúmenes, se lograba el nexo necesario entre

⁷⁴ *Santa Cruz del Valle de los Caídos*, Editorial Patrimonio Nacional, 13.^a edición, Madrid, 1975.

las encrespadas masas rocosas del risco y la línea pura del fuste y los brazos de la cruz. En el aspecto religioso, el significado era pleno de contenido teológico. Cualquier creación de estudio, realizada con la mente apegada a los cánones ordinarios o normales, estaba literalmente destinada a desaparecer al ser colocada en el lugar al que se la destinaba, soportando el atrevimiento, el volumen y la fuerza de la escultura fantástica que eran las propias rocas. Sólo quien mantuviera contacto íntimo con la parte que a la naturaleza corresponde en el monumento y quien hubiera sorprendido la expresión torturada y llameante de las piedras del risco podía llevar la mano al escultor hasta llegar a la acomodación mental imprescindible.





Ilustración 13. Si difícil se presentó el engarce entre las colosales esculturas y la gigantesca cruz, no fueron al parecer más fáciles las relaciones artísticas o profesionales —como ellos mismos ponen de manifiesto— del arquitecto autor de la última, Diego Méndez, y el escultor autor de las primeras, Juan de Avalos, al que se ve, en una de las fotos, en su propia dimensión, al lado de la desproporcionada cabeza de uno de sus Evangelistas.

Y ese era él, el arquitecto. Diego Méndez no conoció a Juan de Avalos hasta la primavera de 1952.

— A Avalos lo conocí yo por casualidad. Fue un día a mi casa a ofrecerse, que no tenía trabajo, que quería trabajar, que había venido de Portugal, que no tenía nada que hacer. Tenía entonces..., nada, un pequeño tallercito arrendado a otro escultor, y se ofreció voluntariamente a hacer unos cuantos bocetos, a ver qué me parecía, y yo le dije que los hiciera, sí. Después del verano nos reunimos otra vez. «Vamos a ver lo que usted ha hecho y ya concretamos a ver si usted puede hacer algo o no puede hacer nada, en fin, a ver cómo se desarrolla lo que usted haga.» Efectivamente, después del verano vino y me trajo unas estatuitas que había hecho, que eran exactamente igual que las cosas de Miguel Ángel, verdad, que con toda su energía resultaba pobre e insuficiente para al empresa de la cruz. Unos apóstoles sentados en unas sillas, uno con un torito abajo, otro tenía un águila..., en fin unas cosas... completamente de Miguel Ángel, académicas, que estaban muy bien modeladas, pero que no era aquello. «Mire usted, esto no se puede poner allí, porque van a ser unos muñequitos y no tienen gracia. Yo lo que quiero hacer allí es una cosa completamente monstruosa, que desde lejos no se sepa si es un hombre, si es una peña..., tiene que ser una cosa que vaya en armonía con todas las rocas aquellas tremendas que hay en los alrededores de la cruz... O sea, que lo que yo quiero es que desde lejos se vea que hay unos símbolos allí, que hay un toro gigantesco, pero que tenga hombre o no tenga hombre a mí no me importa nada que haya un águila de San Juan y una serie de símbolos que se vean desde lejos, y además hechos muy toscamente, muy a lo bruto, verdad, que se parezcan a las piedras que hay alrededor.» Entonces Avalos empezó a hacer otra serie de cosas, pero aquello no... «Fuera, véngase usted conmigo.» Y nos fuimos allí, a Palacio, y en Palacio le puse un pequeño estudio, cerca de donde yo estaba, para que hiciera las cosas delante de mí, para poder ir indicándole yo lo que quería. Porque Avalos lo que hace lo hace muy bien, modela muy bien, verdad, pero hace falta que tenga a alguien que le grite. Hace las cosas un poco amaneradas, tal vez, un poco femeninas... y, claro, por ese procedimiento conseguimos que ya lo hiciera en seguida. El se amoldó perfectamente, no hubo la menor discusión.

«¡Más salvaje! ¡Quiero algo mucho más salvaje!», le gritaba Méndez.⁷⁵

⁷⁵ Revista *índice*, Madrid, diciembre de 1953.

— A Avalos el Generalísimo le rectificó el San Juan. Hizo un San Juan con unas barbas muy grandes, un apóstol de esos un poco del Renacimiento, y le llevó el boceto para que lo viese el Generalísimo, llevó la cabeza hecha ya, y no le gustó. Le decía que no, que San Juan no podía tener aquellas barbas, que no podía ser un viejo decrepito, que San Juan era un hombre joven, un hombre dinámico, que no podía ser un tío viejo y con barbas como aquél, que no, que no, que lo afeitara. Y Avalos dijo: «Bueno, pues qué le vamos a hacer, lo afeitaremos». Lo afeitó y entonces ya el Generalísimo aprobó las maquetas.

Otras rectificaciones en la obra, y concretamente en la obra artística, exigidas por Franco, no se referían ya a bocetos o a maquetas, sino a obra hecha y montada. Un ejemplo bastante conocido es el de la Piedad, el grupo escultórico que debía figurar encima de la puerta de entrada a la basílica. La idea de lo que había de ser esta portada había sido aprobada ya por Franco años antes, en una visita que había hecho en noviembre de 1949, sobre uno de los primeros proyectos realizados por Diego Méndez. Sus obras habían sido adjudicadas en marzo del 50 a Marmolería Bilbaína, S. L., por un importe de algo más de un millón y medio de pesetas. Avalos esculpió su Piedad en piedra negra de Cala-torao (Zaragoza), y la colocó en el sitio previsto, sobre el arco de la portada.

— Hizo una Piedad muy patética —dice Méndez—, y el Generalísimo decía que no, que era muy patético aquello, muy triste, «si parece un murciélago», que no, que no, y en la visita que hizo se la mandó quitar, con gran disgusto de Avalos. Pero la quitó y después hizo nuevos bocetos, según la idea del Generalísimo, y cuando ya obtuvo su aprobación esculpió una nueva Piedad, que es la que se puso luego y está en la entrada de la basílica.

El presupuesto correspondiente a la Piedad, que era inicialmente de 425.000 pesetas, ascendió al final a 1.959.900 pesetas.

Las virtudes de prudencia, justicia, fortaleza y templanza, consideradas como cardinales, fueron representadas con imágenes varoniles por haber estimado Franco que «las mujeres no suelen encarnar realmente esas virtudes».⁷⁶ Son las que figuran en el tramo de la cruz inmediatamente después de los colosales apóstoles.

— La elección del tipo de piedra más conveniente era muy importante. En los proyectos pensábamos emplear piedra de tono oscuro que armonizase con el de las grandes rocas del risco de la Nava. Rocas que mostraban manchas negruzcas producidas por la humedad, los líquenes y los musgos. La piedra que mejor encajaba con estas condiciones era la de Calatorao, de color negro, fácil de labrar, dura y resistente a los fuertes cambios climáticos del lugar. Y una vez hecha la elección de las canteras, se inició el suministro del material. El mayor problema lo planteaba la colocación de los grandes bloques de piedra en la base de la cruz. Una vez tallados en el nuevo estudio-taller en los solares de Atocha, eran trasladados a Cuelgamuros. Allí se presentaba la dificultad real de su montaje definitivo. Había que construir una estructura de hormigón que sirviera de esqueleto y apoyo a las grandes piezas de piedra, problema inédito y que no podía resolverse con las normas usuales en el cálculo del hormigón. Las formas valientes y singulares, totalmente distintas, de cada evangelista, hacía de cada uno de ellos un caso singular. No se trataba de trabajar con vigas de esfuerzos conocidos, ni con ménsulas ni con pilares. Había que adaptarse a las formas de un ser humano de dimensiones gigantescas. Esta imposibilidad de poseer cálculos previos obligó a una tarea de repentización constante sobre el terreno. Las piedras talladas eran adaptadas a la estructura interna y ésta se proseguía teniendo en cuenta las singularísimas características de los restantes bloques, que poco a poco iban tomando el aspecto del conjunto.

Después de la rectificación sufrida por San Juan en sus barbas, éste sería el evangelista que más gustaría al arquitecto, por su dinamismo. «La enorme masa de piedra no ha logrado vencer el brío y el empuje de la escultura; la tensión es innegable y de un efecto sorprendente.»

— Ninguna catedral ha vuelto a construirse desde la Edad Media —resumía su labor Diego Méndez en 1957, cercana ya la fecha de inauguración del monumento—;⁷⁷ ninguna obra de esfuerzo colectivo que no sea para servicio práctico, de utilización general económica. Los Estados han hecho presas y pantanos, ferrocarriles, puertos, escuadras, centrales atómicas..., todo con un fin inmediato de ganancia, con propósito financiero, o de explotación, o imperial, impositiva. Nada,

⁷⁶ *La Actualidad Española*: folletón sobre la «España de la posguerra», número 2, página 44.

⁷⁷ TOMAS BORRAS: artículo citado.

absolutamente nada que signifique triunfo de lo inmaterial, que eleve a Dios, que sirva para expresar lo inefable. Por eso se puede decir sin error que ni antes, ni después se ha hecho, ni se hará, algo en ninguna parte comparable con este monumento a los caídos (...). España cuenta, gracias a Franco, con algo nuevo, excepcional, lo repito, único.

Diego Méndez, el arquitecto que firma con una pequeña placa metálica la cruz del Valle de los Caídos, no piensa en la recompensa de otra placa a su memoria en el callejero madrileño.

— ¿Para qué? ¿Para que luego la apedreen los chavales? No, lo que me indignó a mí fue lo que hicieron cuando, una vez terminadas las obras e inaugurado el monumento, solicité seguir de conservador oficial del mismo. Se lo dije a don Camilo (Alonso Vega), que entonces era ministro de la Gobernación; y al cabo del tiempo me contestó con una carta en que me decía que se había olvidado de pedírselo al Caudillo. Así que me despidieron, me dejaron tirado como una colilla. Desde entonces no he vuelto a tener relación con nada del Valle.

La casa en que vive y en cuya planta baja tiene su estudio, en Hermanos Bécquer, 6, es también uno de sus primeros proyectos. Es la misma casa en que vivía el almirante Carrero Blanco, casi frente a la Embajada americana, y donde ahora vive su viuda. Es la misma casa en que en la actualidad tiene su domicilio la viuda de Franco, señora de Meirás.

También había sido el restaurador del Palacio de El Pardo, que el Generalísimo ocuparía desde el mes de marzo de 1940 hasta su muerte, en noviembre de 1975.

— Cuando mucho después arreglé el Palacio de la Zarzuela para el Príncipe, fueron a verlo Franco y doña Carmen. A ella le gustó mucho, le decía: «Paco, por qué no nos trasladamos aquí, esto está mucho mejor que El Pardo...». «No, no...» «Pues esto está muy bien.» Y una persona, que hay que contar hasta cien antes de referirse a ella, porque lo único que le importa es el dinero, quería indisponerlos conmigo. «Méndez es monárquico...». Es que cuando yo llegaba al Pardo y me sentaba a tomar café o a comer con el Generalísimo y su esposa, no tenía que pedir permiso a nadie, no tenía que permanecer de pie en la puerta. «Señora, no está mejor ni peor; es que en veinte años los materiales de la construcción, como tantas otras cosas, han mejorado mucho.»

15.- EL TAMAÑO DE LAS ESTATUAS... Y EL DE LAS CUENTAS

EN Madrid, a 17 de diciembre de 1951, firmaba el escultor Juan de Avalos García-Taborda su contrato con el Consejo de Obras del Monumento Nacional a los Caídos, representado por quien era entonces su gerente, don Antonio de Mesa y Ruiz Mateos, para la realización de las obras de modelación y ejecución en piedra de nueve estatuas monumentales: la Piedad, los cuatro evangelistas: San Juan, San Marcos, San Lucas y San Mateo, y las cuatro virtudes cardinales: Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza.

La Piedad se contrataba con unas dimensiones de seis metros de altura, nueve de ancho y tres de profundidad; se compondría de 151 piezas y su volumen total sería de 96 metros cúbicos de mármol negro de Calatorao. El grupo acabaría midiendo doce metros de anchura por cinco de alto, con lo que ya había alguna base para que empezaran los problemas.

Las figuras de los cuatro evangelistas que debían figurar en el basamento de la cruz tendrían las siguientes dimensiones: 18 metros de altura, 12 de anchura y cinco de fondo, en su parte central. Estas medidas —que en cuanto a la altura suponen, por ejemplo, la de una casa de seis pisos— se mantendrían, aunque las modificaciones vendrían por otra parte. El peso total del conjunto sería de 20.000 toneladas.

Las dimensiones de las cuatro virtudes iban a ser: 16 metros de altura, seis de ancho y tres de profundidad. Constarían de 270 piezas, con un total de 520 metros cúbicos de mármol.

El presupuesto total de estos grupos escultóricos se cifraba entonces en la cantidad de nueve millones de pesetas, desglosados así:

MÁRMOLES:	1.416 metros cúbicos de mármol negro de Calatorao, a 1.000 ptas. el metro cúbico	1.416.000,00
MANO DE OBRA:	1.871 piezas, total a que asciende la obra a tallar, ampliadas unas al doble y otras cuatro veces más ...	5.301.211,00
PORTES:	De ferrocarril, camionaje de estación a taller y de Madrid a Cuelgamuros ...	1.382.789,00
HONORARIOS:	Por la realización de nueve bocetos y nueve estatuas en yeso, según los tamaños citados	900.000,00
	Importe de la obra ...	9.000.000,00

El plazo para la terminación de las obras se fijaba en el último mes del año 1953, se le anticipaban a Avalos 600.000 pesetas, siendo de su responsabilidad los accidentes que pudieran sufrir los obreros que le ayudaran, etc. Avalos tendría que acatar cuantas modificaciones le sugiriera el arquitecto director de las obras, que a su vez podría rescindir el contrato cuando no se observara lo estipulado tanto en la ejecución de las obras como en la organización y marcha de los trabajos.

Al año y medio, Avalos elevaba instancia al presidente del Consejo de Obras para que fuera reconsiderado el aspecto económico de la cuestión. «... a pesar de mis desvelos procurando aquilatar en todo lo posible la economía más estrecha en la ejecución de estas obras, la realidad ha superado todas las cifras humanamente previsibles, y los gastos estrictos rebasaron en un 100 por 100 el importe de la cantidad asignada.»

«El importe general de la obra se calculó en un principio tan erróneamente —sin duda por el

carácter tan extraordinario y desacostumbrado de la obra—, que para que V. E. pueda formar juicio, le expongo unos detalles que demuestran esta sensible equivocación:

»El número de piezas calculado para cada evangelista se cifró en 250; cada uno lleva un promedio superior a las 900.

»El de metros cúbicos de piedra para cada unidad era de 200; la realidad demuestra que se han precisado más del doble.

»A estos detalles hay que añadir: los innumerables bloques que por la calidad de la piedra (exceso de lisos) se han inutilizado, la búsqueda de nuevos baños y su limpieza para la obtención de bloques de medidas tan poco corrientes, el aumento de los gastos tanto por transporte por ferrocarril como por la legislación laboral, materiales, etc. Todo ello-, naturalmente, ha hecho subir el costo de cada escultura en proporciones totalmente imprevisibles.»



Ilustración 14. Según Juan de Avalos, el autor de las descomunales figuras que adornan la base de la cruz, a algunos de sus sacadores de puntas intentaron sobornarlos durante las obras de montaje de las esculturas, para que lo hicieran de prisa y lo hicieran, a su juicio, mal. También dice que ha recibido llamadas telefónicas con amenazas de destrucción de su obra.

Sin referirse a sus propios beneficios, con la obra aún por terminar, aunque sin olvidarse tampoco del gasto que habían supuesto las modificaciones efectuadas en la Piedad y en la cabeza y torso de San Juan, el importe de las obras realizadas en aquel momento superaba ya los 9.000.000 presupuestados.

Se arbitró la movilización de nuevas cantidades, cuya precisión no consta, y en este punto cabe lamentar, sin duda, que en el *dossier* existente en el estudio del arquitecto no conste con cierto detalle más que lo referente al expediente del escultor.

Pero las tensiones motivadas por el dinero siguieron durante años. Avalos hubo de comunicar en un momento al Consejo de Obras que se encontraba ahogado, como suele decirse en estos casos, y que exigía un replanteamiento presupuestario.

Hay un documento fechado en Madrid en noviembre de 1959, cuando el monumento había sido ya inaugurado oficialmente, en el que aparecen detalles, señales.

Como consecuencia del primer escrito del escultor, una comisión formada por Gallego-Burín, Iribas y el propio Méndez habían comprobado cifras e informaron favorablemente acerca de la petición, aumentándose en 3.600.000 pesetas el presupuesto de la aportación arquitectónica. En mayo de 1955 el Consejo de Obras acordó, asimismo, elevar los honorarios del escultor en 900.000 sobre los abonos efectuados con anterioridad.

— Otro de los trabajos o encargos a que hace mención el señor Avalos —y en este detalle se entra— es la confección de doce apóstoles en madera de nogal. Efectivamente, realizó dos

modelos, que el Consejo rechazó por no merecer su aprobación, ni el precio ni el concepto de modelado. Estos bocetos fueron presentados por su cuenta y a título de ensayo, para su ratificación por el Consejo, si lo estima oportuno. Al no ser así, no se le hizo el encargo, pero el escultor no desaprovechó este trabajo, por estar hoy colocado en otro lugar (Nunciatura), y suponemos que cobrado a su justo precio.

«Los beneficios que el señor Avalos ha obtenido, independientemente del honor de haber ejecutado las esculturas, son cuantiosos, y entre ellos pueden enumerarse los siguientes:

»1.º En los comienzos, cuando surgió el artista, todos los bocetos fueron abonados particularmente por el arquitecto director, quien le asignó una gratificación mensual para su sustento.

»2.º El Patrimonio Nacional, con el fin de evitarle gastos, le facilitó, completamente gratuito, local para trabajar en los bocetos y local para la labra de los mismos.

»3.º La Comisaría de Abastecimientos y Transportes realizó también gratuitamente todo el transporte de la piedra, partida que en su presupuesto estaba cifrada en 1.382.798,00 pesetas.

»4.º Se le construyó, con cargo a fondo perdido, en concepto de medios auxiliares, como compensación a su trabajo, un gran estudio-taller, que importó 1.557.052,64 pesetas.

»5.º El Patrimonio Nacional le vendió un terreno en la calle de Agustín Querol en condiciones ventajosísimas de precio (compró a 20,00 pesetas pie de solar, que hoy vale más de 200,00 pesetas).

»6.º A los tres años aproximadamente de haber comenzado los trabajos, dueño ya de una posición económica desahogada, derivada de la realización de los mismos, se le facilitó medios de transporte personal, adjudicándosele dos coches: un Renault y un Citroén.

»Añadamos que el señor Avalos cobró del Consejo de las Obras del Monumento Nacional a los Caídos 13.740.752,25 pesetas en efectivo, que unidas al importe del transporte y al valor del estudio-taller, supone, sin contar otros conceptos, un total de cerca de los 17.000.000,00 de pesetas, cobrado por una obra que contrató en nueve millones.»

16.- JUAN DE AVALOS: "EL SUEÑO DE UN ARTISTA"

Mi primer contacto fue con Diego Méndez, en efecto. Diego Méndez me habló de este asunto, y coincidió este contacto con una exposición nacional de Bellas Artes en que yo presenté un grupo de dos metros veinte titulado *El héroe muerto*. Entonces, en la inauguración de esta exposición, el marqués de Lozoya me presentó al Caudillo. Nada más entrar, el Caudillo dijo: «Qué bien iría esto en el Valle de los Caídos». Yo hablé con el Caudillo sobre esto, diciéndole yo que desconocía totalmente aquello, que había oído hablar de ello, pero que lo desconocía, que no sabía lo que era, que quizá fuera un buen monumento para esa generación del treinta y seis sacrificada... Puesto que yo me dedico a hacer escultura y no podía vivir en España, porque no podía. En España podían trabajar los maestros de entonces, verdad, y ellos, como es natural, se lo llevaban todo, se llevaban la obra y tenían el prestigio. Y las gentes que empezábamos, pues nada, no podíamos hacer nada. Yo vivía fuera de España, en Portugal. Y entonces el propio Diego Méndez me vino a ver al estudio y me dijo: «Hombre, por qué no hace usted un boceto de una Piedad». «Bueno, pues mire usted, venga usted mañana y hablaremos, aunque yo no me puedo comprometer ahora a nada», porque no podía perder un trabajo de cierto importancia económica —no de relieve— que tenía entonces, de modo que no me puedo comprometer. «¡Hombre!, mire usted...» Bueno, entonces accedí e hice un boceto de la Piedad. Esto sería en el año cincuenta o cincuenta y uno. El vino al día siguiente y se sorprendió de que, de un día para otro, hubiera hecho un boceto de aquellas dimensiones, que era de sesenta centímetros por un metro, o algo así. Entonces me dijo: «Mire usted. ¿Quiere que vayamos a ver el Valle de los Caídos?» «Muy bien», y fuimos a ver el Valle de los Caídos. Me encontré allí con la gran mole de piedra..., la exedra empezada... Y yo le dije: «Bueno, pero frente a esto, la escultura que usted me dice, o me encarga, o me dice que sería posible, no... No, hay que estudiar esto de otra forma». Entonces Méndez me dijo: «Pues nada, si usted quiere, este verano —era a principios de verano— puede usted hacer algo para un concurso restringido que tenemos». Yo le dije: «No, yo no puedo hacer eso; esto no es obra de un solo artista, esta es obra para varios escultores jóvenes, verdad». «Hombre, pues entonces usted llama a los que crea conveniente, porque yo no quiero nada con los viejos», esas fueron sus palabras, «yo no quiero nada con los viejos». «Muy bien, pero yo creo que esto debería reflejar el arte actual, esto debería condensar la obra de todos los artistas actuales, que colaboraran todos, que aquí hay trabajo para todos.» Y entonces yo llamé a Rafael Sanz y a Martín Gamo, dos escultores de mi edad, para hacer este concurso. Y nos metimos en Palacio para hacer unos bocetos. Yo ya había hecho el boceto de la Piedad, que no gustaba; yo dije que ese boceto no podía ser. Entonces hice otro boceto y parece que éste gustó más, y me reservé los evangelistas y las virtudes, porque ellos no se atrevían, no eran hombres de empuje. Estuvimos trabajando durante un mes, o más, cuando vino Diego Méndez, que es muy ligero de palabra y de concepto, pues les hirió un poco diciéndoles: «Esto que ustedes están haciendo parece la Feria del Campo». ¿Verdad? Los chicos se quedaron un poco fastidiados. Entonces me dice a mí: «Mire usted, esto a mí no me interesa, de modo que si quiere, puede usted hacer los bocetos». Yo, como tenía avanzados los bocetos de los evangelistas, le dije: «Bueno, pues vamos a ver». «¡Quiero que me ayude usted!» En fin, yo le daba ideas... Y efectivamente, me encerré durante dos meses y me modelé quince estatuas, quince figuras para este asunto, quince bocetos. El hombre se entusiasmó, parece que esto entusiasmaba a todo el mundo, se organizó una exposición de estos trabajos, en la Casita del Príncipe, en El Escorial. Trabajos anteriores y éstos. Entonces Franco reunió allí al Consejo de las Obras, y en Consejo de Ministros resolvieron encargarme a mí las figuras, vistos los otros trabajos, las figuras de los evangelistas, de las virtudes y la Piedad. Precisamente yo pasé un día tremendamente inquieto, porque claro, no sabía qué pasaba con mi obra, una obra en la que había estado trabajando durante dos meses. Entonces llamé por teléfono a Méndez y le dije: «Oiga, Méndez, qué pasa con esto». «¡Hombre, se me ha olvidado decirle a usted que el Caudillo está encantado, que el Consejo de las Obras está encantado con que usted haga la obra.» En fin, aquello fue para mí una gran alegría. Y bueno, vamos a tener entonces unas conversaciones preliminares. En estas conversaciones preliminares a mí me dijo... «Bueno, hace falta que me diga cuánto va a costar esto.» «Pues yo le voy a decir en este momento que gratis, porque usted me está hablando del sueño de un artista.» Un artista, ante una obra, no piensa en la economía, sino que piensa en lo que puede hacerse con esa obra, y lo que puede llegar a hacer en la vida con esto. Entonces yo reuní canteros... y,

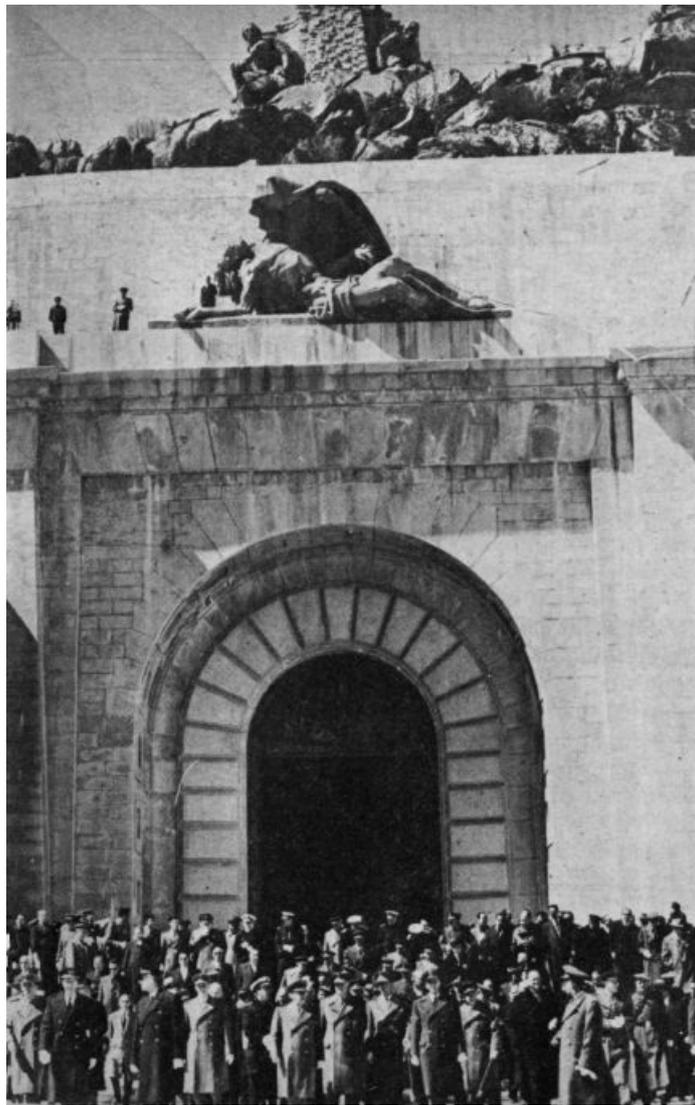
efectivamente, se llegó a la conclusión de que aquello costaba de gastos, sin colocación, verdad, ocho millones y pico de pesetas, no me acuerdo ahora del pico. Y entonces Diego Méndez me dijo: «Hombre, mire usted, si le parece bien, completamos, novecientas mil pesetas más y son los nueve millones». De manera que yo firmé el contrato para hacer nueve estatuas de la tremenda dimensión que tienen las del Valle, con unos honorarios de novecientas mil pesetas. Esto, además, sin cobrar por la dirección de la obra de colocación, porque luego, como las dimensiones de estas estatuas son tan grandes y tan importantes, había que hacerlo por coordenadas. Por hiladas horizontales. Y yo había resuelto esto y lo había despiezado de tal manera que con coordenadas se podía hacer muy bien, sin gente que supiese en absoluto de escultura, ¿verdad?, nada más que siendo fieles a las medidas, y a las dimensiones y demás, al ángulo, en fin, a la profundidad, todas esas cosas. Y, efectivamente, yo comencé con esta obra, firmé esta obra, que para iniciarme me dieron trescientas mil pesetas, como anticipo, y yo me encontré con que tenía que organizar un taller de modelación y ampliación donde había que modelar las figuras a su tamaño definitivo. Porque me decía: «Usted nada, no se preocupe, modele las obras a la décima parte, luego se amplían...; aunque sean rústicas, no importa». Y yo, en eso del rusticismo, en arte, no creo. Hay rupestrismo, pero en el siglo veinte el rusticismo no me gusta. Entonces yo ordené y coordiné la cosa de tal manera que tuve que enseñar y educar a la gente para hacer yo mis bocetos y mis ampliaciones, que se hacían muchas de ellas a su tamaño definitivo. Tengo fotografías de las cabezas que están modeladas con cuatro metros cincuenta. Por ejemplo, en la Piedad, que me la modelé a su tamaño, invertí treinta y cinco toneladas de barro. En fin, ha sido una lucha tremenda. Tuve que crear el taller de ampliación y recepción de piezas, sacadas de punto en la piedra; luego tuve que crear los seres que tenían que colocar esa piedra. No contaba con nadie para ampliaciones; tuve que traer a unos chicos de Portugal que me ayudaron, porque yo antes vivía en Portugal, para subsistir en el arte, eh, esto es muy duro, pero es auténtico; y aquí aprendieron lo que era ampliar por coordenadas, un sistema nuevo, que hoy todo el mundo lo hace. Entre estudios y estatuas, hice setenta y cuatro obras en tres años y medio. Luego hubo que improvisar el taller de cantería. Me dieron un solar, que era del Patrimonio, y allí instalé un taller, tenía cuatro sacadores de puntos, que son los que hacen las reproducciones, pero necesitaba cuarenta. Tuve que convertir a uno de ellos en profesor, y así enseñé a todos los demás. Y luego la colocación: yo tenía unos grandes disgustos, porque el cerrillismo del constructor..., lo que deseaba era acabar, no le importaba la obra. De modo que mi lucha... Llegué a ponerme en frente del propio arquitecto, porque el que firmaba las esculturas era yo, eh, aunque el arquitecto ha dicho que él ha hecho los bocetos. No, yo soy un hombre educado y yo le pedía por favor que me viera las cosas, para que mediara su opinión, porque él era el padre de la arquitectura, pero yo era el padre de la escultura y, por tanto, creo que debía existir una común colaboración. Luego, como él es un hombre de cierta vehemencia, de cierta extrañeza, nuestras relaciones no terminaron bien, verdad, quizá por sus celos excesivos... Porque venían a mí los periodistas, yo no, vayan ustedes a él, es que este hombre no quiere hablar nada... Ah, pues lo lamento muchísimo, pero si él no dice nada, yo tampoco puedo decir nada. Y esto creó un clima de celos donde yo no he querido ahondar. Yo cumplí con lo prometido, cumplí con mi obra, y nada más. Escenas, problemas, cotilleos..., oh, montañas de ellos, verdad. Un buen día... hay un cotilleo, que esto lo recalcó él mucho, y creo que aún lo dice... Es que yo sabía lo que iba a hacer, verdad; por ejemplo, yo sabía lo que iba a hacer de San Marcos..., pero él un buen día viene con un chistecito, diciendo que en el Café Gijón habían dicho que yo no podía hacer a San Marcos porque se me había comido el león. Entonces yo, sí, le dije, San Marcos será así, y de un día para otro, tal como lo tenía acostumbrado; decía que yo era el escultor *Fuguillas*; yo sabía mi oficio, que era tenerle lo que fuera de un día para otro. En las virtudes yo me había autoretratado en la Templanza, porque he tenido que ser templado muchísimas veces para aguantar muchísimas cosas. Y entonces él mismo me llamaba *el Templo*, por eso, y porque yo me hice un autorretrato en la Templanza. De modo que esta figura sujeta con un gran bocado a unos monstruos, los tres pecados capitales. Eran esos monstruos que me devoraban constantemente con bromas o con cosas, y yo me permití hacerles allí una cosa caricaturesca, pero no lo hice porque no merecían pasar a la posteridad. De modo que de estas cosas hay montañas; pero más bien es él, son ellos, los que tienen que decir lo que quieran. Porque yo ya he dicho muchas cosas.

»Yo soy un hombre que nunca se ha preocupado de la política. Lo que sí me ha preocupado muchísimo es la gente. Las gentes con quienes comparto la vida, el mundo que me rodea, amigos. Yo soy hombre que dicen que soy muy liberal, tremendamente liberal, porque me gusta oír a todo el mundo, compartir cosas. Discutir, discutir, no sé discutir, porque yo no me creo un tipo ejemplar

para que mis ideas prevalezcan sobre las de los demás, pero sí sé hablar de lo que me parecen las cosas, de una manera íntima y sincera. De modo que yo, que hice la guerra como uno más, de soldado de segunda, cuando terminó yo era profesor de término de la Escuela de Artes y Oficios de Mérida, con mi depuración correspondiente. Me fui a Mérida renunciando a mi posibilidad de ser pensionado de la beca de Roma, porque mis pobres padres vivían allí y me necesitaban... Mi padre se quedó ciego muy joven, y yo me fui allí. Entonces, por esa casualidad, soy profesor de término de Mérida, cuando me pertenecía una sucursal en Vallecas. Esto ya por el año 32 o 33. Y cuando terminó la guerra, me depuraron. Yo pasé por las dos- zonas. Yo estuve en Mérida hasta agosto o septiembre del 36, en zona republicana vamos a decir roja. Y luego, como yo estaba en edad militar, verdad, me incorporé al Ejército, a donde me destinaron. De modo que yo fui fuerza de choque, en el Ejército, hasta el año 38, en que me hirieron muy grave, me quitaron de la circulación y ya entonces, como hacían falta dibujantes, me militarizaron en Constructora Nacional de Maquinaria Eléctrica y me puse a dibujar motores y transformadores. Yo soy profesor de dibujo, de modo que para mí no era problema ninguno. En esa empresa —puesto que yo, como consecuencia de la depuración de aquella época, de escultor me convertí en dibujante de publicidad—, he sido dibujante publicitario hasta el año 50 o así, veinte años. Alternando siempre con la lucha dura, porque yo no soy hombre que se acerca a los Ministerios, verdad, nunca, no me parece honesto, y por lo tanto hice lo que pude dentro del arte, con grandes sacrificios. Me invitaron a una exposición oficial a Lisboa y no me dejaron sacar la obra, y como yo soy hombre que no se conforma con facilidad, me fui de todas formas, con lo que pude, pequeñas estatuas... Hice la exposición aquella en Lisboa y tuve gran éxito. Hay allí grandes escultores. Les pareció mi obra de gran dignidad y allí me quedé a trabajar hasta que intervine en este concurso del Valle de los Caídos. Yo renuncié a todos los trabajos por aquel concurso.



Ilustración 15. El grupo escultórico de La Piedad bajo el que pasa Franco, en medio de otras autoridades, el día de la inauguración del monumento —1 de abril de 1959—, es el caso más notorio de sustitución a que obligó al escultor Avalos, después de que éste hubiera colocado otras figuras en el mismo lugar. También hizo que afeitara al evangelista San Juan, que el escultor había presentado a Franco, en boceto, con grandes barbas.



»Políticamente soy liberal. Creo, como he dicho en un sitio, y me han censurado mucho por ello, que hay un líder extraordinario que todavía seguimos todos en el mundo, y vivimos de él, pero no hemos hecho su revolución. Ese líder es Cristo. Todo el mundo vive de él, de su recuerdo, todo el mundo hace políticas, otras religiones, eh, pero nadie hace su siembra, nadie hace que fertilice su siembra y, por lo tanto, eso sí, yo lo que soy es un hombre profundamente cristiano.

»Mis relaciones con el Caudillo han sido puramente circunstanciales. Porque el Caudillo..., empezando por Méndez, hasta la gente que le rodeaba, lo han hecho siempre inaccesible. Yo no iba, ni tenía por qué; no subía hasta el Caudillo. El Caudillo me ha conocido por mi obra y mi honestidad. Yo habré tratado con el Caudillo siete u ocho veces, y siempre que me ha visto, me ha recordado: "Avalos, qué tal... Usted, como siempre, trabajando mucho..." Al comienzo de mi obra, se produjo algo interesante, de lo que puede Vd. hacer uso: y es que cuando me contrataron la obra se hizo un escrito contra mí. Este escrito estaba formado por tres académicos de San Fernando: uno vive todavía, los otros dos murieron, pero no era bastante como para que yo les guardara rencor. Dijeron que yo era un escultor de segunda, pero además salieron otras muchas cosas allí, en ese escrito, mis depuraciones y todo. Entonces yo quise renunciar a la obra y fui a hablar con Franco de este asunto, a decirle, mire Vd., yo renuncio a todo esto, un hombre que no merezca la confianza... Yo le hice mi historia, se la conté a este hombre, la historia de mi vida y de mis cosas; me dieron diez minutos para hablarle y fueron cuarenta y cinco, porque Franco era un hombre que oía. Y terminó diciéndome: "Usted habrá sido ese hombre, ese soldado de segunda que dice, pero Vd. es el gran escultor que necesita España. Por lo tanto, trabaje. No haga oídos de nadie. Yo hablaré con Méndez." De modo que por mi manera de ser, Vd. ve, soy un hombre sencillo, sin venenos de ninguna clase, no guardo rencor a nadie, pudiendo haber guardado mucho. Mis contratos..., yo pude haber pedido mucho al Caudillo, puesto que yo sabía que este hombre estaba muy satisfecho de mi obra, pero jamás le he molestado para nada. Un día le atacué, sí, para que me dijera qué le parecía

lo que yo estaba haciendo. Y me dijo, acerca de mis figuras: "Extraordinaria, hermosa. Hermosa. Es una obra hermosa, Avalos."

Fue todo. Era muy poco expresivo. Y le han culpado... Yo creo que le han achacado que él llevaba muy directamente esta cosa, no. No, no, no. Yo he dicho: ¿Por qué le hacen ustedes responsable a Franco de las decisiones de ustedes? ¿Por qué dicen ustedes que Franco juzga a los artistas cuando no ha sido él, sino que es usted? El que juzgue a los artistas y el que dice éste me sirve, éste no me sirve, no haga usted eso, porque está usted echando encima de Franco a los artistas. Los artistas somos gentes muy rencorosas, de modo que Vd. debe decir que es el Consejo de Obras, no Franco. El opinaba cuando se le preguntaba. Pero no es un director de orquesta tan grande como para eso. El era un hombre que tenía un concepto de las cosas hermosas y grandiosas y tenía un gusto personal; eso no quiere decir que fuera un entendido en arte, aunque yo sí puedo asegurar, y de esto me acuerdo bien, que cuando se hablaba de los relieves interiores... Yo le decía: ¿Por qué no se hacen los fondos con mosaicos, con tesela, para darle a aquello una fuerza mayor?, porque Donatello tiene estos niños cantores que... Y entonces él dijo: "Sí, y en tal sitio hay esto y en tal sitio hay lo otro..." Quedamos sorprendidos, verdad, de que él supiera estas cosas.

»Yo siempre me resisto a hablar del Valle de los Caídos, primero por los celos que pueden existir entre los señores que han trabajado en él. Yo siempre he dicho que no era el escultor del Valle de los Caídos, porque yo invité a otros. Siempre se lo decía a Méndez: "Hace falta hacer un concurso nacional, que venga la gente joven..." "Hombre, sí, pero ¿quién?" Yo he pagado con cargo a mi bolsillo a muchos escultores que han dejado sus obras allí. Por ejemplo, al propio Federico Villabarrera, que no hizo nada; a Cruz Solís..., a todas esas gentes las llevé yo, para que se pusieran al habla con Méndez, que tenía un aspecto terrorífico y decían unas cosas muy feas de él. Yo decía, no, no se come a nadie, ir allí, proponerle cosas, trabajar... De modo que yo soy uno de los escultores que ha trabajado en el Valle, más o menos afortunadamente, pero no el escultor del Valle. Y me alegra mucho que se haya puesto allí nada que pudiera doler o hurgar en las heridas hechas en los otros, en los republicanos, verdad, porque está bien que los temas sean todos religiosos y que bajo la Cruz se entierren todos nuestros muertos. Y dejémonos de más monsergas, verdad, porque ya los odios han sido excesivos.

»Yo tuve allí muchos colaboradores, algunos muy buenos artesanos. Tuve a uno que se llamaba Martínez Campos, un sacador de puntos que era un tipo excepcional. Para mí fue una desgracia su muerte, porque se mató con una motocicleta. Este fue uno de mis buenos colaboradores. Luego hubo personas que me ayudaron mucho, sobre todo en la colocación de las piezas. Estuvo Luis García, otro sacador de puntos; estuvo Manolo, "el Gallego", que colocó las estatuas con una pulcritud tremenda, a pesar de que lo sobornaban para que lo hiciera de prisa y sin interés, verdad, por cosas de esas que ocurren en las obras, los encargados, verdad, que no les importa la obra, sino que lo único que les importa es acabar cuanto antes, porque así se gana más. Se puso, por ejemplo, el San Marcos, con unos celos y con un interés extraordinario, de modo que la junta de la piedra apenas sí se advierte, mientras que en el San Lucas..., el mismo arquitecto decía que tuviera cinco centímetros, la junta, para dar la sensación de rústico, y ahí empezó mi lucha, para que no hubiera juntas y la piedra se colocara bien. Este sacador de puntos, Luis García, hizo muchas obras y yo le di una oportunidad muy grande, que no supo aprovechar; ya se sabe, cuando en una empresa existen traiciones, corrientemente el traidor es el que se ahoga; cuando uno se embarca, el traidor quiere hacer cosas ocultas, y éste es el que se ahoga, y el que sabe llevar el timón a puerto seguro es el que se salva. Conque esto ha pasado... ¡Montañas de disgustos! Yo era un hombre joven, y debería tener barba, verdad, o tener una cayada en la que andar apoyándome para que la gente me respetara; porque claro, se encontraban con un señor de 38 años, con cara de niño, sonriente, yo era muy tímido, tremendamente tímido, tuve que hacerme hasta un mal hablado para dominar canteros y albañiles... De manera que fue una cosa dura, verdad, para escribir montañas de páginas. Pero el Valle me ha dado también nuevas oportunidades y el respeto de mucha gente.

»Y otras cosas también, claro. Porque anónimos y amenazas telefónicas he recibidos muchos, por haber trabajado en el Valle de los Caídos, verdad. Esta es una de las cosas que son increíbles, increíbles. Ya se sabe que en el mundo del arte hay mucha miseria, eh. Por ejemplo, tu, que te has hecho millonario en el Valle. Yo no me he hecho millonario. Yo le estoy diciendo a Vd. lo que he ganado en el Valle de los Caídos en tres años y medio: novecientas mil pesetas. Ahora, el Valle de los Caídos me abrió puertas en Estados Unidos, en Europa, en Rusia. Yo tengo mucha obra en todos esos sitios, en América sobre todo. Y aquella cabeza que hay ahí, en medio del estudio, ese

retrato, me lo ha hecho el mejor escultor ruso que existe en la actualidad, cuando vino a Madrid, como homenaje por mi obra del Valle. De modo que, fíjese, qué dirán aquellos amenazadores..., gentes que..., no, creo que bobos, porque es gente que se oculta en el anónimo, no tiene coraje para otra cosa. Pues entonces qué dirán: el mejor artista ruso me hace un homenaje por ser yo el artista que ha hecho aquella obra, ¿eh? Mi obra en el Valle de los Caídos perdurará, si no vienen esos bestias..., porque entre esas amenazas, verdad, venían algunas diciéndome que esa obra será destruida en algún momento, que será dinamitada. Por eso digo, verdad, que si no se destruye, quedará, y también es posible que uno, con esa ilusión que la hizo, pues quede también. Pero yo le digo a Vd., sinceramente, que si hiciera hoy el Valle de los Caídos, bueno, si a mí me pidieran colaboración para hacerlo, haría otra cosa. En cuanto a tamaños como en cuanto a concepción. Porque lo que hemos hecho es una Cruz, una Cruz arrancada de nuestros altares y dotada de grandes dimensiones, pero no deja de ser una Cruz, una Cruz que podía estar en un altar, verdad, su sitio. Vd. la va reduciendo de tamaño, la va reduciendo, ¿y qué queda? Una pequeña cruz para poner encima de cualquier sitio. De modo que es una cruz arrancada de un altar y puesta sobre el risco de la Nava. Podía hacerse otra cosa, ¿por qué no? Pero, claro, las obras no se repiten.»

17.- ARTISTAS Y ARTESANOS

ADEMÁS de las nueve figuras o grupos escultóricos colosales que concibió para el exterior y fueron realizados en granito (la Piedad, los cuatro Apóstoles y «los» cuatro virtudes cardinales), Juan de Avalos esculpió otras cuatro imágenes para el altar mayor de la Basílica del Valle de los Caídos, esta vez en bronce, y de menor tamaño que las otras, aunque tampoco nada insignificante: ocho metros de altura tiene cada una. Se trata en esta ocasión de los arcángeles San Gabriel, San Rafael, San Miguel y San Azrael, una nominación algo desconocida esta última, pero que Avalos asegura no haberse inventado, puesto que figura en la Biblia como «el arcángel que conduce ante Dios a las almas de los muertos». Los rostros de las tres primeras figuras aparecen a la vista, descubiertos, mirando al frente o hacia lo alto, pero el de Azrael está tapado por los pliegues de un velo. Podría pensarse, acaso, que esta diferencia está justificada por el hecho de que este último arcángel, a pesar de estar registrado en los libros sagrados, es lo suficientemente desconocido como para que quepan todas las dudas acerca de sus rasgos fisonómicos, pero la verdad es que el escultor aprovechó para Azrael la idea de la cabeza velada que había concebido para aquella patética Piedad que a Franco no le había gustado para presidir la entrada de la Basílica. Incluso más tarde aprovecharía todo el grupo rechazado para colocarlo en el mausoleo dedicado a la memoria de sus padres.

Bajo las órdenes del arquitecto Diego Méndez y la inspiración más o menos vaga de Franco, otros muchos artistas colaboraron con sus obras en la decoración o magnificencia de esta Basílica, aunque algunos de ellos no tengan gran interés en hacerlo resaltar.

El escultor Carlos Ferreira compuso dos vigorosas figuras de arcángeles, de respetable tamaño, que aparecen en el espacio intermedio que existe entre el vestíbulo y el atrio interior, de pie en sus respectivos nichos u hornacinas, con las alas desplegadas y los brazos hacia adelante, juntas las manos sobre las empuñaduras de sendas espadas. «Celosos de la honra de la Casa de Dios, montan guardia permanente en solemne advertencia a los que entran», como quería textualmente Méndez. Ferreira es también autor de tres imágenes en alabastro de las que flanquean ambos lados de la gran nave: una Inmaculada y una Virgen del Carmen, las patronas de los ejércitos de Tierra y Mar, respectivamente (al lado derecho), y una Virgen de África, en recuerdo del comienzo de la guerra civil y del paso del estrecho de las primeras fuerzas (al lado izquierdo).

Luis Antonio Sanguino y Antonio Martín esculpieron a su vez unas figuras representativas de las fuerzas de los Ejércitos y de las Milicias, situadas hoy entre la gran nave y el crucero, en las que al parecer lo más notable es el contraste entre la tosquedad en la labra del ropaje y la pulimentada calidad de rostros y brazos, aparte de su bélica significación; una constante, por otra parte, muy repetida en la imaginería del recinto.

La Virgen de Loreto, patrona del ejército del Aire, que figura entre otras vírgenes patronas de otras armas en la gran nave, al lado derecho, así como la del Pilar, al izquierdo, son obra de Ramón Mateu. La presencia de la patrona aragonesa en el Valle de los Caídos contribuye a no olvidar que fue en la batalla del Ebro donde se decidió la guerra civil, o al menos con esa intención fue colocada allí.

Diversos miembros de la familia Lapayese aportaron su obra artesanal y artística en muy variados cometidos. Los Lapayese tenían una relación más directa con Franco, por ser ellos quienes decoraron su conocida casa de campo en Móstoles (en cuyas obras de construcción intervino también, por cierto, Banús) y el palacete de la Moncloa. A Franco le gustaba el trabajo de José Lapa-yese, padre, en la recuperación de la tradición española del cordobán y el guadamecil. Para un retablo que quería colocar en la capilla de la finca de Móstoles, el mismo Franco hizo por su mano unos dibujos, copia de modelos antiguos, que le pasó a Lapayese.

— Sí —recuerda hoy el pintor, de 77 años—, me dio los dibujos hechos. La señora había comprado las tablas, antiguas, y él hizo unos apuntes, muy bien, muy correctos, a base de escala; no había diferencia entre el original y lo que él había dibujado. Con pluma, con tiralíneas, dibujos de esos de academia, de academia militar— aunque de dibujo artístico y de pintura creo que daba clases con Sotomayor. Para lo del Valle no hizo bocetos, se le llevaron las cosas a él. Vino Méndez

a decir lo que quería y luego se le llevó al Pardo para que Franco lo viese. Todo se hizo bajo el punto de vista de Franco. Si a nosotros nos hubieran dejado hacer cosas originales...; pero a él le gustaba la cosa antigua. Los trípticos le gustaron mucho, creyó que eran antiguos. Todo está basado en cosas antiguas, que está muy bien para lo monumental, pero como cosa artística de originalidad... Si nos hubiéramos basado en nuestra propia inspiración, hubiéramos hecho otra cosa, algo más original..., por lo menos en parte de la obra que hicimos para allí.

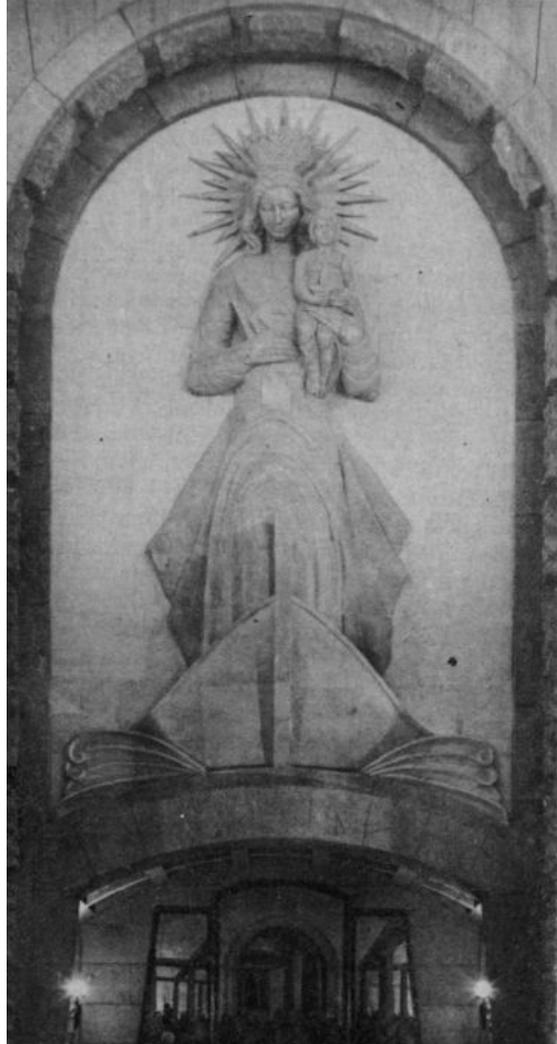


Ilustración 16. Numerosos artistas colaboraron en la decoración de la Basílica, siguiendo las indicaciones de Franco. Carlos Ferreira esculpió en alabastro esta Virgen del Carmen, en una de las capillas laterales, y, entre otras imágenes, otra Virgen de África, en recuerdo del comienzo de la guerra civil y el paso del estrecho por las primeras tropas.

Ramón Lapayese contribuyó al conjunto de vírgenes con una de la Merced, patrona de los cautivos, en alabastro, situada hoy a la izquierda de la gran nave. También son de alabastro las figuras de los Apóstoles, que esculpió siguiendo pautas clásicas, y que figuran por parejas en las capillas que se abren a lo largo de la gran nave, tres a cada lado. Y de alabastro es también el Cristo yacente que hizo para una de las capillas del crucero, donde se encuentra entre dos tallas de la Virgen y San Juan en madera policromada, también obra suya. El Cristo yacente agradó particularmente a Franco.

Del taller de los Lapayese —obra, sobre todo en este caso, del padre y del hijo, José— salieron todos los trípticos sobre cuero, policromados, al estilo de los viejos cordobanes y guardamecíes españoles, que ocupan los frentes de las seis capillas, así como las distintas tallas que los acompañan en los frontales de los altares. Estas obras están distribuidas así:

En la parte derecha: en la primera capilla, tríptico y talla frontal del altar representan la Asunción

de la Virgen; en la segunda capilla, los Desposorios de la Virgen en el tríptico y su muerte en el frontal; en la tercera, la huida a Egipto en el tríptico y la Visitación en el frontal. En la parte izquierda: primera capilla, la Anunciación en el tríptico y el Nacimiento de Jesús en el frontal; segunda, la adoración de los Reyes Magos en el tríptico y el mismo tema en el frontal; tercera capilla, la muerte de la Virgen en el tríptico y la presentación del Niño en el frontal. En el fondo de cada una de estas capillas, por otra parte, el arquitecto ha dispuesto unos espacios para que, en su día, se puedan seguir realizando enterramientos en este lugar, «dividiéndolos y adaptándolos según aconsejen las circunstancias y disponga la superioridad».

Pero acaso la obra que más trabajo dio en el taller de los Lapayese fuera la de los setenta siales que componen el coro, todo «para que ahora los monjes dejen sus libros encima de ellos y no pueda apreciarse su rica talla», como se queja el viejo Lapayese. La planta del coro es semicircular y tiene tres niveles de altura. Todos los siales están hechos de nogal y limoncillo, con unos relieves de alabastro en su parte superior. En el respaldo de cada sial va tallada una escena de las célebres Cruzadas. Y ninguna se repite. Hay dos sillones de honor en el centro: uno, el reservado al abad, tiene una imagen de San Benito como respaldo, y en el otro, reservado para el asistente de honor, la talla correspondiente representa a San Francisco; recuerda ésta al fundador del Valle, como aquélla al de la orden que se ocupó del culto de la Basílica y otros detalles.

Otro escultor, Fernando Cruz Solís, es el autor de la puerta de la entrada, de grandes dimensiones (10,40 metros de alto por 5,80 de ancho) y con los quince misterios del santo rosario y las figuras de los apóstoles labrados en relieve en los diversos cuarterones en que está dividida. Esta concepción de la puerta de entrada a la Basílica fue la que mereció el primer premio en el concurso convocado a tal fin en 1956.

José Espinos Alonso, ya fallecido, fue el artífice de la reja que da entrada a la gran nave de la cripta, si bien trabajó sobre una idea del propio Méndez. Esta reja, de estilo plateresco, pero de moderno diseño, con unas dimensiones de 11 por 11 metros, está formada de tres cuerpos, separados por cuatro machones, los dos de los extremos para fijarla a las paredes y los otros dos para permitir el juego de los goznes. Consta de un total de treinta barrotes verticales. «Fue intención de la dirección técnica de la obra —indica el arquitecto—, además de continuar la gran tradición de la rejería española, preparar el ánimo del visitante a la impresión que en él causará la Basílica por sus dimensiones». Por eso, tal vez, en los cuatro machones aparecen adosados, de arriba abajo, numerosas figuras de mártires y santos, en una policromía que destaca en exceso sobre el hierro negro. En el primer machón/ de la izquierda, y de arriba abajo, están representados, por una cara: San Marcos, San Mateo, San Lucas, San Juan y San Juan Crisóstomo; por la otra: Santa Teresa, San Hermenegildo, San Pedro, Santa Bárbara y San Esteban. En el segundo machón: San Vicente, San Lorenzo, San Francisco Javier, San Andrés y Santa Cecilia, en una cara; San Pablo, San Agustín, Santo Tomás, San Juan de la Cruz y Santo Domingo de Guzmán, en la otra. En el tercer machón: en una cara, San Jorge, Santa Juana de Arco, Santiago y San Francisco de Borja; en la otra cara, San Eduardo, San Luis, San Mauricio, San Ignacio y San Fernando. Y en el cuarto machón, en una cara: San Simón, San Francisco de Asís, San Millán, San Antonio Abad y San Magín; en la otra cara: San Antonio de Padua, San Frutos, San Francisco de Paula, Santo Domingo de la Calzada y San Macario.

Espinos ejecutó también los bajorrelieves de la mesa del altar mayor, diseñados asimismo por Diego Méndez. Uno representa el Santo Entierro, y el otro la Santa Cena. También fue Espinos el que obtuvo, por un importe presupuestado de 2.719.000,00 pesetas (y, curiosamente, fue el suyo el presupuesto más alto de cuantos se presentaron, reduciéndose algunos a menos de la mitad de éste), la adjudicación del concurso convocado «para la ejecución en plata dorada del manifestador sagrario con destino a la Basílica del monumento nacional a los Caídos». Y asimismo, en este caso, el escultor-cerrajero se limitó a realizar el diseño que le dio hecho el arquitecto-director, Diego Méndez. La utilización del mosaico para la decoración de una cúpula del tamaño que tiene la del Valle de los Caídos, parece que se ensaya por vez primera aquí. Un gran artista, Santiago Padrós, también muerto ya, es el encargado de su realización. Pacientemente, día tras día, subido al alto andamio, va colocando a lo largo de cuatro años los cinco o seis millones de pequeñas piedras de todos los colores que conformarán toda la complejidad de ese «Pantocrator» bizantino que hoy corona esta cúpula. En movimiento como de llama, las figuras y los grupos representados por Padrós parecen ascender hacia el Padre Eterno. Santiago capitanea en la parte derecha a otros cuarenta y dos santos y héroes, entre los que figuran Raimundo de Peñafort, Isidoro, Domingo de

Silos, Ignacio de Loyola, Teresa de Jesús, Domingo de Guzmán, etc. Por la parte izquierda suben treinta y cuatro mártires, dirigidos por San Pablo, y entre ellos van Justo y Pastor, Víctor, Fructuoso, Hermenegildo, Fermín, Celedonio, Eulalia, Sabina, Justa, Serafina, etc. Por ambas partes siguen a estas cohortes numerosos héroes y mártires, aquí ya exclusivamente españoles, dispuestos a enfrentarse con el Juicio de Dios. La imagen de la Virgen está rodeada de una corte de serafines.

Por debajo del andamio donde estuvo trabajando Padrós durante tanto tiempo, pasaba de vez en cuando Franco, en todas sus frecuentes visitas, y nunca le miró ni le dirigió la palabra, como le contaba el mismo artista, un tanto herido en su amor propio, a fray Justo Pérez de Urgel, el abad cuya aparición en este escenario está a punto de producirse. «Nunca me dijo buenos días, ni buenas tardes, estando yo siempre allá arriba. Qué tal, maestro, cómo va eso... Jamás. Miraba lo que se estaba haciendo, pero nunca dijo una palabra.» Ya sabía el artista, de todas maneras, que aquel silencio podría ser interpretado como señal aprobatoria, puesto que en la ocasión en que habló, frente a otro pequeño mosaico colocado en una de las capillas inmediatas, fue para decir que «no le gustaba nada, que lo tiraran».



Ilustración 17. Cinco o seis millones de piedrecitas colocó Padrós en el mosaico de la cúpula, a lo largo de cuatro largos años, sin que en ninguna ocasión le dirigiera Franco la palabra cuando pasaba bajo su andamio. El famoso enebro de la cruz no fue cortado personalmente por el Caudillo, aunque presenciara como otros lo hacían; y en el Cristo de Beovide el maestro Zuolaga no intervino más que para darle unas pinceladas de sangre.

Como acción o trabajo personal y directo de Franco se menciona, habitualmente, no sólo la selección, sino el corte o tala, por su propia mano, en los montes segovianos de Balsain o Rio-frío, del enebro con que se haría la tosca cruz destinada al altar mayor de la Basílica. El arquitecto Diego Méndez dice con precisión que el enebro fue elegido, en efecto, por el Jefe del Estado en Balsain, y a renglón seguido fue cortado en su presencia, pero no por él, que tampoco tenía por qué llevar las cosas a esos extremos. Cortado el famoso enebro, fue trasladado a la capilla del Pardo, donde se encontraba ya la talla del Cristo, de Beovide, a la que iba a servir de soporte. Es éste un Cristo de gran dignidad artística y nobleza, que el tallista de Zumaya realizara con su humildad y su talento característicos. Discípulo de Zuloaga —que años antes había halagado a Franco retratándolo con su camisa azul remangada y envuelto en la bandera monárquica—, éste, a pesar de cuanto se ha dicho en contrario, no intervino en la policromía de esta imagen con mayor esfuerzo que el que supuso dar unas pinceladas a unas gotas de sangre. El Cristo de Beovide sobre la cruz del enebro

de Franco fue colocado en el altar mayor de la cripta el 16 de abril de 1957, y ese mismo día, al anochecer, acudió el Caudillo con su esposa a admirarlo en el lugar que había soñado para él. Cuando los ilustres visitantes se marcharon, pudieron contemplar el bello efecto que hacía la Cruz de piedra, de 150 metros de altura, iluminada por vez primera. Hacía «muy bonito», según la anotación correspondiente a este día, del encargado general de Huarte, señor Alzu.

El colorido y la rica textura de los ocho tapices de la serie del Apocalipsis de San Juan contrastan con el duro granito de las paredes de la gran nave. En otro lugar se ha hecho mención de las incidencias que rodearon el traslado de aquellas obras de arte a Cuelgamuros, desde el cercano palacio de La Granja, donde se encontraban anteriormente; sólo que los tapices originales han vuelto recientemente al sitio en donde estaban, ante la posibilidad de su deterioro a causa de las humedades que hay en la Basílica, y en las enormes paredes de ésta se han colgado las copias realizadas por las Industrias Artísticas Agrupadas, de la Fundación Generalísimo Franco. Los finos hilos de plata y oro que componen la trama original con sedas y lanas corrían peligro de oxidarse. (Otros tapices del Patrimonio Nacional soportaron un fuerte aguacero en El Pardo el día de la boda de D. Alfonso de Borbón y Dampierre con la señorita María del Carmen Martínez-Bordiú Franco, pero también es cierto que contamos con catorce kilómetros de tapices de gran valor, en una colección única en el mundo. Por cierto, que también para la 15.ª celebración de esta ceremonia sacó a relucir el Caudillo, en sus últimos años, sus dotes artísticas, dibujando de propia mano el orden de figuración en el cortejo, cuyo ensayo general dirigió además en palacio la noche anterior, utilizando a todo el plantel de servidores.)

Los tapices del Apocalipsis, de 8,70 de ancho por 5,30 de alto cada uno de ellos, fueron tejidos hacia 1540 por el bruselés Guillermo Pannemaker, y traídos a España por Felipe II en 1553; pero se desconoce el nombre del autor de los cartones, aunque se reputa como tal a Bernardo Van Orley; en todo caso, parece clara la influencia de Durero y de Juan de Brujas. El tema de la serie completa es la revelación hecha por Dios a San Juan —a través de los siete ángeles representantes de las siete iglesias de Asia—, en la isla de Patmos, acerca del fin del mundo. De acuerdo con el orden en que se encuentran colocados en esta nave, empezando por la derecha, el primer tapiz representa la destrucción de la Humanidad por las plagas; el segundo, la adoración del Cordero; él tercero, el combate entre los ángeles y los demonios, que atacan a la mujer vestida de sol, y el cuarto, las bodas del Cordero. A la izquierda, en el primero aparece el comienzo del Juicio Final; en el segundo, la historia de Enoc y Elías; en el tercero, el triunfo del Evangelio, y en el cuarto, el triunfo de la Iglesia sobre el demonio, encadenado en el Paraíso.

LOS CANTEROS

Durante cerca de diez años, desde 1950 hasta 1959, la mayoría de los pueblos de la sierra del Guadarrama estuvieron afanados en la extracción, corte y labrado de la piedra para Cuelgamuros. Por la tonalidad de esta piedra se puede distinguir hoy la que procede de la parte más cercana a Segovia, azulada, muy dura, de la que fue extraída de las canteras de Alpedrete, grisácea, y de la procedente del mismo Valle, parda, más oscura. Miles y miles de toneladas de granito salieron durante cerca de una década del suelo y de los montes de Alpedrete, de Becerril de la Sierra, de Villalba, Collado Mediano, Villacastín, Zarzalejo... Los viejos artesanos del mazo se vieron en la necesidad de enseñar el oficio a nuevas promociones, y en algún momento hay extendidos por toda la zona no menos de tres mil hombres golpeando la piedra para darle la forma que, al menos exteriormente, va a tener el monumento en sus diversos elementos y construcciones.

En Alpedrete, donde es fama que trabajan, o trabajaban, «los mejores canteros de España», la familia Guillen es la que se va a encargar, a través de sucesivas contrataciones con las empresas constructoras, de más del ochenta por ciento de toda la piedra que precisa la obra. El apellido procede de la zona levantina, pero está instalado en esta zona del Guadarrama desde hace varias generaciones, siempre en relación con el trabajo de la piedra. Del taller del Guillen que fue abuelo de los actuales Guillen salió la mayor parte de los adoquines que en otros tiempos cubrieron las calles de Madrid. Utilizando un carretón especialmente diseñado para este cometido y tirado por varias yuntas de bueyes, trajo el viejo Guillen a la capital la mayor losa labrada que existe en ella, de siete metros de largo, que es la que sigue colocada, con todo su simbólico peso, sobre el dintel de la puerta principal del Palacio de Justicia, en las Salesas. Sus hijos, Julián y Eduardo Guillen Zamorano, fueron también maestros del oficio, y el segundo aún lo es, puesto que vive en Alpedrete; y también

los hijos de éstos, aunque ya abiertos al negocio de la construcción en general y con la mecanización sustituyendo al golpe de brazo.



Ilustración 18. Franco hizo de su propia mano algunos dibujos para los trípticos sobre cuero, policromados, al estilo de los viejos cordobanes y guadamecés españoles, que salieron del taller de los Lapayese con destino a las distintas capillas. Por otra parte, para el traslado de esas extrañas piedras que llaman «Juanelos», finalmente colocados a la entrada del Valle, hubo necesidad de idear un costoso sistema especial de transporte.



Los canteros de Alpedrete y Collado fueron los que, en la posguerra, labraron la mayor parte de las piedras con que se levantaron ministerios (el del Aire, en la plaza de la Moncloa, por ejemplo) y otros edificios oficiales; y cuando la demanda de este tipo de construcción finalizó, se dedicaron a hacer piedra fina para los nuevos edificios de los grandes almacenes comerciales. Los Guillen ya habían trabajado en diversas ocasiones para obras del Patrimonio Nacional y, entre otras cosas, habían realizado las reformas propias de su competencia profesional en el palacio de El Pardo, cuando el Jefe del Estado comenzó a habitarlo. También en el Canto del Pico, ese extraño palacete que corona un risco entre Torrelozanes y Hoyo de Manzanares, y sobre cuya propiedad actual parecen haber surgido discusiones a la muerte de Franco, hicieron una pista de tenis y colocaron una chimenea francesa, entre otras pequeñas obras.

La piedra destinada al Valle se distribuía desde las canteras por todos los pueblos de la comarca, donde era trabajada, para ser transportada después regularmente a su punto de destino final. Muchos de los sacadores de puntos que seguían las instrucciones de Avalos para hacer narices o dedos de sus monstruosas figuras, también estaban en estos pueblos de la sierra.

El hijo de Julián Guillen, Eduardo Guillen Cuesta, es ahora alcalde de Collado Mediano, como con anterioridad lo fuera su padre. Con la aparición de los nuevos materiales para la construcción y la pérdida de afición por el oficio de cantero, aparte de la cuestión de más altos costos que supone este trabajo artesanal, piensa que si hoy volviera a construirse un monumento como el del Valle de

los Caídos, no se haría de igual modo, o al menos no se haría con el mismo material, la piedra labrada.

«Allí aún se empleó la sillería de tizón, o sea gruesa, aunque también hay en el Valle mucho material serrado. La chapa de piedra de la Cruz, por ejemplo es de doce centímetros; pero es que hoy, en la mecanización que hay montada en Los Negrales, se hacen tiras de chapa de granito de dos centímetros de espesor, y con esa chapa es con lo que se está recubriendo en la actualidad toda edificación que puede parecer hecha de piedra. La piedra era ya un lujo entonces, pero hoy lo es mucho más.»

LOS «JUANELOS»

La contribución de Felipe II a la adecuada decoración de este gran espacio escénico que es el Valle de los Caídos, no se limitó al préstamo de los tapices del Apocalipsis. Los nuevos imperialistas de la arquitectura y del espectáculo histórico también iban a echar mano de unos extraños elementos pétreos ya olvidados, pero pertenecientes a la época del melancólico gotoso escurialense: unos enormes bloques de granito, labrados en forma cilíndrica y de una sola pieza cada uno, truncados falos que alguien encontró cubiertos de musgo en unas viejas canteras de un pequeño pueblo toledano, Nambroca. Según parece iban a formar parte, actuando como contrapesos, de un ingenioso artificio con que un relojero imaginativo llamado Juanello Turriano, natural de Cremona, trataba de elevar el agua del Tajo hasta las casas de Toledo a finales del siglo XVI. Muerto el rey, murió al parecer el plan de traída de aguas, y murieron los «Juanelos», como se les llama, por el nombre de aquel ingenio que tampoco había sido mandado a luchar contra los elementos. Pasados los siglos, de entre todas esas muertes sólo resucitan las piedras, es decir, los «Juanelos».

«Abandonados en las canteras, eran símbolo de la vida nacional. Cuando siglos después el alma española reemprendió su auténtico camino, los Juanelos fueron rescatados del olvido», escribe el arquitecto Diego Méndez en su mencionado estudio acerca de esta obra. Y en otro lugar añade: «Los Juanelos han encontrado su mejor destino. Durante cuatro siglos soñaron en las canteras con el momento de erigirse. Y al ponerse en pie, vieron con asombro que iban a ser centinelas del Valle de los Caídos».

Según otra tradición, acaso más acorde con este destino que finalmente iban a tener, los Juanelos eran columnas destinadas al Palacio Real de Aranjuez; los traían de Sevilla, no se sabe cómo, y se quedaron en la penúltima etapa antes de llegar a su punto final.

De cualquier modo, los Juanelos están ahí. Son cuatro. Cuatro cilindros bastante regulares, de 1,45 metros de diámetro y un largo o altura, según su disposición, de unos 11 metros, más ó menos, aunque no es exactamente la misma la medida de los cuatro, sino que hay dos ligeramente más menguados que los otros dos. El peso aproximado de cada uno es de unas 54 toneladas.

Para proceder a su traslado desde Nambroca a Cuelgamuros se montaron unas plataformas de transporte que hubieran admirado hasta al propio Juanello Turriano. Uno a uno, sucesivamente, los gigantescos monolitos fueron dispuestos como en el aire sobre estas plataformas, sostenidos por un artificio de cables de acero, que se tensaban a conveniencia, para impedir que las piedras se apoyaran en ningún momento en el suelo del transporte, lo que podía equivaler a su rotura en cualquier vaivén o bache de la carretera. La plataforma estaba articulada o montada en un camión marca «Reo», de los utilizados por las fuerzas norteamericanas para el transporte de tanques. Todos los vehículos de la aparatosa expedición llevaban inscritas a los costados las letras ATE, iniciales del Aeropuerto Transoceánico Español de Barajas, que en aquel momento se estaba construyendo, porque fueron las autoridades militares de este aeropuerto las que se encargaron de la operación, al mando del coronel Servet, jefe de obras del mismo, hoy fallecido. A los vehículos que transportaban los monolitos se les adaptaron ruedas de avión, en número de veintidós, que la marcha del convoy iba destrozando a cada paso. Entonces se levantaba el vehículo con su carga mediante cuatro gatos hidráulicos especialmente dispuestos y del coche de aprovisionamiento de neumáticos y ruedas, que seguía al de la carga, se sacaba lo necesario para el cambio. Otros camiones de gran potencia templaban la marcha del que llevaba el Juanelo tirando hacia arriba de él en las cuestas o aguantando el desboque en las pendientes.

La expedición de transporte de los Juanelos avanzaba unos diez o quince kilómetros diarios, y su paso por las diversas poblaciones era un verdadero espectáculo.

El conductor del camión sobre el que viajaban los Juanelos, uno a uno, era el cabo Fidalgo, y el del que llevaba las ruedas de repuesto, Joaquín Vidriales, hoy conocido en los medios radiofónicos y televisivos por su trabajo en el doblaje de las voces de Fernandel y del abuelo de Heidi.

El primer Juanelo fue depositado al Valle el 28 de setiembre de 1949, y poco después fueron llegando sucesivamente los otros tres. Al principio habían pensado colocarlos a la entrada de la cripta, pero a Franco no le gustó el emplazamiento. Los llevaron entonces a la misma entrada del recinto del Valle, en el cruce de la carretera de Guadarrama con la que da acceso a Cuelgamuros. Pero el Caudillo desechó también el lugar, e indicó que eligieran mejor para cuando fuera a hacerse la próxima tentativa. Y por fin fueron colocados en el sitio en que hoy siguen, en el paraje llamado Buenavista, un altozano desde el que se divisa la entrada de la cripta y el conjunto del risco de la Nava. El 2 de setiembre de 1953 es puesto en pie el primero de los Juanelos, el 23 el segundo, y los días 11 y 20 de octubre siguientes los otros dos. Alguno de ellos se levantó en presencia de Franco, y ante su atenta mirada vigilante.

18.- EL CONTRATO CON LOS BENEDICTINOS Y LOS ESTUDIOS SOCIALES

LA terminación de las obras está próxima. Dos mil obreros trabajan al final en las distintas construcciones, en turnos continuos de ocho horas cada uno. De los contactos que han empezado a establecerse con los religiosos que se ocuparán del culto en la Basílica, y de las primeras visitas que algunos de éstos efectúan a Cuelgamuros, se desprende que no resulta de su agrado el viejo monasterio que Muguruza les tenía destinado, y que varios centenares de presos habían ido levantando bajo la dirección de Molán, empresa constructora hoy desaparecida. La ubicación del edificio distaba unos cientos de metros de la entrada posterior de la cripta, tras el risco de la Nava, y a los religiosos les pareció que no podrían soportar recorrer aquella distancia en los días invernales, tal vez algunas veces de noche, con los vientos helados hiriendo sus carnes y la nieve mojando sus pies. Así que se acordó dedicar ese primer edificio, ya levantado, a un nuevo cometido cuya aparición se registra por aquellas postreras fechas, abandonada la idea del cuartel de juventudes a que hacía referencia el Decreto de 1 de abril de 1939, idea que no se ha vuelto a mencionar. Y se inicia la construcción del auténtico monasterio en las inmediaciones del risco, casi adosado a él, de tal modo que los monjes podrán acceder a la Basílica sin necesidad de exponerse a la intemperie, por una galería interior excavada en la roca y con techo abovedado, y tomando luego el ascensor.

Es por entonces cuando se publica el decreto-ley que establece o crea la Fundación de la Santa Cruz del Valle de los Caídos (de 23 de agosto de 1937). Se insiste en su preámbulo en que son «la fe religiosa de nuestro pueblo, el sentido profundamente católico de la Cruzada y el signo social del nuevo estado nacido de la Victoria», los que exigen que el monumento que está a punto de terminarse «no sea una simple construcción material, sino también un lugar de oración y de estudio donde, a la vez que se ofrezcan sufragios por las almas de los que dieron su vida por su Fe y por su Patria, se estudie y difunda la doctrina social católica, inspiradora de las realizaciones sociales del régimen». Así que a la vez que se hace indispensable la colaboración de una orden religiosa que se obligue a mantener el culto y los sufragios, se hace necesaria la implantación de esa novedad que iba a ser el Centro de Estudios Sociales.

Para cumplir el primer objetivo o cometido se elige a los seguidores de San Benito de Nursia, el padre de Europa, como suele llamársele, cuyo lema, «ora et labora», tanto agrada en las cercanías del poder. Muy pronto se celebran las oportunas conversaciones con la abadía benedictina de Silos, de las que se pasa a rápidos acuerdos, puesto que «ofrece la más plena garantía de que serán dignamente cumplidos los fines que se persiguen».

Estos fines son, una vez más: Rogar a Dios por las almas de los muertos en la Cruzada, impetrar las bendiciones del Altísimo para España y laborar por el conocimiento e implantación de la paz entre los hombres sobre la base de la justicia social cristiana.

Este último punto entra ya en conexión con el cumplimiento del segundo de los objetivos, el propio ya del Centro de Estudios Sociales.

A la Fundación, que, naturalmente, se coloca bajo el Alto Patronato del Jefe del Estado, se la dota en este texto creacional de los siguientes bienes, según el artículo 3.º del decreto-ley:

«a) El Valle de Cuelgamuros con todos sus edificios (incluidos los mobiliarios y ajuares), terrenos y derechos accesorios. Serán bienes de dominio público y tendrán, por consiguiente, el carácter de inalienables, imprescriptibles e inembargables y no estarán sujetos a tributación.

«b) Los beneficios de la Lotería Nacional del cinco de mayo adscritos a esta finalidad, después de cubiertos los gastos pendientes de la construcción del Monumento, una vez agotado el importe de la Suscripción Nacional, hasta constituir el capital necesario para su sostenimiento, capital que se fija en la cantidad de cien millones de pesetas, que en momento oportuno deberá ser anticipada por el Tesoro Público, debiendo éste satisfacer los intereses hasta que el capital haya sido totalmente constituido.⁷⁸

⁷⁸ La financiación de las obras, con más detalladas referencia a la suscripción nacional y a la Lotería del 5 de mayo, es objeto de estudio en el próximo capítulo 22.

»c) Las aportaciones o donativos que puedan recibir de Corporaciones o particulares.»

Se establecía con la abadía benedictina de Silos que la abadía del Valle de los Caídos debería ser independiente y contar con un mínimo de veinte monjes profesos, además de un número indeterminado de novicios. Las obligaciones de la nueva abadía iban a consistir, fundamentalmente, en mantener con esplendor el culto, dirigir una escolanía que diera solemnidad a la liturgia, celebrar tandas de ejercicios espirituales («especialmente dedicados a fomentar el cumplimiento de los deberes sociales por los patronos, técnicos de las empresas y obreros»), y cuidar de la hospedería y de los huéspedes. En cuanto a la labor intelectual, digámoslo así, la abadía tendría que dirigir el Centro de Estudios Sociales, con su biblioteca, publicaciones, becarios y pensionados, y específicamente, «seguir al día la evolución del pensamiento social en el mundo, su legislación y realizaciones», «recopilar la doctrina de los Pontífices y pensadores católicos sobre la materia» y «mantener al día una biblioteca especializada en materia religiosa y católico-social», aparte de divulgar los trabajos que sobre estas materias sociales realice el propio Centro.

Para formalizar debidamente todo lo anterior, ambas potestades, Iglesia y Estado, representada la primera por el abad de Silos, Rvdo. Sr. D. Isaac María Toribios, y el segundo por el Jefe del Estado —aunque intervino en su representación en este acto el ministro subsecretario de la Presidencia, D. Luis Carrero Blanco—, firmaron el correspondiente contrato el 29 de mayo de 1958. Como cargas espirituales impuestas por el fundador, los benedictinos se comprometían a cumplimentar textualmente las siguientes:

a) Ofrecer todos los días de modo particular la celebración del Oficio Divino y demás funciones litúrgicas, oraciones, penitencias y buenas obras de la Comunidad por el bienestar, la paz y la prosperidad de España.

b) Aplicar igualmente todos los días una Misa, ordinariamente la conventual cantada, por todas las intenciones de la Fundación.

c) Como propia y titular, celebrar todos los años el 17 de julio una fiesta del Triunfo de la Santa Cruz, y aplicar todas las misas que ese día celebren los sacerdotes de la Comunidad por las intenciones de la Fundación.

d) El 1.º de abril, día en que se terminó nuestra Cruzada, o el día más cercano que lo permitan las rúbricas, cantar una misa solemne de acción de gracias y un «Te Deum».

e) Celebrar una Misa solemne y aplicar todas las demás de los sacerdotes de la Comunidad, el día 1.º de octubre, por S. E. el Jefe del Estado.

f) Celebrar con especial solemnidad las fiestas de la Inmaculada y de Santiago Apóstol, patronos de la nación, y la de Nuestra Señora del Pilar, patrona de la Hispanidad, y festejar con Misas solemnes las demás advocaciones que tiene la Santísima Virgen en las diversas capillas de la Basílica.

g) El 20 de noviembre de cada año, aplicar todas las Misas de los sacerdotes de la Comunidad y cantar una Misa solemne de Difuntos por todos los Caídos de nuestra Cruzada.

Mandas todas ellas que entraban en el cometido específico de los buenos padres benedictinos, desde luego, pero que exigían una esmerada atención al calendario y una dedicación bastante completa.

Claro que, como también establecía este contrato más adelante, la Comunidad tendría libertad plena en cuanto al régimen interior, sin ingerencia alguna del Patronato de la Fundación ni de cualquier otra autoridad civil, punto éste que iba a dar lugar a ciertos roces y disputas.

En el presupuesto de la Fundación se incluía, al principio, un mínimo de 35 pesetas diarias por cada monje, o novicio, o niño de la escolanía, cantidad a revisar anualmente «a fin de mantenerla en su actual paridad con el valor del trigo», decía el contrato.

Un aspecto muy importante, y que también daría paso a polémicas y a conflictos, es el contenido del artículo 7.º de este contrato, que dice:

«El abad desempeñará la Administración de la Basílica y edificios existentes en el Valle de Cuelgamuros; y en cuanto concierne a su conservación, guarda y vigilancia de todo el Valle y de las instalaciones de todo orden existentes en el mismo, será auxiliado de modo inmediato por el

Administrador del Patrimonio Nacional en San Lorenzo de El Escorial. Los empleados administrativos, subalternos y guardias, de los que será Jefe inmediato el Administrador del Patrimonio de San Lorenzo de El Escorial, dependerán del Abad-Administrador, y su nombramiento o separación se hará, a propuesta razonada del Abad, por el Patronato de la Fundación, quien sólo podrá rechazar la propuesta por causas graves».

Mientras tanto, las obras del nuevo monasterio se fueron concluyendo. Consta, como se vé en la actualidad, de dos cuerpos: el monasterio propiamente dicho, a la derecha, y el Noviciado, a la izquierda, unidos en el centro por la portada posterior de la Basílica. Ambos son simétricos, de dos plantas y buhardillas utilizables.

Las mismas o parecidas dimensiones tienen el viejo monasterio y actual Centro de Estudios Sociales, que se encuentra en frente. Ambos están unidos por dos arquerías laterales, de 33 arcos de medio punto cada una, que en conjunto cuadran una explanada de 300 por 150 metros.

El Centro de Estudios Sociales cuenta con una gran aula para reuniones, biblioteca, varias salas para seminarios, salón de juntas y otras dependencias, entre las cuales cabe mencionar la Hospedería. En la biblioteca, especializada en Ciencias Sociales, se habían logrado reunir últimamente 25.000 volúmenes, y el fichero sobre doctrina social pontificia contaba hace poco con 13.200 fichas concernientes a esa especialidad.

Según su último «Catálogo de Publicaciones», que data de 1973, el Centro de Estudios Sociales del Valle de los Caídos ha publicado 33 volúmenes de «Anales de moral social y economía», en los que predominan los comentarios a las encíclicas papales y estudios sobre el cooperativismo, la empresa y la familia españolas, la educación, los medios de comunicación, etc.; cuatro volúmenes, igualmente de comentarios a la doctrina de la Iglesia, en la «Colección de Ciencias Sociales», y un solo volumen sobre «La concepción cristiana del orden social» en la colección de «Manuales de divulgación social». El «Boletín del Centro de Estudios Sociales» se publicó, con una regularidad de tres números por año, entre 1961 y 1969, para ser sustituido en 1971 por la «Revista de Estudios Sociales», que hasta finales de 1972 venía apareciendo también con una regularidad de tres números por año. En general, entre los colaboradores se advierte la presencia de especialistas y profesores muy relacionados con la política o cercanos a las áreas del poder.

Entre los temas tratados en mesa redonda, en las reuniones que de vez en cuando tienen lugar en este sitio, figuró a finales de 1976 el de la pornografía y el erotismo, en atención, sin duda, a los avances que de ambas ciencias sociales se estaban registrando en la vida española.

Y fue también en ese lugar y por las mismas fechas, una vez muerto Franco, donde se puso en duda que lo hubiera dejado todo «atado y bien atado»: «Durante cuarenta años hemos estado confiados a una tutela paternalista, y la inmensa mayoría de los españoles ha renunciado a cualquier clase de iniciativa de tipo político, limitándose a disfrutar de un orden y una paz cuyos fundamentos jurídicos y políticos no fueron puestos en tela de juicio hasta que las propias circunstancias del país obligaron a contemplar la expectativa de una verdadera vida democrática con todo el riesgo y también, cómo no, con toda la grandeza que para la persona humana representa la participación en las decisiones políticas más altas».⁷⁹

⁷⁹ ARSENIO PACIOS, catedrático de la Universidad Complutense de Madrid, en su intervención en la mesa redonda celebrada el 14 de septiembre de 1976 (*Ya*, 15 de septiembre de 1976).

19.- CONFESIONES DE FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL



Ilustración 19. «Nixon vino al Valle con su mujer y sus hijas —recuerda don Justo Pérez de Urbel, abad de la basílica durante largos años, fotografiado en el centro del grupo—, y me regaló un bolígrafo con su nombre grabado; y la señora les regaló una caja de bombones a los niños del coro». Todo les parecía admirable a esta clase de visitantes.



Ilustración 20. El cardenal Spellman acudió personalmente, en una de sus últimas visitas a España, a este nuevo lugar de peregrinación del Valle de los Caídos, declarado oficialmente Basílica menor por Juan XXIII en 1960.

FRANCO era uno de los pocos españoles que veían a distancia, un hombre que no improvisaba; y Franco pensó en el Valle de los Caídos mucho antes de terminar la guerra. Pensó en algo que recordase la Cruzada y que fuese, como él decía, monasterio y enterramiento de aquellos que iban

a morir. Ya antes de terminar la Cruzada le oí yo decir eso. Después de terminar la Cruzada, casi diez años antes de llamarme definitivamente, me encontré con él varias veces y siempre me decía que tenía que hablar conmigo sobre el tema. Así como pensó en Juan Carlos cuando era un adolescente, pensó en el monumento del Valle cuando no era más que una cosa vaga en su mente. Varias veces me lo había dicho, cuando me encontraba con él. Cuando se inauguró el castillo de la Mota, por ejemplo, o cuando se inauguró el de Las Navas del Marqués. «Fray Justo, tengo que hablar con usted.» «Llámeme.» Y así por lo menos cuatro veces. Me digo, qué querrá el Caudillo, que querrá decirme, que será esto. Y ya un día, sin que él me hubiera dicho nada, vino el arquitecto y me dice: «Quiero que vea Vd. lo que hemos hecho allí, lo que estamos haciendo; concretamente, lo que queremos nosotros que sea el convento», que era lo que ahora es Hospedería. Al arquitecto, Franco le había dicho que me llamara, y fui a ver aquello y le dije: «Esto tiene un gran inconveniente; si quieren ustedes que nosotros seamos los monjes de esto, con esta distancia inmensa que hay de un sitio a otro...; nosotros tenemos que levantarnos de noche, y esto está a medio kilómetro del santuario, así que yo creo que esto no va a servir.» Esto le dijo yo al arquitecto. Pero se conoce que Franco tenía su idea, y el último día del año 1956 me llama y me dice: «Lo que tenía que decirle es que busque Vd. una comunidad para el Valle de los Caídos.» Porque Parece que Diego Méndez había intentado poner allí dominicos. «¿Se ha fijado Vd. que hay allí una serie de santos..., está Santo Tomás, está Santo Domingo de Guzmán, está San Pedro de Verona... ¡hay cuatro dominicos!, en un lugar de honor...» Debía ser una cosa de Méndez, pero Franco no debía haber pensado igual, no debía ser ése su pensamiento, porque me llamó a mí el último día del año 56, el 31 de diciembre. Me había sorprendido ya antes una carta que recibí, que tengo por ahí todavía, algún día la aprovecharé en algo que escriba sobre todo esto; una carta del abad de Montserrat, el famoso padre..., ese tan conocido, el que tuvo dificultades con Franco, me escribió a mí una carta, que no sé como no la he roto, y me dice: «...por ningún concepto acepte Vd. el Valle de los Caídos; es una cosa en la que no debemos comprometernos nosotros», etc. Yo entonces era prior de la iglesia de Montserrat de Madrid, y digo: «Bueno, esto a mí no me interesa nada.» A primeros de diciembre, no sé cómo, este padre Escarré se había enterado. Entonces me llama Franco al Pardo y me dice: «Lo que tenía que decirle es sencillamente que me busque la comunidad religiosa para el Valle de los Caídos.» Yo le hice algún proyecto..., sobre lo que podíamos hacer, puede ser una comunidad que tenga un culto, una comunidad que lleve la liturgia, que podía ser la benedictina... «Pues yo creo que sí. Si fuese una comunidad como la de Silos no estaría mal.» Porque él conocía mucho Silos, y en Silos le había conocido yo a él. Bueno, así, rápidamente, no hice más que eso. Y el día 2 de enero me puse ya en contacto con Carrero para todo lo demás. Para todo lo que hubiera que organizar mi contacto era Carrero.

Y entonces fui a Silos, hablé con el abad, pensamos en llevar monjes de toda la congregación, pero inútil acudir a Solesmes, porque ya había dicho el padre Escarré que de allí no salía nadie.

Y después pensamos en monjes de distintos monasterios, pero no van a poder convivir, porque aunque tenemos una disciplina y una observancia bastante parecida, no sería fácil que convivieran. Y entonces, de acuerdo con el que era abad de Silos, el padre Isaac Toribios, dejamos pasar todo el año 57 y parte del 58, porque. . «Yo tengo aquí una gran juventud, pero lo que no tengo es gente ya formada, así que vamos a ver si lo retrasamos un poco.» Dejamos pasar ese tiempo, para que los monjes, que estaban ya medio ordenados, tuviesen una pequeña formación, porque en realidad el gran defecto de los que trajimos aquí era su gran juventud, pero aun así hicimos lo posible, y como Franco no tenía nunca mucha prisa, y estuvo también de acuerdo don Luis, igual da este año que el año que viene. Lo mejor es que vengan monjes de un solo monasterio, que van a convivir mejor, los monjes que sean necesarios para hacer una abadía, trece, y además unos hermanos legos, entre todos dieciocho. Y así hasta el 18 de julio del 58, en que inauguramos el monasterio, con la presencia de Carrero, e iniciamos la vida de la comunidad. Fue antes de la inauguración de la Basílica, claro. Yo en realidad no tenía gran ambición de ser abad, pero a Franco le gustaba que fuese yo, y como lo que Franco quería se hacía... El hecho es que al solicitar el nombramiento de abad en Roma debió presentar mi nombre, y mi nombre vino aprobado por el Santo Padre, que era entonces Pío XII. Porque Juan XXIII... Ahí hubo una cosa, y es que murió el Papa en octubre y entonces hubo que hacer unos arreglos y unas cosas, y la bendición mía no vino hasta el 23 de octubre del 58, aunque la entrada fue el 18 de julio anterior. Yo no sé si hubo polémicas para mi nombramiento en Roma, puede que las hubiese, pero a mí no me dijeron nada. Al contrario, yo me encontré nombrado sin haber hecho absolutamente nada. Y con gran sorpresa mía, y no con mucho agrado, porque no era una cosa muy llevadera aquella, ¿eh? Me echaron encima una fuerte carga.

Pero hay que hacer frente a la vida y a los cargos que a uno le vienen. Tuvimos diversas entrevistas al padre Toribios y yo con don Luis Carrero, con el que hicieron el convenio de la comunidad benedictina y el Patrimonio. Una cosa un poco fantástica, que no se podía realizar, ni lo realizaron ellos, cómo iba a ser, lo que iban a darnos, la obligación que ellos tenían..., y los deberes especiales que exigía este santuario de atender a las urgencias nacionales, por el sentido nacional que aquello tiene. Y estar un poco sujetos al Patrimonio Nacional, que esto es una cosa que crea siempre bastante preocupaciones, porque la lucha con Fuertes de Villavencio era bastante difícil. Porque yo creía que el abad tendría ciertos derechos, y más después de aquellos pactos que habíamos hecho, que el abad iba a ser una especie de abad feudal, pero después nos encontramos con que Fuertes de Villavencio quería ser el abad comendatario. A mí no se me ocurrió otra cosa que ir a quejarme a Franco. Digo, bueno, estamos molestos, los monjes están descontentos. A pesar de que él atendía a la subsistencia de los monjes. Daba diariamente cuarenta y cuatro pesetas para el alimento de cada uno; ahora supongo que habrá aumentado, mas para entonces estaba bien. Tanto a los monjes como a los escolares, porque además teníamos cuarenta niños en la escolanía. Reconozco que Franco era algo..., era un ser superior, por la memoria, por la visión de las cosas...; un poco seco, enormemente seco. Yo le había pedido audiencia muy pocas veces, y una de éstas fue para quejarme de Fuertes de Villavencio, porque me dijo dos cosas desagradables. Yo llevaba ya mis apuntes y mis cosas para decirle esto, lo otro..., mil cosas, en fin, todo lo llevaba pensado. Y ya llegó un momento en que Franco me interrumpe: «Pues él me ha dicho que han entrado ustedes allí a saco.» Yo le dije: «Excelencia, eso es fácil de averiguar; tiene Su Excelencia muchos medios para averiguar a ver quién es el que entra allí a saco. Nosotros allí nos conformamos con las cuarenta y cuatro pesetas que nos dan para comer, es lo único. Pero puede usted...» «Bueno, bueno, siga, siga...» Y seguí más de media hora, pidiendo cosas: «Aquí a los monjes se les había prometido mucho y ahora..., hay tales coacciones, tales situaciones, que no les pertenece ni el aire que respiran ni la tierra que pisan.» Y me dice entonces: «Bueno, pues si están descontentos, que se vayan.» Y yo le dije: «Excelencia, me marchaba ahora mismo. No necesito nada de eso. Estoy aquí por cumplir una misión, por obedecer a Su Excelencia. Pero qué hago yo con esos monjes que han dejado su abadía, donde tienen sus derechos canónicos...; si los echo, si se van, no tienen derecho ninguno...; materialmente, y canónicamente, y espiritualmente serán -unos desheredados.» Se lo dije ya levantado, de pie para irme. Y entonces ya va y dice: «Bueno, no se ponga usted así, ya sabe que le quiero mucho y a los benedictinos también.» Eso yo creo que Felipe II no me lo tolera, ¿no? Yo le dije bastantes cosas, un poco atrevidas, verdad, en bastantes ocasiones, porque él quería conocer mi pensamiento en algunas cosas, en algunas materias. Por ejemplo, un día, en que me había llamado para otra cosa... Venía yo de Italia... Por cierto, un inciso, estando allí en Roma cuando fui a ver a Cicognani por lo de la autorización para la Basílica, a invitarle para que viniera, estábamos tomando un refresco en un convento de monjas y dice él: «No sé, pero lo voy a aceptar en atención a Franco y en atención a usted. Pero con una condición.» «Y ¿qué condición?» «Que me admita usted de huésped en la abadía.» «De huésped, de abad, de lo que usted quiera.» «Sí, porque si me quedo en Madrid tengo que ir a la Nunciatura, y no quiero que mis cartas, mis telefonazos, todas mis comunicaciones, pasen al archivo del Opus...» Entonces tenían en la Nunciatura a gente del Opus y él lo sabía. Bueno, yo había estado en Roma con nuestros embajadores, y entonces Ruiz Giménez era el embajador en el Vaticano y el marqués de Desio en el Quirinal. Pasé una velada estupenda, porque el marqués de Desio es un gran conservador. Se lo dije a Franco, que era un gran hombre, una persona encantadora... «Sí, pero donde esté mi embajador en el Vaticano... ¿No le parece a usted que Ruiz Giménez es el hombre más perfecto?» Así me dijo, entonces, ¿eh? Hay que fijarse como luego..., mira que es curioso. Bueno, pues después me dice: «Ya que está usted aquí, ¿qué le parece la Falange?» Yo le digo: «Pues yo..., estoy muy poco al tanto, solamente tengo contacto con la Sección Femenina.» Bueno, porque mire usted, me coge la palabra y me dice: «A mí la Falange me está pareciendo ya algo semejante a lo que me dijo Mussolini del Fascio..., esto ya está desvirtuado, está mecanizado, está monetizado. ¿No le parece a usted que con la Falange pasa algo parecido?» «Yo, mire usted, yo no voy apenas a Secretaría General, no estoy en el Frente de Juventudes... Estoy en la Sección Femenina, y puedo decirle, Excelencia, que allí todas esas chicas están trabajando..., ¡sin pensamiento ninguno!; pues apenas cobran nada.» Claro, mil quinientas pesetas, muy poco, estaban por un ideal. Pero lo que a él le pasaba es que las veía un poco..., no entraban en el Movimiento. Me dijo luego: «Sí, está bien lo que dice, pero esas chicas son muy tercas.» Y así me dejó, así terminó aquella conversación. Yo creo que quería ver si yo también estaba más cerca del Movimiento que de la Falange, o al revés. Cuando le hablamos de cambiar la situación del monasterio, por la distancia, de

hacer otro y dejar aquél para hospedería, que es una cosa muy corriente, en todos los tiempos ha habido una hospedería monacal, él... «Pero eso, ¿cuánto va a costar?» Méndez hizo un proyecto y un presupuesto. «Pues esto van a ser ciento sesenta millones.» Y Franco estuvo algún tiempo sin contestar, lo que a nos-tros igual nos daba, verdad, pero al fin ya dijo que se empezaran las obras. Y cuando terminaron y ya nos pudimos trasladar, recuerdo que dijo: «Bueno, estarán ustedes contentos ahora.» «Bueno, sí... Nosotros estamos siempre dispuestos a colaborar y a hacer lo que Su Excelencia ordene, pero, claro, hay que hacer una cosa que se preste.» «Sí, sí, yo comprendo que es mejor así; ha costado un poco, pero es mejor así.» Algunas veces, hablando con él, le contaba anécdotas y demás. Le decía: «Acabo de llegar de Roma y ya sabe Su Excelencia que allí, en la Basílica del Vaticano, están las medidas de todas las basílicas que hay en la cristiandad, las mayores. Hasta aquí llega Milán, hasta aquí llega Colonia, hasta aquí llega Sevilla..., y la más larga, el Vaticano. ¿Por qué no hacemos en la del Valle una cosa parecida? Hasta aquí llega Sevilla, hasta aquí llega tal, hasta aquí llega cual..., y hasta aquí llega el Vaticano, y nos quedan todavía veinte o treinta metros.» Y Franco me dice: «Eso no está mal pensarlo; pero decirlo ya es peligroso.» Cuántas veces me dijo: «Roma no nos quiere, ¿verdad? Roma no nos quiere.» Esta era una de sus muletillas. Tenía una gran preocupación por la grandiosidad del monumento, pero también se ocupaba de los detalles. Todas las Vírgenes las escogió él. Y en la que tuvo más empeño fue en la de Nuestra Señora de África. Porque me dijo a mí un día: «Uno de los días más aciagos que he pasado fue el de Nuestra Señora de África, el 5 de agosto de 1936. Y yo creo que fue Nuestra Señora de África la que resolvió el problema de ese día.» Debía ser el día del traslado de las tropas, cuando al fin él logró poner gente de África en Sevilla. Y era el día de la Virgen de África, el 5 de agosto. Me lo contaba a mí. «Y tengo mucho empeño porque esa Virgen tiene para mí un recuerdo muy personal..., de mi mayor preocupación.» Pero quiso también que estuviesen todas las demás Vírgenes españolas. No tenía una preparación artística, creo yo, pero tenían buen gusto. Y se asesoraba bien. El, por ejemplo, mandó llevar los tapices de la Granja, la mejor colección que hay en España. Y él hizo la Cruz, y el árbol de la otra cruz... También pintaba. No creo que haya diseñado personalmente las cosas que hay allí; pero como él pintaba y tenía buen gusto, le proponía el intento a Avalos. Hubo luchas entre Avalos y Méndez, pequeñas cosas humanas, y las tuvo que resolver Franco. En toda cuestión se le preguntaba, él exigía que se le consultase. Y por ello es por lo que tardó tanto Diego Méndez, que es todo un carácter, un temperamento. Fuertes de Villavicencio lo echó y se quedó con Andrada. Tuvo un gran disgusto, Diego Méndez, que es el que resolvió los grandes problemas de la Cruz, porque en definitiva Muguruza había pensado en una Cruz muy distinta, estilo madrileño, con muchos adornos. Lo tremendo es que Franco no tenía palabras de alabanza. Trataba con el arquitecto, y el escultor estaba un poco disgustado, porque Avalos hacía aquellas cosas que luego han sido un éxito, verdad, pero las hacía después de que Franco hubiera llamado únicamente a Méndez, y no trataba más que con él. Méndez le llevaba los dibujos y las cosas, bueno, esto está bien, esto está mal, pero no lo trataba. Lo mismo que a Padrós, que se quejaba de llevar cuatro años en el andamio y que no le hubiera dicho ni una vez «buenas tardes». Allá arriba, y el Generalísimo pasando por abajo, mirando las cosas, sin decirle una palabra. Una vez recuerdo, sí, que estaba allí con unos generales, no sé si el día de la inauguración o cuando estaban aún con las obras, con ministros y generales, en lo que es actualmente la hospedería. Estaba tomando limonada, porque Franco no tomaba más que limonada —limonada o naranjada, no tomaba otra cosa—, mientras los demás tomarían vino o no sé qué. Y entonces contaron un cuento, lo que no sé es si lo contó él. Lo contó en gallego, pero no sé si fue él. Uñ cuento famoso de dos que se casaron y que antes habían estado trabajando, ella en Madrid y él en un pueblo de Guipúzcoa, y entonces empiezan, ¿no?, su vida matrimonial; pero viene una riada, era el día de Santiago, y la casiña se hunde y la vaquiña que tenían, y con la cual empezaban la vida, se ahoga. Y entonces, consejo de familia, él y ella: que tenemos que volver a trabajar cada uno a su sitio, y el próximo año el día de Santiago estaremos aquí otra vez. Y, efectivamente, llega de nuevo el día de Santiago, y él... «Pues yo traigo aquí..., he trabajado bien, no he gastado gran cosa.» Y ella: «Pues yo traigo más que tú», dice. «Bueno, mejor; pero veo que vienes en estado.» Dice ella: «¿Tú creías que iba a traer vaquiñas sin cornos?»... El por lo menos celebró el chiste de los gallegos. Y alguna vez que llegaba y me decía: «Mándeme un padre para confesar.» No quería confesarse con uno que fuera siempre el mismo. «¿Quiere alguno concreto?» «No, no, no...» A veces tardaba mucho en ir al Valle, en volver por allí, y entonces habían hecho una cosa que no le gustaba y había que cambiarla. Es lo malo que ha habido allí, los cambios que han tenido que efectuar. Porque había que pagar lo que se había hecho mal, y en ese sentido se ha gastado bastante más de lo que...; porque llegaba él y no estaba conforme, no estaba de acuerdo. El lo ha

ido haciendo todo y ha tenido que dar el placet a todo. Se habló de que el monumento había costado en conjunto unos mil millones. Lo malo eran las rectificaciones. La Cruz, por ejemplo, que se presupuestó en ciento treinta o ciento cuarenta millones, resultó en trescientos. El edificio del nuevo monasterio costó ciento cincuenta millones. Pero, claro, yo le decía a todo el mundo: sí, fueron mil millones, en número redondos, pero si sumas todas las sepulturas hubieran costado mucho más, y además dieron de comer a muchísima gente. Había mucha gente que lo criticaba. Yo publiqué un libro sobre aquello, que me lo pidió el Instituto de Estudios Madrileños, y esa fue mi primera lucha con Fuertes. Salió el libro y se me echó encima: me recogió toda la edición, me la inutilizó hizo esa barbaridad, se incautó de toda la edición. Sí, también a todos los presos políticos les pagaban. Cuando el convento estaba en la actual hospedería, había allí un individuo, que ahora debe estar por aquí por Madrid, si es que no se ha muerto, ¿cómo se llamaba...?, Moral, o algo así, que había matado a un cura y a dos guardias civiles, y allí estaba tan contento. ¡Bendecía el nombre de Franco! Estaba de portero con nosotros. Allí todos ellos cobraban. Y después ya llegó un momento en que el mismo Franco dijo: «No quiero que continúen aquí. Aunque estén contentos, no quiero que continúen aquí. Que les busquen casas en Madrid, y para aquí que traigan a otras personas, que no estén aquí ninguno de estos presos, aunque les paguen.» Y éste marchó llorando. Yo recuerdo, a mí me pasó una cosa sumamente curiosa, mientras estábamos en la hospedería. Yo salía con frecuencia a decir alguna misa pontifical, o a predicar, o a dar alguna conferencia, y un buen día, viernes después de la Ascensión, voy a Vitoria, y voy a mirar las alhajas, las cosas que tenía para colocarlas, y entre ellas estaba un pectoral estupendo, que era regalo de Franco, y un gran anillo a juego, que he dejado allá, a la abadía, me pareció que era natural, ¿verdad?, una vez que ya me fui de allí, aunque él seguramente me lo obsequió personalmente, era el mismo con el que me bendijeron como abad. En fin, que lo habían robado. Entonces yo llamé a una brigada de aquí, de Madrid, y les dije: «Miren ustedes, anden con mucho cuidado, porque yo creo que esto lo ha hecho un novicio, un tal Cascallana, que estaba allí entonces; examinen ustedes por ahí». Me voy a Vitoria tranquilamente y vuelvo el lunes, y veo que estaban molestando a todos por allí, a este mismo hombre de que hablaba. «Yo soy capaz de matar a siete guardias civiles y a siete curas, pero robar..., eso, nunca.» «Pero no les dije yo a ustedes...» Y entonces me llamaron a este Cascallana, el novicio éste, que tenía un hermano aquí en Guadalajara, en una granja de Guadalajara, y le ponen delante la pistola y le dicen: «Aquí hay una pistola, con cinco tiros: uno para tu padre, otro para tu madre, otro para tu hermano y después dos para ti. A ver, donde...» Bueno, pues se había llevado una serie de joyas a la granja de su hermano. Llegaron a la granja, recogieron las cosas, lo metieron en chirona y me telefonaron a mí desde Madrid. Dicen «Aquí tiene usted todas las cosas, venga a buscarlas cuando quiera.» Esto para decir cómo eran los presos que trabajaron allí, que continuaron contentísimos, porque se les había pagado siempre su salario. Esto de los presos que han criticado tanto, y decían que estaban tan mal... Pero yo creo que no hubo ninguna injusticia. Ahí cobraban su sueldo, un sueldo justo, y lo que sé decir es que este hombre lloraba cuando tuvo que irse. La escolanía la formamos con más de cuarenta niños. Las mejores voces que se pudieran encontrar en España. Gozaban todos de una beca, para poder vivir allí y estudiar el bachillerato. Arreglé las cosas para que pudieran hacer allí el bachillerato elemental, porque entraban a los diezmanos, una edad en la que pueden entender ya las cosas, y a los catorce se les pierde la voz. No era por vocación religiosa, ni se les obligaba a que la tuvieran. En realidad, muy pocos pasan al seminario. No se les urgía tampoco, no era ése el convenio que se hacía con los padres. Les decíamos a los padres que nosotros les daríamos allí alimento, les daríamos instrucción, tendrían el bachillerato elemental cuando salieran, a los catorce años, y si luego querían entrar de monjes... Pero son muy pocos. Habrán entrado tres o cuatro, estando yo; después, no sé. Y realmente se formó una escolanía de una selección extraordinaria, porque yo tenía la preocupación de la escolanía, acaso más que de ninguna otra cosa. Los mandé a que buscasen chicos de todas las provincias, buscamos las mejores voces. Eran unas voces maravillosas. Tuve la suerte de contar con dos voces... Primero un monje, joven, andaluz, que era músico; después ya se cansó de ser monje y se marchó. Y otro monje que era un verdadero artista, y ya siendo subdiácono también lo dejó. Lo que pasa es que estos chicos hubieran podido ser allí, con la escolanía, verdaderas figuras musicales, pero después ya se han hundido. La escolanía hacía filigranas, de cantos populares, de todo. Cantaban unas cosas maravillosas, aquellos chicos, con esas voces divinas... Y después, en las solemnidades, cánticos religiosos, y también cánticos profanos, cánticos folklóricos, cánticos de música clásica..., algo sublime. Fue acaso lo que a mí me dio mayor alegría en todo el tiempo en que estuve allí. Y así fueron pasando los años, y así llegó un momento en el cual yo tuve que marcharme. Yo me marché en el año 66 ó 67. Fue una cosa casi obligada. Yo

había ya pensado en marcharme. Pero entonces pasó una cosa, que yo no me entendía con el abad francés. Porque nosotros tenemos como general de la orden a un abad que es francés, el abad de Solesmes, y al no estar de acuerdo con él, precipité mi salida. Franco lo sintió. «¿Qué pasa, Fray Justo?» Lo sintió. Habíamos estado en Roma todos los abades, en el 66, y el Papa nos dijo que había que hacer la congregación española, y claro, entonces yo me preocupé de hacer la congregación española. Y Antoniuti, que ha sido nuncio aquí, me dijo: «Va usted a hablar con los distintos superiores de las casas benedictinas»; a Samos, al padre Mauro, que estaba entusiasmado y contento; se lo dije también a los demás..., pero con el abad de Silos..., un hombre bueno, virtuoso, pero demasiado supeditado a los franceses, y éste fue el que en seguida se lo dijo al abad francés. Y claro, como si se hacía la congregación española él perdía los monasterios sujetos a Francia, entre ellos Silos, y el Valle, y Estíbaliz..., en seguida se marchó a Roma y arregló los asuntos con el secretario de la congregación, otro francés, dominico, y muchas veces los secretarios tienen más fuerza que los presidentes. Vinieron a España, fueron a Carrero, el abad de Silos y el de Solesmes, y le dijeron que Roma estaba de acuerdo en que no se hiciera la congregación.

Y Carrero, que entonces era el que mandaba en todas esas cosas, les dijo: «Pues yo, a las órdenes de Roma, no me voy a oponer.» Yo sospecho también que Carrero y Fuertes de Villavicencio no debían estar enteramente de acuerdo conmigo, porque yo tenía bastante sentido de la independencia y de rebeldía, sobre todo frente a Fuertes. De manera que en aquella ocasión tuve que decirle: «Lo que usted ha hecho conmigo es lo mismo que hizo el Pinales en el siglo XIX en Sierra Morena.» Eso le dije una vez.

Y otra vez, recuerdo que vino un japonés, el hombre más importante de la economía japonesa, y me lo recomendó el ministro de Asuntos Exteriores. Yo le enseñé la abadía y le llevé ante los niños, que le cantaran alguna canción. Se quedó tan encantado que invitó a los niños a hacer una gira por el Japón. «¡Pues cuando usted quiera!» Pero el abad de Solesmes y Fuertes de Villavicencio no estaban de acuerdo. Pues yo digo: «Bueno, voy a llevármelos allí, no me importa nada lo que pueda pasar.» Y, efectivamente, los llevé al Japón a cantar. Fue un éxito colosal, algo increíble, una apoteosis. Esto ocurrió de mayo a julio del año 66. Asistieron los emperadores, asistió la princesa de Monaco, con su niño pequeño... Un éxito colosal. Pero esto le disgustó a Fuertes de Villavicencio. Entonces me llama Antoniuti y me dice: «Parece que hay disgustos... Haga usted lo que quiera. Si quiere seguir luchando con el abad de Solesmes, pues continúe; si no, lo deja usted.» Y ya me decidí a dejarlo. Yo no sé si también sería porque hice una cosa que no le debió gustar a Franco. El me había hecho Procurador en Cortes, desde el año 40 ó 41, y de Procurador estuve hasta que dejé el Valle, y recuerdo que, en cierta ocasión, al principio de ser yo Procurador, tenía yo siempre a mi lado a un general, cómo se llamaba, que lo había conocido durante la guerra de capitán general de Zaragoza, Ponte y Mauro de Zúñiga. Como yo me apellido Pérez y él Ponte, estábamos al lado a un general, ¿cómo se llamaba?, que lo había conocido durante la guerra de capitán general de Zaragoza, Ponte y Mauro de un hombre que era un patriota y un gran español; oía los presupuestos con respecto a lo militar y recuerdo, no sé hasta qué punto está bien decir esto, porque a Franco le disgustó; recuerdo que, por ejemplo, venían mil millones para la defensa del Pirineo, y me decía Ponte: «Mentira.» Seiscientos millones para la frontera portuguesa. Dice: «¿A dónde irán?» Mil quinientos millones para el norte de África. «¿Esos? No pasan el agua.» Así siempre.

Y después, cuando había que votar, él se levantaba primero para votar en contra. Y me cogía a mí y yo votaba también en contra.

Y ya a la tercera o cuarta vez de votar en contra y protestar, no sé lo que le diría a él Franco, pero a mí me llamó, para otra cosa, algo indiferente, no sé ya, y antes de marcharme me dice: «Por cierto, venga. ¿Por qué se levanta usted siempre contra el presupuesto?» Yo le dije: «Excelencia, yo no sé si voy a decir una tontería, pero me atrevo a decirlo porque no va a dudar de mi adhesión incondicional. Yo en su lugar lo que haría sería mimar a todos los que le ayudaron a ganar la guerra, y luego cerrar las academias militares durante bastante tiempo.» Y me dice él: «Es usted un idealista insensato.» Claro, yo comprendo que eso no podía hacerlo él, que tuvo siempre el gran deseo de mantener al Ejército adicto, contento... Un general me ha dicho a mí que Franco cerraba muchas veces los ojos a estas prevaricaciones económicas. Claro que esto no se puede decir. Y otra cosa que le disgustó a Franco también fue lo que pasó... Aún lo recordaba yo hace poco en Badajoz, donde estuve dando una conferencia. Había allí un alcalde, de Llerena, que se mató en un accidente, que echó un discurso muy valiente, en favor de la ganadería y de la agricultura. Como

aquí no se podía mantener una ganadería próspera ni una buena agricultura, porque el Ministerio de Comercio aniquilaba al Ministerio de Agricultura, con importaciones no siempre obligadas, sino para dar a un amigo un permiso de importación. Pero el hecho es que yo le aplaudí mucho al alcalde de Llerena. Y cuando vino el ministro, que era entonces García Moneó, muchos procuradores le pateamos en las Cortes. Y a Franco eso no le gustó absolutamente nada. A mí me venían, mientras estuve allí, los ministros, los cardenales, los reyes, los jefes de Estado... Nixon vino con su mujer y con sus hijos y me regaló un bolígrafo con su nombre, el de Nixon, grabado; y la señora les regaló una caja de bombones a los niños. «¡Admirable, admirable!», exclamaba. También recibí al pobre rey de reyes, el de Etiopía, que estuvo muy cariñoso con los niños y les regaló una moneda de oro a cada uno. Cuando vino éste del Brasil, Kubischek, uno preguntó que cuánto había costado todo aquello, cuántos millones. «Aquí no se cuenta eso, aquí no se pregunta eso —le contestó él—; aquí no se hace más que admirar.» El rey Hassan de Arabia iba con una muchacha alta, con la cara tapada, y yo hablaba con ella mi pintoresco inglés; cuando de pronto se destapa, descubre su rostro y me dice: «¡Soy cubana!», y ya le hablé en castellano. Una vez vinieron unos ingleses, muy importantes, tanto, que les acompañaba doña Carmen. Iba yo con ellos, subíamos a la Cruz, y de pronto el ascensor se detiene, a medio camino. Venía con nosotros el jefe del Patrimonio en el Valle, y había un electricista que se llamaba Franco, y entonces aquél gritaba, desde el ascensor parado: «¡Franco!», «¡Franco!», «¡Franco!», y al tercer Franco el ascensor empezó a subir otra vez, y los ingleses, asombrados dijeron: «Pero qué país es éste, que hay que gritar ¡Franco! para que funcionen los ascensores...» Muchas veces se ha creído, o mucha gente lo ha creído, que todo aquello era para mí una cosa muy grata, pero para mí fue someterme a una obligación. Estuve allí cerca de nueve años, y eso me apartó enteramente de mi trabajo. Organizar, establecer la comunidad..., todo ello me apartaba de lo mío, que es muy importante. Yo ante todo soy un investigador; bueno, soy un religioso, verdad, pero he dedicado mi vida a la investigación, a la historia. Y lo único que he hecho durante todo ese tiempo ha sido sacar una obra que tenía ya casi terminada, *La vida de San Pedro*; eso fue lo único que hice. Por eso me parece que mi paso por el Valle de los Caídos fue una cosa intrascendente en mi vida.

(De las conversaciones mantenidas en el Colegio Mayor Marqués de la Ensenada, en la Ciudad Universitaria, de Madrid, en el verano de 1976, con don Justo Pérez de Urbel, ex abad mitrado de la Santa Cruz del Valle de los Caídos, y que fueron registradas en cinta magnetofónica.)

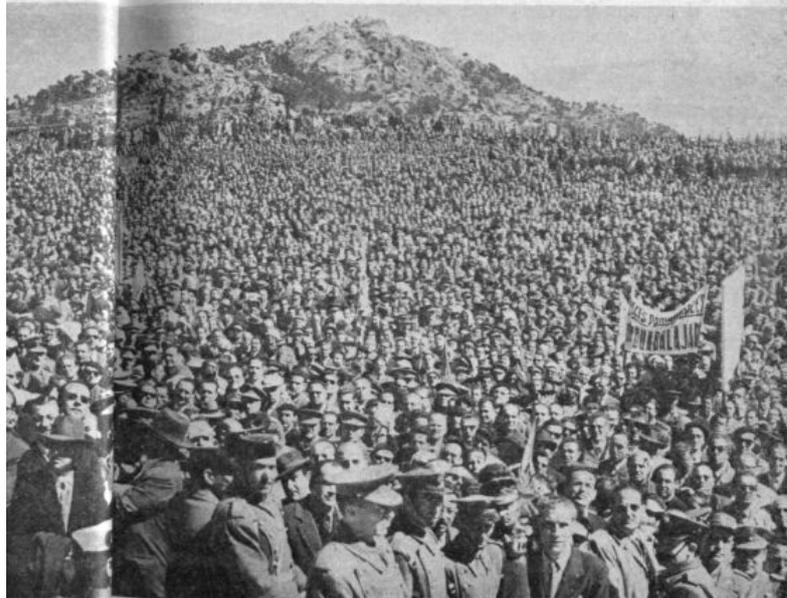
20.- ¿PARA TODOS LOS ESPAÑOLES?

A pesar de la urgencia con que se declaró, desde un comienzo, la ejecución de las obras del Valle de los Caídos y de las continuas manifestaciones de impaciencia por parte de su fundador para que fueran concluidas con rapidez, a cuyo objeto concurrieron en abundancia toda clase de medios y colaboraciones, aun en tiempos de general escasez, el monumento tardaría en construirse cerca de veinte años, como es bien sabido; claro que a lo largo de este tiempo se produjeron en los proyectos innovaciones, modificaciones y rectificaciones de importancia.

Ni la cripta estuvo abierta en 1941 ni en 1945 se vio erigida la cruz ni terminados los demás edificios y jardines, como era vehemente deseo del Caudillo, según palabras de Muguruza. El año 1946 iba a ser una fecha clave, en cierto modo, para esta fúnebre empresa. Se cumplían los primeros diez años del mandato del general, lo cual fue motivo de fastos y conmemoraciones; pero también se cumplían diez años de la muerte de los primeros combatientes en la guerra civil, y según la legislación entonces vigente diez años era el plazo máximo en que los cadáveres de los ciudadanos españoles podían permanecer enterrados en sus sepulturas iniciales o temporales. Pasados diez años, sus restos tenían que ser llevados a la fosa común o trasladados a nichos adquiridos a perpetuidad por los familiares, casi siempre muy costosos. Muy lejos de concluirse aún el gran mausoleo donde debían encontrar «digna sepultura los restos de los héroes y mártires de la Cruzada», se imponía evitar que, «por falta de medio o por descuido de sus familiares, pudieran perderse algunos de los que dieron su vida por la Patria», como diría la disposición oficial que en seguida hizo su aparición, para paliar los retrasos de las obras.



Ilustración 21. “Sería pueril creer que el diablo se someta; inventará nuevas tretas y disfraces, ya que su espíritu seguirá maquinando y tomará formas nuevas de acuerdo con los tiempos”, dijo Franco en la inauguración del monumento, el 1 de abril de 1959, 1 genitío que llenaba los treinta mil metros cuadrados as de la explanada.



Mediante una orden ministerial, de Presidencia del Gobierno, de 11 de julio de 1946, se prorrogó indefinidamente aquel plazo de diez años, pero siempre que se tratara de «restos de caídos en nuestra Guerra de Liberación, tanto si perecieron en las filas del Ejército Nacional como si sucumbieron asesinados o ejecutados por las hordas marxistas en el período comprendido entre el 18 de julio de 1936 y el 1.º de abril de 1939, o aun en fecha posterior, en el caso de que la defunción fuese a consecuencia directa de heridas de guerra o sufrimientos de prisión».

Ni una sola mención, como se ve —como tampoco la había en el decreto de creación del monumento—, a los españoles fallecidos en opuestas trincheras.

Siguieron las obras, continuó la creación del monumento. Cuando estaban dando fin a la doble arquería de la exedra que guarnece la entrada principal de la basílica, cuyos macizos interiores se fueron forrando con mármol negro pulimentado, como hoy puede verse, se pensó en inscribir sobre estos paramentos los nombres de todos los caídos que se fueran enterrando allí. Incluso se eligió el bronce pulido como material noble para la confección de las letras que compusieran tales inscripciones. Pero se desistió de la idea ante la dificultad que representaba conocer con certeza el nombre de cada uno de los restos recogidos en las fosas comunes, así como la probable lentitud o desidia que en el traslado de esos restos se iba a producir presumiblemente; y sin duda alguna también porque entre los nombres de los héroes y mártires de la Cruzada, o a continuación de ellos, por lo menos, habría que intercalar o inscribir los de los muertos republicanos, o marxistas, como otros dirían.

Pues aún sin aparecer en la letra de las disposiciones legales, de los textos oficiales, empezaba a escucharse en el lenguaje administrativo y oficioso que el Valle era de todos y para todos, que allí encontrarían reposo y hermandad todos los muertos de la guerra, sin distinción de bandos, de tendencias ni ideologías.

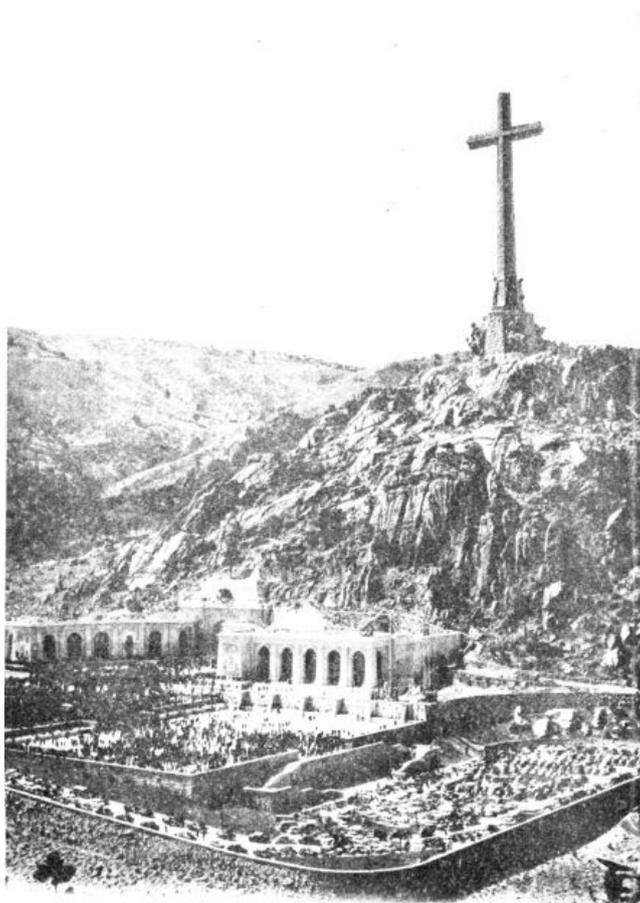


Ilustración 22. ¿La mejor idea de Franco? ¿Su recuerdo más perdurable? Lugar de manifestaciones políticas de un solo signo, al Valle de los Caídos pueden darle también la espalda un día los mismos que en otras ocasiones llenaron sus explanadas.

En la nota publicada en la prensa por los gobernadores civiles a finales de mayo de 1958, cuando verdaderamente el conjunto monumental estaba a punto de concluirse, se indicaba que «uno de los principales fines que determinaron la construcción del Monumento Nacional a los Caídos, en el Valle de Cuelgamuros (Guadarrama), fue el de dar en él sepultura a quienes fueron sacrificados por Dios y por España y a cuantos cayeron en nuestra Cruzada, sin distinción del campo en que combatieron, según exige el espíritu cristiano que inspiró aquella magna obra»; pero finalmente se imponían, como condiciones, para merecer el enterramiento en el Valle, que los candidatos tenían que ser españoles, lo cual tiene cierta lógica, pero además que habían de ser católicos, algo que seguramente ya no podrían ni probablemente querrían garantizar muchos de los muertos en la guerra, que si bien murieron por España, también ellos, no obstante, no murieron evidentemente por Dios, al menos no de un modo muy especial.

Por supuesto que otra de las condiciones esenciales para el traslado a Cuelgamuros de los restos de los caídos, o simplemente de los muertos, era el consentimiento pleno de sus familiares. Durante la primera quincena de junio de ese mismo año los interesados pudieron manifestar por escrito sus deseos a los gobernadores civiles de las diversas provincias, que contaban con instrucciones bastante concretas del Ministerio de la Gobernación, desde donde se expidieron también numerosas misivas con destino a los familiares de aquellos caídos nacionales cuyo nombre y lugar de enterramiento temporal se conocía a ciencia cierta.

Brian Crozier dice al comienzo de su biografía de Franco que fue en esa ocasión cuando, al fin, «los muertos del bando derrotado han logrado, aunque a regañadientes, el derecho póstumo a ser considerados españoles». Eso es cierto en algunos casos, pero no en todos, y por muy diversos motivos. Muchos familiares de muertos republicanos quisieron, en efecto, que los restos de sus deudos tuvieran su reposo final en los osarios de aquella basílica; otros simplemente consintieron en ello, aunque sea difícil en la actualidad conocer con exactitud el número de ellos que allí han ido a

hermanarse con aquellos a los que combatieron, puesto que en este aspecto, como en algunos otros, los laberintos típicos de las grandes pirámides faraónicas se los ponen a ésta los burócratas, para que en ellos se pierdan los improbables ladrones de tumbas modernos. Pero algunos otros familiares de combatientes fieles a la República que encontraron la muerte en aquella lucha, o a consecuencia de ella, no obtuvieron más que la negativa del silencio a su petición de ver conducidos también al Valle de los Caídos los restos de sus padres o hermanos.

Entre éstos, un caso singular fue concretamente el del general de la Guardia Civil Antonio Escobar Huertas, fusilado en el castillo de Montjuich, en Barcelona, el 8 de febrero de 1940 (como se ha visto en otro capítulo anterior de este libro), y uno de cuyos hijos, el teniente de Infantería Escobar Valtierra, había sucumbido en Belchite luchando al lado de las tropas franquistas. Cuando el otro hijo del general, y hermano del teniente, Antonio Escobar, solicitó por escrito el traslado de los restos de ambos al Valle de los Caídos, donde al fin creía poder verlos juntos para siempre, obtuvo como respuesta el traslado inmediato del hermano y, en cambio, el desdeñoso silencio ante el caso del padre, situación que no se ha visto modificada con el paso del tiempo.

Negativas a la sola posibilidad de la práctica de esos traslados de restos se produjeron también, de forma contraria, por parte de familiares de personas muertas en aquellas trágicas fechas, situadas en uno u otro campo, y algunas de ellas de gran relieve. Cuando tanto se hablaba del tema, cundió la alarma, por ejemplo, entre los familiares y amigos de Lorca, que realizaron gestiones para impedir que se tratara de intentar siquiera semejante operación con respecto al poeta asesinado en Granada en agosto de 1936. «Cuando se hizo el Valle de los Caídos y se pensó trasladar allí a los muertos de uno y otro lado, entre ellos Federico», se trató del asunto en la familia, manifiesta Manuel Fernández Montesinos,⁸⁰ sobrino de Lorca e hijo de Montesinos, igualmente ejecutado al comienzo de la guerra en la misma ciudad andaluza, de la que era alcalde. «Entonces mi familia se opuso a ello.»

Igual oposición manifestaron en un escrito, presentado personalmente ante el Ministerio de la Gobernación, varios familiares de otras personas fallecidas durante la guerra, identificadas con lo que suele denominarse bando nacional, entre las que se encontraba, por ejemplo, doña Luisa Soria, hija del célebre urbanista Arturo Soria, ejecutado con otros muchos presos en el llamado Madrid rojo.

También el protomártir Calvo Sotelo sigue en su tumba del cementerio de Nuestra Señora de la Almudena, de Madrid, ante cuya familia se produjeron por las mismas fechas, de forma oficiosa, propuestas para el traslado de sus restos a Cuelgamuros.

Otras negativas a la práctica de estos traslados se produjeron por otros motivos, sentimentales, por ejemplo, al preferir las familias afectadas seguir manteniendo cerca, en los cementerios locales, los restos de sus propios muertos.

En sus anotaciones correspondientes al 30 de julio de 1957, efectuadas a raíz de una visita que realiza a la cripta, el teniente general Franco Salgado-Araujo advierte que «en España no hay ambiente para ese monumento, pues aunque dura el miedo a otra guerra civil, gran parte de la población tienden a perdonar y a olvidar». Y añade: «No creo que ni los familiares de los blancos ni de los rojos sientan deseos de que sus deudos vayan a la cripta, pues si sólo es para los blancos establecerá para siempre una eterna desunión entre los españoles.» Y casi un año después, el 9 de junio de 1958, comenta con el Caudillo el hecho de que «en algunos sectores había sentado mal que se pudieran enterrar en la cripta lo mismo los que cayeron defendiendo la Cruzada que los rojos; que para eso, aquéllos están bien donde están». Y Franco comenta: «En efecto, es verdad que ha habido alguna insinuación muy correcta sobre el olvido de la procedencia de bandos en los muertos católicos. Me parece bien, pues hubo muchos en el bando rojo que lucharon porque creían cumplir un deber con la República, y otros, por haber sido movilizados forzosamente. El monumento no se hizo para seguir dividiendo a los españoles en dos bandos irreconciliables. Se hizo, y ésa fue siempre mi intención, como recuerdo de una victoria sobre el comunismo, que trataba de dominar a España...»⁸¹

Las primeras arcas que llegan al Valle de los Caídos contienen huesos rescatados de los

⁸⁰ En *Gaceta ilustrada*, núm. 1026, de 6 de junio de 1976.

⁸¹ FRANCISCO FRANCO SALGADO-ARAUJO: Ob. cit., págs. 215 y 239.

cementerios madrileños de Carabanchel y de la Almudena. Pero en seguida empiezan a llegar camiones, ambulancias, coches particulares procedentes de las distintas provincias españolas conteniendo la misma fúnebre carga. Los monjes benedictinos reciben estos despojos, rezan un responso y proceden a anotar, en los libros que sustituyeron a los bronce y mármoles de la arquería, las tristes referencias de los muertos. Día y noche llegan las comitivas, siempre con la misma carga, huesos y arcas, que se van apilando en las galerías subterráneas abiertas bajo las capillas laterales del crucero de la Basílica. Hay momentos en que los empleados y los monjes encargados de la recepción de restos se caen de cansancio y de sueño. A comienzos de 1959 han sido enterrados bajo esta cripta unos veinte mil fallecidos en la pasada guerra, y entre ellos figuran dos cadáveres incorruptos traídos desde Albacete. «Uno, sobre todo —refiere un cronista⁸²—, aparece completamente normal. Hasta la ropa que lo cubre se conserva sin deshilar, resistente e intacta. Se trata de un hombre joven, paisano, que fue fusilado. Los tirantes, que van por encima de una camisa blanca, permanecen elásticos; los calcetines, nuevos, continúan estirados; el traje gris, de tela fresca, presenta los agujeros de las balas.»



Ilustración 23. Restos de los caídos en la guerra llegaron a los sótanos del grandioso monumento desde las diversas provincias españolas en número que los guías calculan en unos 70.000 de los que muy pocos son republicanos. Ya en su momento sentó mal en determinados sectores que pudieran enterrarse en el mismo lugar a los muertos rojos y a los héroes de la Cruzada.

Aún sin haber sido inaugurado oficialmente, el Valle abre sus puertas al público el 1 de agosto de 1958. Los precios de los tiques de entrada son los siguientes: motos, quince pesetas; turismos, cincuenta; autocares de menos de veinticinco plazas, doscientas cincuenta, y quinientas los de mayor número de plazas. Los peatones y los ciclistas pueden pasar gratis.

Del primer talonario de tiques fueron retirados los números 1 y 2. Y aquel primer día se recaudaron exactamente tres mil quinientas diez pesetas.

El 27 de octubre siguiente celebra su primer pontifical en la nueva iglesia el abad mitrado don Justo Pérez de Urbel.

En la primavera de 1959, el 7 de marzo, el general Franco escribe la siguiente carta a los

⁸² JOSÉ GOMEZ FIGUEROA en *Blanco y Negro*, núm. 2448, 3 de abril de 1959.

familiares de José Antonio Primo de Rivera:

«Excmos. Sres. Pilar y Miguel Primo de Rivera. Madrid. Queridos Pilar y Miguel: Terminada la grandiosa Basílica del Valle de los Caídos, levantada para acoger a los héroes y mártires de nuestra Cruzada, se nos ofrece como el lugar más adecuado para que en ella reciban sepultura los restos de vuestro hermano José Antonio, en el lugar preferente que le corresponde entre nuestros gloriosos Caídos. Aunque su señora y trascendente figura pertenece ya a la Historia y al Movimiento, al que tan generosamente se entregó, siendo sus dos hermanos sus más inmediatos allegados, es natural seáis vosotros los que deis vuestra conformidad para el traslado de los restos, que reposarán allí en la misma forma y disposición que hasta hoy han tenido en el Monasterio de El Escorial. Este es el objeto de esta carta, ya que se aproxima el día primero de abril, señalado para la inauguración del monumento. Con este motivo, muy cariñosamente os recuerda vuestro buen amigo, Francisco Franco.»

Y cuatro días después, el 11 de mismo mes y año, los dos hermanos del fundador de la Falange dan a conocer su respuesta:

«Nuestro respetado General: Tanto Pilar como yo agradecemos en todo su valor vuestra carta, que viene a mostrarnos hasta qué punto guardáis sincero y profundo cariño y respeto a la persona y la obra de nuestro hermano José Antonio. Levantada, como decís, la Basílica del Valle de los Caídos para acoger a los héroes y mártires de nuestra Cruzada, nos parece justo y nos honra vuestro designio de depositar en ella los restos mortales de nuestro hermano. Creemos también interpretar así el deseo de José Antonio de reposar junto a sus camaradas, y que ése mismo es el sentir de la Falange, que bajo la jefatura de V. E. tan leal sigue siendo a su memoria y a su idea. Desearíamos que el traslado desde el Monasterio de El Escorial hasta la Basílica del Valle de los Caídos tuviera, lo más posible, carácter íntimo y recogido, como está efectuándose el de todos aquellos que de ahora en adelante han de acompañarle y compartir con él sufragios y honores. Reciba V. E. el respetuoso afecto de Miguel Primo de Rivera y Pilar Primo de Rivera.»

Que el sentir de la Falange fuera acorde con el traslado de los restos de José Antonio desde el pie del altar mayor de la capilla de los reyes, en el Monasterio de El Escorial —donde habían sido depositados un 30 de noviembre de 1939, después de un histórico peregrinaje desde Alicante, llevado el féretro a hombros de sus camaradas—, hasta la cripta del Valle de los Caídos, fue algo sobre lo que en aquel momento se plantearon todas las dudas, y algo más que dudas. Aquel «primer entierro había llenado de orgullo a los falangistas y de asombro a los monárquicos —escribe al respecto Brian Crozier, en su mencionada biografía de Franco⁸³—. El segundo entierro, sin embargo, borró una ofensa contra los monárquicos, pero ofendió a los falangistas. (...) Se podía pensar que nada era más adecuado que esta segunda inhumación, pues ¿dónde mejor podían hallar la paz los restos mortales del semidiós de la Falange que en este panteón de combatientes muertos?... Sin embargo, para los miles de falangistas que se congregaban en la basílica construida bajo la roca viva, este solemne gesto representaba un triunfo para los monárquicos y, en consecuencia, un desprecio para la Falange y para la memoria de su fundador».

Se respetó, en lo posible, la intimidad en la exhumación de los restos de Primo de Rivera en el Monasterio de El Escorial. Únicamente fueron repartidos veinticuatro pases especiales para poder asistir a esta ceremonia, que se llevó a cabo «al anochecer del domingo 29 de marzo de 1959. Junto a Pilar y Miguel Primo de Rivera se encontraban los siguientes ministros o ex ministros, o altos cargos falangistas: Carrero Blanco, Solís, Raimundo Fernández-Cuesta, Ruiz Giménez, Girón, Jiménez Millas, Adolfo Muñoz Alonso, Aramburu e Iturmendi, este último como ministro de Justicia y notario mayor; también estuvo presente el padre Rasilla y mandos nacionales de la Sección Femenina. Obreros especializados en cantería y personal de pompas fúnebres lograron levantar con gran esfuerzo la mitad de la gran losa, de 3.500 kilos de peso, que cubría la tumba. Acto seguido, uno de los empleados de la funeraria descendió a su interior para practicar un examen del féretro, como relataron después los periódicos.⁸⁴ «Este se encontraba totalmente carcomido en su base inferior, pudiendo verse por los lados la caja de cinc con los restos de José Antonio. Lo demás, así como la bandera de Falange que lo cubría, se hallaban intactos y en perfecto estado de conservación. Las flechas de plata de los lados de la caja y sus cuatro asas, en perfecto estado, aunque una

⁸³ BRIAN CROZIER: *Ob. cit.*, tomo II, pág. 236.

⁸⁴ *ABC*, Madrid, 31 de marzo de 1959.

capa* de moho las recubría.» Sacaron el féretro introduciendo una gruesa cuerda por debajo y lo colocaron sobre las mismas andas en que había sido trasladado desde Alicante veinte años antes. «La bandera del Movimiento que recubría la caja fue retirada y entregada a Pilar Primo de Rivera, que anteriormente había expresado este deseo.»



Ilustración 24. La ceremonia del traslado de los restos de José Antonio desde El Escorial al Valle de los Caídos, el 30 de marzo de 1959, y a la que Franco no asistió, fue muy modesta. Para muchos falangistas el acto representaba un triunfo para los monárquicos y un desprecio para la Falange.

Varios turnos de guardia velaron los restos durante toda la noche, y a la mañana del día siguiente, 30 de marzo, miembros de la Vieja Guardia y de la Guardia de Franco se turnaron en el traslado del féretro a lo largo de los trece kilómetros escasos que hay de El Escorial al Valle de los Caídos, a cuya entrada se hizo cargo del mismo el abad Pérez de Urbel.

«Para poner las cosas peor —añadirá Crozier, volviendo a referirse al efecto que esta ceremonia produjo entre muchos falangistas—, Franco no se dignó asistir, sino que envió al subsecretario de la Presidencia, Luis Carrero Blanco, por lo que fue él quien recibió los silbidos y abucheos de los falangistas allí congregados. Esta vez, sin embargo, Franco no hizo nada, ya que él mismo no había sido insultado. Además, el traslado desde El Escorial —el monumento de los reyes españoles— al Valle de los Caídos —su propio monumento— difícilmente podía considerarse como un descenso de categoría, dijeran lo que dijeren los falangistas. Por otra parte, José Antonio había encontrado el lugar de su eterno descanso y los camisas viejas no podían hacer nada por evitarlo.»

También aquí depositaron al fundador de la Falange al pie del altar mayor, bajo una losa de granito, de menor peso que la anterior, con la misma sencilla inscripción: «José Antonio».

Al acto de inauguración oficial del gran mausoleo, el 1.º de abril de aquel año 1959, vigésimo aniversario de la victoria y a casi veinte años también de iniciadas las obras, sí asistió Franco. Millares de afiliados al Movimiento vinieron en autocares, con sus bolsas de comida, desde todas las provincias españolas, y la Delegación de Trabajo de Madrid publicó una nota oficial recordando a las empresas su obligación de conceder permiso a los empleados que quisieran sumarse a la celebración, los cuales tendrían que justificar su presencia en Cuelgamuros para disfrutar de los mismos derechos laborales que si se hubieran quedado a trabajar.

Los treinta mil metros cuadrados de losas de la gran explanada resultaron, con todo, suficientes

para acoger a aquel gentío.

Franco, en compañía de su esposa, entró aquel día en la Basílica bajo palio. Pero de haber prosperado la petición, formulada por un grupo de españoles⁸⁵ en diciembre de 1957, de que le fuera concedido el capelo cardenalicio «al hombre que, sin ser sacerdote, mayores servicios ha prestado a la Santa Iglesia», «directamente señalado por el dedo de Dios para regir el más católico, el más fiel de los pueblos», ese día muy bien hubiera podido hacer su entrada el Caudillo en aquel lugar cubiertos «sus hombros de atleta de la Fe con la púrpura cardenalicia».

En el discurso que pronunció en tal ocasión reivindicó una vez más el espíritu de la Cruzada en su lucha contra la anti-España. Mencionó literalmente a «nuestros caídos» en varias ocasiones, insistió en la tesis de la lucha del bien contra el mal. Dijo: «Sería pueril creer que el diablo se someta; inventará nuevas tretas y disfraces, ya que su espíritu seguirá maquinando y tomará formas nuevas de acuerdo con los tiempos.» Recomendó finalmente «cerrar el cuadro contra el desvío de los malos educadores de las nuevas generaciones».

Después de la misa de campaña oficiada en la misma explanada, ante la enorme cruz de granito, las empresas constructoras que habían llegado hasta el final de las obras también distribuyeron a sus respectivos obreros —entre los que se contaban algunos antiguos presos— las correspondientes bolsas de merienda. Y en el barracón de los técnicos, administrativos, encargados de obra, etc., corrió aquel día el champán, como suele decirse en estos casos.

Franco se mostró muy satisfecho del éxito de la inauguración del Valle de los Caídos, de acuerdo con la impresión registrada varios días después por su primo y secretario en su conocido diario.

Siguieron llegando a estos sepulcros restos de los muertos en la guerra, hasta un número que los guías del monasterio, que son los únicos que hablan, aunque hablen de memoria, estiman a mediados de 1976 en unos setenta mil. Sobre las puertas que en la cripta dan acceso a esos sepulcros subterráneos, abiertas en las dos capillas laterales del crucero, la capilla del sepulcro y la capilla del Santísimo, campean en letras metálicas estos inequívocos letreros:

CAÍDOS por Dios y por España. 1936-1939. R.I.P.

⁸⁵ La iniciativa comenzaba diciendo: «Un grupo de españoles, que conservarán por el momento su nombre en secreto para que los resentidos de siempre no puedan tacharles de oportunistas y aduladores...» (En FRANCO SALGADO-ARAUJO, pág. 242.)

21.- BASÍLICA, AUNQUE BASÍLICA MENOR

UNO, al menos, entre los asistentes a la multitudinaria ceremonia inaugural, salió de allí contrariado y con un problema de conciencia, que pronto se transformaría en problema político, tomando cuerpo en su alma y en su cabeza. Encuadrado entonces en las filas de la Falange, «con servicios prestados y humillantes tolerancias», según sus propias palabras, había asistido al acto «invitado por la vieja guardia de Madrid, en mi doble condición de falangista y católico practicante». «En el coche que nos condujo a la ceremonia —escribiría pronto—, ya se comentaba la impropiedad de que fuera el jefe de un ejército vencedor el que hiciera la ofrenda de un templo a Dios para recoger sus víctimas.»

Esta «conciencia atormentada» opta en seguida por el exilio —se encuentra en Francia desde el 11 de octubre de 1959— para poder plantearse con cierta libertad el tema que en adelante va a obsesionarle y va a ocupar ya toda su actividad. El tema es que, a su juicio, la iglesia del Valle de los Caídos ha sido construida y ofrecida en contra de la voluntad de Dios. «Era tema importante, de haber sido secundado. Y era importante porque se trataba de la misma voz de Dios, que no aceptaba la oferta de Franco. Esta negativa era conocida por el Vaticano. Lo es igual por el abad de la Basílica. Lo saben los sacerdotes oficiantes. Lo ignoran algunos católicos que oran bajo sus naves. Estas plegarias no son escuchadas. No pueden serlo.»



Ilustración 25. Arrodillados ante el altar mayor de la Basílica, Franco y su esposa, entre el cardenal Pía y Deniel y el abad Pérez de Urbel, el día de la inauguración, poco después de que un grupo de españoles hubieran pedido el capelo cardenalicio para «el hombre que, sin ser sacerdote, mayores servicios ha prestado a la Santa Iglesia», Francisco Franco.

Este hombre obsesionado, Fernando Rodríguez Delgado y Ruiz Ortiz, iba a dedicar su vida a escribir cartas a los Papas para pedirles en todos los tonos «una aclaración dogmática sobre una iglesia construida y ofrecida entre el oropel del dinero y la grandeza que, en la historia de la historia, han empujado a perder en consecuencia la verdad del Evangelio»⁸⁶.

⁸⁶ FERNANDO RODRÍGUEZ DELGADO Y RUIZ ORTIZ: *Cartas a S. S. Pablo VI de un refugiado político español*. Edición del autor, París, 1974.

Según él, la respuesta dada por Dios al rey David cuando éste pretende construir un templo en Jerusalén es terminante: «No edificarás tú la casa a mi nombre, por ser un varón guerrero y haber derramado sangre.»

Nunca obtendría respuesta de los Papas este alucinado defensor de inútiles ortodoxias imposibles.

Lo que hizo el Papa reinante cuando el Valle de los Caídos fue inaugurado, que era Juan XXIII, fue enviar un breve pontificio, con fecha 7 de abril de 1960, declarando Basílica, aunque Basílica Menor, a la iglesia de la Santa Cruz, con «todos los derechos y privilegios que competen a los templos condecorados con el mismo nombre». «Por el orden de su estructura, por el culto que en él se desarrolla y por sus obras de arte», el templo es declarado desde Roma «insigne entre los mejores, y lo que es más de apreciar, noble sobre todo por la piedad que inspira y célebre por la concurrencia de los fieles.»

El 6 de junio del mismo año, el mismo Pontífice, con motivo de la consagración como Basílica de la iglesia, envía un mensaje «a nuestro querido hijo el cardenal Gaetano Cicognani», que contiene una particular bendición apostólica «a ese católico país, a su Jefe de Estado y Gobierno, con todo el amadísimo pueblo español».

Y el cardenal Cicognani lee con tal motivo una extensa homilía en la que compara, ante todo, la admiración que produce aquel lugar con la que le producía al salmista el templo de Sión, concluyendo con una calurosa felicitación para «el filial y genial acierto de los ideadores de este templo».

22.- EL COSTE DE LA OBRA

PODRÍA advertirse sin duda cierta manifestación subterránea de mala conciencia en algunas de las alusiones que, más o menos gratuitamente, empiezan a hacerse acerca del coste del monumento a raíz de su aparatosa inauguración solemne. «Otros hablarán del derroche...», comentaría, por ejemplo, Radio Vaticano a comienzos de abril de 1959; «a nosotros nos toca observar que se trata, ante todo, de un derroche de fe». Tampoco Pemán escapa, en uno de sus típicos artículos periodísticos,⁸⁷ a esta necesidad de una justificación: «Se hablará de despilfarro y se acudirá a las fáciles metáforas de las pirámides y de los faraones —escribe por entonces—. Pero si Felipe II no tuvo ojos para la geopolítica, tampoco Cuelgamuros iba a tenerlo para los presupuestos.» Y no sería la única vez en que se trajera a colación a Felipe II a la hora de relacionar empresa y gastos, como hemos de ver.

Entre los argumentos esgrimidos para demostrar la utilidad del monumento, sobre su necesidad, figura el de considerar que la obra conjunta siempre resultará más económica que la suma de las que habría que emprender para dotar a cada caído de una tumba o un mausoleo, por modestos que fueran. O, de forma semejante, a quienes pudiera ocurrírseles una crítica sobre la monumentalidad de la obra, «podría contestárseles que el total de monumentos al Soldado Desconocido en algunos países, colocado en un solo emplazamiento, probablemente superaría al total de material y trabajo que se ha reunido en el monumento único de Cuelgamuros».⁸⁸

A finales de 1954 se conocieron en El Pardo los comentarios, poco favorables a aquel «derroche» o «despilfarro», que el almirante Carnegie y otros marinos americanos habían hecho acerca de las obras del Valle en su visita al mismo. «Dijeron que era una obra demasiado suntuosa para un país pobre, que necesita gastarse el dinero en cosas más necesarias, como la preparación para la guerra, construcción de viviendas, obras de riego, un sinfín de cosas necesarias», anota en su diario Franco Salgado,⁸⁹ para comentar a continuación: «Los americanos, que no creo que sean muy religiosos, por lo visto encuentran su-perflua una obra romántica y espiritual en la que se refleja una gran religiosidad y el deseo de rendir culto a los caídos en la guerra de liberación». Sólo meses más tarde coincidiría con la opinión de aquellos americanos la del ayudante íntimo de Franco: «Yo respeto lo que hizo el Generalísimo —escribe— gastando muchos millones en el Valle de los Caídos para conmemorar la Cruzada, pero considero que hubiera sido más positivo y práctico haber hecho una gran fundación para recoger en ella a todos los hijos de las víctimas de la guerra, sin distinción de blancos o rojos; si eran blancos, en premio al sacrificio de sus padres, si eran hijos de rojos para demostrar falta de rencor con los hijos sin culpa de los que a nuestro juicio estaban equivocados. Una fundación que tuviese medios para ser sostenida durante muchos años y así recordar a las generaciones venideras que los que nos alzamos por una España mejor no somos rencorosos ni queremos que el odio y la intransigencia separen siempre a los que somos hijos de la misma Patria y deseamos para ella la mayor grandeza».

Muchos millones. Pero, en definitiva, ¿cuántos? ¿Cuánto costó el Valle de los Caídos?

— No ha costado nada —declara en una entrevista publicada en 1957 el arquitecto Diego Méndez.

¿Pero en qué sentido puede decirse que no ha costado nada?

— No le ha costado nada al contribuyente español —explica—. No le ha costado nada al Estado español. Ni a sus presupuestos. Nada. El dinero preciso para tamaña empresa también se debe al Caudillo. Durante la guerra recibió donativos múltiples, y a veces muy crecidos, de personas adictas. Lo que no hubo que emplear en cañones lo guardó celosamente, destinándolo *in mente* a la futura realización de ese «algo» digno de los Caídos. De modo que el coste no gravita sobre la economía

⁸⁷ JOSÉ MARIA PEMAN: «José Antonio, entre los Caídos. Morir para dar la vida», en *Blanco y Negro*, núm. 2448, 3 abril 1959.

⁸⁸ *Nota informativa sobre el Valle de los Caídos*. Ministerio de Información y Turismo. Secretaría General Técnica. Reservado. (Dep. legal, 1959.)

⁸⁹ FRANCISCO FRANCO SALGADO-ARAUJO: Ob. cit., págs. 46 y 118.

del país.⁹⁰

En esa misma idea se insiste en publicaciones referentes a Cuelgamuros todavía a mediados de 1976: «En contra de lo que pudiera pensarse, no le costó ni un céntimo al contribuyente español. Tampoco, naturalmente, al Estado. El costo de la gigantesca empresa fue sufragado por el Generalísimo Franco mediante numerosos donativos que recibió durante la guerra y que él cuidadosamente reservó para ello».⁹¹

En la época en que el arquitecto se expresaba de tal manera, se indicaba en un texto legal (el decreto-ley de 23 de agosto de 1957, por el que se establecía la Fundación de la Santa Cruz) lo siguiente: «A fin de que la erección de tan magno monumento no represente una carga para la Hacienda Pública, sus obras han sido costeadas *con una parte* —subrayémoslo— de la suscripción nacional abierta durante la guerra y, por tanto, con la aportación voluntaria de todos los españoles que contribuyeron a aquélla».

¿Qué sentido, qué verdad encierra esta precisión de que las obras fueron costeadas «con una parte» de aquella célebre suscripción efectuada en la zona nacional durante la guerra? Podía pensarse en principio que se trata de un lapsus, de un error de transcripción, pues en ningún otro momento ni lugar se sostiene que del importe total de la suscripción haya quedado aún dinero sobrante, una vez efectuados los pagos; bien al contrario, pronto aparecen indicios, y aún constancia, de su rápido agotamiento. Más bien parece una forma, demasiado vaga, de restarle importancia al tema, con la cortina de humo de la voluntaria solidaridad como envolvente.

Es cierto que en el primer decreto dictado sobre el tema (de 1.º de abril de 1940), en su artículo segundo, se dispone textualmente que «los gastos que origine la compra del lugar y la realización de los proyectos serán con cargo a la suscripción nacional, que quedará, en la parte que corresponda, sujeta a este fin». Se habla de una parte, pero para ser asignada a la compra del terreno y a la realización de los proyectos, que no son, ni mucho menos, toda la obra. Muy pronto, además, al constituirse en julio de 1941 el Consejo de Obras del Monumento, en el artículo sexto del correspondiente decreto se indica con claridad que para la realización de la obra dicho Consejo dispondrá de los fondos fijados en el texto anterior «y de aquellas otras aportaciones que el Gobierno juzgue conveniente destinar a la misma».

«El oro (de la suscripción nacional) se fundió y entregó con posterioridad al Banco de España. Con el valor en billetes de ese oro se comenzó a construir el monumento», indica en otro lugar⁹² el arquitecto. Pero ni siquiera se puede precisar con exactitud a cuánto ascendió el importe de esta suscripción, en billetes o en oro. Hay una pista en los dos breves artículos del decreto de 29 de marzo de 1946, del Ministerio de Hacienda, referente a las aportaciones para el monumento en Cuelgamuros. Dice el primero:

«Se fija en la cantidad total de cuarenta y cinco millones de pesetas la aportación de la suscripción nacional a la obra del monumento a los Caídos, en Cuelga Muros.»

Y en el segundo se entra en los siguientes detalles:

«El Instituto de Crédito para la Reconstrucción Nacional completará las entregas realizadas con el fin expresado en el artículo anterior, hasta la cifra en el mismo establecida, anticipando de los fondos de que dispone, cualquiera que sea su naturaleza, las cantidades que por la Presidencia del Consejo de Obras del Monumento a los Caídos se le reclamen con dicho fin. Estos anticipos se reintegrarán mediante la aplicación preferente del importe de las cancelaciones de los préstamos que el Instituto tiene concertados para las diversas finalidades que le están atribuidas, y con el importe de la enajenación de los objetos, metales y piedras preciosas y fondos resultantes de la liquidación de la suscripción nacional.»

Coincidiendo con la inauguración del monumento en 1959, la Secretaría General Técnica del Ministerio de Información y Turismo publicó un folleto, con el sello de «Reservado» impreso en su portada, bajo el título de «Nota informativa sobre el Valle de los Caídos». Pues bien, en este folleto, en el capítulo de financiación de las obras, al mencionar los donativos recibidos por suscripción

⁹⁰ TOMAS BORRAS: trabajo citado.

⁹¹ «Coleccionable 70 años de ABC, núm. 50. 1959. Especial Valle de los Caídos (I)».

⁹² *Índice*, núm. cit. 246

nacional durante la contienda, hace ascender la cifra del montante de la misma a doscientos millones de pesetas, con los que no hubo más que para empezar.

Por otra parte, en el *dossier* en poder del arquitecto, ya mencionado a lo largo de esta obra en distintas oportunidades, consta que «la parte de los fondos recaudados en la suscripción nacional que se destinó a cubrir los gastos del monumento era insuficiente. Sólo alcanzó a una cuarta parte de los gastos. El total destinado al monumento procedente de aquélla alcanzaba a 235.450.474,05 pesetas, que se acabaron de invertir en el mes de octubre de 1952». (Se puede indicar, al paso, que según estos papeles, el anteproyecto de previsiones para las obras no pasaba inicialmente de los cuarenta millones de pesetas, de los que se dedicaban diez a la cripta, cinco a un lago, cuatro y medio a la explanada, otros cuatro a los accesos, tres al monasterio..., entre otras partidas de parecida entidad.)

Seguramente es imposible evaluar, ni en el todo ni en la parte, el importe de la repetida suscripción nacional. Con destino específico al monumento, se recibieron también diversos donativos particulares, que totalizaron la cantidad de 5.718.758,95 pesetas.

Y en este punto de las aportaciones más o menos voluntarias, aunque cuantitativamente el dato carezca de relevancia, cabe mencionar también la contribución efectuada por la vieja CEDA al levantamiento de este monumento. En efecto, a raíz de la publicación del libro de Gil Robles *No fue posible la paz*, los Francos del Pardo mantienen una conversación sobre el tema. Le pregunta su ayudante al Caudillo «en qué se había invertido la cantidad que para que la administrase el general Mola fue entregada en Burgos». Y Franco responde: «No se utilizó en la contienda, y al terminar ésta se invirtió en la obra del Valle de los Caídos».⁹³

En la obra de Gil Robles se hace el siguiente relato de esta historia: «Varias personas se acercaron a mí, poco antes del alzamiento, pidiéndome una parte del remanente del fondo electoral de la CEDA para ayudar económicamente al general Mola en caso de que tuviera que huir al extranjero (...). Se me planteó con ello un grave problema de conciencia (...). Accedí, pues, y di orden a don Antonio Escudero, presidente de la comisión financiera del partido, que entregara quinientas mil pesetas a don Carlos de Salamanca... Supe después que el general Mola no había pedido ese dinero y que, cuando lo recibió de manos de los señores Herrera y Salamanca, lo ingresó en un Banco en una cuenta a nombre del capitán Barrera. Cuando más tarde escribí a Mola para aclarar este asunto, el general, cuya exquisita probidad era bien conocida, me dio una cumplida explicación de lo ocurrido, en carta de uno de enero de mil novecientos treinta y siete, y puso a mi disposición el saldo resultante después de deducir de las quinientas mil pesetas las pequeñas sumas de que había dispuesto, y que no llegaban a cinco mil pesetas. Como es natural, me negué a aceptar la devolución, cuando tantas miserias y dolores había que remediar en España».⁹⁴

Agotada la famosa suscripción, fuera cual fuera su importe, en octubre de 1952 el Gobierno acordó, a iniciativa del propio Franco, poner a disposición del Consejo de Obras del Monumento el producto neto de un sorteo extraordinario de la Lotería Nacional que se celebraría todos los días 5 de mayo, cuyos beneficios comenzaron siendo los primeros años del orden de los 30 millones de pesetas en cada sorteo, «facilitados voluntariamente por los jugadores de lotería, a quienes —como decía literalmente el folleto oficial mencionado con anterioridad—, en el caso de los afortunados, el Valle de los Caídos les ha proporcionado una mejora económica de su existencia...». El Tesoro público se encargó durante mucho tiempo de verificar los anticipos necesarios para la continuación de las obras, hasta su conclusión, anticipos que se reintegrarían con el importe de lo recaudado en el sorteo de la Lotería de los sucesivos años.

Desde la fecha de la creación de la Fundación de la Santa Cruz los beneficios de estos sorteos de la Lotería Nacional del 5 de mayo han quedado adscritos a la misma, como se ha señalado en otro lugar de este libro (capítulo 18).

⁹³ FRANCO SALGADO-ARAUJO: Ob. cit., pág. 523.

⁹⁴ JOSÉ MARIA GIL ROBLES: *No fue posible la paz*. Ediciones Ariel, Barcelona, 1968, página 793, nota 50. (J. MONTANER, militar profesional e hijo de otro militar muy ligado a Mola, mantiene que también Franco condicionó su participación en el Movimiento, al que se adhirió a última hora, a la existencia de «un pasaje en barco para su esposa e hija de Canarias a Le Havre, una cantidad de dinero depositada en Casablanca a su nombre, etc.) (*El País*, 4 de julio de 1976.)

Acerca del coste total de las obras del Valle de los Caídos no se poseen —o no son accesibles— más datos que los que figuran entre los tan mencionados papeles del arquitecto Diego Méndez, que relaciona en una larga lista los distintos aspectos o partes de la obra, con el importe de cada uno, y cuya suma final asciende a mil ochenta y seis millones, cuatrocientas sesenta mil trescientas treinta y una pesetas con ochenta y nueve céntimos (1.086.460.331,89). La relación, en orden del mayor o menor costo de las distintas partes, sería la siguiente:

	<i>Pesetas</i>
1. Cripta	356.171.933,15
2. Cruz monumental	114.704.043,55
3. Exedra	111.851.898,07
4. Nuevo Monasterio	89.895.698,36
5. Gastos diversos y obras auxiliares	82.326.356,82
	<i>Pesetas</i>
6. Monasterio	60.330.159,80
7. Arquería y explanada posterior	59.664.526,46
8. Explanada	46.774.744,34
9. Carreteras	30.330.431,18
10. Viviendas empleados	20.867.945,72
11. Via-Crucis	19.510.929,64
12. Corta y labra de piedra	16.136.886,93
13. Puerta posterior de la cripta	14.425.009,10
14 Honorarios (arquitectos, ingenieros de caminos y ayudantes de Obras Públicas)	11.242.954,79
15. Galería acceso posterior de la cripta ...	9.698.364,44
16. Presa	7.686.131,20
17. Galerías de conducciones	6.138.775,93
18. Alcantarillado	6.104.648,91
19. Entrada a la cripta	5.763.547,28
20. Puerta anterior de la cripta	3.662.240,00
21. Red de riego en la arquería	2.464.039,48
22. Defensa del monte	2.158.788,98
23. Cerca	1.546.276,70
24. Escalera de la carretera a la explanada ...	1.535.304,35
25. Puerto del recinto de entrada	1.269.339,32
26. Oficina Técnica	861.245,97
27. Juanelos	860.094,07
28. Expropiaciones	653.483,76
29. Viviendas obreros en poblados dirigidos	620.000,00
30. Concursos de tapices	480.357,35
31. Concursos de relieves	260.000,00
32. Maquetas	257.435,46
33. Concursos de maquetas	132.915,58
34. Escudo de la Fundación	72.500,00
35. Repoblación forestal	1.325,00
TOTAL	1.086.460.331,89

Podrían tal vez tratar de equipararse o contraponerse, por muy demagógico que se considere el entretenimiento, algunos de los conceptos enumerados, el concepto 29 con el concepto 10, por

ejemplo, para sacar conclusiones acerca de las viviendas construidas para los obreros y las levantadas para otros empleados; o bien entre ambos conceptos, o algunos otros, con el concepto 5. Pero ello supondría, cuando menos, la misma pérdida de tiempo por nuestra parte que la que supuso para otros su cálculo comparativo entre el costo del monumento del Valle de los Caídos y el del Monasterio de El Escorial, según el cual, y en base a los seis millones de ducados gastados por Felipe II, establecida la equivalencia del ducado en 220 pesetas actuales, se habrían empleado en aquella obra unos doscientos millones de pesetas más que los empleados por Franco en esta otra.

Sería preferible, en todo caso, entretenerse convirtiendo en pesetas actuales las que costó, dando por buenos los datos precedentes, la obra comenzada en 1940. Haciendo uso de los cuadros del valor adquisitivo de la moneda publicados por el Instituto Nacional de Estadística, y tomando como base ese valor para 1959, año de terminación de las obras, la equivalencia para 1940 sería de 0,205; y para 1951, que se puede elegir como año medio entre el principio y el fin de las obras, tal valor sería de 0,666. De modo que haciendo los cálculos oportunos el coste de las obras del Valle de los Caídos superaría los cinco mil quinientos millones de pesetas actuales.

El coste en otro aspecto, mucho más importante, aunque seguramente tan inevitable, y que se menciona en este lugar sólo en honor de una imprescindible coherencia en el relato de esta historia; el coste en vidas de los hombres que, en sucesivas y continuas contribuciones, y en número próximo a los veinte mil, entregaron el esfuerzo de su trabajo a las sesenta y cinco empresas de muy diferente entidad que a lo largo de cerca de veinte años se dedicaron a levantar el monumento, es otro capítulo confuso dentro de esta difícil contabilidad. El arquitecto de las obras, en su fase más larga y laboriosa, Diego Méndez, indica en diversos lugares, y personalmente lo ratificó en las conversaciones mantenidas con el autor de este libro, que no se produjeron más que cuatro accidentes mortales en toda la duración de los trabajos. «¡Parva, aunque dolorosa contribución a una empresa que requirió millares de brazos y millares de jornadas de dura brega!», comentará.

El doctor Lausín, que estuvo al frente de la modesta enfermería del Valle durante todo el tiempo que duró su construcción, habla de catorce muertes; y su ayudante, el practicante señor Orejas, sube la cifra a dieciocho. Ambos recuerdan también numerosos casos de amputaciones de brazos y piernas, aparte de otros traumatismos de carácter más benigno. Otras muchas personas de las entrevistadas para documentar directamente este trabajo mencionan entre seis y ocho accidentes mortales. Todos coinciden en el dato de que la cruz se levantó sin una sola víctima.

De los accidentes que recuerda la mayoría de las personas a las que hemos hablado acerca del tema, casi todos testigos de los hechos, y supervivientes de ellos, incluso los que se fijaron con mayor viveza en sus memorias, son los producidos por desprendimientos de rocas, a consecuencia de la acción de los barrenos.

— A mí me pilló cerca uno de ellos —contaba Manuel Romero, el chico que había llegado al Valle al frente de sus tres hermanos siguiendo el calvario del padre—; yo estaba entonces en la fragua, fuera, y oigo: «¡Ha habido un accidente!». Que en el cambio de turno, a las dos, yo salía y mi padre entraba; entonces fui corriendo a ver si le había pasado algo, y los del turno de las dos ya salían para fuera. Y uno que se había dejado el carburo dentro, se volvió a por él, y entonces le cayó encima un liso acojonante, que hubo hasta que barrenar para... Me acuerdo de la impresión que me produjo verle allí con todas las tripas fuera, le salían por el cuello, por aquí, por este lado del cuello. Todo lo que tenía en el cuerpo le salió por allí.

Otro de estos accidentes por desprendimiento lo recuerda también Jesús Can telar, entonces encargado de los barrenos: «Fue en la última pega que tuvimos a la entrada de la cripta, que se quedó un batache sin dar, y claro, era una piedra grandísima, muy difícil; tanto, que estuvimos taladrándola a ver si caía. Pero no caía, y entonces estábamos trabajando allí, y en un relevo, a las doce de la noche, fue cuando se vino abajo; la piedra basculó, y al bascular se vino abajo y pilló a uno, que murió, y a otro le cortaron un brazo».

— Generalmente, en esos accidentes —dirá el encargado de obras de Huarte, Santos Mutiloa— murió gente que tenía defectos físicos. Porque como se trabajaba de día y de noche, los accidentes por desprendimientos siempre eran con gente. Los desprendimientos normalmente no se producen de repente, sino que hay una serie de alarmas, por las cuales se detecta que va a producirse un desprendimiento: empiezan a caer chinas, se empiezan a oír ruidos... Entonces el capataz avisaba para que todo el mundo se retirara. Pero en una de éstas resulta que hay un sordo que no oye al

capataz, le llamaban Faico de apodo, no me acuerdo de su nombre verdadero. O sea, que hay casos que normalmente no se pueden considerar accidentes. Es un accidente unido a un defecto físico de una persona.

Del obrero que murió electrocutado también se acuerda casi todo el mundo. «Se iba allí mucho la luz —dice el mismo Mutiloa—; saltaban las cuchillas en los transformadores, y en una de éstas, a la sexta o séptima vez de entrar en el transformador, este electricista fue al transformador sin cortar las cuchillas y se quedó cogido.» «Sí, lo estampó el transformador —recuerda a su vez otro de los obreros, García Cañas—. Era un día muy malo, se había apagado la luz ya muchas veces. Y éste le pegó una sacudida que lo reventó. El hermano se había venido aquel día a Madrid. Precisamente a lo mejor le ocurrió la desgracia por eso, porque el hermano era el electricista.»

Hay otro que fue a colocar una dobela del arco de la puerta de entrada y se cayó de espaldas y se mató. El teniente coronel Sáez de Aranaz precisa, en este caso, que la autopsia comprobó que este obrero —gitano, hijo de otro hombre que trabajaba allí— había llegado muerto al suelo, tal vez por una parada cardíaca a consecuencia del susto inicial al perder pie y verse por los aires. El doctor Lausín menciona a dos víctimas a causa de caídas desde la portada.

Otra víctima se produjo a consecuencia de una explosión en el polvorín. «Es que se debieron dejar unas cargas de dinamita envueltas en un papel —cuenta Sáez de Aranaz—, y llegó el guarda y se puso a hacer fuego; cogió un montón de papeles y entre ellos estaban los barrenos, que estallaron. Menos mal que era el día de San José y no había más trabajadores allí.»

Otro muchacho que trabajaba en la hormigonera resbaló y se cayó entre los engranajes, recuerda un Guillen de la dinastía de canteros de Collado Mediano. «Lo deshizo la hormigonera —añade García Cañas—. Al hacer el rodamiento, no sé cómo se arregló el hombre, que era un maquinista, que se le enganchó la ropa y lo dejó destrozaíto.»

También menciona Guillen el caso de un capataz que iba a alcanzar un volquete, cuyo conductor no advirtió su presencia, y se lo volcó sobre la espalda, matándolo. «Eso fue haciendo la exedra —precisa Mutiloa—. Y le cogió un volquete, de esos que basculan automáticamente; le pegó en la espalda, lo tiró y lo arrastró, y aunque no murió en el acto, falleció después.»

García Cañas recuerda otros casos que a los demás se les han borrado de la memoria: el del que iba en un camión y en una curva, al frenar violentamente, se cayó del vehículo y se mató; otro que se pegó con la cabeza contra el borde de una vagoneta; uno más, un muchacho de Villarrubia de Santiago, al que le cayó encima una grúa portátil... Son diez o doce los casos de accidentes mortales sobre los que no parece que pueda haber la menor duda.

Y a ellos habría que añadir el medio centenar de víctimas que, en tiempo más o menos breve, produciría la silicosis contraída en las excavaciones de la cripta.

23.- “Y YO, AQUÍ”

EL 9 de junio de 1961 es nombrado nuevo arquitecto jefe del servicio de obras del Patrimonio Nacional un profesional muy joven, Ramón Andrada, pero también muy preparado y de la misma confianza de Franco que los anteriores. Como arquitecto de su casa civil, su relación con el Caudillo se concreta fundamentalmente en el constante y renovado acondicionamiento de los palacios que por mayor o menor espacio de tiempo puede tener necesidad de ocupar. Ya no es la época de emprender grandes obras en el Valle de los Caídos, pero tampoco se cesan de hacer allí las que se llaman pequeñas obras, así como las naturales de mantenimiento y conservación.

— Tuvimos allí un primer plan general de terminación de pequeñas obras, puesto que toda la idea del proyecto monumental estaba prácticamente resuelta; pero como siempre quedan cosas, aún en las obras más grandes, desde el Patrimonio hicimos un plan de remate de pequeñas obras auxiliares, como fueron, por ejemplo, los grandes aparcamientos de la explanada de arriba, los del Monasterio y de la Hospedería, etc.; servicios que la masiva afluencia de visitantes necesita tener resueltos.

También hubieron de realizarse serios y complejos trabajos de impermeabilización para la eliminación de humedades, etc., algo que no es fácil de conseguir en aquel lugar.

Pero la obra más importante de las realizadas después de inaugurado el monumento es, sin duda alguna, la del funicular que sube por la montaña desde uno de los aparcamientos hasta la misma base de la cruz, salvando una altura de unos 125 metros en un recorrido de 250. Al poner su firma a esta cruz, el arquitecto Diego Méndez concluía su trabajo en una idea que para él no tenía nada que ver con el movimiento turístico ni con las masas de curiosos cargados con las bolsas de la merienda. Había concebido la ascensión a la base de la cruz por empinados senderos abiertos entre pinos y robles y respetando las rocas y los demás elementos vegetales. «Sería una gran pena y profanación —escribió incluso— que esta armonía de la naturaleza se estropeará con algún elemento artificial que no respetara este risco y su significado de todo tipo.»

Pero —escribió también Ramón Andrada, bien que más tarde y cuando las riendas estaban en sus manos— «el Patrimonio Nacional debe cuidar todos los aspectos, y uno importante es el de los accesos y movimientos de las visitantes para que esa contemplación sea lo más cómoda y completa».⁹⁵

No hubo dudas en el Patrimonio en cuanto a la necesidad de instalar un elemento mecánico que facilitara la subida a los visitantes, cuya utilización naturalmente se cobraría aparte (35 pesetas ida y vuelta); las dudas estuvieron tan sólo en la elección entre una telecabina, un monorriel o un funicular, prefiriéndose finalmente este último sistema, que fue inaugurado en el verano de 1975 y que Méndez calificaría de adefesio en conversación persona] con el autor.

— Había además un problema con el convento —comenta Andrada—. El acceso a la base de la cruz se hacía a través de los ascensores, que suben prácticamente casi en la vertical del fuste; entonces el acceso en horizontal era a través del convento, y esto interfería en el ambiente de clausura o, mejor dicho, no llegaba a ser clausurada, porque esta circunstancia si no lo impedía, sí molestaba a la vida monacal. Entonces, a petición de la comunidad de benedictinos, pusimos ese medio mecánico y exterior de ascensión. Nos costó el trabajo de meterlo por dentro de la naturaleza, de la arquitectura del cerro de la Nava, y aprovechamos el corte de la roca, que permite al funicular llegar a la base de la cruz sin molestar la vida monacal, con lo que se evita además el gran trasiego de la masa de gente circulando por el convento. Estas visitas masivas de las gentes siempre pueden tener un aspecto folclórico-veraniego, y esto estorbaba grandemente la vida monacal. Ahora, lo interesante de esta obra es ver cómo se mete entre la roca, cómo se va metiendo; claro, poniéndose justo en la alineación de la vía, lógicamente se ve, pero ese no es un punto de vista principal; desde los puntos de vista principales, queda adaptado y oculto en el terreno. Hemos tratado de que tuviera cierto mimetismo con el paisaje, con el que además hemos

⁹⁵ RAMÓN ANDRADA PFEIFFER: «Funicular del Valle de los Caídos», en *Reales Sitios*, revista del Patrimonio Nacional. Año XIII. Número 47. Primer trimestre 1976. Páginas 65 y ss.

de acabar de confundirlo, porque sobre la terraza de arriba irán unos jardines colgantes, y abajo hemos de colocar árboles que al crecer hagan de pantalla... Pero hemos resuelto el problema de transportar a toda esa masa de visitantes: cada una de las dos cabinas tiene una capacidad de mil personas-hora.

Pero el papel más importante de los hasta ahora asumidos por el arquitecto conservador del monumento, y en cuanto tal, le correspondió en una ceremonia para la que piensa que tampoco era indispensable la titulación técnica y académica. Una ceremonia fúnebre, la ceremonia del enterramiento del propio fundador del Valle de los Caídos.

Para alguna gente fue una sorpresa saber que era allí, en el centro de su grandioso monumento funerario, donde iban a terminar también los restos del propio autor de la idea; pero no lo fue para quienes pensaron desde el primer momento que todo aquello no se hacía sólo para perpetuar la famosa victoria sobre el comunismo.

Otras personas, las de su intimidad, y algunas de sus proximidades, también conocían de antiguo la decisión de Franco de ser enterrado, cuando le llegara la hora, en el Valle de los Caídos. Y entre éstas están algunas muy directamente relacionadas con la construcción del monumento, que dicen habérselo escuchado a él de sus propios labios el mismo día de la inauguración, en 1959, sino antes.

— Yo hablaba del tema muchas veces con Carrero —manifiesta Diego Méndez—. «Oye, Luis, tenemos que preguntarle un día al Generalísimo a ver qué idea tiene él, a ver si quiere que le preparemos algo en el Valle.» «Pues habla tú con él, hablale tú; un día que vaya por allí, por las obras, se lo preguntas.» «¿Pero cómo voy a preguntarle yo...? Es muy difícil, para mí es muy violento.» «Claro, tienes razón, pero para mí también, no creas...» En fin, así se quedó la cosa. Pero yo le dije a Carrero: «Mira, yo de todas formas voy a prepararle allí la sepultura; igual que hemos hecho la de José Antonio, en la parte de atrás, allí voy a prepararle la sepultura para él. ¿Qué te parece?» «A mí me parece muy bien. Sí, prepárasela, porque yo tengo la seguridad de que él querrá ir al monumento. Házsela, y ya tendremos ocasión de preguntárselo.» Efectivamente, le preparé allí la sepultura, exactamente igual que la de José Antonio, pero en la parte de atrás, porque... José Antonio, como es un símbolo, con el que se ha hecho ya todo el monumento, verdad, que está aquí delante, una cosa de tipo político y demás, y él, como si fuera el amo de la casa, en la parte de atrás, entre el coro de los monjes y el altar, como la persona que recibe a otros en su casa. Y así se lo hice. Y el día de la inauguración del Valle, al final de toda la ceremonia, coincidí con él allí en la parte de atrás del altar mayor. Se vino conmigo andando y comentando un poco las cosas y entonces, parado allí detrás del altar, exactamente sobre el sitio donde estaba hecho ya el hueco de la sepultura, dice: «Bueno, Méndez, y en su día yo aquí, ¿eh?». «Ya está hecho, mi general.» «Ah, bueno, bueno», y no se volvió a hablar nunca más del asunto. Se lo dije a Carrero: «Mira lo que me ha dicho el Generalísimo: esto, «y yo aquí». Bueno, pues ya está, y no se volvió a hablar más. Y cuando murió y demás, ya estaba todo preparado.

Fray Justo Pérez de Urbel también recuerda haberle oído a Franco manifestaciones semejantes.



Ilustración 26. La tumba de Franco empezaron a prepararla en su simbólico monumento funerario semanas antes de que se muriera, pero el hueco y la losa estaban hechos desde 1956. Funcionarios especializados ensayaron durante largos días la maniobra del enterramiento, que demostraron poder hacer en escasos minutos.



Ilustración 27. Una losa de mil quinientos kilos de peso cubrió la, tumba de Franco una vez que el féretro hubiera llegado a su fondo. Media hora antes de llegar al Valle de los Caídos la comitiva fúnebre, un viejo excombatiente se había caído al hueco, de 1,60 metros de profundidad, resultando malherido.

— Un día en que estábamos allí, de un lado a otro, paseando juntos, y él me hablaba de los que podrían ser enterrados allí. «Claro, no les vamos a obligar, pero yo creo que es un honor. Y a mí, si me lo dicen, para mí será un honor dormir el último sueño aquí, entre el altar y el coro.» Eso me dijo a mí aquel día, esto lo he oído yo de sus labios, hace muchos años, en los primeros tiempos de mi estancia allí.

— Esa era una cosa que nosotros sabíamos de siempre —manifiesta a su vez Ramón Andrada—. El quería enterrarse allí. Yo personalmente nunca se lo oí decir, porque no me ocupaba de ello, en las entrevistas que mantenía con el Caudillo, pero las personas que acudían mucho al Pardo o estaban muy en contacto sabían de siempre que el Caudillo quería enterrarse allí. La prueba es que Diego Méndez dejó hecha la fosa al pie del altar mayor, en la planta de la basílica. Ahora, ahí tuvimos que hacer variaciones, porque estas fosas... (y traza unas rápidas líneas sobre un papel); éste es el suelo, aquí hay una galería, de modo que éste es el sitio por donde pasan los turistas, y delante de la galería es donde estaba el nicho de José Antonio y el nicho previsto para el Caudillo. Nosotros nos encontramos con que a través del tiempo, inevitablemente, cuando fuimos a abrir la fosa para enterrar al Caudillo, nos encontramos con conductos de aire hechos posteriormente para sanear la atmósfera, y nos encontramos con un inconveniente grave, filtraciones de agua en toda esa fosa de saneamiento que corre a lo largo. Dentro del mogote, del cerro de la Nava, al romper esto con la roca, esto se ve que tiene naturalmente una serie de fallas, una serie de diaplasas por las que se filtra el agua, que es muy difícil contener, ya que teóricamente sería absurdo: habría que impermeabilizar todo el cerro para que no entrara el agua, claro, ésta es una labor de titanes, y entonces en el túnel se hizo una especie de falso túnel de manipostería de manera que nos tapara la roca; pero como el corte de la roca, precisamente por estas diaplasas y estas fallas, no podía ser lo perfecto que uno quisiera —hay sitios en que la roca natural o la manipostería que se ha hecho está en contacto con la bóveda—, resulta que el agua nos produce filtraciones en los sitios en que hay contactos. Entonces, en la galería ésta nos encontramos con bastante cieno, y lo que hicimos fue aislarla, dar un recorrido distinto a la conducción de las aguas, y así queda completamente aislada la fosa en la que se enterró al Caudillo. La impermeabilizamos con plomo, para que la filtración que pudiera producirse no llegara en absoluto a entrar en ella.

Quince días antes de la muerte de Franco, cuando se sucedían las operaciones a vida o muerte y también los partes médicos más o menos tranquilizadores, el arquitecto conservador del Valle de los Caídos recibió instrucciones concretas para que comprobara el estado del lugar de su inminente enterramiento.

— Para que no nos pillara por sorpresa, por si ocurría lo que según los médicos podía ocurrir, o iba a ocurrir. Entonces las indagaciones previas que hicimos nos demostraron lo que he dicho; había que resolver lo de los drenajes por la invasión de limo y de agua, y además nos encontramos con que la fosa estaba cubierta con una losa de hormigón fuerte. Y entonces nos dimos cuenta de que las cosas no se podían improvisar en veinticuatro horas. Esto de ver que se estaba preparando la tumba podía suponer cierta alarma, pero claro, lo que no podíamos era improvisar un enterramiento que se iba a celebrar en una ceremonia pública y solemne. Así que con tiempo pedimos las autorizaciones pertinentes y por el presidente del Gobierno se autorizó al Patrimonio Nacional a hacer las indagaciones previas, de modo que días antes rompimos aquella losa, vimos todo aquello, buscamos la solución de desviar las conducciones, las líneas de alta tensión, las conducciones de aire, etc., e hicimos allí unos muros de hormigón para que la fosa quedara completamente aislada; luego la forramos de plomo y nos dio tiempo a todo.

En las altas esferas se puso en marcha la llamada «Operación Lucero» para organizar, sencillamente, el inevitable e histórico entierro, cuya fecha se aproximaba, a pesar de que las presunciones oficiales aparentaran otra cosa. Entonces fue cuando, al parece!, empezaron a ocurrir determinados incidentes, al surgir dificultades, y no sólo protocolarias, en cuanto a la determinación tomada acerca del destino final de los restos de Franco.

Según una versión próxima al Patrimonio Nacional, cuando el arquitecto jefe se presentó ante el abad mitrado, ahora ya dom Luis María de Lojendio, al objeto de iniciar los preparativos para lo que se avecinaba, tropezó con la negativa de éste. Estupefacto, el arquitecto corrió a Madrid, directamente al Palacio de la Zarzuela, donde se estaba celebrando una reunión de ministros con el presidente Arias, al que comunicó personalmente el incidente. Entonces, después de unos minutos de conciliábulo ministerial al que el arquitecto no asistió, volvieron a decirle a éste que regresara al Valle de los Caídos para cumplir su misión, en la que sería asistido, si fuera necesario, por la comandancia de la guardia civil del sector. Al llegar de nuevo a las puertas del gran mausoleo, todas las dificultades habían sido allanadas.

A las preguntas efectuadas por el autor de este libro cerca del arquitecto para conocer la veracidad del relato, en relación con los supuestos inconvenientes opuestos por el abad para seguir el protocolo del entierro de Franco en el Valle, Ramón Andrada respondió textualmente:

— De ese tema no quisiera hablar. Rotundamente. De ese tema se podrá hablar a lo mejor dentro de quince años, o de diez... Ahora, no, por discreción. Pregúntele si quiere al mismo abad.

La pregunta, en efecto, fue formulada al padre Lojendio, abad del Valle, y le fue formulada por escrito —entre otros temas, en un cuestionario que constaba de once preguntas— después de diversas tentativas de mantener una conversación personal con él.

La respuesta de dom Luis María fue la siguiente, en carta fechada en el Valle de los Caídos el 9 de octubre de 1976:

«Muy distinguido señor mío: He recibido sus dos cartas y le agradezco mucho su atención. Pero respecto a sus deseos, ocurre que soy completamente alérgico a ese género de manifestaciones, declaraciones y entrevistas. Es un defecto, pero es así. Siento mucho que mi respuesta sea negativa, pero quiero manifestarle que en modo alguno mi decisión tiene un alcance personal para usted. Reciba mi más atento saludo en XJhs. Luis María de Lojendio, OSB.»

El padre Manuel Garrido, OSB, jefe de protocolo o maestro de ceremonias de la basílica de aquel Monasterio no parece, en cambio, tan contrario como su abad a las declaraciones, y a través de las que hizo poco después de que todo se consumara, podemos conocer algo de lo que en realidad pasó, aunque no resulte tampoco suficiente. Su versión empezaría por ignorar que Franco tuviera la intención de ser enterrado en el Valle de los Caídos:

— Más aún, durante varios años he creído que se enterraría en la capilla del cementerio de El Pardo. Me convencí más de ello, cuando vi algunas fotografías de dicha capilla decorada con mosaicos de Padrós. Pero al regresar a Madrid el veintinueve de octubre de este año, mil novecientos setenta y cinco, el padre abad me dijo que habían venido unos funcionarios del Patrimonio Nacional a preparar el sepulcro de Franco. Aquella misma tarde, valiéndome del Ritual de Difuntos promulgado por Paulo VI, redacté dos proyectos: uno con la celebración de la Santa Misa y otro sin ella, pero incluyendo una celebración de la Liturgia de la Palabra. Hice varias copias

y di una al padre abad, que le pareció bien.⁹⁶

Sobre la presencia en el Valle de funcionarios de la Administración para organizar las exequias, recuerda el padre Garrido:

— El cuatro de noviembre, por la tarde, llegaron tres señores que se presentaron como pertenecientes al protocolo del Ministerio de la Presidencia. Me avisó el padre Abad y los dos bajamos a entrevistarnos con ellos. Venían a preparar las exequias de Franco. Nos extrañó mucho, pues todavía vivía. De todos modos, nosotros les dimos los proyectos que había preparado. Nos dijeron que aquí no se celebraría la misa, sino en Madrid, en la Plaza de Oriente, y por el cardenal primado de España, arzobispo de Toledo. A continuación de la misa se tendría el sepelio aquí. En ese caso suprimí del proyecto la celebración de la Liturgia de la Palabra. A ellos les pareció bueno el proyecto que no incluía la misa, pero sugirieron que al llegar el féretro a la explanada hubiera un signo religioso. Yo había propuesto que la comunidad recibiese el féretro en el primer vestíbulo de la basílica. Nos pareció buena la sugerencia y se incluyó en el proyecto. Luego vinieron otros de distintos Ministerios y del mismo Patrimonio Nacional. Sufrí bastante, pues actuaban independientemente y sus proposiciones no coincidían. Aún momentos antes del entierro, todavía dudaban algunos de ellos sobre la firma de las actas del sepelio, y por eso pusieron dos mesas, una a la entrada de la basílica y otra cerca del sepulcro, ambas pueden verse en fotografías divulgadas por las revistas. Nosotros sabíamos por el Ministerio de Justicia que no se tendría dentro del rito la firma de esas actas y así lo manifestamos. Mi paciencia se puso muchas veces a prueba, pero la mantuve a toda costa.

Hablando de las famosas dificultades puestas al entierro, manifiesta el padre Garrido que «por parte de la comunidad, ninguna». «Por esa parte, no tuve más que facilidades. Pero de otros lados tuve que sufrir bastante, mas quiero olvidarlo.»

Parece que el concepto que tienen los monjes acerca de lo que es o debe ser este Monasterio, esta basílica, difiere del que tienen, por su parte, en el Patrimonio Nacional. «Cada cual en su sitio», se oye decir.

Volviendo a los comienzos del mes de noviembre de 1975, es el día 5, con los marroquíes de la «marcha verde» avanzando hacia el Sahara, cuando aparecen los primeros signos de tromboflebitis en el enfermo del que está pendiente media España y casi medio mundo.

El Parkinson que desde años atrás venía haciendo temblar a Franco y encorvando sus espaldas, que le obligaba a andar arrastrando los pies y comenzaba a petrificar sus facciones; la enfermedad de desconocida etiología que finalmente había obligado a suspender un Consejo de Ministros a últimos de octubre, avanzaba ya inexorablemente.

El día 6 de noviembre, Franco parece que tolera bien en su lecho de muerte la diálisis peritoneal a la que le somete el medio centenar de médicos que le atienden. Un sacerdote vasco ofrece su vida por la recuperación del Jefe del Estado al día siguiente. El 8 es operado de nuevo, y el pronóstico empeora. La gravedad continúa el 9. Como consecuencia de un oscuro diálogo entre los Gobiernos español y marroquí, se interrumpe la «marcha verde». Las dificultades respiratorias del ilustre enfermo continúan. La bolsa sube en la sesión del día 11. Una hemorragia que consiguen controlar produce la máxima tensión el 12. La respiración del paciente es asistida con intubación. Una tercera intervención tiene lugar el día 14: el pronóstico, gravísimo, no se modifica en los días siguientes. El cuerpo de Franco pesa menos de cuarenta kilos y su temperatura es de 33 grados. Los preparativos se aceleraban, entre tanto, en el Valle de los Caídos.

— Todas las cosas oficiales —toma de nuevo la palabra el arquitecto Andrada—, y a eso estamos muy acostumbrados aquí en Palacio, tienen que tener su forma, tienen que tener el empaque necesario, y el empaque se logra a veces con que salga todo según lo previsto y en su momento. Entonces pensamos también en la losa de granito que había dejado labrada Diego Méndez.

Era una losa exactamente igual a la colocada sobre la tumba de José Antonio. Las dos habían sido labradas a la vez, a mediados del año 1959, por un joven cantero de Alpedrete llamado Pablo

⁹⁶ *Iglesia y Mundo*, Madrid, número 104, primera quincena de enero de 1976. Declaraciones del padre Manuel Garrido.

Estévez, de cuarenta y dos años en la actualidad, ayudado por un hermano suyo. Tardaron en hacerlas un par de semanas. El peso de una y otra es el mismo: 1.500 kilos.

Pero, ¿dónde se encontraba esa losa, después de más de quince años? Se pensó que la tendrían bajo su custodia los benedictinos del Valle, pero el abad, dom Luis María de Lojendio, negó; estaría todavía en poder del cantero que la hiciera, o, al menos, se mantendría guardada en alguna cantería de Alpedrete. Así era, en efecto. La lápida permanecía en un viejo taller, ya cerrado, como sabía mucha gente en Alpedrete. Localizada, la limpiaron y un especialista grabó en un par de horas el nombre de «Francisco Franco» en su cara superior.



Ilustración 28. Parece ser que el nuevo abad de la Basílica, dom Luis María de Lojendio —en el centro de la foto superior, en el momento de ser bendecido como tal—, puso algunas dificultades al protocolo de enterramiento de Franco en su monumento; ceremonia a la que asistiera, entre otras figuras políticas, el general chileno Pinochet.



— Entonces el problema era ya arrastrar una losa de piedra como aquella, que pesa mil quinientos kilos, arrastrarla de una manera mecánica, por supuesto, pero para hacerlo delante de todo el Gobierno, delante de todo el Cuerpo diplomático, con la televisión, etcétera, lo que no podíamos era improvisar esa maniobra, en la que a lo mejor hubiéramos tardado tres cuartos de hora, lo cual hubiera sido espantoso. El primer día que colocamos la piedra, en un ensayo, nos costó más de media hora. Así que esto hubo que hacerlo..., pues como se hacen estas cosas, a base de ensayo, y ensayo, y ensayo..., hasta que se consiguió que esa lápida fuera colocada en su sitio en escasos segundos. Estuvimos ensayando desde varios días antes con canteros especiales. Incluso el mismo día del enterramiento, desde las ocho de la mañana, hicimos varias veces el ensayo. Cada operario sabía perfectamente la herramienta que tenía que utilizar y el movimiento que tenía que ejecutar.

Para realizar todas estas pruebas con la Basílica abierta al público montaron una especie de tienda de campaña que cubría la fosa en la parte de atrás del altar mayor, que fue retirada la mañana del día del entierro, muy temprano, dejando el hueco de la fosa al descubierto y la lápida a un lado, sobre unos rodillos.

Las dudas sobre la mayor o menor inminencia de la celebración de la verdadera ceremonia, cuyos ensayos venían desarrollándose con creciente precisión y rapidez, se despejaron en la madrugada del día 20 de noviembre, cuando la noticia de la muerte de Franco llegó a la calle. Era el mismo día en que los grupos falangistas habían de acudir ante la tumba de su fundador, cubierta ya con su correspondiente losa frente a la que aún permanecía abierta, para conmemorar el treinta y nueve aniversario de su fusilamiento por las autoridades republicanas en Alicante otro 20 de noviembre, coincidencia en la que, por cierto, ven algunos una «misteriosa señal». El que fuera ministro de la Falange, Raimundo Fernández Cuesta, acusa ya esa mañana, en la tercera página de *ABC*, «a los que atacaban la obra de su padre después de haberla ensalzado o aprovechado de ella». Estamos ya en «la hora de los enanos».

Franco está muerto y su cadáver sale a media mañana de la Residencia Sanitaria La Paz hacia el palacio de El Pardo, en un furgón funerario conducido por su viejo chófer, el mismo que tantas veces lo llevara a vigilar la marcha de las obras de Cuelgamuros. Será la segunda vez en su vida, la segunda vez en todos estos largos años, que no pueda presidir los funerales por José Antonio. Allá por noviembre de 1959, tampoco había podido acudir, y su mujer lo había representado en la presidencia. Pero entonces sólo era una gripe... Ahora, a la enfermedad de Parkinson se acumularon, según «Esquema de la historia clínica de Franco» que publica el diario monárquico a la mañana siguiente, el infarto de miocardio, úlceras digestivas con hemorragias, peritonitis, fracaso renal agudo, tromboflebitis, bronconeumonía, choque endotóxico y, finalmente, la parada cardíaca.

El acta notarial levantada aquel mismo día acerca de esta histórica muerte, dice así:

«En el palacio de El Pardo, el «lía veinte de noviembre de 1975. Yo, Don José María Sánchez-Ventura y Pascual, Ministro de Justicia, Notario Mayor del Reino, hago constar: Que siendo las once horas treinta minutos del día de hoy me he constituido, asistido del Excmo. Sr. Don José Poveda Murcia, Director General de los Registros y del Notariado, en el mencionado palacio, y en la Antecámara del Despacho de su Excelencia el Jefe del Estado, encuentro a los Excmos. Srs. Don Carlos Arias Navarro, Presidente del Gobierno de la nación; Don Alejandro Rodríguez de Valcárcel y Nebreda, Presidente del Consejo del Reino y de las Cortes Españolas; Don Ernesto Sánchez-Galiano Fernández y Don Fernando Fuertes de Villavicencio, jefes, respectivamente, de las Casas Militar y Civil de su Excelencia el Jefe del Estado. En presencia de las mencionadas personalidades comparece ante mí el Excmo. Dr. D. Vicente Pozuelo Escudero, quien me consta por ciencia propia que ha asistido en su última enfermedad a Su Excelencia el Jefe del Estado Don Francisco Franco Bahamonde. El doctor Pozuelo me entrega el parte facultativo, que literalmente dice así: "Su Excelencia el Jefe del Estado, Don Francisco Franco Bahamonde, ha fallecido en la Residencia Sanitaria de la Paz de la Seguridad Social, de Madrid, a las cinco horas y veinticinco minutos del día veinte de noviembre por parada cardíaca, como episodio final de shok tóxico por peritonitis. Madrid, veinte de noviembre de mil novecientos setenta y cinco. Firmado: Doctor Vicente Pozuelo Escudero".»

Otro equipo médico, compuesto por los doctores D. Bonifacio Piga Sánchez Morate, D. Modesto Martínez Piñeiro, D. Antonio Piga Rivero y D. Antonio Haro Espín, procedió al embalsamamiento del cuerpo de Franco una vez muerto, operación en la que invirtieron cinco horas largas, desde las cinco de aquella mañana hasta las diez horas. Utilizaron formol, urotropina y alcohol. Después de lo cual, el cadáver «ha quedado en condiciones inmejorables de conservación».⁹⁷ Después de embalsamado, el escultor Santiago de Santiago le hizo la mascarilla de la cara y de las manos.

A la capilla ardiente, instalada la primera noche en El Pardo, sólo tienen acceso los familiares y allegados del difunto, así como el personal de sus casas civil y militar. Luego, durante dos días y dos noches, las masas de público tendrán ocasión de ver por última vez lo que queda de Franco en la capilla ardiente abierta en el salón de columnas del Palacio Real.

Recién proclamado, el Rey Juan Carlos envía, el 22 de noviembre, una carta al abad del Valle,

⁹⁷ *ABC*, Madrid, 21 de noviembre de 1975.

en los siguientes términos:

«Excmo. y Rvdmo. Padre Abad de la Basílica de la Santa Cruz del Valle de los Caídos y Reverenda Comunidad de Monjes: Habiéndose Dios servido llevarse para Sí a Su Excelencia el Jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos de España, Don Francisco Franco Bahamonde (q.e.G.e.) el pasado jueves día 20 del corriente, he decidido que los Excmos. Sres. Don Ernesto Sánchez-Galiano Fernández y Don José Ramón Gavilán y Ponce de León, Primer y Segundo Jefes de la Casa Militar, y Don Fernando Fuertes de Villavicencio, Jefe de la Casa Civil de S. E. e Intendente General, que acompañan a los restos mortales de Su Excelencia, os los entreguen. Y así os encarezco los recibáis y los coloquéis en el sepulcro destinado al efecto, sito en el Presbiterio entre el altar mayor y el coro de la Basílica, encomendando al Excmo. Señor Ministro de Justicia, Notario Mayor del Reino, Don José María Sánchez-Ventura y Pascual, que levante el Acta correspondiente a tan solemne ceremonia.»

El domingo, día 23, cerrada la capilla ardiente, se tapa también el féretro que contiene los restos de Franco. En realidad, son dos las tapas que lleva la caja: una interior, de cinc, que va soldada, con un cristal en la parte superior, y otra de madera, por fuera, que lleva encima un Cristo tallado. El equipo de médicos embalsamadores ha comprobado por última vez minutos antes el satisfactorio estado de su obra.

Después del funeral de cuerpo presente celebrado en la Plaza de Oriente, la fúnebre comitiva emprendió su marcha, una de cuyas primeras etapas sería el paso ante el Arco de Triunfo de la Ciudad Universitaria. En el frontispicio del cercano Colegio Mayor José Antonio campea una inscripción: *Ubi est mors victoria tua?* A través de los primeros tramos de la carretera N-VI, de Madrid a La Coruña, las gentes que siguen el féretro ven el mismo paisaje que contemplaron por última vez, escasamente dos meses antes, tres de las últimas personas ejecutadas en vida de Franco en España, que cayeron ante los pelotones de fusilamiento en el cercano Hoyo de Manzanares. Pero nadie habla de eso; en realidad, nadie o casi nadie se acuerda de ello ese día.

Los operarios encargados de mover la losa sobre la tumba abierta y aún vacía han dado por finalizadas sus últimas pruebas. Y entonces, a media mañana, mientras la comitiva mortuoria recorre los cincuenta kilómetros que separan Madrid de Cuelgamuros, sobreviene en la misma fosa un accidente que pone los pelos de punta a los encargados del empaque protocolario de la inminente ceremonia.

— Empezaron a llegar los invitados, empezaron a llegar las gentes —recuerda el arquitecto Ramón Andrada—, y vi que algunas de esas personas, de los asistentes al acto, deambulaban por allí mirándolo todo... Y de repente, ante nuestra sorpresa, que estábamos allí mismo, al pie del foso, un hombre que estaba mirando para arriba, no sé, de repente dio un paso atrás y se nos cayó a la fosa. Se cayó de espaldas, en una fosa de 1,70 de profundidad, una fosa de hormigón forrada de plomo. El golpe pudo ser mortal, claro. Y a la vista de todos, de modo imprevisto. Era un excombatiente, de camisa azul, un hombre de edad más que madura, de más de sesenta años. Fue un gran susto para todos. El hombre estaba fastidiado, no se le podía mover... Llamamos a un médico, que en seguida vino, y lo sacaron y se lo llevaron en una camilla. Estaba conmocionado, hasta el punto de que el médico dijo: «No moverle. Dejarle aquí y llamar a una camilla.» Al instante aparecieron los camilleros, a los que ayudaron grupos de amigos. Luego ya no sé, la verdad, si después quedó malherido o no.

A la una de la tarde, sobre la gran escalinata imperial, la de los dos tramos de diez escalones cada uno y cien metros de largo cada escalón, el cortejo es recibido por el abad, P. Lojendio, vestido con capa pluvial negra; por el P. Alejandro Alviz y por el P. Garrido, acompañados por varios acólitos, uno de los cuales porta la cruz procesional y candelabros encendidos otros dos. El féretro llega a las puertas de la Basílica a hombros del marqués de Villaverde, el duque de Cádiz, los nietos mayores del fallecido, entre los que también figura como consorte D. Rafael Ardid, y los ayudantes del general, pertenecientes a cada uno de los tres ejércitos. Allí, en el umbral, hacen entrega del cuerpo muerto que portan a la Basílica, en la persona del abad, por parte del Estado español y de la familia de Franco. Y el féretro sigue ya a hombros de soldados del Regimiento de la guardia.

El ministro de Justicia, Sánchez Ventura, en su calidad de notario mayor, pide solemne juramento a los jefes de las Casas Civil y Militar, Fuertes de Villavicencio y Sánchez Galiano, así como al general Gavilán, que no puede contener un sollozo, acerca de la identificación del cadáver.

«¿Juráis que el cuerpo que contiene esta caja es el de Francisco Franco Bahamonde, el mismo que os fue entregado a las seis treinta horas de hoy en el Palacio de Oriente?»

«Sí, lo es, lo juro», responderán sucesivamente.

El sepulcro, de 2,26 metros de longitud por 1,60 de profundidad y 1,05 de ancho, es rociado por el abad con agua bendita y luego incensado, o tal vez al revés. En sus cuatro caras laterales figuran otros tantos escudos realizados en la Fundación Generalísimo Franco: el de la cabecera es el escudo nacional; el de los pies, el del guión militar del Caudillo; al lado derecho van las insignias de capitán general, y al izquierdo, el emblema de jefe nacional del Movimiento.

Millones de espectadores de televisión ven entonces cómo varios empleados pasan unas cuerdas gruesas por debajo del ataúd que, alzado en vilo, es descendido a renglón seguido lentamente al fondo de la fosa. Franco queda mirando hacia la salida de la Basílica Luego, los mismos operarios, perfectamente adiestrados, con docenas de horas de ensayos y entrenamientos, hacen correr sobre unos rodillos la gran losa de granito de 1.500 kilos de peso y la encajan con suavidad en el hueco. La tumba queda sellada.

Pudo verse entre los asistentes al acto a Hugo Banzer y Pinochet, Nelson Rockefeller y Giscard d'Estaing, Hussein de Jordania y Rainiero de Monaco.

De los cien mil asistentes al entierro, algunos se fueron después «al restaurante del Valle y a los pinares de los alrededores para realizar comidas campestres. Muchas de las personas asistentes al acto habían llevado de sus casas comidas. A los excombatientes se les había facilitado una bolsa a cada uno, con comida, que contenía bocadillos, vino y fruta».⁹⁸

Mil trescientos autocares se pusieron en marcha más tarde para devolver a muchos de estos asistentes a sus respectivas provincias de origen. Uno de ellos, que volvía a Bilbao, chocó en una curva contra un árbol, y en el accidente resultó muerto un joven de veinte años y se registraron diversos heridos de gravedad.⁹⁹

Pronto empezaron a recibirse en la abadía del Valle, según el P. Garrido, numerosas cartas, tanto de España como del extranjero, que proclaman santo al que quedó allí enterrado y piden objetos que hayan tocado su tumba, para guardarlos a modo de reliquias.

⁹⁸ *ABC*, Madrid, 25 de noviembre de 1976.

⁹⁹ *Arriba*, 25 de noviembre de 1976.

24.- "¡FRANCO, ERES UN TRAIADOR!"

EL precio de la entrada para visitar el Valle de los Caídos ha subido desde aquel día de agosto de 1958 en que fuera abierto al público, aún antes de haber sido inaugurado oficialmente, pero no tanto como otras cosas. Entonces, por el paso de un coche con dos ocupantes cobraban 50 pesetas, y ahora cobran 70. Las motos pagan 25 pesetas; los autocares de menos de veinticinco plazas, 400, y los de mayor número de plazas, 700 pesetas. Se hacen precios reducidos a colegios y otras excursiones colectivas. Y los peatones y ciclistas, como ya se ha dicho, pasan gratis. Tampoco se cobra la entrada en las fechas históricas de concurrencia política, digámoslo así. Pero estas ocasiones son tan escasas que, en realidad, el Patronato del Valle de los Caídos puede nutrir fundamentalmente sus fondos de esta especie de peaje turístico que cobra a todo el mundo. Parece que se han dado días, turísticamente excepcionales, en que la recaudación por ese concepto llegó a las doscientas cincuenta mil pesetas; pero hay otros, esos heladores días invernales en que el viento del Guadarrama barre las losas de la explanada y hace oscilar entre ocho y diez centímetros las doscientas mil toneladas de peso de la Cruz, en que la recaudación no pasa de las tres mil pesetas, aproximadamente lo mismo que recaudaron los primeros días. Los pequeños grupos de argentinos, japoneses o españoles que se acercan de visita, camino de El Escorial, La Granja o Segovia, pueden recorrer aquellos grandes espacios sin cruzarse en ningún momento unos con otros; y a la hora de comer ni siquiera pueden hacerlo al aire libre, como suele ser costumbre de la mayoría de esa clase española que van al Valle cuando hace buen tiempo, sino que abren sus paquetes de sandwichs o tortillas al resguardo de cualquier rincón. Los cuatro bares o cafeterías que allí existen, todos ellos muy espaciosos, nutren entonces sobre todo su clientela con el trasiego de los propios funcionarios encargados del cuidado del monumento y de la venta de «souvenirs» — hay 56 familias viviendo en el nuevo poblado, que sustituyó a los de los presos y obreros que lo construyeron—; a los que episódicamente se suman los componentes de los grupos de estudios, congresos o reuniones de la más diversa índole acogidos en la cercana Hospedería. Y el magnífico horno de asar del restaurante, con el clásico cordero como especialidad, apenas se calienta. Y es que el destino de las grandes empresas o proyectos nacidos en la mente de una sola persona y envueltos, en su desarrollo, en la vaguedad tanto como en la grandilocuencia, es a veces imprevisible.

Los numerosos puestos de recuerdos instalados en diversas esquinas atraen la atención de los visitantes tanto o más que la grandiosidad de las figuras de Avalos o de la cruz de Méndez. Símbolos que, por otra parte, figuran de forma esquemática y a tamaño, naturalmente, muy reducido, en los numerosos objetos que se venden en esos puestos: en los rosarios decorativos, en los relojes de arena, en los ceniceros, cajas para puros o lápices, panoplias, carrozas, encendedores, llaveros, abrecartas, cajas de cerillas...; aparte de figurar fotografiadas en las tarjetas postales, los banderines, las diapositivas, etc. Además de los retratos de Franco en diversos tamaños, también está a la venta en un disco de 5 r.p.m. el Himno a la Santa Cruz, cuyo estribillo reza así:

*Cruz de piedra que miras al cielo,
y en la roca eres templo y altar;
eres faro y estrella que guía,
que guía el camino de la Patria inmortal.*

Coincidiendo con la conmemoración de noviembre del año 1976, hizo su aparición en esos puestos de «souvenirs» o recuerdos un folleto de ocho páginas bajo el título «20 de Noviembre (Versos llorando)», que se anunciaba al precio de 5 pesetas y, por haber preferido su autor permanecer en el anonimato, y al parecer sólo por ello, se le comparaba con el Poema del Cid, añadiendo que «alguna figura señera de nuestras letras los ha calificado de *humanísimos*» esos

versos. Entre los escritos por el desconocido autor figuran éstos:

*Nos dio el pan y la norma, la ilusión y el sosiego para
engendrar los hijos y labrar nuestra vida.
Gracias a él, tenemos la tierra que pisamos...*

Como en otras muchas iglesias españolas, a la entrada de esta Basílica hay colgado un letrero de advertencia:

DECORO EN EL VESTIR.
PROHIBIDA LA ENTRADA A LAS PERSONAS
QUE NO GUARDEN ESTA REGLA.

Otros letreros reclaman: «Silencio. Lugar sagrado».

Nunca faltan flores o coronas en las tumbas de José Antonio y de Franco, que cada semana se encargan de poner las autoridades de las distintas provincias españolas, en constante rotación hasta el presente, a la vez que celebran los funerales por los caídos de la respectiva provincia. También es costumbre que la viuda de Franco se acerque a oír misa a esta Basílica el día 20 de cada mes.

Una de las primeras cosas que hizo Arias Navarro al cesar como presidente del primer Gobierno del postfranquismo, fue acudir a orar ante la tumba de Franco, un 3 de julio; pero este tipo de peregrinaje político, más que religioso, nostálgico, más que estrictamente sentimental, aparte de que no afecta a la recaudación del Patrimonio, se mueve de acuerdo con los vaivenes y fluctuaciones de la propia política, cuando no a capricho de algunos políticos. Y si en un momento político determinado, o con motivo de esta conmemoración o de aquel aniversario, vuelven la espalda al Valle de los Caídos los mismos que en cualquier otra oportunidad quieren usar las siete llaves de aquellos sepulcros para abrirlos, ésa es cuestión que a ellos sólo afecta, así como obviamente al mismo carácter y significado de ese monumento que, finalmente, les pertenece.

Así como Girón y su grupo de excombatientes, en efecto, pretendieron «montar, a la salida del cortejo en el Valle de los Caídos, al día siguiente (del entierro de Franco), un gran *show* inspirado en la jura de Santa Gadea»,¹⁰⁰ el mismo Girón y el mismo grupo fueron los que un año después dijeron que «todos debemos abstenernos de acudir al Valle de los Caídos ese día, y, por el contrario, debemos acudir a la plaza de Oriente de Madrid».¹⁰¹

Pero tampoco noviembre de 1976 daba por primera vez ocasión para que en el Valle de los Caídos se pusieran de manifiesto las sordas pugnas entre los mismos seguidores de su creador, e incluso entre una parte de ellos y su Caudillo. En el mismo año de la inauguración del monumento, en 1959, un sector de falangistas de los considerados «ortodoxos» había protagonizado ya un episodio de protesta que en el momento sería silenciado, o muy amortiguado, en los medios de difusión. Era también un 20 de noviembre, el primer aniversario de la muerte de José Antonio Primo de Rivera que no se celebraba en El Escorial. El primero también al que Franco no asistía. Enfermo, con gripe, había delegado la presidencia del acto en su segundo, Carrero Blanco.

¿Qué pasó aquel día? Después de tantos años podemos saberlo, al menos en parte, por boca de uno de los protagonistas del suceso, Rafael García del Carrizo, un estudiante de medicina al que en aquel tiempo se conoce por el apodo de *Philips* en la Universidad de Madrid y que hoy, médico-dentista, sigue declarándose, con su voz ronca, «joseantoniano puro».

¹⁰⁰ RICARDO DE LA CIERVA: «La descomposición del franquismo. Apunte para una crónica de seis meses», en *Historia y Vida*, núm. 100, julio de 1976.

¹⁰¹ *ABC*, 14 de octubre de 1976.

— El problema gordo, para nosotros, aparte de lo de Salamanca, había sido el traslado de los restos de José Antonio desde El Escorial al Valle de los Caídos. Y la cabeza pensante de la operación, el cerebro gris, el que más nos jodio, fue aquel al que cantábamos en Pamplona, con buena rima: «...qué haces en el alero...» Entonces hubo mucho malestar entre nosotros. Porque, claro, necesitaban un muerto importante en el Valle. Y nosotros no éramos partidarios de ese traslado. ¿Que si teníamos proyectado un acto de protesta? No, lo que hubo fue un proyecto de hacer... un raptó del cadáver, llevárnoslo a otro lado. Antes del traslado. Hubo un proyecto. Podía decir nombres; pero, en fin, me callo. Encontrar un sitio tranquilo, eh, enterrarlo tranquilamente y en su día a ver qué pasaba. En fin, que estábamos molestos, y el 20 de noviembre del año 59, no sé por qué circunstancias, el Caudillo no asistió, y ya a la salida de la Basílica hubo una voz que gritó: «¡Carrero, vete a tu casa!» Cuando salían todos los ministros, a cuatro metros de la puerta grande. Me acuerdo que se volvió Dom fray Justo, que entonces era el prior o no sé qué, y dijo: «De la casa de Dios no se echa a nadie.» ¿Que quién dio la voz? Bueno, íbamos tres amigos, dos chicos y una chica; el otro chico era Pepe Britz, la chica no me acuerdo cómo se llama, y yo, que me llamo Rafael García del Carrizo y me apellido de las JONS. Yo sigo manteniéndome en mi postura joseantoniana, ramiriana y onesimoniana. A José Antonio ya sabemos como lo mataron y quien lo mató. A Onésimo sabemos también que lo mataron en Labajos, aunque todavía no sabemos quién; hay uno que iba con él en el coche, que todavía vive, en Valladolid, pero no ha contado nada. Ahora, a Ramiro, no sabemos todavía cómo lo mataron. Bueno, entonces allí se oyó una voz: «¡Carrero, vete a tu casa!» Y al terminar, cuando ya íbamos a coger los autocares, justo cuando yo me iba a meter en el mío, me detuvieron. Me dijeron: «Oye, que te llaman ahí arriba.» Y yo ya me pensaba por lo que era. En ese momento llevaba mi camisa azul, mis pantalones grises, y ninguna documentación; bueno, sí, llevaba nada más que la papeleta de examen de D. Gregorio Marañón, que, por cierto, me había dado notable sin examinarme, porque Marañón no era partidario de los exámenes; llevaba su papeleta en el bolsillo. Yo estaba ya de médico en un Colegio Mayor, en el José Miguel Guitarte. Entonces estaba de gobernador civil de Madrid mi amigo Jesús Aramburu, amigo y colega.

Y llegué allí, yo que siempre he sido..., ja, ja, de orden, me cuadro. «A tus órdenes, Jesús.» Esto, en la Basílica. Porque Jesús había estado de gobernador civil en Valladolid y yo había sido delegado de la Facultad en Valladolid y le había organizado follones, y había organizado contrafollones. Pero en ese momento no se acordaba de mí. El cacheo que me pegaron, siempre lo he dicho, casi me corro del cacheo que me pegaron, lo digo honradamente.



Ilustración 29. De entre las mismas filas falangistas salieron en diversas ocasiones, y en momentos de simbólicas conmemoraciones políticas, gritos y manifestaciones contrarios al general Franco. ¿Cómo Jefe del Estado? ¿Cómo jefe del Partido único? Alguna de las sentencias dictadas por consejos de guerra contra falangistas que gritaron «¡Franco, eres un traidor!», impuso la pena de doce años de prisión mayor al culpable de tamaño delito.



Y que conste que la policía..., vamos, la brigada social, todos los que había allí en el Valle aquel día me conocían por follones que había organizado en la Universidad, o sea, que no tenía ningún problema. «Cono, dinos quién ha dado el grito.» Total, que me bajaron, y en lugar de volver en el autocar, me bajaron en un «Cadillac» del PMM a la Dirección General de Seguridad. Allí estuve veinticuatro horas. Bien, tranquilo, con las interrogaciones normales; pero vamos, tranquilo. Y a las veinticuatro horas me dijeron: «Rafael...», no me acuerdo como se llamaba el jefe de la brigada. Un interrogatorio normal, dos policías que llegan, te hablan, te hablan... y tú les cuentas, que si has trabajado en la mina, que si has hecho esto, que si has hecho lo otro, etc. Porque estoy seguro de que, salvo a los quinquis, lo de las hostias, lo de los palos, yo no me lo creo, eh. Cuando llegué a la Dirección General serían las dos y media de la tarde, más o menos. Y por la noche, a las diez, subieron dos grises para llevarme a los calabozos, pero un policía les dice: «Oye, que éste no ha cenado.» Fui a la cafetería, tomé mi cena... Entonces me habilitaron un cuarto de aquellos; quitaron todos los archivos, trajeron una cama y unas mantas, y a dormir. Total, que al día siguiente a las ocho de la mañana me levanté, me lavé, siguieron los interrogatorios y ya les dije: «Mire, la próxima vez que venga aquí, a esta casa, será porque ha habido bombas y metralletas por medio.» Y cogí y me fui al Colegio Mayor. Y entonces ya me dijeron: «Andan buscando al de los gritos.» A Pepe Britz lo detuvieron durante setenta y dos horas. Yo fui a verle un par de veces. Al final lo soltaron y no pasó nada. Sólo que a los pocos meses, cuando vino Eisenhower, fueron allí a por Pepe y a por mí. Y ésa es toda la historia.¹⁰²

Esta vez —como comentará en su biografía Brian Crozier—, Franco no hizo nada, ya que él mismo no había sido insultado.

Habría otras ocasiones, muy próximas.

La más sonada se produciría justamente un año después, y en la misma fecha, en la misma celebración. Entonces sí estaba Franco presente, y la voz se dirigió esta vez personalmente a él.

Uno de los protagonistas del episodio anterior no figuraría más que de testigo en esta otra ocasión.

— Justo en el momento de alzar la Sagrada Forma, en el momento en que levantan la Hostia, cuando se apagan todas las luces y sólo se ve un rayo que viene de arriba, un rayo que cae sobre la Hostia, eh, todo el mundo en silencio... Entonces se oyó la voz: «¡Franco, eres un traidor!» SI chaval estaba de rodillas delante de mí, muy tranquilo, no estaba ni dopado ni nada. Franco estaba delante y lo oyó, pero no se inmutó. Era un falangista; y maestro, además, el chaval este. Allí nadie se movía, excepto que se empezó a producir un movimiento de camaradas, de los vigilantes, por entre las filas, en busca de la voz; de éstos que visten la camisa azul sin ser falangistas, ellos fueron los que bus-carón al chaval, que estaba dos bancos delante de mí. Hay un cabrón al que veo de vez en cuando que fue el que lo cogió. No la policía, no; él.

Se habló de que eran muchos más los comprometidos a lanzar el grito conjuntamente, pero que a última hora se rajaron, usando el lenguaje propio del caso, y dejaron sólo al más atrevido, al más alucinado o al más ortodoxo.

¹⁰² Testimonio registrado en cinta magnetofónica en el bar del Hotel Mindanao, de Madrid, a comienzos de octubre de 1976.

— No. Ya se sabe que es posible que se prepare una cosa de ésas, pero el que pega los tiros es uno, y el que pega los gritos es uno. O sea, que de preparación de grupo, no creo. Lo cierto es que el chaval, que no puedo decir su nombre porque..., no me acuerdo, se pasó luego años en Alcalá de Henares. No sé si ahora seguirá con las mismas ideas o si habrá cambiado, porque el Felipito González fue jefe de centuria, y mira ahora... Tampoco sé si habrá salido o no de la cárcel, pero me imagino que sí; si han salido los de la ETA y los del FRAP, me imagino que habrá salido él también.

Fray Justo Pérez de Urbel, entonces abad mitrado de la Basílica, recuerda también aquel día y aquel grito: «¡Franco, eres un traidor!».

— Era una voz estentórea. Yo estaba al lado de Franco, que ni chistó ni se movió. Le echaron el guante a aquel chico y le dieron no sé si fueron ocho años de prisión. Parece..., decían, que le quitaban la pena, pero Franco no quiso. Era falangista, un exaltado. Y otra vez, que iba yo con él, camino de acompañarle hasta la puerta de salida, pasamos por entre las filas de falangistas, y entre los más jóvenes empiezan a decirle: «Esos que tienes a tu lado..., échalos, échalos, que no te ayudan nada, que más bien te perjudican...» En este plan. Iba andando hacia la salida y lo oía, como lo oía yo, pero sin inmutarse, sin mirar siquiera hacia los lados.

Franco podía pasar por alto los insultos a Carrero, los cuchicheos de sus fieles acerca de la perfidia de los que le rodeaban. Pero una acusación de «traidor» lanzada a su cara no podía olvidarla ni perdonarla. Hoy podemos aproximarnos bastante a la reacción que, a pesar de su inexpresividad pública, tuvo en aquella tensa ocasión. Le pregunta su primo y secretario, Salgado-Araújo, sobre la impresión que le causó el incidente, y Franco responde:

«Al ir a alzar el sacerdote la Sagrada Forma, un falangista llamado Ramón Alonso Urdiales dio un grito y oí la palabra Franco, solamente. Pero lo que gritó fue "Franco, traidor a la Falange." Yo creo que este falangista iba confabulado con otros y al ver que no contestaban a la exclamación bajó el tono de voz y por eso no oí el resto. Lo que agrava el asunto es que dicho individuo es soldado y presta sus servicios como escribiente en el Gobierno Militar; sin duda debe de tener alguien que le protege cuando falta a la oficina sin que le llamen la atención.»

El autor de *Mis conversaciones privadas con Franco* le pregunta entonces si se había comprobado la complicidad de otro falangista que, además, llevaba una pistola.

«Un juez —contesta Franco— se ocupa de este asunto, y por ahora no se puede opinar sobre dicha complicidad. El individuo que dio el grito es de la carrera del magisterio, hijo de un guardia civil que en nuestra guerra estuvo en zona roja y que, por no haber tenido ninguna responsabilidad en su actuación, continúa prestando servicio en el Benemérito Instituto. No se cree que haya influido nada en la actitud de su hijo, sin duda influido por otros compañeros no contentos con la actuación del Partido y su marcha política. El individuo debe tener cómplices, desde luego, pero éstos no se atrevieron a intervenir ni a contestar a su grito. Tratándose de un soldado en filas, este asunto pasará a la jurisdicción militar.»

«Hay mucho rojo que se disfraza de falangista —diría Franco en otra ocasión—, lo mismo que se hacen sacerdotes para poder dar así más impunidad a la propaganda comunista.»

Román —no Ramón— Alonso Urdiales no era un rojo. No lo era entonces ni lo es ahora. Era, sencillamente, lo que en ciertos círculos políticos españoles se ha entendido, y ello desde antes incluso de la muerte del propio fundador de la Falange, pero mucho más después, y aún ahora, generación tras generación, por un falangista puro. Y lo era de un modo absoluto, iluminado, místico. En 1960 tenía veintidós años y había manifestado en varias ocasiones, en ciertos momentos de trance íntimo con sus camaradas o su familia, que sería capaz de dar la vida por la Falange, así, como suena; pero los que le oían sabían que lo decía de veras. Era de los que lloraban irrimediamente en el rincón del patio de la prisión de Alicante, donde José Antonio había sido fusilado, cuando los mandos del Frente de Juventudes llevaban a sus flechas y cadetes a vivir aquellas madrugadas emocionantes y siniestras los célebres 20 de noviembre. Estaba inmovilizado, paralizado por su misticismo falangista. No sabía qué hacer para oponerse a la traición que Franco y los demás corruptos habían infringido, a su juicio, a la idea salvadora de la Falange. También a él le dolía España, etc.

Aquel 20 de noviembre de 1960, vestido con su camisa azul en medio de sus camaradas,

estuvo a punto de gritar su protesta en el momento en que Franco entraba bajo palio en la Basílica del Valle de los Caídos, pero no tuvo coraje para ello, no se atrevió. Era un chico apasionado, pero tímido. Una sensibilidad especial y unas claras aptitudes artísticas le habían permitido, aparte de graduarse como maestro nacional, realizar vigorosas tallas sobre madera y pintar hermosos cuadros a la acuarela, con los que había obtenido diversos premios en los concursos del propio Frente de Juventudes. Algunas de estas muestras siguen aún hoy colgadas en la casa de sus padres, en Madrid.

Pero cuando se apagaron las luces en la Basílica, en el momento cumbre de la ceremonia religiosa con que el Jefe del Estado, con las demás autoridades y el cuerpo diplomático, conmemoraban un aniversario más, y de lo alto de la cúpula bajó el estudiado rayo de luz que se centra sobre el ara del altar mayor, Román Alonso Urdiales deseó, como diría luego a su madre, que José Antonio se levantase de su cercana tumba y acabase con toda aquella farsa y con todas las farsas y todos los farsantes, empezando por el primero de ellos. Entonces fue capaz de gritar, él solo: «¡Franco, eres un traidor!».

Franco no lo oiría bien, según diría a su primo, pero el falangista lo dijo con «voz perfectamente audible y potente», como indica la sentencia del consejo de guerra reunido para juzgarle justo un mes después, el 20 de diciembre del mismo año.

Otro joven falangista, al que se había encontrado una pistola en el bolsillo, con el número rayado, así como el que se la había vendido por doscientas pesetas, uno de sus jefes, quedarían en libertad pocos días o semanas después del día de autos; el que diera los gritos sería sometido a duro tratamiento al objeto de que descubriese la conspiración, inexistente, empezando por revelar los nombres de sus cómplices, en los que Franco creía firmemente.

Parece que la misma noche de los hechos estuvo dispuesto y esperando un pelotón de fusilamiento. Un alto jefe falangista, al que los sobrecogidos padres acudieron como al último clavo ardiendo, lanzó una terrible frase, que encerraba más impotencia que amenaza: «¡Que se atrevan!», dijo, «que se atrevan a hacerlo.» A Román le diría alguien, después, que no lo habían fusilado «porque no querían hacer héroes».

De su caso se encargó el Juzgado Militar Especial Nacional de Actividades Extremistas, que tenía como Juez Militar Especial al limo. Sr. coronel de Infantería del Benemérito Cuerpo de Mutilados de Guerra por la Patria, D. Enrique Eymar.

Estimó el fiscal que los hechos eran constitutivos «de un delito consumado de injurias al Jefe del Estado en su presencia».

El defensor se basó, sobre todo, en la consideración de que «en la frase pronunciada por el procesado no existía el ánimo de injuriar, sino sólo la intención de demostrar la disconformidad con la política seguida por el Jefe Nacional de la Falange que, según su criterio, se apartaba de los puros principios transmitidos por el fundador de la misma y que, por tanto, con dicha frase no ofendía al Jefe del Estado, sino sólo mostraba su parecer respecto al Jefe del Partido en el que él se encuentra encuadrado, por lo que los hechos no son constitutivos de delito alguno, y solicitó para su defendido la libre absolución».

El ministerio fiscal desestimó la tesis de la defensa, «que tratan de desdoblar la personalidad del Jefe del Estado», puesto que «de admitir éste o más desdoblamientos, quedarían prácticamente inoperantes todas las normas penales contenidas en la sección 1.^a del capítulo 1.º, título 2.º, del Código Penal». De modo que «por su participación material, voluntaria y directa en los hechos», y apreciando la circunstancia agravante de haber sido ejecutados en lugar sagrado, según los términos de la sentencia, Román Alonso Urdiales fue condenado «a la pena de doce años de prisión mayor, con sus accesorias legales de suspensión de cargo público, profesión, oficio y derecho de sufragio durante el tiempo de la condena, con el efecto especial de hallarse obligado a volver al Ejército a cumplir en cuerpo de Disciplina el tiempo que le reste de su empeño, extinguida que sea la condena».

En el Dictamen Auditorial de 21 de aquel mismo mes de diciembre se indica expresamente «que preside evidente acierto la calificación y la pena impuesta», y se rebate así al escrito presentado por la defensa:

«...respecto a uno de los puntales en que se apoya dicho escrito: el "animus injuriandi", éste

viene claramente expresado en el vocablo "traidor" pronunciado serena, reposadamente, por el encartado, y con plena conciencia de su significado, hasta el punto de que ante el Consejo de Guerra el propio procesado explicó la frase diciendo que iba dirigida "contra" (es decir, con intención agresiva: la agresividad propia del que utiliza la palabra para ofender) Franco como Jefe de la Falange, pues, añade, "algunos de estos señores se han aburguesado y hoy son unos pancistas", lo cual, en vez de desvirtuar la existencia del repetido "animus" o dolo específico del delito, lo reafirma, ya que reitera, remacha el estigma de deshonra, descrédito y menosprecio con que pretendió el encausado manchar públicamente la primera figura de nuestra patria.»

«Y en cuanto al otro argumento esencial de la defensa —añadiría el escrito del Auditor—, a saber, que no existe el delito apreciado por el Consejo de Guerra, por el hecho de que la frase fuera dirigida contra el Jefe Nacional de la Falange, y no contra el Jefe del Estado, es de necesidad dejar bien sentado que al pronunciarlas no hizo el procesado distingo alguno (...), y aunque lo hubiera hecho entonces, como quiere hacer *a posteriori*, la injuria abarca o alcanza a la personalidad total del injuriado, con todas sus cualidades y características, máxime cuando, como hemos dicho, se refiere a la más alta Jerarquía de la Nación, que, forzosamente, ha de ostentar y ostenta (cual ocurre en la mayor parte de los países) diversidad de jefaturas y representaciones, sin que la acusación alternativa del Ministerio Fiscal signifique un desdoblamiento de la personalidad objeto de la injuria, como pretende deducir la defensa, sino la posibilidad de que el hecho delictivo esté previsto en más de un precepto penal...»

Todo fue rápido, y el último día del año 1960 el general Rodrigo hizo firme y ejecutiva la sentencia con su firma.

Después de pasar por las cárceles de Carabanchel y Alcalá de Henares, Román Alonso fue conducido a un batallón disciplinario en el desierto sahariano. Estuvo en Smara, Hausa, Villa Cisneros, El Aaiún... Beneficiado por el llamado indulto del Papa, pudo volver a casa a finales del año 1965. «Venía destrozado, venía raro», recuerdan sus más cercanos familiares. Tuvo que esperar hasta el año 1972 para recuperar su derecho a enseñar en una escuela pública. Cuando su salud se lo permite, ejerce como maestro nacional en Colmenar de Oreja, donde los alumnos y sus madres lo consideran «un sabio y un santo».

Pero pasa temporadas perseguido por fantasmas y manías, y entonces, como ocurre en el momento en que se concluye este libro, debe ser internado en un establecimiento psiquiátrico, cuyo tratamiento médico ha de compensar el que sufriera en bien distinto lugar aquellos lejanos y alucinantes días finales del mes de noviembre de 1960.

Entre la serie de sucesos de carácter pseudo-político que tuvieron el Valle de los Caídos como marco o escenario, cabe mencionar también el primer y único atentado sufrido hasta ahora por el monumento, al menos que se sepa; un modesto atentado, a consecuencia del cual resultaron astillados unos cuantos bancos de la nave central de la Basílica. Cupo la responsabilidad de esta acción a otros grupos juveniles de muy distinto signo que los anteriores, formados por nuevas promociones de anarquistas españoles que en 1962 programaron en territorio español, a través de un organismo llamado «Defensa Interior», diversos actos de violencia, entre ellos, al parecer, atentar contra la misma vida del Jefe del Estado, en San Sebastián. El artefacto colocado ante el altar del Valle de los Caídos hizo explosión el día 12 de agosto de aquel año. Y el D-I reivindica el atentado y se permite redactar esta octavilla: «Franco: ni en tu tumba te dejaremos descansar tranquilo».¹⁰³

¹⁰³ ELÍSEO BAYO: «Los atentados contra Franco. Capítulo 4.º San Sebastián, agosto 1962: ETA participa en el asesinato fallido», en *Gaceta Ilustrada*, núm. 1046, 24 de octubre de 1976.

DANIEL SUEIRO

Veterano escritor y periodista, Daniel Sueiro, de 44 años en la actualidad, es bien conocido, tanto por su obra narrativa como por sus grandes reportajes y estudios sobre temas monográficos.

Su obra publicada excede ya la docena de títulos, entre los que vale citar las novelas: LA CRIBA (Seix y Barral, 1961); LA NOCHE MAS CALIENTE (Plaza y Janes, 1965; 2.^a edición, 1972); SOLO DE MOTO (Alfaguara, 1967); CORTE DE CORTEZA (Premio Alfaguara de novela 1969); ESTOS SON TUS HERMANOS, novela editada en México por Ediciones Era en 1965, permanece aún inédita para el lector español. Entre sus libros de cuentos figuran: LA REBUSCA Y OTRAS DESGRACIAS (Editorial Rocas, 1958); LOS CONSPIRADORES, Premio Nacional de Literatura (Taurus, 1964); TODA LA SEMANA (Ed. Rocas, 1964); EL CUIDADO DE LAS MANOS (Ediciones del Centro, 1974); etc. Sus más recientes relatos verán la luz próximamente bajo el título conjunto de SERVICIO DE NAVAJA.

Sus impresionantes estudios sobre la pena de muerte recuperaron y ampliaron el movimiento abolicionista en la España contemporánea, EL ARTE DE MATAR (Alfaguara, 1968) es un panorama acerca de todas las formas históricas de ejecución de la pena capital, así como de las vigentes actualmente en el mundo, LA PENA DE MUERTE: CEREMONIAL, HISTORIA, PROCEDIMIENTOS (Alianza, 1974). LA PENA DE MUERTE (Círculo de Lectores, 1975). En LOS VERDUGOS ESPAÑOLES (Alianza, 1971) recoge las memorias de los últimos ejecutores de sentencias en España y es, a la vez, una historia del garrote vil.

Con LA VERDADERA HISTORIA DEL VALLE DE LOS CAÍDOS, Daniel Sueiro funde una vez más su maestría de narrador experimentado con sus dotes de investigador objetivo y tenaz.

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

- ILUSTRACIÓN 1. EL 1 DE ABRIL DE 1940, ANTE EL RISCO DE CUELGAMUROS, FRANCO HIZO ESTALLAR EL PRIMER BARRENO SIMBÓLICO Y LUEGO EXPLICÓ PERSONALMENTE SOBRE LOS PLANOS A TODOS LOS PRESENTES (LOS EMBAJADORES DE ITALIA, ALEMANIA Y PORTUGAL, LAS SEÑORAS, EL PROPIO ARQUITECTO MUGURUZA, LAS AUTORIDADES MILITARES Y LAS JERARQUÍAS DEL MOVIMIENTO, CON SÁNCHEZ MAZAS Y SERRANO SUÑER A LA CABEZA) LA MAGNITUD DE LA OBRA QUE AQUEL DÍA COMENZABA. 4
- ILUSTRACIÓN 2. INCANSABLE, CON UNA IDEA FIJA EN LA CABEZA (QUE TENÍA DESDE EL COMIENZO DE LA GUERRA), FRANCO RASTREÓ LA SIERRA CARPETOVETÓNICA Y CENTRALISTA EN BUSCA DEL LUGAR ADECUADO PARA SU MONUMENTO, CERCA DE OTROS ESPLENDORES HISTÓRICOS Y EN DESAFÍO CON ELLOS EL 1 DE ABRIL DE 1940 SE PUBLICA EL DECRETO DE FUNDACIÓN Y FRANCO ACUDE A CUELGAMUROS PARA MOSTRAR A LAS PLANAS MAYORES, INCLUIDAS LAS SEÑORAS, EL ESCENARIO EN QUE VA A PLASMAR SU IDEA. 8
- ILUSTRACIÓN 3. LOS PRESOS POLÍTICOS QUE EN LA DÉCADA DE LOS CUARENTA COMENZARON LAS OBRAS DEL MONUMENTO FUERON ALOJADOS EN POBRES BARRACONES DE CANTERÍA, DE LOS QUE AÚN SE CONSERVAN ALGUNOS RESTOS EN EL VALLE DE LOS CAÍDOS. LA EDIFICACIÓN DE DOS PLANTAS, TRAS EL PINO, SERVÍA DE ENFERMERÍA Y A VECES DE ESCUELA. EN LA RELACIÓN FINAL DE GASTOS DE LAS OBRAS APARECEN 620.000 PESETAS COMO COSTE DE TODOS LOS BARRACONES DE LOS TRES POBLADOS EXISTENTES PARA PRESOS U OBREROS, MIENTRAS QUE EN LAS VIVIENDAS DE LOS EMPLEADOS SE GASTARON MÁS DE 20 MILLONES. 17
- ILUSTRACIÓN 4. MUCHOS PRISIONEROS DE GUERRA Y PRESOS POLÍTICOS —LA POBLACIÓN PENAL ESPAÑOLA ÚNICAMENTE «ROJA» AL FINAL DE LA GUERRA— SE ACOGIERON AL SISTEMA DE REDENCIÓN PENAS POR EL TRABAJO PARA ESCAPAR A OTRA SUERTE PEOR. EMPEZARON GANANDO DOS PESETAS DIARIAS, DE LAS QUE ÚNICAMENTE PERCIBÍAN DOS REALES. POR ESTE SISTEMA SE REALIZARON NUMEROSAS OBRAS PÚBLICAS Y PRIVADAS EN UNA LARGA ÉPOCA. 27
- ILUSTRACIÓN 5. DURANTE LAS VISITAS INESPERADAS Y PRIVADAS DE FRANCO AL VALLE PARA COMPROBAR LA MARCHA DE LAS OBRAS, LOS PRESOS REPUBLICANOS SEGUÍAN TRABAJANDO CASI COMO LO HACÍAN HABITUALMENTE, PERO LAS MEDIDAS DE CONTROL ERAN MAYORES Y MÁS ESPECÍFICA LA VIGILANCIA CUANDO SE TRATABA DE VISITAS PROGRAMADAS Y OFICIALES. 31
- ILUSTRACIÓN 6. NO MENOS DE SEISCIENTOS PRESOS TRABAJARON SIMULTÁNEAMENTE EN LAS OBRAS DEL MONUMENTO A LOS CAÍDOS EN SU PRIMERA ÉPOCA, DISTRIBUIDOS EN TRES DESTACAMENTOS, QUE LLEVABAN EL NOMBRE DE LAS EMPRESAS CONSTRUCTORAS QUE SE HICIERON CARGO DE LAS MISMAS: «MOLÁN», «SAN ROMÁN» Y «BANÚS». OTRAS MUCHAS COSAS EMPEZABAN CON EL COMIENZO DE AQUELLAS OBRAS. 33
- ILUSTRACIÓN 7. A POCAS PASIONES SE ENTREGÓ FRANCO MÁS CIEGAMENTE QUE A LA DEL VALLE DE LOS CAÍDOS, DONDE A VECES APARECÍA DE IMPROVISO PARA PERMANECER HORAS Y HORAS RECORRIENDO GALERÍAS, ESTUDIANDO PROYECTOS, RECTIFICANDO PLANOS. EN LA VIEJA FOTO INVERNAL, ENTRE SU ESPOSA Y EL ARQUITECTO PEDRO MUGURUZA, CUYOS CÁLCULOS SERÍAN MUY MODIFICADOS A SU FALLECIMIENTO. 36
- ILUSTRACIÓN 8. HACIA 1950, LOS PRESOS FUERON SUSTITUIDOS POR OBREROS LIBREMENTE CONTRATADOS PARA TERMINAR LAS OBRAS DEL VALLE. ALGUNOS SE QUEDARÍAN ALLÍ, SIN EMBARGO, COMO TALES OBREROS. ENTRE LOS PRESOS HABÍA OFICIALES REPUBLICANOS QUE HABÍAN SIDO COMPAÑEROS DEL GENERALÍSIMO, ANTE LOS QUE ÉSTE PASABA EN SUS VISITAS INDIFERENTE Y LEJANO. 43
- ILUSTRACIÓN 9. «A ESTO LE FALTAN DIMENSIONES —DIJO UN DÍA FRANCO A LA PUERTA DE LA CRIPTA—. ESTO DA LA SENSACIÓN DE QUE ENTRAMOS EN UN TÚNEL.» NO ESTABA CONFORME CON LA MARCHA DE LAS OBRAS NI CON ALGUNA DE LAS SOLUCIONES ADOPTADAS, Y A LA MUERTE DE MUGURUZA, EL NUEVO ARQUITECTO, DIEGO MÉNDEZ, LE CONVENCÍO PARA DUPLICAR LAS DIMENSIONES DE LA CRIPTA, QUE DE 11 POR 11 PASARON A SER DE 22 POR 22 METROS. 55
- ILUSTRACIÓN 10. ES CONOCIDA LA AFICIÓN DE FRANCO A LA PINTURA Y AL DIBUJO, EN LAS QUE NO DESTACÓ TANTO COMO EN OTRAS ARTES, PERO SU VOCACIÓN FRUSTRADA,

SEGÚN MILLÁN ASTRAY, FUE LA ARQUITECTURA. LAS OBRAS DEL VALLE DE LOS CAÍDOS LAS LLEVÓ ÉL CASI PERSONALMENTE. EN UNA OCASIÓN SE HIZO CONSTRUIR UNA ESCALINATA DE MADERA DE 370 PELDAÑOS HASTA ALCANZAR LA ALTURA DEL RISCO DE LA NAVA, PARA COMPROBAR SOBRE EL TERRENO EL REPLANTEO DE LA CRUZ MONUMENTAL. 57

- ILUSTRACIÓN 11. LA SECCIÓN TRANSVERSAL DEL RISCO DE LA NAVA MUESTRA ESQUEMÁTICAMENTE EL DOBLE ATAQUE A QUE FUE SOMETIDA LA ROCA, PARA ABRIR EL AGUJERO DE LA CRIPTA (CERCA DE 300 METROS) Y EL TÚNEL QUE COMUNICA, POR LA DERECHA, AL MONASTERIO DE LOS BENEDICTINOS CON LA MISMA BASÍLICA Y LA BASE DE LA CRUZ, CUYA FÓRMULA DE IMPLANTACIÓN SOBRE LA ROCA REVELA DESCARNADAMENTE LA FOTO INFERIOR, CUANDO AÚN NO ESTABAN ADOSADAS LAS GIGANTESCAS FIGURAS ESCULTÓRICAS. 60
- ILUSTRACIÓN 12. DOS ASPECTOS DEL TRABAJO EN LA BASE Y EN LAS ALTURAS DE LA CRUZ, EN CUYA CONSTRUCCIÓN NO SE PRODUJO AL PARECER NINGÚN ACCIDENTE MORTAL. SEGÚN EL ARQUITECTO DIEGO MÉNDEZ, BUENA PARTE DEL MÉRITO DE LA OBRA HAY QUE ATRIBUIRLO AL ARROJO Y AL DESPRECIO DEL RIESGO DE MUCHOS DE LOS OBREROS Y PRESOS QUE LA HICIERON. 66
- ILUSTRACIÓN 13. SI DIFÍCIL SE PRESENTÓ EL ENGARCE ENTRE LAS COLOSALES ESCULTURAS Y LA GIGANTESCA CRUZ, NO FUERON AL PARECER MÁS FÁCILES LAS RELACIONES ARTÍSTICAS O PROFESIONALES —COMO ELLOS MISMOS PONEN DE MANIFIESTO— DEL ARQUITECTO AUTOR DE LA ÚLTIMA, DIEGO MÉNDEZ, Y EL ESCULTOR AUTOR DE LAS PRIMERAS, JUAN DE ÁVALOS, AL QUE SE VE, EN UNA DE LAS FOTOS, EN SU PROPIA DIMENSIÓN, AL LADO DE LA DESPROPORCIONADA CABEZA DE UNO DE SUS EVANGELISTAS. 74
- ILUSTRACIÓN 14. SEGÚN JUAN DE ÁVALOS, EL AUTOR DE LAS DESCOMUNALES FIGURAS QUE ADORNAN LA BASE DE LA CRUZ, A ALGUNOS DE SUS SACADORES DE PUNTAS INTENTARON SOBORNARLOS DURANTE LAS OBRAS DE MONTAJE DE LAS ESCULTURAS, PARA QUE LO HICIERAN DE PRISA Y LO HICIERAN, A SU JUICIO, MAL. TAMBIÉN DICE QUE HA RECIBIDO LLAMADAS TELEFÓNICAS CON AMENAZAS DE DESTRUCCIÓN DE SU OBRA. 78
- ILUSTRACIÓN 15. EL GRUPO ESCULTÓRICO DE LA PIEDAD BAJO EL QUE PASA FRANCO, EN MEDIO DE OTRAS AUTORIDADES, EL DÍA DE LA INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO —1 DE ABRIL DE 1959—, ES EL CASO MÁS NOTORIO DE SUSTITUCIÓN A QUE OBLIGÓ AL ESCULTOR ÁVALOS, DESPUÉS DE QUE ÉSTE HUBIERA COLOCADO OTRAS FIGURAS EN EL MISMO LUGAR. TAMBIÉN HIZO QUE AFEITARA AL EVANGELISTA SAN JUAN, QUE EL ESCULTOR HABÍA PRESENTADO A FRANCO, EN BOCETO, CON GRANDES BARBAS. 82
- ILUSTRACIÓN 16. NUMEROSOS ARTISTAS COLABORARON EN LA DECORACIÓN DE LA BASÍLICA, SIGUIENDO LAS INDICACIONES DE FRANCO. CARLOS FERREIRA ESCULPIÓ EN ALABASTRO ESTA VIRGEN DEL CARMEN, EN UNA DE LAS CAPILLAS LATERALES, Y, ENTRE OTRAS IMÁGENES, OTRA VIRGEN DE ÁFRICA, EN RECUERDO DEL COMIENZO DE LA GUERRA CIVIL Y EL PASO DEL ESTRECHO POR LAS PRIMERAS TROPAS. 87
- ILUSTRACIÓN 17. CINCO O SEIS MILLONES DE PIEDRECITAS COLOCÓ PADRÓS EN EL MOSAICO DE LA CÚPULA, A LO LARGO DE CUATRO LARGOS AÑOS, SIN QUE EN NINGUNA OCASIÓN LE DIRIGIERA FRANCO LA PALABRA CUANDO PASABA BAJO SU ANDAMIO. EL FAMOSO ENEBRO DE LA CRUZ NO FUE CORTADO PERSONALMENTE POR EL CAUDILLO, AUNQUE PRESENCIARA COMO OTROS LO HACÍAN; Y EN EL CRISTO DE BEOVIDE EL MAESTRO ZUOLAGA NO INTERVINO MÁS QUE PARA DARLE UNAS PINCELADAS DE SANGRE. 89
- ILUSTRACIÓN 18. FRANCO HIZO DE SU PROPIA MANO ALGUNOS DIBUJOS PARA LOS TRÍPTICOS SOBRE CUERO, POLICROMADOS, AL ESTILO DE LOS VIEJOS CORDOBANES Y GUADAMECÍES ESPAÑOLES, QUE SALIERON DEL TALLER DE LOS LAPAYESE CON DESTINO A LAS DISTINTAS CAPILLAS. POR OTRA PARTE, PARA EL TRASLADO DE ESAS EXTRAÑAS PIEDRAS QUE LLAMAN «JUANELOS», FINALMENTE COLOCADOS A LA ENTRADA DEL VALLE, HUBO NECESIDAD DE IDEAR UN COSTOSO SISTEMA ESPECIAL DE TRANSPORTE. 91
- ILUSTRACIÓN 19. «NIXON VINO AL VALLE CON SU MUJER Y SUS HIJAS —RECUERDA DON JUSTO PÉREZ DE URBEL, ABAD DE LA BASÍLICA DURANTE LARGOS AÑOS, FOTOGRAFIADO EN EL CENTRO DEL GRUPO—, Y ME REGALÓ UN BOLÍGRAFO CON SU NOMBRE GRABADO; Y LA SEÑORA LES REGALÓ UNA CAJA DE BOMBONES A LOS NIÑOS DEL CORO». TODO LES PARECÍA ADMIRABLE A ESTA CLASE DE VISITANTES. 97
- ILUSTRACIÓN 20. EL CARDENAL SPELLMAN ACUDIÓ PERSONALMENTE, EN UNA DE SUS ÚLTIMAS VISITAS A ESPAÑA, A ESTE NUEVO LUGAR DE PEREGRINACIÓN DEL VALLE DE LOS CAÍDOS, DECLARADO OFICIALMENTE BASÍLICA MENOR POR JUAN XXIII EN 1960. 97

- ILUSTRACIÓN 21. “SERÍA PUERIL CREER QUE EL DIABLO SE SOMETA; INVENTARÁ NUEVAS TRETAS Y DISFRACES, YA QUE SU ESPÍRITU SEGUIRÁ MAQUINANDO Y TOMARÁ FORMAS NUEVAS DE ACUERDO CON LOS TIEMPOS”, DIJO FRANCO EN LA INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO, EL 1 DE ABRIL DE 1959, 1 GENTÍO QUE LLENABA LOS TREINTA MIL METROS CUADRADOS AS DE LA EXPLANADA. 104
- ILUSTRACIÓN 22. ¿LA MEJOR IDEA DE FRANCO? ¿SU RECUERDO MÁS PERDURABLE? LUGAR DE MANIFESTACIONES POLÍTICAS DE UN SOLO SIGNO, AL VALLE DE LOS CAÍDOS PUEDEN DARLE TAMBIÉN LA ESPALDA UN DÍA LOS MISMOS QUE EN OTRAS OCASIONES LLENARON SUS EXPLANADAS. 106
- ILUSTRACIÓN 23. RESTOS DE LOS CAÍDOS EN LA GUERRA LLEGARON A LOS SÓTANOS DEL GRANDIOSO MONUMENTO DESDE LAS DIVERSAS PROVINCIAS ESPAÑOLAS EN NÚMERO QUE LOS GUÍAS CALCULAN EN UNOS 70.000 DE LOS QUE MUY POCOS SON REPUBLICANOS. YA EN SU MOMENTO SENTÓ MAL EN DETERMINADOS SECTORES QUE PUDIERAN ENTERRARSE EN EL MISMO LUGAR A LOS MUERTOS ROJOS Y A LOS HÉROES DE LA CRUZADA. 108
- ILUSTRACIÓN 24. LA CEREMONIA DEL TRASLADO DE LOS RESTOS DE JOSÉ ANTONIO DESDE EL ESCORIAL AL VALLE DE LOS CAÍDOS, EL 30 DE MARZO DE 1959, Y A LA QUE FRANCO NO ASISTIÓ, FUE MUY MODESTA. PARA MUCHOS FALANGISTAS EL ACTO REPRESENTABA UN TRIUNFO PARA LOS MONÁRQUICOS Y UN DESPRECIO PARA LA FALANGE. 110
- ILUSTRACIÓN 25. ARRODILLADOS ANTE EL ALTAR MAYOR DE LA BASÍLICA, FRANCO Y SU ESPOSA, ENTRE EL CARDENAL PÍA Y DENIEL Y EL ABAD PÉREZ DE URBEL, EL DÍA DE LA INAUGURACIÓN, POCO DESPUÉS DE QUE UN GRUPO DE ESPAÑOLES HUBIERAN PEDIDO EL CAPELO CARDENALICIO PARA «EL HOMBRE QUE, SIN SER SACERDOTE, MAYORES SERVICIOS HA PRESTADO A LA SANTA IGLESIA», FRANCISCO FRANCO. 112
- ILUSTRACIÓN 26. LA TUMBA DE FRANCO EMPEZARON A PREPARARLA EN SU SIMBÓLICO MONUMENTO FUNERARIO SEMANAS ANTES DE QUE SE MURIERA, PERO EL HUECO Y LA LOSA ESTABAN HECHOS DESDE 1956. FUNCIONARIOS ESPECIALIZADOS ENSAYARON DURANTE LARGOS DÍAS LA MANIOBRA DEL ENTERRAMIENTO, QUE DEMOSTRARON PODER HACER EN ESCASOS MINUTOS. 121
- ILUSTRACIÓN 27. UNA LOSA DE MIL QUINIENTOS KILOS DE PESO CUBRIÓ LA, TUMBA DE FRANCO UNA VEZ QUE EL FÉRETRO HUBIERA LLEGADO A SU FONDO. MEDIA HORA ANTES DE LLEGAR AL VALLE DE LOS CAÍDOS LA COMITIVA FÚNEBRE, UN VIEJO EXCOMBATIENTE SE HABÍA CAÍDO AL HUECO, DE 1,60 METROS DE PROFUNDIDAD, RESULTANDO MALHERIDO. 122
- ILUSTRACIÓN 28. PARECE SER QUE EL NUEVO ABAD DE LA BASÍLICA, DOM LUIS MARÍA DE LOJENDIO —EN EL CENTRO DE LA FOTO SUPERIOR, EN EL MOMENTO DE SER BENDECIDO COMO TAL—, PUSO ALGUNAS DIFICULTADES AL PROTOCOLO DE ENTERRAMIENTO DE FRANCO EN SU MONUMENTO; CEREMONIA A LA QUE ASISTIERA, ENTRE OTRAS FIGURAS POLÍTICAS, EL GENERAL CHILENO PINOCHET. 125
- ILUSTRACIÓN 29. DE ENTRE LAS MISMAS FILAS FALANGISTAS SALIERON EN DIVERSAS OCASIONES, Y EN MOMENTOS DE SIMBÓLICAS CONMEMORACIONES POLÍTICAS, GRITOS Y MANIFESTACIONES CONTRARIOS AL GENERAL FRANCO. ¿CÓMO JEFE DEL ESTADO? ¿CÓMO JEFE DEL PARTIDO ÚNICO? ALGUNA DE LAS SENTENCIAS DICTADAS POR CONSEJOS DE GUERRA CONTRA FALANGISTAS QUE GRITARON «¡FRANCO, ERES UN TRAJIDOR!», IMPUSO LA PENA DE DOCE AÑOS DE PRISIÓN MAYOR AL CULPABLE DE TAMAÑO DELITO. 131

CONTRAPORTADA

Como idea de Franco, si no la mejor, tal vez esta de la creación del Valle de los Caídos vaya a ser la más perdurable. Con esa pretensión nació al menos en su cabeza, en desafío final «al tiempo y al olvido»; mas no tanto para conjurar en el mundo de los muertos una hermandad sepulcral imposibilitada en el de los vivos o supervivientes como para recobrar al fin todo su sentido faraónico de tumba del propio creador. Y, cual los laberintos trazados en las antiguas pirámides egipcias, también este monumento ha estado rodeado de innumerables cautelas y secretos, desde el mismo momento de la iniciación de sus obras, en 1940, hasta ahora.

Pues bien: todos ellos son puestos al descubierto con precisión y detalle en la presente obra, producto de un largo trabajo de investigación y resultado de un exhaustivo proceso de documentación con los que la experiencia y la maestría narrativa de Daniel Sueiro construyen una historia tan reveladora como apasionante.

Al igual que en la década de los cuarenta dejaron en aquella obra sus sudores, muchos de los supervivientes de aquellos batallones de trabajadores —compuestos por prisioneros y presos políticos republicanos— dejan ahora aquí desgarrado testimonio de su paso por Cuelgamuros; como lo dejan también personalmente, cada uno desde su punto de vista, los arquitectos, escultor y demás artistas o técnicos que, bajo la batuta de Franco y a veces entre fuertes pugnas, contribuyeron a levantar tan insólito monumento, cuya desmesura se vio también reflejada en las cuentas finales.

Las fugas, los atentados, los gritos escuchados en la cripta contra su propio fundador, resuenan con distinto eco y significado o son revelados por vez primera en las páginas de este libro, de esta increíble historia del Valle de los Caídos: la verdadera.